

IVÁN LÓPEZ PARDO



EL VALS
DE LOS MALDITO

UNA NOVELA ÁGIL, REPLETA DE
SUSPENSE, ACCIÓN, AMISTAD, AMOR

¿TE GUSTA LEER?

La novela más esperada de Iván López Pardo

Primera edición: noviembre, 2016

© 2016, del texto Iván López Pardo

© 2016, de la edición y maquetación Editorial Fanes

Torrelavega, Cantabria

www.editorialfanes.com

© Fotografía de portada pareja bailando: Andrey Popov

© Diseño de portada: Eva Pelayo

Proyecto financiado mediante
Microedición Oro (Editorial Fanes).

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la re-producción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el

tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Dedicado a todos los que en su vida tienen contacto con ese mal, egoísta y caprichoso llamado cáncer.

Vuestra lucha es encomiable.

PRÓLOGO

“Suman más la ilusión y las ganas que uno pone en algo, que los resultados que se obtienen”.

Entiendo perfectamente la perseverancia, las ganas, los miedos, los desencantos, y ese cúmulo de sentimientos encontrados en un escritor, ya que solamente son compartidos con uno mismo. Y concibo de igual manera, la complacencia, el regocijo, la agitación de cada momento, y hasta el orgullo que se llega a desarrollar de una manera explosiva en su interior cuando se pone “fin” a una novela. Lo entiendo y lo comparto. Por eso no puedo negarme al ofrecimiento del autor para prologar su libro. Y por los mismos motivos, le agradezco su invitación.

No voy a desmembrar la obra que tiene en sus manos. No soy quien. Cada lector es un mundo. Cada uno ofrece una mirada, impone una luz a cada capítulo, se identifica con un personaje distinto, se envuelve entre sus páginas, y danza al ritmo de la música que cada cual dispone. Por eso, dejaré que poco a poco, renglón a renglón, página a página, sea usted quien descubra esta historia. Pero algo debo decir sobre su contenido, y es, que la dinámica y la sutileza de los personajes que **Iván López Pardo** ha creado, son el tándem perfecto para el lector. Un lector que por cierto, espera ansioso esta continuación de *“El traficante de Almas”*. Estoy segura que encontrará en *“El Vals de los Malditos”* aquello que espera y que busca, incluso me atrevo a indicar, que se sorprenderá con esta novela. Pienso, que algo importante para el lector, es que la obra te atrape desde el primer momento. Eso en *“El Vals de los Malditos”*, asevero que está garantizado. Va a descubrir una aventura vibrante y fluida, de lectura y comprensión rápida y fascinante, que secuestra la atención de todo aquel que comienza a leer, y le sumerge en ese mundo real y ficticio a la vez, de tal manera, que hace que se involucre. Se sienten las ganas y la

intención del autor por provocar curiosidad, ya que ha sido capaz de crear el clima necesario de incertidumbre y abre “la puerta” lo justo para que pase la imaginación, consiguiendo con ello, no solo que leamos, sino que el leyente, intente hacer las cábalas suficientes para encontrar la solución al caso. Escrita con sumo cuidado, y ofreciendo los detalles necesarios, hace que se perciba el mimo, la delicadeza con la cual se ha ido “confeccionando” esta historia, que si bien está relacionada con *“El traficante de Almas”* no requiere indispensablemente su lectura; ella por sí sola, contiene suficientes datos para vincularla, ya que su autor, se cuida de aportar todo aquello que es necesario para su absoluta comprensión.

Creo que llegados a este punto, lo importante no son mis palabras, sino que se adentre en “El Vals de los Malditos” y preste atención a todos y cada uno de los vocablos escritos por Iván López Pardo.

No demore más este momento y... pase página. Estoy segura de que no se arrepentirá.

Conchi Revuelta

INTRODUCCIÓN

Hay algunas cosas en la vida que podemos explicar y, sin embargo, otras que no. Unos creen que todo es cierto y otros que nada lo es. Siempre hay diferentes puntos de vista para cada matiz. Incluso, los cuerdos creen que la demencia de los locos es algo irreal y en ocasiones están en lo cierto; en otras, por desgracia, no. Desde el principio de los tiempos siempre hubo condenados a danzar al son del vals de los malditos.

Primera parte

Santander. Martes 3 de mayo, 1977.

Una brillante luna presenciaba imperiosa, desde el oscuro cielo de la ciudad de Santander, la desgarradora persecución que transcurría al filo de la madrugada, del primer martes de mayo, por las céntricas calles colindantes al ayuntamiento. Cuatro jóvenes corrían envueltos en rabia, desafiando al frío y a la lluvia que les golpeaba con fuerza, detrás de un muchacho que, desesperado, luchaba por escapar de la despiadada comitiva que le asediaba. Dejaron atrás la calle Santa Lucía para comenzar a subir la cuesta de San Simón.

—¡Coged a ese maricón de mierda! —mandó el que parecía llevar la voz cantante—. ¡No le dejéis escapar!

—No te preocupes, se está metiendo en la boca del lobo —comentó otro agitado—. No sabe la que le espera.

El chico, poseedor de una mirada triste que evocaba pena y protección a partes iguales y de constitución más bien enclenque, se desvió hacia su izquierda y llegó hasta una calle sin salida. Entre jadeos y angustia se detuvo frente a un elevado muro que cortó su avance. Se dio la vuelta tembloroso y vio que sus perseguidores ya cerraban su paso desde el principio del callejón... “*¡Ya no podrá huir!*” Pensaron los otros. Empapado entre lluvia, sudor y desconsuelo, el joven comenzó a asimilar su destino.

—Te vas a arrepentir de haber puesto tus sucios pies en la ciudad, turista desviado.

—Yo no soy de fuera —contestó de forma seca el muchacho de la mirada triste, al tiempo que retrocedió todo lo que pudo. El muro a su espalda.

—¡Mientes! Si fueras de aquí te conoceríamos. Esto es pequeño. —Silencio en el solitario joven—. ¿De verdad pensabas que ibas a escapar? —El grupo se acercaba con fuego en la mirada, pero hablaba el líder. Disfrutaba del momento.

—¡No me hagáis nada, por favor! —El chico suplicó con pavor en los ojos—. ¡Por favor! He aprendido la lección.

—Está bien, muchachos. —El líder se dirigió al grupo que esperaba solamente una orden para atacar—. Vamos a dejar irse a esta maricona por donde ha venido. —El tono se volvió más severo—. Pero tú, ¿qué coño te has pensado, que puedes ir enseñando tu mariconismo al mundo y salir ileso? ¡A por él, chicos!

El desvalido joven se echó al suelo haciéndose un ovillo ante el inminente ataque. Su esperanza perdió la batalla con la realidad.

—¡No!, por favor, ¡no! —Los gritos eran desgarradores—. ¡No! ¡Por favor!

Los cuatro jóvenes de mirada fría estaban a punto de abalanzarse sobre su presa cuando, de repente, la expresión del chico cambió. Sonoras y vehementes carcajadas salieron de su boca, inundando la calleja con su potencia, retumbando en la fría noche ante el desconcierto de sus adversarios.

Un segundo más tarde, el tiempo se detuvo en el callejón. El aire ya no corría y la lluvia pendía estática del cielo, sin llegar a caer al suelo. Los abusones parecían ahora estatuas. Permanecían en la postura previa a las siniestras carcajadas del muchacho que aún resonaban de fondo, como un eco macabro, por el callejón. El único sonido que desafiaba al absoluto silencio repentino que les envolvía.

El muchacho se irguió con un veloz movimiento, ya no parecía indefenso. Les contemplaba satisfecho, como si fuera el cazador y ellos unos simples ratoncillos que habían caído en su trampa.

Se acercó al líder, que continuaba sin poder moverse. El miedo se reflejaba en sus ojos. Lo único detenido era su cuerpo, la mente seguía funcionando. El chico de la mirada triste sonrió y, como por arte de magia, comenzó a cambiar su imagen. Segundos más tarde era otra persona, algo más mayor, y con la expresión de suficiencia del que está acostumbrado a ser temido.

—¿Qué te había hecho yo para llegar a esto? —incredó—. ¿Ser diferente? ¿Vivir sin esconder lo que soy? ¿O lo que tú querías ver en mí? ¿Eso te ofende? ¿Por algo tan incorrecto odias a tus

iguales? No eres más que escoria, y no mereces más que la peor de las muertes. Basura como tú desprestigia a la raza humana y hará que desaparezca.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras el revitalizado muchacho, que mantenía la tristeza en su mirada aunque ahora la acompañara con una sórdida mueca de rabia, posó sus manos en las sienes del indefenso matón que ante la violencia que ejerció el otro en su cabeza comenzó a hacerse sus necesidades encima.

Sabiéndole inmóvil, el atacante aplicó una fuerte presión en la cabeza del indefenso muchacho, apretando con ambas manos, Hasta que el cráneo del joven matón estuvo a punto de ceder. En aquel vacío sonoro que se había apoderado del ambiente, se escuchaban crujidos en los huesos de su cabeza. Producto de esto, Los ojos parecía que fueran a salirse de las cuencas. Una expresión de horror se adueñó de sus facciones al tiempo que comenzó a temblar como sumido en la más implacable de las fiebres. El cazador cazado quiso gritar, pero fue incapaz de emitir ningún sonido. Su garganta se movió convulsamente. La boca se le desencajó por el esfuerzo. El chico, que ahora agredía, sonrió complacido. Disfrutaba viendo sufrir a su víctima, sabiéndose poderoso.

Después, cuando la vida del otro ya casi estaba extinta, comenzó a recitar versos en un extraño dialecto, mientras miraba con fijación vehemente al abusón al que sabía un pelele en sus poderosas manos. De sus antebrazos comenzó a salir una potente luz, un halo que irradiaba una especie de tatuaje dorado marcado como a fuego en su cuerpo. Una potente explosión iluminó el cielo encima de ellos. Sus ojos se oscurecieron hasta que lucieron más negros que la propia noche. De repente, del cuerpo del maltrecho joven, comenzó a fluir un fulgor blanco, muy potente, que a toda velocidad se introdujo en el cuerpo de aquel demonio que levitó unos centímetros. El flujo de esa energía que le estaba robando, confluyó durante un par de minutos, hasta que, después de ir haciéndose cada vez más débil, se detuvo y, entonces, esa especie

de mago de lo oscuro soltó con desprecio al otro dando por terminado esa suerte de rito maligno.

Cuando el cuerpo, ya inerte, cayó al suelo explotó desde su interior, salpicando todo de sangre y vísceras. El tiempo volvió a continuar su curso. La lluvia volvió a caer y el aire corrió de nuevo. Un gesto del renacido muchacho bastó para que “los cazadores cazados” que quedaban en pie corrieran despavoridos con dirección a ninguna parte y la única necesidad de escapar de aquel horror. El misterioso muchacho reanudó su marcha con la indiferencia del niño que ya se ha aburrido de su juguete.

Caminaba por las calles de Santander, admirándola, como si hiciese siglos de su última visita, hasta que, de repente, desapareció entre las sombras, evaporándose en la nada.

No demasiado lejos de aquella calle teñida de sangre, en un típico domicilio santanderino, un matrimonio descansaba en mitad de la noche. De repente, ella comenzó a agitarse de un lado para otro de la cama. La mujer dio un fuerte grito y cogió una gran bocanada de aire al despertar. Su marido encendió la luz acelerado.

—Cariño, ¿Estás bien? Llevas un rato teniendo una pesadilla.

Ella le miraba como si estuviera volviendo a este mundo después de un largo letargo y no entendiera aún dónde se encontraba. Una lágrima surcó su rostro, mientras, en silencio, exhalaba profundamente varias veces, como queriendo coger un aire que se le hubiera negado.

—Cariño, me estás asustando. Dime algo. ¿Llamo a una ambulancia?

Estela Márquez negó con la cabeza. Se abrazó al hombre que compartía su lecho y comenzó a llorar sin consuelo alguno.

Gdansk, Polonia. Minutos después.

Encima de una imponente mesa de roble, una hoja de diario comenzó a llenarse de letras y palabras procedentes de una

refinada pluma que levitaba sola en el aire. El cuarto estaba oscuro, iluminado tan sólo por la tenue luz de un viejo candil. La caligrafía que se plasmaba en el papel era elegante y concienzudamente trabajada. Poco a poco, la figura que sostenía la pluma adquirió forma humana de nuevo...

Me llamo Samuel Abascal, o eso es lo que ponía en otro tiempo en mi partida de nacimiento, pero ahora eso ya no importa, ya que desde hace casi dos décadas se me asocia más con la tristeza; la angustia, la agonía, el desastre y la propia muerte, que con una figura humana. Esto es debido a que durante todo ese tiempo sólo he vivido, si es que a esto se le puede llamar así, para cumplir un cometido. Una especie de deber que al principio me gustaba, me llenaba, que lo disfrutaba, ya que me reportaba hasta un falso estado de maquiavélica deidad. Pero ahora, pasado el tiempo, me doy cuenta que, pese a haberlo disfrutado tanto, he perdido mi vida. Una vida que desde el principio estuvo marcada por el dolor y la pérdida, pero que, de la forma que fuera, era mía y merecía haber sido vivida. Ahora, tanto tiempo después, me pregunto ¿qué habría sido de mí si no hubiese sido débil y me hubiese dejado arrastrar por el lado oscuro? ¿Dónde estaría en este momento? ¿Qué rumbo habría tomado mi incierto destino? ¿Qué cosas me habrían sucedido siendo un simple mortal como los demás? Ahora ya no es posible saberlo, ni es productivo perder el tiempo pensando en lo que pudo ser. Lo que tengo bien claro es con quién quería haber gastado ese tiempo que nunca consideraré realmente mío.

Hubo una época en el que este oscuro y podrido ser en el que me he convertido, fue capaz de amar. Esa es mi condena y castigo, saber que por haber escogido el camino fácil, el camino en el que no pensaba más que en el poder y la venganza, he perdido una vida junto a ella, Estela, el bello ángel que una vez iluminó mi oscuridad.

Aun así, aunque me mire en el espejo y mi aspecto poco haya cambiado en estos casi veinte años, sé que ella ya no es la misma, que rehízo su vida, quizá pensando en mí, o quizá no. Pero ahora sé que, por poderoso que sea, ni puedo volver al pasado ni podré

recuperar jamás aquella vida. Y aun así, tampoco puedo pararme demasiado a pensar en el pasado, pues, como siempre, tengo un cometido que cumplir para tenerle contento a él, al que ordena y dirige mis movimientos como si no fuera más que su peón en este juego, quizá lo sea. De nuevo, tendré que servirle, y, aunque ya estoy más que acostumbrado, cada vez me resulta más difícil.

Otra vez acudiré a una tragedia, a una guerra, a un accidente. En ocasiones hasta los provocho yo mismo. De nuevo, iré al lugar donde la desgracia se ha cebado con el débil. Volveré a recolectar las almas perdidas de esa pobre gente a la que mi padre no ve más que como simple ganado. Es una de las desventajas de ser el hijo del ángel caído. Lo que no sé es cuanto más podré volver a aguantar este infierno.

Una lágrima surcaba en camino de no retorno el rostro del hombre que con rabia tiró la pluma y los papeles en los que escribía. Sacó de uno de los cajones de la lujosa mesa una vieja fotografía en blanco y negro en la que aparecían dos jóvenes. Él mismo y una bella chica, abrazados, enamorados. Miró desesperado hacia el gran ventanal observando el mundo exterior como si se sintiera preso. Y, en cierta forma, lo estaba.

Aun así, un pequeño halo de esperanza dominaba su sentir. Desde hacía un tiempo había decidido revelarse. No tenía claro ni cómo ni cuándo, pero su mayor deseo era dejar de sentirse como un muerto en vida y, pese al miedo que eso le producía, estaba decidido a luchar por conseguirlo.

Santander. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Un par de horas más tarde, cuando la noche manifestaba su fugaz reinado en su máximo esplendor, los agentes de la ley habían tomado el control de la situación en la calle San Simón. El cordón policial evitaba que los curiosos se acercaran a la escena del crimen. Al principio del callejón, el inspector Marcos Márquez esperaba fumando un cigarrillo a que el equipo de especialistas de

la sección científica del cuerpo de policía de Santander terminara su trabajo. Márquez continuaba con la tradición familiar en el cuerpo de policía local y al igual que siempre le había ocurrido a su padre, el anterior comisario de la ciudad que acababa de jubilarse, detestaba que le levantaran de la cama para trabajar por la noche. Se encontraba entre estremecido y confundido. La visión que acababa de tener en esa calleja hacía tan solo unos minutos, le había recordado uno de los peores días de su vida. Viajó en sus recuerdos algo más de quince años atrás en el tiempo, cuando él mismo era un novato, hasta el primer día en el que vio con sus propios ojos lo que era el horror. El horror del que tantas veces había escuchado hablar a su padre desde niño. El horror que, después, había vuelto a visitarle con asiduidad. Y, aun así, un escalofrío había vuelto a cruzar su cuerpo. Le pareció que, tanto tiempo y tantas vivencias en su hoja de ruta después, aún no se ha acostumbrado a tanta atrocidad.

Pese a las casi dos décadas de experiencia que atesoraba, el peso de la responsabilidad cayó sobre sus espaldas con toda la fuerza de los grandes problemas cuando a uno le cogen por sorpresa.

Pensativo, saboreaba cada calada. Intentaba asimilar el torrente de pensamientos que formaban ahora una amalgama de ideas en su cabeza. De golpe, tiró el cigarrillo al suelo, con rabia, movió su cabeza evidenciando un gesto negativo y comenzó a andar con decisión. Se acercó de nuevo a la horrible escena del crimen. Al introducirse en el callejón evitó posar la mirada en el cuerpo, o lo que quedaba de él, que descansaba en el pavimento.

—Javier, voy a ir a casa, que mañana nos espera un día muy largo. Le dejo al mando. Asegúrese que todo transcurre como debiera.

—¿Le ocurre algo, jefe? Tiene mala cara.

—No, ya sabe que no me gusta salir de la cama a estas horas —mintió—. Prepare un informe y déjelo en mi mesa para que pueda verlo por la mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Márquez.

El inspector abandonó la callejuela con la sensación de estar ante el comienzo de algo fatídico que iba a tomar mucho tiempo solucionar. De camino a su domicilio suspiró y encendió otro cigarrillo. Intentaba atar cabos, reunir similitudes e identificar diferencias, pero, pese a que encontrarlas sería lo que más desearía en esos momentos, no tenía dudas. Las secuelas en el fallecido eran idénticas, también la metodología. De manera irónica y cruel, era el mismo lugar donde comenzó todo y el mismo tipo de crímenes que, casi treinta años atrás, atemorizaron a la ciudad y tuvieron en jaque a todo el cuerpo de policía local durante casi una década. Desde luego, se dijo, si no era el mismo asesino, había calcado el modus operandi de aquellos brutales actos, cargados de maldad, que habían quedado sin culpables. Perpetrados por un asesino del que lo único que consiguieron averiguar en toda la investigación fue que se había mofado de todos los implicados. Aquel que parecía invisible, que no dejaba marcas, ni pistas. Aquel que formó un pupilo delante de sus propias narices. Marcos detuvo su paso ante este último recuerdo. Sintió una momentánea e inusitada rabia al pensar en aquel aprendiz que había maldecido tantas veces, aquel al que él conocía bien pues convivieron bajo el mismo techo durante todo un verano.

Enfiló la calle Cisneros sin entender qué podría haber cambiado ahora para que después de dieciséis años sin dar señales de vida en la región, aquellos desalmados volvieran a actuar en su querida Santander. Mil y un pensamientos invadían su mente, pero uno por encima de todos le preocupaba, su familia podría correr peligro y su hermana, de la que él se había convertido en silencio en un ángel protector, sobremanera. Otras veces el destino le castigó con no poder cuidar de los suyos y Marcos era consciente del daño que había arrastrado por eso.

Santander. Año 1962.

Un recuerdo en el que padre e hijo dialogaban en el despacho del primero invadió la mente de Marcos Márquez.

—Ya ha pasado más de un año desde la última aparición de Samuel Abascal y su maestro —comentaba el comisario a su hijo—. Me están apretando las tuercas desde Madrid con este tema. Alegan que estoy confundiendo vigilancia o protección con un servicio de guardaespaldas.

—¿Qué vas a hacer, padre? —preguntaba un joven Marcos.

—Lamentándolo mucho voy a tener que retirar los hombres que vigilan a Estela. —El comisario Anastasio Márquez negaba con la cabeza.

—¿Y vas a dejarla expuesta a ese loco que ya ha querido llevársela antes? ¿Así, sin más?

—No exactamente. He estado pensando y puede que lo mejor sea precisamente eso.

—¿El qué? —cuestionó Marcos.

—Que quitemos los policías que la vigilan. —El gesto del chico fue contrariado—. Mira, Marcos, de esta forma Madrid me dejará tranquilo y así, a lo mejor el malnacido ese vuelve a dejarse ver.

—¿Y de qué nos sirve que aparezca si no va a haber nadie para cazarle?

—Yo no he dicho que no vaya a haber nadie cerca de Estela. —Tasio sonreía complacido—. Tú te encargarás. —El comisario se adelantó a la queja de su hijo—. Que su Hermano tenga una relación cercana a ella es algo de lo que nadie sospechará. Tan solo te pido que pases el mayor tiempo posible con ella, que vuelvas a convertirte en su mejor amigo como eras antes de todo esto. Así, igual podemos lograr que te cuente si ese tipo vuelve por aquí.

—¿Me estás pidiendo que fuerce las cosas para que mi hermana crea que me acerco a ella porque soy su hermano mayor y no por trabajo?

—No exageres, Marcos. Desde siempre habéis estado muy unidos. No te costará volver a conseguirlo. Os vendrá bien.

Tómatelo como una segunda oportunidad. Me ha dolido mucho vuestro distanciamiento por culpa de ese malnacido.

—Pero, ¿y mi trabajo? No podré estar vigilándola veinticuatro horas cada día.

—Lo sé, y no quiero que desperdicies tu carrera. Solamente espero que vuelvas a tener una gran confianza con ella otra vez. Así, también la ayudarás a superar esto.

—En eso tienes razón, ya ha pasado un año y sigue hundida.

—Es que, aunque nos pese, ella le quería de verdad. Intercede para que María se acerque también a ella, no tienes que mentir a nadie, lo que haces es todo por su bien. Para protegerla.

—Pero, ¿y si Samuel vuelve y hace algo a mi hermana sin darnos tiempo a reaccionar por no llevar escolta? Ya volvió después de muchos años. No nos lo perdonaríamos jamás.

—Sinceramente, ni creo que vuelva tan pronto, sabe que esta vez la ha hecho gorda, ni tampoco creo que vaya a hacerle nada a ella. Si te fijas, Estela es su obsesión desde que eran niños. Si vuelve a ponerse en contacto con tu hermana se la querrá llevar consigo, pero para eso estarás tú al acecho. Es la única solución posible que nos queda.

—Ya, pero recuerda que Samuel no puede haber hecho todo esto solo, sabemos que desde pequeño tiene la ayuda de aquel hombre misterioso. Igual el otro sí que la hace algo. — Marcos no estaba nada convencido.

—Ahí te doy la razón, es más, estate seguro de que Samuel es sólo un aprendiz, el maestro es el otro. Pero tampoco le hizo nada cuando tuvimos al niño en casa, sólo me asustó para que no continuara con el caso. —Mientras hablaba la rabia y la culpa le poseían a partes iguales.

—No seas tan duro contigo mismo, padre, sólo intestaste ayudar a un niño que había visto su vida rota. —Marcos posó su mano en el hombro de su progenitor.

—Lo sé, pero mezclé mi trabajo con los sentimientos personales arriesgándoos a todos. Cuando aquello ya teníamos constancia del

maestro de Samuel y yo, cegado, le subestimé. Aparte de por el cariño que le cogí al crío, le llevé. A casa con nosotros para poder estar más cerca de ese maldito hombre tan escurridizo.

La mirada de Tasio se llenó odio.

—Hay una cosa que no entiendo —continuó Marcos—. ¿Cómo es que en todo este tiempo no hemos logrado averiguar nada de ese misterioso hombre?

—No tengo ni idea, pero casi la única descripción que hay de él es la que nos dio Samuel con diez años. Es la primera y única vez que me ha ocurrido algo así. Parece que esté escondido bajo tierra todo el tiempo y solamente haya salido de su comadreja para matar. —El comisario hizo una pausa dramática sabedor que su mensaje había calado en su hijo—. Entonces, ¿harás lo que te pido?

Marcos bebió un poco de agua mientras meditaba hasta que suspiró de forma amarga.

—De acuerdo, acepto. Seré el guardián de mi hermana. Ojalá así, aparte de protegerla, podamos coger a esos dos desgraciados.

Santander. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Casi cuando enfilaba el último tramo antes de llegar a su hogar, Marcos sintió que alguien le seguía. Sonoros pasos retumbaban en la lejanía y el silencio de la noche. A esas horas, las calles se encontraban semidesiertas y tuvo un mal presentimiento. Continuó caminando alerta unos cuantos metros más. Los pasos resonaban aún a su espalda, cada vez más cerca, cada vez más fuerte. Marcos estaba nervioso, mucho. Se llevó la mano a la cartuchera agarrando su pistola. La acarició sintiendo la seguridad que le reportaba y, de golpe, dio media vuelta. La calle vacía le recibió. Los inquietantes pasos se evaporaron en la nada. Se miró al espejo de un escaparate, descubriéndose apuntando hacia ninguna parte con la mirada de un animal que se siente acorralado. Suspiró y negó con la cabeza antes de reanudar su marcha.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Una oscura y lúgubre melodía sonaba, repitiéndose con cadencia desincronizada y cierto aire de melancolía, en un fabuloso piano *Bösendorfer* que presidía el gran salón. El hombre sentado al piano parecía estar lejos de ese lugar. Su mente se mostraba pensativa, ausente. “Balada de Estela” se leía en la partitura que descansaba en el atril. La escena, desarrollada en la penumbra de uno de los fastuosos salones de la gran mansión ubicada en *Gdansk* a orillas del golfo del mismo nombre en la vieja Polonia, parecía sacada de un cuadro renacentista al estilo de *El Greco*.

Mientras sus dedos acariciaban las teclas del lujoso piano haciendo que la melodía tomara forma, el hombre meditaba sobre todo lo que tanto le preocupaba. No estaba contento, pues horas antes no pudo controlarse y mató de nuevo de forma brutal en su amada Santander. Aun así, no todo resultaba malo esa noche. Había vuelto a estar junto a ella por primera vez en mucho tiempo y, aunque era consciente que no podía y que no debía visitarla por expresas órdenes de su padre, tenía la completa certeza que, como lo hizo durante tantos años atrás, en cuanto consiguiera encontrar una forma de escaparse de la vigilancia de su oscuro maestro, volvería a visitar a su ángel.

De lo que no estaba seguro era de si lograría controlar toda la rabia que se creaba en su interior debido a la frustración que le provocaba no poder tenerla como él deseaba. Esa noche le había sido imposible, se dejó llevar por sus instintos más oscuros. Pero era consciente que no podía volver a ser tan torpe, tanto porque podría crearle problemas con su padre, que le tiene prohibido regresar a la ciudad que le vio crecer, como por lo que podría significar para aquella gente que dejó atrás, entre ellas Estela, sobre todo para Estela.

De pronto, una oscura figura irrumpió en la estancia sobresaltándolo. Como de costumbre, rápida y sigilosa, una sombra

vertiginosa, haciendo que sus manos se detuvieran en el acto.

—¿Ya estás otra vez con tus estúpidos recuerdos? —pronunció entre el enfado y el asco el recién llegado.

El gesto del compungido pianista se mantuvo impertérrito, fijo en ninguna parte, al tiempo que reanudaba la melancólica melodía.

—Ya sé que —prosiguió la sombra—, a diferencia de mí, tú sí eres esclavo de tus sentimientos, pero creo que esto es ridículo. — En respuesta sólo una mirada de indiferencia—. Todos sois iguales, vuestras debilidades os dominan. Solo unas tristes marionetas que tratan de no ahogarse en sus propias penas. —El desprecio continuaba latente en la oscura silueta.

—Tú eres esclavo de tu odio, padre, todos tenemos que soportar alguna cruz.

El tono y el descarado juego de palabras ofendieron al mayor, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abalanzarse sobre su propio hijo.

—No se te ocurra quejarte, te lo he dado todo. Llevas años siendo una deidad, y si las cosas salen como las tengo planeadas, terminaremos gobernando el cielo.

—Sí, pero ¿a qué precio? —rebató el joven con la mirada del que lo ha perdido todo—. ¿Qué me queda ahora? ¿La inmortalidad? Eso, al final, no es más que un castigo.

—Samuel, no desaproveches la oportunidad, lo mismo que te he dado poder, puedo arrebatártelo. —La sonrisa perruna era más inquietante que la propia amenaza—. Créeme, no serías el primero.

Unos segundos de silencio que se hicieron interminables, añadieron tensión al ambiente.

—No dudo de tu poder, padre —concedió al fin el joven—. Pero no sé si toda esta cruzada en la sombra tendrá recompensa. He perdido mi vida y lo que más he querido.

La luz se alzó de forma súbita hasta iluminar por completo la estancia. El piano comenzó a ejecutar una épica sinfonía. Las teclas se accionaban solas y el característico sonido del Bösendorfer se tornó más rotundo, recordando a un órgano de iglesia amplificado

hasta lo ensordecedor, hasta que, en su majestuosidad, se hizo casi insoportable.

—De todos los discípulos que he tenido, tú has sido el único que se merece que le llame hijo, de hecho lo eres. El único que tiene mi sangre corriendo por sus venas, pero no soporto cuando muestras tu lado humano. Lo detesto. Debes tener fe en mí, otros no la tuvieron y cayeron en el intento, sucumbieron a su humanidad. Y créeme, alguno era muy bueno. No intentes hacer como que esto no te gusta. Estoy al tanto de tus escapadas nocturnas Samuel, ayer mismo volviste a hacerlo. —Órdago en la mirada—. Sé que tú también necesitas matar.

—¿Fueron muchos los que elegiste antes de mí? —preguntó fingiendo envidia y curiosidad para cambiar de tema Samuel. Esperaba que su padre no conociese su verdadero paradero de la noche anterior.

—Ya te dije que antes de ti, opté por intentar ayudar a otros a cambio de su fe o sus favores. De hecho, algunos personajes ilustres de la historia mantuvieron contacto conmigo. Unos cumplieron con el pacto, haciendo lo que yo les exigía, y vivieron hasta el final de sus días disfrutando el éxito que les conseguí, y otros, en cambio, se precipitaron estrepitosamente hasta la desidia que nunca debieron abandonar.

—¿Alguno que conozca? —Samuel continuaba con su juego de despiste.

—Sin duda el caso que más te sonará es el de un pobre infeliz de la insigne América. Edgar Allan Poe, se llamaba.

—¿El escritor? Lo conozco, claro.

—El mismo. —Su sonrisa perruna llenaba de maldad la estancia—. De no ser por sus debilidades hubiera sido muy grande a mi lado, pero le pudo la presión.

—Pero, aunque en vida fue un desgraciado, tenía talento, ¿No?

—¿Bromeas? Ha sido uno de los mejores junta letras de toda la historia, y no era bueno solamente escribiendo. Si hubiese querido habría podido dominar el mundo. Pero me equivoqué con él, al fin y

al cabo era sólo otro ser humano. No aguantó la presión y no logró ocupar el puesto que tú, hijo mío, ocuparás. —La mano angulosa y llena de afiladas uñas se posó en el hombro del más joven.

—¿Qué puede querer Satanás de un escritor?

—Te he dicho mil veces que no me llames así, es sólo uno de los nombres que la Iglesia Católica se ha inventado para que se olvide el mío propio.

Una caricia lenta, pero fuerte surcó el rostro de Samuel. La amenaza, aunque velada, fue clara.

—El mundo de las artes siempre ha sido uno de mis escaparates favoritos a la hora de darme a conocer entre la plebe. Le ofrecí un hueco en la historia a cambio de hacerme un libro al más puro estilo de la Biblia. En aquella época aún pensaba que mi victoria vendría imitando el estilo del otro. —La sola mención a Dios iluminó sus ojos hasta casi echar fuego por ellos—. Estaba confundido, para mí es mejor estar en la sombra. Ahora lo he entendido. De todas formas también pacté con algún otro escritor, pero todos me defraudaron y tuve que hacer maldita su existencia.

—Sí, pero en cambio Poe sí ha tenido un hueco en la historia.

—Por supuesto, tenía talento y yo siempre cumplo lo que prometo. Aunque por no cumplir con su parte, tuvo que pagar una penalización... vivió atormentado. De hecho, murió a causa de eso. —Abraham sonrió de forma cínica.

—Pero si querías que hiciese tu encargo para intentar engañar a las masas tú también, ¿no era mejor que Poe estuviese tranquilo, y fuese feliz? —El comentario de Samuel hizo estallar unas sonoras carcajadas por parte del aquel oscuro ser. El eco retumbó de forma rotunda por toda la habitación.

—¿Ves por qué estoy tan seguro de ti? Eres muy inteligente. De eso hace ya bastantes años, y yo también he aprendido con la experiencia. Ya lo dice el refrán: *Sé más por viejo, que por lo que realmente soy.* —Su mueca de complicidad fue forzada—. A mí solo me interesa que se haga el mal, nunca lo evito, al contrario, lo incentivo, pues hace ya tiempo que llegué a la conclusión que ese

era el único camino para vencer en esta forzada guerra que comenzó hace tanto tiempo en el cielo. Pensé que si no cumplía con su parte, si le apretaba, por lo menos haría el mal. Está demostrado que, salvo casos especiales, las personas son más propensas a hacerlo cuando sufren.

—No lo entiendo, padre, si era tan frágil y tan acomplexado, por qué lo elegiste.

—A todos os cuesta saber de lo que sois capaces, incluso a ti, acuérdate como eras hace sólo unos años.

—¿Y él?, ¿por qué pactó contigo para conseguir un hueco en la historia? si tenía talento, podía habérselo ganado él mismo, ¿no?

—Por vanidad. Verás, los políticos, los banqueros y ese tipo de gente anhelan el poder, la lujuria del dinero y por ahí es fácil atacarles, ese es su precio, pero los artistas lo que más valoran es la vanidad, llenar su orgullo con reconocimiento. Y el señor Poe no era una excepción. Desde pequeño era muy prometedor, solamente había que apretar las teclas adecuadas para que bailara al son de mi melodía. Quizá de todos los anteriores, fue el que más se acercó a lo que espero de ti, pero le pudieron la presión, los sentimientos y sus interminables complejos y, al final, le fallaron las fuerzas. No me gusta la gente que llega tarde, tampoco la que se adelanta, me quedo con los que llegan en el momento adecuado. Espero que tú no sigas su ejemplo y me falles, he puesto todas mis esperanzas en ti. —La sonrisa, provocativa y amenazante al mismo tiempo, se llenó de dientes y tenebrosidad.

—Yo soy tu hijo, cumpliré mi cometido —admitió convencido Samuel.

—Me acuerdo como si fuera hoy mismo, y mira que la inmortalidad llena mi cabeza de recuerdos —meditaba Abraham—. Además, aquello fue muy productivo, ya que, gracias a aquel experimento fallido conocí a mi fiel Giacomo. —Samuel miró de forma desdeñada al criado que se había incorporado poco tiempo antes y que escuchaba embobado a su padre.

Corrían los primeros años del siglo diecinueve. —La varonil voz de Abraham dotaba de sonido las imágenes que se desplegaban en la mente de los otros—, y yo cada vez iba aprendiendo más sobre cómo posicionarme en el tablero de este juego por el poder que el otro y yo mantenemos desde hace miles de años. Mi adversario era un jugador experto y muy poderoso, pero yo, al igual que ahora, sabía que las oportunidades siempre llegan si tienes paciencia, por lo que no tenía ninguna prisa por comenzar la batalla final. Ventajas de ser inmortal. —El guiño a las continuas quejas del más joven fue claro.

En ese tiempo, solamente me dedicaba a estudiar al ser humano y a hacerme cada vez más fuerte desde las sombras. Ya por entonces sospechaba que para ellos vivir es auto engañarse de que todo va bien, para sobrevivir a su propia vida. Y luego se creen superiores a los animales. —Abraham rió con malicia.

A principios de ese siglo me encontraba exultante, cada vez disponía de más herramientas para perpetrar el mal, como el invento de la locomotora. Ya sabes lo que se dice; cuantas más facilidades se le dan a un virus para desplazarse, más rápido se expande la infección, y el ser humano es la mayor de todas ellas. Tenía la vieja Europa bajo control. Napoleón dominaba la escena bajo mis órdenes y yo, aún estaba convencido de que debía atacar al otro con sus mismas armas. Pensaba que si conseguía que me escribieran un libro lo suficientemente bueno y formaba una religión podría contrarrestar lo que él había conseguido con su Biblia y su Iglesia. Yo no podía hacerlo, pues se necesita una limitada cabeza humana para ello. Lo que yo escribiese no sería comprensible por un ser humano. Lo había intentado con algunos junta letras europeos. Recuerdo un español que estuvo bastante cerca de lograrlo y que con la segunda parte de su obra más famosa viajó a unos infiernos imaginarios que hasta me emocionaron, pero, al final, no obtuvo los resultados deseados por mí, y lo pagó caro. Cada vez me encontraba más enfadado con respecto a este tema. Ninguno de los literatos tentados, había conseguido hacer mis deseos realidad,

y no por falta de talento, desde luego, sino más bien porque esas miserables ratas tenían tanto ego, y estaban tan ensimismadas en su propio éxito que les era imposible salirse de lo que creían, sería su obra maestra. Ahí constaté algo que ya sospechaba hacía mucho tiempo, que el ser humano es necio por naturaleza y que no le importa ponerse en grave peligro, por perseguir sus estúpidos sueños. Así les fue, y así les va. Por otro lado, sabía que los Estados Unidos de América eran el futuro. Ya había hecho notar mi oscura determinación allí consiguiendo su independencia, pero era un territorio joven al que envenenar para dominar el mundo. Debía tener cuidado porque por aquel entonces el otro era mucho más poderoso que ahora, y yo mismo disponía de menos facultades que en estos momentos. Así que intenté algo diferente. Esta vez no tentaría a un escritor ya consagrado, guiaría a uno desde antes de nacer.

Me desplazé por toda América en busca del elegido. Examiné miles de recién nacidos buscando un genio, hice pactos con parejas e incluso ayudé a algunos que, pensaba, podrían engendrar a alguien digno de esa magnífica empresa para que pudieran hacerlo sin trabas. Así fue como me crucé en la vida de los padres del célebre Edgar Allan Poe.

Santander. Madrugada del miércoles 4 de mayo, 1977.

Al llegar a su domicilio de la calle Cisneros, Marcos recorrió el pasillo mirando una por una las habitaciones de sus tres hijas. Todo estaba en orden. Continuó deambulando hasta llegar a su propia habitación. Aún en la penumbra reconoció su cama y aún con los más de cuatro años que habían pasado desde el día más dramático de su vida sintió, al instante, una puñalada de dolor en el alma. María, la mujer con la que había compartido media vida y que le había dado tres preciosas hijas, les dejó cuando un conductor borracho se cruzó en su camino, cambiando su destino para siempre. Se tumbó en el lecho vacío, recordando cuando ella estaba

viva, junto a él. Suspiró con nostalgia, pensando en lo protegido que se sentía cuando la abrazaba con fuerza por las noches. Rememorando cuando aquella cálida trinchera, en la que los problemas no entraban, era el perfecto reducto en el que refugiarse de cualquier mal día.

Mucho había tardado en dejar de sentir odio por aquel malnacido que le privó para siempre de la madre de sus hijas, amén de refugiarse más veces de las deseadas en el alcohol. Se dejó la piel para atraparle con la esperanza de que, llegado ese momento, su dolor se aliviara al menos en parte. Cuando lo consiguió y aquel descerebrado entró en prisión, su pena no se atenuó ni un ápice y aprendió una valiosa lección; el dolor puede producir odio, pero no con más odio y su posterior rabia se acaba el dolor.

Casi no pudo pegar ojo en toda la noche y tuvo que luchar con toda su voluntad para que el alcohol no volviese a ganar la partida de su adicción. Aquel horrible asesinato en el callejón de la calle San Simón, tan similar al que inició todo a comienzos de los años cincuenta, hizo que recordara en el silencio de la noche aquellas reuniones con su padre y la gente de fiar de la comisaría en las que, por un lado, se buscaba proteger a su hermana Estela y, por otro, atrapar a aquellos malnacidos. El misterioso maestro y el aprendiz que les había tenido engañados a todos desde niño y había escapado en más de una ocasión ante sus propias narices. Tanto esfuerzo derrochado en vano, tantas noches sin dormir, tantos operativos ineficaces que dejaron en entredicho la profesionalidad del cuerpo y, sobre todo, tanta desconfianza creada entre los implicados. Todos parecían como alterados por una mano negra que les negaba el éxito.

Más tarde, tras todas las dudas originadas por el fracaso, sólo silencio hasta ese día. Los sospechosos desaparecieron por completo, como si se hubiesen aburrido de jugar con ellos. Al fin y al cabo, visto desde la retrospectiva que da el paso del tiempo, es lo que parecía, sólo un juego. Por eso ahora, incluso sabedor del peligro que podía estar cerniéndose sobre ellos, sentía en su interior

unas ansias de venganza renovadas. Pensaba que podría haber llegado el momento de saldar cuentas con la otra persona, aparte del conductor borracho que asesinó a su esposa, que más daño había hecho a su familia. Aun así, intentó encontrar odio dentro de sí mismo hacia aquel que tantos años atrás había robado el corazón de su querida hermana y no pudo. Lo que sentía, pese a no desearlo, era una mezcla de admiración y lastima.

Así, entre mil y un pensamientos y grandes dosis de ansiedad llegó el amanecer y nada más levantarse procedió a realizar una de las cosas que no hacía demasiado tiempo se había prometido que no volverla a hacer jamás.

Descolgó con decisión el auricular y, en cuanto la masculina voz respondió al otro lado de la línea, se limitó a añadir:

—Papá, te necesito.

Marcos Márquez siempre había vivido a la sombra de su honorable padre, que durante cuarenta años había defendido sus ideales y los del pueblo a través de la justicia, convirtiendo el mundo, o, por lo menos, su ciudad en un lugar mejor. Anastasio Márquez defendió el puesto de comisario durante tres décadas, convirtiéndose en el más querido y admirado defensor de la ley en la historia de la ciudad. Una gran carga que hubiera devorado a cualquiera, pues exigió a Marcos desde bien joven estar al mismo nivel que su progenitor, y aunque él era muy bueno en su trabajo, no siempre fue sencillo. De hecho, las injustas comparaciones a las que siempre se había visto sometido no ayudaban en absoluto. Muchas eran las voces que a sus espaldas, o directamente a la cara, le recordaban que a su edad el gran Anastasio Márquez llevaba ya más de un lustro como comisario, mientras él no había pasado de inspector jefe de brigada y que seguía pisando la calle en vez de estar en un despacho como él mismo creía merecer. Incluso algunos opinaban que aquel puesto creado para el hijo del comisario era un enchufe para subirle por encima de los demás. “*Qué equivocados estaban*” pensaba Marcos.

—Es algo a lo que tienes que aprender a acostumbrarte. Tu padre ha sido el mejor, pero tú no eres peor, solamente diferente. — Le decía Miguel Echeverría, amigo íntimo de la familia y eterno ayudante de Tasio, que con el retiro de este obtendría el puesto de mandamás en la comisaría.

—Pero, ¿por qué no me asciende? —preguntaba de forma agria Marcos.

—Creo que solamente intenta protegerte de la presión que conlleva el poder. No sabes lo que es en realidad tener que poner la cara ante la prensa y la burocracia de este país cainita —admitía el por entonces sub comisario mientras se atusaba su frondoso bigote—. Por otro lado, lo que tú tienes es lo que él siempre quiso. Un puesto de mando con trabajo de campo.

—Yo pongo la cara en la calle que es peor. No me hace falta que siga cuidando de mí, ya no soy un niño, sé arreglármelas sólo. Además, ¿me ha preguntado lo que yo quiero? Solamente piensa en él.

—No te consiento que hables así de tu padre. —El gesto de Miguel se volvió severo—, te quiere mucho y todo lo que hace es por tu bien.

Marcos callaba, pero la ira de no sentirse valorado le iba carcomiendo por dentro.

Los pensamientos continuaban amontonándose en la mente de Marcos mientras sujetaba el auricular en aquella fría mañana de mayo de 1977.

—Tranquilo, después de mí, irás tú. —Le reconoció Miguel el día de su nombramiento como comisario unos meses antes—. Te falta poco para estar preparado.

Por eso, para Marcos, era tan difícil tener que hacer esa llamada. La primera vez que volaba solo en toda su vida y a las primeras de cambio tenía que pedirle a su padre que le ayudara una vez más. Pero era consciente de que cualquier ayuda, y más si procedía de un gran policía, sería necesaria.

—Hijo, ¿qué ocurre? —contestó la voz cansada de Tasio.

Consciente de la peliaguda relación laboral con su hijo, el trato personal y familiar eran platónicos, se limitó a escuchar lo que su vástago tenía que contarle.

—Ha vuelto a ocurrir.. —No tuvo que añadir nada más, Tasio lo entendió a la perfección—. Dile a mamá que voy levantando a las niñas para que estén listas cuando ella llegue. Te veo en media hora. Paso a buscarte por casa con el coche.

—De acuerdo —contestó tan sólo el ex comisario que no salía de su asombro ante lo escuchado.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

En el inmenso salón, Abraham continuaba narrando su historia a sus dos compañeros hasta que una sensual voz femenina le interrumpió.

—¿Recuerdos de viejo? —A derecha e izquierda del sillón en el que reposaba Abraham se materializaron Silvana y Davinia, sus maléficas concubinas con su actitud siempre desafiante, mezcla de eterna irrespetuosidad y una tremenda carga sexual.

—Le hablaba a Samuel de cuando conocí a Giacomo —se reafirmó el jefe con tono severo.

—Seguro que fue aburrido —contestó Silvana, mientras jugueteaba con su pelo negro como el azabache.

—Cierto es que la historia de cuando os recluté a vosotras tiene más morbo, ¿verdad, “cortesanas del *Rey Sol*” francés? —Las malévolas risillas de las dos mujeres relajaron el ambiente—. En otra ocasión habrá tiempo para vuestra historia, pero hoy quiero premiar a Giacomo con un reconocimiento por todos estos años. Además, si no recuerdo mal hoy es tu cumpleaños ¿No es así?

—Así es, amo. Hoy hago doscientos trece años.

El criado sonreía como un chiquillo enamorado ante la chica de sus sueños que por primera vez le presta atención.

—¿Os dejamos solos? —Silvana, la morena de las dos diablas, manifestó su repulsa a la demostración de sentimientos

—No hará falta, os gustará mi nuevo método para contar historias.

—¿Ahora también eres un cuenta cuentos, jefe? —Davinia, la rubia, pasó su lengua humedeciendo sus propios labios—. Me gusta más cuando nos haces sentir a nosotras las protagonistas. —De un rápido movimiento la mujer se sentó a horcajadas encima del hombre, y le miró fijamente, de forma lasciva.

—Ahora no, un poco de respeto al homenajeadado.

Un veloz movimiento, casi imperceptible para el mortal ojo humano de Giacomo, volvió a colocar a cada uno en el lugar que ocupaba segundos antes. La exuberante mujer, de pie y Abraham sentado con gesto suficiente, Samuel sonrió cómplice.

—Os advierto que la historia es larga, pero para entender el final hay que conocerla entera. Os resumo: dos enamorados que están separados por un inoportuno matrimonio esperan "un milagro" para poder ser felices.

—Qué tierno. —El romanticismo no parecía casar con las dos mujeres.

De pronto una ensoñación comenzó a desarrollarse al mismo tiempo en las mentes de todos los allí presentes, idéntica para todos. Controlada por el más poderoso.

—Para que luego digan que el cine es una maravilla. —Abraham sonrió partícipe ante el comentario de Silvana.

David Poe hijo —continuaba narrando la voz de Abraham acompañando la ensoñación en la mente de los allí presentes—, era un actor que había dejado sus estudios de derecho para trabajar encima de las tablas de los escenarios. Ya sabéis, uno de esos tipos que persiguen sus sueños. Dio tumbos interpretando pequeños papeles por toda la Costa Este de Norteamérica, sin importarle más que su propia búsqueda de la esencia del arte. Así malvivió hasta que, un buen día de 1804 conoció a una bella mujer, de nombre Elizabeth Arnold, actriz como él, que le volvió sino más loco, al menos más inconsciente. La dama estaba casada con un adinerado terrateniente de nombre Charles Hopkins que le granjeaba

numerosos papeles y grandes producciones a la medida de la diva, que financiaba a costa de ver diezmarse su propia hacienda.

El amor de David Poe hacia la señora Hopkins era tal que no hacía otra cosa más en su vida que intentar seducirla. Entre acto y acto siempre le dejaba una flor perfumada en su tocador. La llevaba también café caliente todas las tardes e infusiones de miel y limón cada noche después de las funciones, para que cuidara la garganta. La bañaba en elogios y siempre pasaba todo el tiempo que podía a su lado, llegando incluso a declararse en alguna ocasión. Pero ella, más por el qué dirán que porque realmente el joven actor no le interesase, siempre declinaba los envites del muchacho. Yo que, como os he dicho, estaba sondeando ese nuevo mercado, aproveché la ocasión que se me ofrecía.

Las imágenes continuaban envolviendo la mente de cada miembro del grupo presente en el salón de la mansión de Gdansk hasta llevarlos como espectadores a la Norteamérica del mismísimo siglo XIX.

Una noche, después de la función y de que el carruaje del señor Hopkins se llevara a la damisela y el joven David Poe se quedara prendido de amor y amargado de anhelo, una figura maquiavélica se le apareció.

—Daría usted lo que fuera por estar con esa mujer ¿verdad? — La sonrisa canina se mostraba de lo más tentador.

—¿Eh? ¿De dónde? No, tan sólo soy un admirador. —El joven actor trataba de disimular ante el desconocido.

—A mí no me tienes por qué engañar. Yo lo sé todo.

El principiante del mundo del teatro, pese a no querer revelar su clandestino amor, no pudo ocultar por mucho más tiempo sus sentimientos al desconocido. Ignoraba por qué, pero su presencia le hacía sentirse confiado, sin capacidad de oposición alguna. Casi un títere a su merced. Los ojos de aquel extranjero reflejaban al mismo tiempo la seducción más oscura, posesiva y determinante, y la severidad del que manda por la fuerza.

—Es cierto, la amo —confesó, al poco, sin poder remediarlo David Poe—, y haría lo que fuera por tenerla.

—¿Lo que fuera, eh? —El foráneo se relamía viendo lo fácil que iba a resultar inocular su ardid en aquella mente carente de cualquier tipo de resistencia, a causa de la ceguera de su enamoramiento.

—Sí, lo que fuera, pero ella está casada y no me hace caso y...

—Déjame eso a mí. Yo me encargo. —El extraño posó su mano en el hombro derecho del hombre.

—¿Eh? ¿Qué va a hacer?

—Tranquilo, todo te va a ir bien. Tú sólo aprovecha tu oportunidad, disfruta de lo que el futuro va a depararte. Te prometo que en menos de siete meses estaréis casados.

—Pero, ¿cómo puede ser esto posible? —El joven Poe no entendía.

—Yo haré que sea posible. —La mano en el hombro casi quemaba.

—Y... y ¿qué tengo que hacer yo a cambio? —El chico se sentía desconcertado, con la mente borrosa, confundido.

—Tan solo dejarme examinar a tus futuros hijos, y, si decido que son aptos, permitir que te ayude con su educación, nada más.

—Pe... pero, no querrá llevárselos ¿no? —David Poe no daba crédito, acababa de pasar de suspirar por un amor imposible a imaginarse teniendo descendencia juntos.

—No, claro que no. —Una mueca conciliadora se dibujó en el rostro del extranjero—. Tan solo quiero darles una buena educación, nada más. Si los elijo les dotaré de las herramientas necesarias para ser personas de provecho. ¿Qué me dices? ¿Quieres tener a esa mujer, a cambio de dejarme decidir en la formación de tus descendientes?

—No veo cómo puede ayudarme, pero claro que quiero eso, sería muy ventajoso para mí.

—Que así sea. —El otro sonrió pícaro—. Recuerda en el futuro lo que ahora has aceptado.

—Hay una cosa que no entiendo —cortó Samuel en el gran salón de la mansión de Gdansk—. ¿Por qué tienes que hacer este tipo de pactos, si, realmente, puedes dominar a tu antojo a cualquier ser humano?

—Hay reglas del juego que ni yo mismo puedo saltarme. Además, como te he dicho, por aquel entonces no era tan poderoso como lo soy ahora y cada vez que rompía el libre albedrío que reina en este miserable mundo, la guardia del cielo lo detectaba y me costaba conseguir que dejaran de ir tras mi rastro. Debía ser muy cuidadoso. Samuel asintió en silencio.

Después del encuentro, el joven David Poe no supo si aquella conversación se había producido en realidad o simplemente se trataba de un producto de su imaginación que intentaba satisfacer a su enamoramiento. Aun así, noto una repentina e inusitada fuerza en su interior. Instantes después volvió al escenario y con el telón bajado se convenció encima de aquellas ajadas tablas de que podría conseguir a su amor. Poco tardó en averiguar la verdad, Ese mismo día el señor Hopkins comenzó a sentir fuertes fiebres que le mantuvieron postrado hasta el final de sus días. Periodo que el actor aprovechó para intimar relaciones con su amada. Seducción y conquista entre las bambalinas.

—En cuanto ese viejo decrépito, que nunca te ha querido, muera, podrás estar con David.” —Le decía a la señorita Elizabeth la voz de una figura que se le apareció en sueños las siguientes noches y que ella identificó como un ángel.

David Poe hijo no volvió a ver a aquel extraño hasta que poco después de la boda con su amada, tan sólo seis meses después de la muerte del ya ex marido, cuando ella le anuncio que estaba en cinta comenzó a verlo de nuevo en cada espejo en el que se miraba, ocupando la figura que debía contener su propio reflejo. Recordándole lo prometido.

—Lo primero que haréis será mudaros. —Mandaba el extraño desde el espejo.

—¿Mudarnos? —contestaba un aterrado David Poe—. Aquí estamos bien.

—¿Recuerdas lo que te prometí? —la mirada severa y la voz atronadora.

—S... sí señor —contestó estremecido—. Que en menos de siete meses estaría casado con mi esposa.

—¿Y acaso no ha sido así, pese a la dificultad?

—S... sí.

—Pues ahora yo puedo exigir. —La imagen del espejo se turbó amenazante—. Es mejor que colabores, no me hagas pedírtelo de otra forma. ¿¡Entendido!?

Del espejo salió una ráfaga de aire acompañando el grito que casi hace caer de espaldas al actor. Ante el silencio del joven, el espectro continuó su discurso desde el cristal:

—Id a Boston, Massachusetts y allí estableceros. Los papeles seguirán llegando para los dos, yo me encargo. Tened este hijo y cuantos queráis. Yo volveré a visitarte cuando desee. Vivid, no hagáis más. Solamente te daré una recomendación, nunca acerques a tus hijos a la iglesia.

Con estas palabras la imagen cambió, adquiriendo la normalidad, reflejándose en el cristal de nuevo la imagen de David Poe.

—Esto no puede estar pasándome —repetía casi en un murmullo el joven.

Santander. Miércoles 4 de mayo, 1977.

El día era gris y, con solo mirar al cielo, podía preverse que la lluvia haría acto de presencia sin demasiada demora en la ciudad de Santander.

El reloj marcaba las ocho y media de la mañana cuando Tasio vio acercarse por la calle Cisneros el *Seat 1500* de su hijo. Esperó hasta que estuvo a su altura para abrir la puerta haciendo al tiempo tan solo un gesto con la cabeza en forma de saludo. Tomó asiento y suspiró. Era consciente de que nunca en la vida podría olvidar aquel caso. El único de toda su carrera que no pudo resolver y el que más cerca estuvo de acabar con él. Durante todo el tiempo que duró esa pesadilla su familia corrió un gran peligro, al igual que su matrimonio y su carrera. Y aunque el miedo le atenazaba, y la edad ya no acompañara, sus ansias de resolver su caso maldito le hacían tener el hambre de victoria de las mejores ocasiones.

—Ponme al tanto. —Mecánica frialdad profesional como saludo.

—Varón, unos veinte años. Fue encontrado en un callejón de la calle San Simón que te resultará familiar a la una de la madrugada de ayer. —De forma intuitiva, Tasio cerró los ojos y suspiró de nuevo—. Un vecino lo descubrió cuando bajaba a su perro y nos avisó. Cuando me llamaron me levanté de mala gana, pues no pensé que podía tratarse de algo tan importante, pero cuando llegué casi me desmayo. Es el mismo tipo de asesinato y, pese a los cambios que ha sufrido esa zona de la ciudad en estos años, el mismo lugar que donde comenzó todo. —Tasio atendía concentrado—. Misma marca de enormes manos en las sienes, como otras veces, casi un tatuaje en los laterales de la cabeza. Idéntica expresión de terror, ojos casi fuera de las orbitas, boca desencajada, y coloración gris en el cuerpo carente de pigmentación natural. Aunque esta vez había tripas y vísceras por todo el callejón. Se han ensañado a gusto.

—Entonces no hay duda, son ellos. Nadie más puede hacer eso. —El ex comisario pausó unos segundos—. ¿Por qué ahora?

Después de tanto tiempo sin aparecer por aquí. —Masajeaba su barbilla al tiempo—. ¿Qué les habrá hecho volver?

—No tengo ni idea, por eso te necesito, papá. —Marcos se volvió descubriendo el miedo en los ojos de su padre—, pensé que querrías ayudar en esto.

—Mira que estoy viejo y cansado, pero esto no me lo perdería por nada del mundo. ¿Has hablado con Miguel? —preguntó el ex comisario intentando rehacerse.

—Sí, hace un rato. Nos espera en su despacho.

—Hay que encontrar algún testigo —balbuceaba Tasio mientras comenzaba a rememorar algunos de los pasajes más oscuros y dolorosos de su vida.

Por su cabeza pasaban los recuerdos de aquella lejana noche en que tuvo contacto por primera vez con aquel caso. Fue en 1951 y él no se encontraba en su mejor momento profesional, pues, al igual que le ocurría ahora a su propio hijo, en aquellos tiempos no se sentía lo suficientemente valorado por sus superiores. Al igual que Marcos, también él creía merecerse un ascenso que no terminaba de llegar. Cosas de la juventud pensó, con el tiempo se aprendía a valorar cada etapa. Rememoró las sensaciones que tuvo cuando entró en aquel edificio que había sido pasto de las llamas. Y lo pequeño que se sintió al ver los dos cadáveres de los padres de Samuel Abascal. En toda su vida, una guerra entre un pueblo de hermanos incluida de por medio, nunca había visto nada igual. Por desgracia, después de esa noche todo lo relacionado con el caso del asesino invisible, como fue apodado por la prensa años después, le fue superando. Reconocía que falló algunas veces y de forma impropia para tratarse de él, pero también que las pocas pistas de las que dispuso y los extraños sucesos, que parecían ser en ocasiones producto de la magia negra, no ayudaron en absoluto. Lo que tenía seguro es que no creía que hubiese sido posible resolverlo por ningún otro en el mundo.

Aun así, después de todo, pensaba que no había salido tan mal parado de aquello. De hecho, esa era la única mancha negra en su

expediente, pues todos los demás casos que se habían cruzado en su carrera los había resuelto siempre de manera brillante. Había llegado a los máximos escalafones de su gremio. Y tenía una familia feliz, a la que quería con locura y que le llenaba de orgullo. Marcos era su fiel reflejo, y aunque no había encontrado demasiadas facilidades por ser su hijo, siempre se había comportado como un verdadero hombre, tanto en lo profesional como fuera de su trabajo, logrando incluso sobreponerse a la pérdida de su mujer y conseguir que sus hijas salieran adelante. Su mujer, Ascensión, había continuado trabajando en el hospital Marqués de Valdecilla, llegando a convertirse en la enfermera jefa, siendo una esposa y una madre increíble. Su otra hija, Estela, había logrado encontrar en su marido Ignacio a un compañero con el que formar un hogar. Siempre correcta y cariñosa era un ejemplo de superación, pues aparte de no descuidar su carrera de enfermera logró cumplir sus sueños que, aparte de ser madre de un niño precioso al que amaba con locura, fueron estudiar y ejercer periodismo en una sociedad en la que hacerlo siendo mujer era tremendamente complicado. Los admiraba de forma profunda.

Pero aunque hubiera podido recuperarse de su caso maldito, y ahora disfrutase de un apacible retiro, no podía dejar pasar la ocasión de intentar atrapar de una vez a Samuel y su misterioso maestro. Esta era como una última oportunidad. En parte lo hacía por ayudar a Marcos, pero, sobre todo, lo hacía por él mismo. Era la cuenta pendiente que más pesaba en toda su vida.

Cuando aparcaron en los bajos de la nueva comisaría ubicada en los aledaños del majestuoso edificio del ayuntamiento de la ciudad, y bajaron del coche, Tasio Márquez volvió a sentir ese algo especial que se tiene cuando uno disfruta con su trabajo, y que, debido a los cambios ocurridos, en su vida y en su puesto, hacía ya mucho que no sentía. Le pareció irónico que volviese a sentirlo una vez jubilado.

—¡Buenos días, señores! —El policía de la recepción se levantó a toda velocidad para abrirles la puerta—. Señor Tasio ¡qué alegría

verle!

—Muchas gracias, señor Gómez. —El excomisario sonrió con franqueza.

De camino al despacho del actual jefe de policía fueron continuos los saludos por parte de todo el personal que se encontraba en las instalaciones, reflejando lo querido que era Tasio entre sus ex compañeros.

—Buenos días señor comisario. —Anastasio Márquez sonrió a su gran amigo Miguel al entrar a su antiguo despacho.

—Muchas gracias por venir, amigo mío. —La expresión conciliadora en el rostro de Miguel—. Ya ves lo agradecido que es este mundo, te jubilas para poder al fin descansar y a la mínima te levantamos de la cama. No sé si esta vez. —El gesto se endureció al instante—, podremos atraparles, pero toda ayuda es poca.

—No te preocupes, ya sabes que me va la marcha. ¿Qué tenemos?

—¿Y Marcos? —preguntó sorprendido Miguel.

—Ha ido a su despacho a por el informe de ayer. Tardará un minuto.

Un breve, pero intenso, silencio envolvió la estancia.

—Me preocupa mi hijo.

—Marcos está preparado para esto. Ha tenido el mejor maestro. —El nuevo comisario sonrió cómplice—. Y yo también.

—No te quites mérito, que tú has sido clave para la formación de Marcos. Pero su carácter es diferente al nuestro, a veces es egoísta. De antes pensaba que sería cosa de los pocos años y que ya se le iría pasando, pero es demasiado individualista, no consigue trabajar en equipo. Sólo le importa él mismo, y si este caso vuelve a dar las complicaciones que dio antaño, necesitará todo el apoyo en los demás que pueda conseguir.

—Cuando te conocí tú eras igual. Ten fe en tu hijo, Tasio. Será un gran heredero de tu legado.

—Habrá que ponerle al día, ya me entiendes. No podemos ocultárselo por más tiempo.

—¿Crees que lo entenderá, Tasio?

—Tendrá que hacerlo. Solamente cumplíamos con nuestro deber. Además, si va a llevar la investigación necesitará tener la mayor información posible.

—Ya tengo el informe. —El hijo del ex comisario hizo acto de presencia.

—Bien, siéntate. ¿Alguna novedad? —ordenó Miguel.

—No, señor comisario. En principio lo que le conté esta mañana. Aún no se ha identificado el cuerpo, y tampoco nadie ha denunciado ninguna desaparición. Después, pasaré por el depósito para que Rebeca me ponga al tanto.

—Malnacidos —resoplaba Tasio—. Ya han comenzado su juego. Con la de tiempo que llevo esperando este momento y hasta que no vuelve a ocurrir uno no es consciente de la responsabilidad que se siente.

—Hay que ser muy cautos con los movimientos a seguir, como bien dice tu padre, les encanta jugar con nosotros. —La tensión era enorme en ese despacho.

—También tengo pensado ir a ver al vecino que nos avisó. Ya sé que declaró ayer, pero quiero probar suerte. No me convence eso de que cuando él llegó hubiera otra persona que salió corriendo. A lo mejor puedo sacarle algo más de ese individuo. Además, la descripción que nos ha dado es bastante confusa.

—De acuerdo —aceptó Don Miguel Echevarría—, pero quiero que primero le eches un vistazo al archivo del caso. —Sacó del cajón una carpeta.

—No quiero parecer pedante, pero... me lo conozco de “pe a pa”, señor.

—Insisto. —El comisario acercó hacia Marcos la carpeta—. Esta parte no la has visto.

En ese momento, los dos mayores cruzaron una mirada cómplice que alarmó al otro.

—¿Qué ocurre aquí? —Marcos rehusó coger los documentos, como si esperase una explicación.

—Verás... Marcos. —El actual comisario tomó la palabra—, hay algo que deberías saber. Tasio, por favor.

—Después de su última aparición por la *Tierruca*, en la que atacó al ex novio de tú hermana, ha habido más asesinatos del estilo repartidos por el mundo.

—¿¡Qué!? ¿Y por qué no me he enterado? Una cosa así ¿y no ha salido en las noticias?

—No han ocurrido de forma frecuente, ni presentaron aspectos sintomáticos. Además, ya sabes que España ha estado un poco al margen de algunas cosas en este tiempo. Nosotros nos hemos enterado cuando los servicios de inteligencia de otros países nos pedían los informes de lo sucedido aquí.

—¿Por qué me lo habéis ocultado? —levantó la voz el más joven—. ¿No soy de fiar?

—Tu rango no era el suficiente —contestó el padre—. Tampoco queríamos darle demasiado bombo, por el bien de la gente y todo eso. Los bloqueos a veces nos son de utilidad.

—La libertad sirve de utilidad. Pero está bien saber que no cuento para nada aquí.

—Te lo estamos contando ahora que vas a llevar el caso. —Duelo fraternal al uso.

—Si no te viéramos preparado no lo llevarías. —El comisario intervino.

—Gracias... supongo. —La ironía como arma de defensa.

Marcos cogió con rabia la carpetilla que Miguel había dejado encima de la mesa, la miró con furia y la tiró de nuevo. Acto seguido se levantó decidido a marcharse de inmediato.

—¿A dónde crees que vas? —Tasio intentó pararle.

—Tengo un caso que resolver, no puedo perder el tiempo hablando.

—¡Marcos! —Miguel alzó la voz—. Llévate al menos los documentos. Es posible que te sirvan de ayuda.

El más joven se dio la vuelta envuelto en desdén y rabia y, sin pronunciar una sola palabra más, recogió la carpeta antes de salir.

Los dos mayores pausaron unos segundos, como sopesando la situación

—Este hijo mío tiene demasiado carácter —se lamentaba Tasio.

—¿A quién saldrá? —Miguel miró a su amigo de reojo.

—Pues no te creas, tiene más cosas de su madre. —Con un claro giro Tasio salió del lío—. Tengo que ir a hablar con Estela. Quiero ser yo el que la avise. Si esos malnacidos vuelven a estar por aquí habrá que volver a estar pendiente de ella. Siempre fue la obsesión de Samuel.

—De acuerdo, según vaya habiendo novedades te mantendré informado. Y por favor ayuda a Marcos con esto. Necesita alguien que le guíe.

Miguel Echevarría suspiraba al tiempo que la puerta se cerraba aislándole del mundo. Llevaba toda una vida aprendiendo del que consideraba el mejor maestro para terminar siendo él quien mandase y, aun así, se sentía como el primer día que llegó a la antigua comisaria de los bajos de la plaza porticada...

Santander. Diciembre de 1950.

Treinta años atrás, el inspector Anastasio Márquez se dirigía al despacho del comisario Echeverría que acababa de llamarle de forma urgente. Esperaba con ansia un aumento de sueldo o incluso su soñado ascenso, pues sabía que llevaba ya unos cuantos años ofreciendo un gran rendimiento al cuerpo. De hecho, nunca había dejado un caso sin finalizar, siendo esta una estadística de la que le encantaba presumir en público.

Al entrar al amplio despacho se encontró con un hombre grande, enfundado en un caro traje que parecía de película de gánsteres y a un muchacho con pintas de delincuente.

—Buenos días, señor comisario, ¿quería verme?

—Sí, tome asiento.

El inspector miraba con sorpresa al joven con pintas de quinquí y no entendía que había podido pasar para que estuvieran los tres

en la misma habitación.

—Verá, Tasio. Usted sabe que es mi mejor hombre. —La expresión de sorpresa de Márquez se tornó hacia la desconfianza. Nunca el comisario le hablaba así, salvo cuando le pedía algún tipo de favor—, pues... por eso mismo tengo que encomendarle una tarea de vital importancia para mí.

—¿De qué se trata? —La mosca revoloteaba por detrás de la oreja del policía.

—Este es mi sobrino Miguel. Es un bala perdida y quiero que le enseñe todo lo que sabe. A ver si entre todos conseguimos hacer de él alguien de provecho.

—¿Perdón, señor comisario? —Tasio no entendía cómo había podido cambiarle la vida tanto en un segundo—. Disculpe el comentario, pero... si soy su mejor hombre ¿por qué me va a entretener de mi trabajo real? —Resultaba evidente que no le gustaba nada lo escuchado.

—Considérelo su prueba final antes de pasar a esferas superiores. —El comisario sabía bien donde tenía que tocar—. Sé, que últimamente ya le he dicho algunas cosas parecidas, pero ya queda poco, y esto sería muy importante para mí.

—Está bien —aceptó resignado el policía—. ¿Cuándo empieza en la academia?

—Nada de academias, Tasio. El chaval empieza ahora mismo con usted. Será su sombra siempre que usted esté de servicio, así que... trátemele bien ¿eh? Tiene permiso para hacer lo que usted crea más adecuado para enderezarle, eso sí.

—Pero, ¿si esta sin uniformar, sin afeitar... incluso tiene melena? —El recto Tasio no encontraba motivos para tal falta de desprecio.

—Eso lo dejo de su parte. Lo dicho, váyanse ya y hágamelo un hombre.

Tasio se levantó con desgana y se dispuso a salir sin esperar al joven.

—Vamos, ¿a qué esperas? Ve con él, “atontao”. —El comisario no tenía demasiadas esperanzas en el imberbe joven, pero tenía

que probar.

—Espérame Anastasio, que si no mi tío se enfada. —Tasio se dio la vuelta nada más salir del despacho y con cara de pocos amigos le obsequió al muchacho con su primer consejo a modo de bronca.

—A partir de ahora, a mí siempre me trata de usted y se refiere a mí de jefe por lo menos. ¿Entendido? —El joven mantuvo silencio, ante el miura que tenía en frente—. Y se va ahora mismo a asearse y a parecer una persona como Dios manda. ¡Cojones! —El gesto duro como el acero.

—Y luego ¿qué hago, jefe?

—Se va usted a visitar a su mismísima abuela, no te jode. Pues vuelve aquí y se pega a mí como si no hubiera mañana.

—¿Quiere usted que le traiga algo para comer? que le noto de mal humor.

—Váyase de mi vista, por Dios... Joder que aguinaldo navideño. —Fue lo último que dijo Tasio antes de perderse por la comisaría entornando los ojos y suspirando.

Principios del siglo XIX, Norte América.

Esa primavera de mil ochocientos seis, la compañía de teatro de los recién casados viajó a través de Nueva Inglaterra y el resto de la costa noreste del país. Actuaron en varias ciudades, como Richmond, Filadelfia, y en un teatro abierto de verano en Nueva York, antes de asentarse finalmente en Boston como había exigido el señor, nombre al que se acostumbrió a llamarlo David Poe.

—No entiendo por qué tenemos que ir a Boston —recriminaba la flamante esposa en el carromato—. Ya sé que como dices tiene muy buen nivel de estudios, pero... aún queda muchísimo para que nuestro pequeño vaya a la universidad ¡Si aún quedan tres meses para que nazca!

—El señor lo ha querido así, Eliza —aceptaba David Poe entre la fe y el miedo.

—¿Desde cuándo eres tú tan devoto? —replicaba ella.

Lo que ignoraba la nueva señora de Poe, era que el señor al que se refería su marido iba a querer manejar hasta el último detalle de su vida. También ignoraba que si osaban desobedecerle las consecuencias serían terribles.

—Quiero examinar a tu hijo en cuanto nazca —decía el señor a su siervo apareciendo en sus sueños, pesadillas más bien, tan reales que hacían dudar al actor de si estaba dormido o no.

—¿Cómo sé que no intentará robárnoslo? —contestaba sin saber bien si se estaba volviendo loco de remate David Poe.

—¿Osas desconfiar de mí? —El espectro propinó un golpe tan fuerte en su abdomen, que despertó al hombre. David, sobrecogido por el impacto, miró a su alrededor y sé descubrió en su habitación junto a su esposa, y respiró pensando que el mal sueño había acabado. Al poco, el espectro volvió a aparecer delante de su cama.

—Me estás empezando a cansar. Odio que me lleven la contraria. A partir de ahora no volverás a hacerlo.

Cuando David Poe intentó articular palabra para defenderse, se dio cuenta de que tenía la boca cosida. Era como si no tuviera orificio alguno entre los labios. Solo podía emitir gemidos ininteligibles. Revolviéndose en la cama David Poe se llevó la mano a la boca, desesperado, intentando conseguir volver a despegar sus labios.

—No te molestes, hasta que yo no quiera no volverás a hablar.

—La actitud despreocupada del que tiene el mando—. En cuanto nazca tu hijo vas a traerlo a la dirección que te diga o pagaréis las consecuencias. —Aterrado David Poe miró a su mujer.

—Tranquilo, no se despertará, esto es un sueño dentro de un sueño.

En enero del año 1807 nació el primer vástago de la pareja, William Henry Leonard Poe. Dos semanas más tarde, David llevó al pequeño a la dirección que le había dado su señor. Mystery Hill, a unos cuarenta kilómetros al norte de la ciudad.

—¿Te gusta esto? —La voz del misterioso hombre retumbaba entre las rocas que conformaban un gran cementerio de ruinas. David Poe temblando optaba por el silencio—. ¿Te sobrecoge el lugar? Tranquilo, una vez algunos lo utilizaron para adorarme, pero de eso hace ya mucho tiempo, aquí no hay más peligro que en la ciudad. Quiero ver al niño.

David Poe dio un intuitivo paso atrás.

—¡Dámelo! —Esta vez el señor de Poe volvía a manifestarse con forma humana, vestido, como siempre, de manera elegante e impecable.

Después de un ligero titubeo, el actor tendió a su primogénito a aquel hombre, del que no sabía ni su nombre, pero que desde que se introdujo en su vida tanta influencia había ejercido sobre su persona. El misterioso desconocido examinó de forma minuciosa, tal y como había prometido, al bebe encima de una roca que antaño parecía haber hecho las veces de mesa de ritual.

—Es bueno, pero no lo suficiente. Debéis tener otro hijo.

—¿Qué? Eliza tendría que volver a dejar los escenarios por un tiempo y mi paga es muy pequeña no podríamos sacar adelante dos bocas y...

—¡Cállate! ¡Haz lo que te ordeno!

En ese momento el pequeño comenzó a levitar hasta colocarse a un lado del entramado de rocas, justo encima de un hueco que daba a un pozo.

—Esta es tu última oportunidad, no me gustas. Si vuelves a replicar o a hacer algo mal te juro que os mato a todos. No me importáis en absoluto. Ella tendrá fuerzas para actuar hasta el último día, y, como te dije, el trabajo no os faltará, eso sí, tu carrera irá a menos como castigo. —Lanzó al pequeño al aire—. No puedo perder más tiempo con minucias. ¡Tened otro hijo!

El extraño se esfumó en la noche dejando al recién nacido cayendo. David Poe tuvo que hacer un gran esfuerzo para vencer su sorpresa, ante la desaparición del otro, y poder así reaccionar a

tiempo para coger a su pequeño cuando ya estaba a punto de perderse en la inmensidad de la caída al pozo.

A partir de ese momento la vida continuó con relativa normalidad para la pareja. Los Poe se mantuvieron en Boston, alojados en una pensión de medio pelo cercana al magnífico parque Boston Common, y a pocos metros del teatro donde actuó la compañía durante todo ese tiempo. Tal y como había advertido el elegante extraño no les faltó trabajo, más bien lo contrario.

De manera insólita la función que representaban los Charleston Comedians, como así se llamaban, gustó tanto que se mantuvo por tres temporadas consecutivas, de treinta semanas cada una en un teatro que podía alojar a mil personas sentadas, y que por lo general rozó el lleno absoluto mientras estuvo en cartel.

Las reseñas de los tabloides de la época ensalzaban a Elizabeth Arnold. La describían como una, más que interesante, actriz de dulce y melodiosa voz. Sin embargo, la carrera de él paso a ocupar el más absoluto ostracismo por aquellos tiempos. No se le mencionaba ni siquiera para hablar mal de él. Algo que consumía por dentro al joven actor.

En la primavera del año 1808, Elizabeth Arnold volvió a encontrarse en estado de bonanza y las visitas del partícipe de todo lo ocurrido retornaron.

—Presiento que esta vez acertaréis. —La malévola mueca daba luz al rostro.

—No estás siendo justo —replicó el actor que se encontraba en estado de embriaguez cuando hablaba con el agua encharcado en una fuente tras el que se reflejaba su señor.

—¿Así que quieres que se hable de ti? No te preocupes, hablaran, hablaran. —La sórdida sonrisa cubrió de negrura el agua en el que se reflejaba.

—Soy un gran actor —susurraba el joven al agua ante la atónita mirada de los transeúntes que lo tomaban por loco.

A partir de ahí, todo fueron reseñas negativas para el actor. Se hablaba por fin de él, pero siempre para mal, mientras Eliza

continuaba siendo a menudo alabada por sus habilidades actorales. Producto de estos desprecios y de las malas artes de su señor, David desarrolló un creciente miedo escénico, que hacía temblar su permanencia en la profesión.

—Estoy maldito, y tú también, incluso los niños lo están. —David señalaba con una mano al pequeño William, mientras con la otra, además de portar una botella como en él era costumbre en los últimos tiempos, señalaba al vientre de su mujer.

—¡No digas eso, cariño! Ya verás cómo en breve volverás a poder actuar con normalidad.

Nada más lejos de la realidad. La situación artística de su marido no hizo más que empeorar, llegando incluso a tener ella que mediar con Mr. Edgar, director de la compañía, para que no le echara. Prometiéndole incluso a su segundo hijo el nombre del propietario y no dejar los escenarios hasta los últimos días de embarazo. Por suerte para todos, ella, pese a su estado, seguía gozando de una gran popularidad y reconocimiento y no hubo cambio alguno en la situación. Aun así, para cuando su segundo hijo estaba a punto de nacer en la navidad del 1808, David meditaba sobre cuál sería el mejor destino al que pudieran mudarse, convencido de que un cambio de aires haría resurgir su carrera.

—Algún lugar habrá donde esa sombra no nos persiga. —Las lágrimas surcaban el rostro del frustrado actor antes de ahogarlas en otro trago de whiskey.

El 19 de enero de 1809 nació, en la mediocre pensión del centro de Boston en la que se hospedaban, el segundo vástago de la joven pareja. Edgar Poe. Esta vez fue el misterioso señor de David quien acudió a la pensión para examinar al bebe.

—Este es —exclamaba con satisfacción el oscuro hombre—. Sin duda, he encontrado lo que buscaba.

—¿Qué quiere que hagamos ahora, mi señor? —Los temblores, producto del temor, dominaban a David Poe.

—Tan sólo que lo saquéis adelante, y que le deis una educación digna. Yo os daré medios. Pero te recuerdo que por nada del mundo

debe acercarse a la iglesia.

—Pero, ¿cómo no vamos a bautizarlo? —preguntaba incrédula la mujer, meses más tarde, al tiempo que acariciaba el torso desnudo de su marido en la cama de la angosta pensión del viejo Boston—. No me niegues eso, por favor. Haré todo lo que quieras, pero dame ese capricho. —Al poco el matrimonio se sumergió debajo de las sábanas en un baile de caricias, amor y lujuria.

Santander. Miércoles 4 de mayo, 1977.

De camino al depósito de cadáveres, Marcos sintió excitación. Pese a la gravedad de la situación se tomó la visita como siempre lo hacía. Un nuevo homicidio significaba una nueva oportunidad de ver a su particular némesis, Rebeca Pereira. La encargada de la sección de forenses del hospital Marqués de Valdecilla, con la que mantenía una guerra constante desde su llegada desde Madrid cuatro años atrás, aunque la moza hubiera nacido en tierras gallegas, para sustituir al malogrado Juan Carlos, el antiguo dueño de aquel puesto, cuando este murió de un infarto súbito mientras veía una película de Sofía Loren en el cine "Los Ángeles". Una guerra que desembocaba en una relación de más odio que amor, de la que sólo él, o al menos eso quería creer, era consciente de la verdadera naturaleza que la hacía existir.

Lo supo desde la primera vez que la vio. Había algo en ella; en su mirada, en su personalidad, en su forma de pasear por el mundo como si fuera suyo; que le atraía de una forma irresistible. Había algo en ella que le dominó desde el día que le presentaron a aquella muchacha de carácter frío y cortante que le hacía sentir como un quinceañero en todos los sentidos.

El magnetismo que deprendía era tan evidente que, con solo observarla un breve momento, tuvo la certeza de que aquella no era una chica normal. Rebeca era la clase de mujer por la que cualquier hombre mataría por, erróneamente, sentirla suya al menos una vez en la vida.

También estaba seguro de que, aún sin haberlo comprobado nunca, como amante Rebeca debía ser tan ardiente, que todos los hombres de este mundo merecerían disfrutar de una de esas hembras tan cercanas a la perfección al menos una vez en la vida, aunque eso conllevara cometer el peor error de su existencia.

Marcos acababa de enviudar cuando Rebeca, dulce pero reservada como buena gallega, se cruzó en su camino. Mucho

había tenido que luchar contra sus sentimientos hacia “la mujer de hielo” apodo que él mismo le había puesto para ningunearla y disimular en público. Cuanto más quería huir de la tela de araña en la que sin querer había caído, como una simple mosquita indefensa, más se enredaba en ella. Desde aquel primer momento en que la vio, sabía que viviría condenado a soñar con conseguirla. Y, de momento, solamente en sus sueños lo conseguía.

Marcos era consciente que no estaba bien visto en la sociedad reemplazar tan rápido a la mujer que quince años atrás le había dado el “sí quiero” y por eso, al principio, intentó obviar lo que sentía por la forense enmascarándolo de desdén y apatía. Para su sorpresa se encontró por respuesta con una indiferencia cercana y desconcertante, obsequio de la casa, que facilitó las cosas. Aún ahora que habían pasado varios años de la muerte de su esposa, Marcos, estaba convencido de que era el momento... aunque el destino y aquella bella forense no parecían haberse dado cuenta.

—Buenos días, señorita Pereira. —Marcos, pese a sentirse nervioso en presencia de su idolatrada diva, intentaba guardar las apariencias y la profesionalidad—. ¿Ha terminado ya con el cuerpo? —El inspector de policía entró al despacho de la mujer.

—Sí, este es el informe. Coincide, tal y como me advertieron, con los que había en el archivo de los años cincuenta. —La mujer de mirada penetrante, azul cielo casi gris, le tendió una carpetilla a Marcos que acababa de tomar asiento.

—¿Algo reseñable? —El policía intentó alargar el encuentro.

—Está todo ahí. —Siempre se dirigía a él de forma distante y a él, eso, le atraía aún más—. Por mi parte nada más, ahora debo continuar con mi trabajo.

Rebeca se levantó haciendo un gesto al hombre para que hiciese lo mismo.

—Tengo que cerrar al salir —se disculpó ante la clara invitación a que se marchara.

—De acuerdo —se defendió él sorprendido—. Me hubiera gustado hablar con usted de esto y conocer sus puntos de vista.

Marcos era consciente que aquel era un intento desesperado por retenerla, pero fue lo mejor que supo hacer. No entendía por qué cuando estaba en presencia de esa mujer se comportaba a como un pusilánime desesperado, al que se le fundían las luces de las máquinas que en su cabeza generaban las ideas, con tan solo sentirse observado por esos ojos azules que tanto le gustaban.

—Como otras veces, le he preparado el informe con todo el proceso médico y también otro, resaltando los detalles que más le servirán de utilidad para su investigación. Si me disculpa.

Fue lo último que escuchó de ella antes de cerrar la puerta y dejarle plantado en el pasillo incapaz de responder otra cosa que no fuese un forzado adiós, ni siquiera consiguió moverse. Se entregó, como otras veces, a un acto reflejo y casi onanista para su mente que no podía evitar... observar con un deleite, rayano en el embobamiento, el vaivén de las caderas de la forense de sus sueños al alejarse.

Principios del siglo XIX, Norte América.

A los pocos meses, el pequeño fue bautizado en una pequeña iglesia cercana y nada más salir de la ceremonia el misterioso hombre, participe de su unión, apareció muy enfadado.

—Eliza por favor, adelántate. Voy a hablar con un amigo.

La expresión de miedo de su marido asustó a la mujer que se apresuró a ir en busca de un agente de la ley por si acaso. Aquel desconocido rezumaba maldad en su rostro.

—Perdón, pero no podía negarle eso a ella —se apresuró a decir el actor.

—Te dije que era tu última oportunidad, pero ya no importa, este es el fin de nuestro pacto. Tu hijo será mío.

—¿Qué? No puedes quitármelo, me lo prometiste.

—No te lo quitaré. Seréis vosotros los que abandonareis este mundo. —Justo cuando David Poe apretaba los puños para atacar al otro, comenzó a sentir una repentina flojera en sus brazos.

—Te aseguro que no quieres hacerlo. —El malvado hombre posó la mano en el hombro del otro, mientras, por el fondo de la calle, llegaba su mujer acompañada de un representante de la ley—. Moriréis antes de que el niño pueda conoceros —susurró al oído de David aquel demonio.

—¿Ocurre algo aquí? —preguntó amenazante el policía.

—No, ya me iba —respondió el elegante foráneo con encantadora sorna—. Me ha alegrado mucho verte, amigo.

Ante la impasividad de los allí presentes el desconocido se alejó sin prisa alguna.

—¿Estás bien cariño? Te has quedado blanco.

—Sí... sí, es la emoción del bautizo.

La familia Poe se mudó a Nueva York en el verano de 1809. David, que se mostraba irascible debido al miedo, a sus continuos problemas en el escenario y a su desbordante afición al alcohol, estaba convencido de que un cambio sería suficiente para arreglarlo todo. No se daba cuenta que el que en realidad había cambiado era él. Había comenzado a volcar su frustración en forma de golpes sobre la persona que más había amado en su vida. Incluso ya era incapaz de verla como una mujer, mucho menos de tocarla. Hacía meses que no consumaban su matrimonio. El miedo a ese misterioso hombre y a que sus palabras se hiciesen realidad carcomía su alma poco a poco.

—Cariño tengo que contarte algo. —El miedo y la preocupación se reflejaban en las facciones de la mujer.

—¿Qué ocurre, Eliza?

—Vuelvo a estar embarazada. De unos dos meses.

—¿Qué?

La noticia terminó por agriar el carácter del hombre. Por un lado, sabía que su amada Eliza tenía que haberle sido infiel, no la culpaba. Por otro, el pavor de que aquel demonio volviese a aparecer en sus vidas. Sus temores no eran infundados, pues no tardó demasiado. Un día, entre bambalinas, el temido hombre hizo

acto de presencia. El nerviosismo que provocaba en David Poe era latente.

—Hola David, ¿qué tal el viaje? —Aquella ladina expresión no hacía presagiar nada bueno.

—¿Qué hace aquí? ¡Déjenos en paz! ¡Por favor! Como usted dijo nuestro pacto se acabó.

—Solamente venía para felicitarte por tu futura paternidad. —La expresión continuaba evocando la burla.

—Gracias, señor mío. —La impotencia y el miedo mandaba en su expresión.

—También deseaba confesarte algo. —El semblante cambió y los ojos de aquel oscuro ser evocaban de repente todo el mal que atesoraba en su interior—. ¿Cuándo fue la última vez que mantuviste relaciones sexuales con la señora Eliza?

—Me ofende señor. Este no es un tema para hablar fuera de casa.

—Blah, blah, blah. Deje de ser tan recatado, que no conduce a nada. Lo digo por qué hará dos meses, justo antes de salir de Boston, le hice una visita a su esposa. —Disfrutaba con eso.

—¿Qué está queriendo decir?

—Lo has entendido perfectamente. Fui a vuestra casa, la seduje y pasamos un buen rato. De hecho, creo que la hice ver las estrellas por primera vez, ya me entiendes.

—No le consiento que...

—No estás en condición de consentir nada. No la violé, se entregó a mí por propia voluntad. Disfrutó como nunca antes en su vida. Ese será tu mayor castigo en los tres meses de vida que te quedan, el saber que el bebé que tu mujer espera no es tuyo.

—¡Mal nacido! —gritó el joven actor.

Cuando David Poe intentó abalanzarse sobre el despreciable hombre al que tantas ganas tenía, se vio sorprendido por un madero que cayó desde las alturas golpeando su cabeza, dejándolo maltrecho y en el suelo.

—Mientes. —Las lágrimas brotaban de sus ojos.

El oscuro hombre elegante se acercó y le susurró al oído.

—Mira a los ojos a tu mujer y sabrás si digo la verdad. Y con respecto a tu muerte, en tres meses lo comprobarás.

Para cuando el plantel de la compañía acudió a socorrer a David Poe, advertidos por el ruido y los gritos, solamente encontraron al actor en el suelo sin conocimiento. Posiblemente a causa del golpe recibido en la cabeza.

Santander. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Al otro lado de la ciudad, el ex comisario Anastasio Márquez emprendió en silencio el camino hacia el hospital para ver a su hija. Al poco de abandonar la comisaría las voces en su cabeza comenzaron, como siempre desde los últimos veinte años, a atormentarle. Ya no se asustaba, ya no trataba de encontrar una explicación, tan solo hacía como que no estaban. Nunca se atrevió a confesárselo a nadie, no porque le tomaran por loco, cosa que a esas alturas ya le traía sin cuidado, sino por no preocuparles. El pánico general que dejaron aquellos días en sus seres queridos fue traumático y difícil de superar, por lo que no deseaba desenterrar viejos fantasmas que si no estaban olvidados del todo, sí lo suficientemente adormecidos como para permitirles a todos vivir con aparente normalidad. Siempre que aquellas horribles voces, que parecían sacadas del más allá, le atacaban, impidiéndole actuar con normalidad, intentaba justificarse alegando unos terribles dolores de cabeza. A veces, las voces llegaban en los peores momentos y enturbiaban alguna reunión importante o una comparecencia pública o, incluso, algún momento significativo de su vida familiar, pero Tasio siempre intentó mantener, lo más posible, la compostura.

Había dejado de conducir, pues las voces, que siempre eran femeninas y le auguraban las peores de las muertes y desgracias, le impedían escuchar a los demás coches y concentrarse en el tráfico. No le fue difícil, sabía que si no dejaba de hacerlo algún día tendría algún problema grave por eso.

A diferencia de lo que haría la mayoría de los demás mortales, él se tomaba ese complicado episodio como una losa que arrastrar. Un hándicap al que tenía que hacer frente, pero al que de ningún modo otorgaría su rendición.

Sobre las once de la mañana, el autobús municipal, teñido con el azul de la bandera de la ciudad, dejó a Tasio frente a la puerta del hospital Marqués de Valdecilla. El experto investigador, se encendió un pitillo y, comenzó a caminar con la tranquilidad del que sabe que ya tiene todo hecho en la vida. Al poco, se adentró en una de sus segundas casas. Tenía casi más recuerdos de aquel lugar que de su propio hogar o de la comisaria, pues, entre las visitas obligadas por su profesión y las que hacía a su propia familia, había pasado media vida allí.

Justo en el pasillo de salida se encontró de frente con su hijo mayor.

—Marcos, quiero hablar contigo.

—¿Hay más cosas que no me hayas contado? —Marcos estaba de mal humor, sentimiento que le producían a partes iguales lo que le había ocultado su padre y porque la forense de sus sueños le hubiera dejado con la palabra en la boca.

—Solamente intentaba protegerte.

—¿Protegerme? Yo lo llamaría tratarme como un niño.

—Si pensara que no estás preparado no tendrías el caso.

—Ya no eres comisario, papá. Me lo ha adjudicado Miguel. — Padre e hijo se miraron con la ceja levantada, reflejando que la genética no mentía.

—¿Quién crees que te ha recomendado? ¿Y quién crees que te ha preparado durante todos estos años? —El tono de reproche cambiaba ahora de sentido.

—No quiero discutir, papá. Tengo prisa. —Marcos comenzó a andar—. Ya sabes, el caso.

—Está bien. Cuando quieras hacerlo, búscame. Ya entrarás en razón —negaba con la cabeza—, voy a ver a tu hermana, para advertirla.

—¿Qué vas a hacer qué? —El hijo paró en seco.

—Debemos avisarla —se excusó entre dudas Tasio.

—No, papá. Acordamos no volver a mencionar a ese maldito en presencia de ella.

—No podemos arriesgarnos a que vuelva a por ella. Considero que habría que ponerla vigilancia otra vez.

—¿Ahora sí? —respondió Marcos con ironía—. ¿Ahora ya no hay problemas con eso?

—No te consiento que me hables así ¿De acuerdo? —La mirada del mayor se llenó de reto.

—Está bien, sé cuál es mi papel. El de estar siempre a la sombra del gran Tasio.

—No digas tonterías, hijo. Siempre has podido hacer tu vida.

—No te equivoques, papá. Mi vida siempre ha transcurrido a la sombra de la tuya, de tus logros y tu gloria.

—Tú también has tenido éxitos.

—Papá, sólo han sido las migajas del tuyo. Siempre me has protegido tanto que me has impedido avanzar más que cuando tú querías.

—Me duele mucho escucharte hablar así, hijo. Yo siempre he pensado en lo mejor para ti.

—Tú siempre has pensado solamente en ti, en lo que tú querías y necesitabas. Nunca te paraste a pensar en mis anhelos o deseos. ¡¡¡Nunca!!!...

—¿Qué os pasa? —Una atractiva mujer, ataviada con uniforme de enfermera y algo más joven que Marcos, apareció a su espalda—. ¿Cómo es que andáis los dos por aquí?

—Venía a verte, hija mía. —Tasio cambió el semblante en el acto. Sólo con ver a Estela se dulcificó su rostro.

—Estábamos dejando claras unas cosas, pero ya habíamos terminado —zanjó tajante el hijo mayor—. Dame un beso, hermanita.

—Pues justo en diez minutos voy a ir a desayunar, ¿si queréis venir?

—Yo tengo que irme, que tengo un caso importante que resolver.
—El hijo miró al padre con decepción.

—Yo sí voy contigo, hija mía.

—De acuerdo, espérame en la cafetería, que voy ahora.

Estela, que se había convertido en una mujer con todas las letras, reemprendió su marcha, dejando de nuevo a los miembros masculinos de la familia frente a frente.

—Ya hablaremos en otro momento, hijo. Suerte con el caso. No te olvides que puedes contar conmigo. Si me dejas, te ayudaré en lo que pueda.

Tasio Márquez comenzó, con cadencia cansada, a abandonar el lugar en el que por primera vez en su vida su hijo había lastimado su corazón.

—Papá. —El mayor se volvió con la expresión dolida del que ha escuchado lo que no quiere oír—. Queda pendiente que hablemos de todo esto. Recapacita con lo de Estela.

Por primera vez, el gesto de despedida de ambos fue más distante que los que conceden la propia cortesía y el protocolo, dejando en padre e hijo una sensación de malestar que ni el orgullo conseguía tapar.

Principios del siglo XIX, Norte América.

La primera vez que David Poe pudo mirar a la cara a su mujer, fue en la cama del hospital en el que despertó. Le bastaron pocos segundos para ver la culpa en su mirar. No entendía cómo no se había dado cuenta, pero esa expresión de culpabilidad había estado ahí desde hacía tiempo, pero estaba demasiado centrado en sus problemas como para prestarle atención a ella. A partir de ese momento nunca tuvo dudas, su amada le había humillado. Le había engañado con aquel demonio que, en contra de lo que él pensaba antaño, no hedía a azufre, sino todo lo contrario. Lucía una imagen impoluta y olía a perfume y rosas.

A partir de ese momento, una pesadilla recurrente persiguió al actor, que ya no parecía tan joven. Se estaba consumiendo por dentro en poco tiempo. En su sueño, veía con total claridad y lujo de detalles a su mujer y a ese malvado hombre lanzarse a realizar actos sexuales que él ni siquiera podía imaginar. Su tormento era doloroso, quería gritar para despertar, pero le era imposible. Cada noche por siete horas tenía que ser obligado espectador de la salvaje infidelidad de la mujer por la que hubiera dado la vida. No pudo soportarlo por mucho tiempo y al cabo de seis semanas después de haberse mudado, abandonó los escenarios y a su familia. Moriría el 11 de enero de 1811, solo y pobre como las ratas en las calles de Norfolk. Borracho y viendo en la lejanía la figura sonriente del hombre que primero le había llevado al cielo en vida y más tarde a los peores infiernos transitables en el camino hacia el fin.

Antes, en diciembre de 1810, Eliza dio a luz a una hija a la que llamó Rosalie. La actriz, de tan sólo veinticuatro años, recién abandonada por su marido y con tres pequeñas boca que mantener, continuó actuando para mantener a sus hijos. Pero, aunque su prestigio y actitudes escénicas continuaban presentes, comenzó a tener graves problemas de salud, que fueron complicándole las cosas hasta morir un año más tarde. La profecía de aquel despreciable hombre se había cumplido.

Tras el fallecimiento de la señora Eliza Las autoridades comenzaron el proceso de adopción de los niños para intentar colocar a los huérfanos. De forma milagrosa, para los tiempos que corrían, los tres encontraron acomodo.

El mayor de los tres, William Henry, fue a parar a Baltimore y pasó a residir con sus abuelos maternos. Edgar, el segundo, que tan solo conservó de sus padres biológicos un retrato de su madre y un dibujo del puerto de Boston, fue acogido por una de las familias caritativas más acaudaladas del estado; el matrimonio formado por Frances y John Allan, que vivían en Richmond, Virginia. Mientras que Rosalie, la más pequeña, fue acogida por la familia Mackenzie.

Los Allan y los Mackenzie eran vecinos y mantenían una estrecha amistad, por lo que se suponía que los pequeños seguirían en contacto.

—Naturalmente, yo estaba detrás de todo. —Continuaba narrando Abraham en el lujoso salón, mientras la visión que proyectaba en las mentes de sus compañeros continuaba fluyendo—. Había observado que el hijo mayor de los Poe estaba demasiado unido con su hermano, varias veces intenté encelarlo, para que, como ocurre con otros hermanos, hubiera diferencias, pero no era fácil. Quizá porque su padre les había abandonado, o porque su madre estaba enferma primero y fallecida después, William Henry intentaba proteger al pequeño a cada momento. Sabía, desde la primera vez que lo examiné, que el chico también iba a tener un gran talento artístico, pero no el suficiente, ni tampoco lo iba a utilizar de la manera que yo necesitaba, por lo que decidí alejarlos.

—¿Y la hermana? —preguntó curioso Samuel sentado en el cómodo y lujoso sillón que presidía el gran salón.

—Ella era diferente —admitía la oscura sombra—. No digo que no fuera inteligente, pero carecía de talento artístico y su personalidad no era demasiado fuerte. No podría influenciarle. Era perfecta para que el niño tuviera un vínculo afectivo cercano sin peligro de desviarle.

—Así pues, en el tiempo en que sus padres estaban a punto de faltar, me dispuse a dejar la situación bien atada para cuando llegara el momento. John Allan era un prominente comerciante que negociaba, casi siempre de forma legal, con todo tipo de mercancías como; tabaco, tejidos, té y cafés, vinos y licores, grano, lápidas, caballos y el comercio de esclavos; era una persona muy recta. De convicciones firmes y con un carácter fuerte que rayaba en lo intransigente. Su mujer Frances nunca había podido tener hijos y me di cuenta de que era una de las cosas que mayor ilusión le hacía en la vida. Yo, que como os cuento estaba sondeando el mercado,

vi en ellos una gran oportunidad para llevar al pequeño Edgar por los caminos deseados.

La oscura mueca de Abraham, de satisfacción, altivez y regocijo, dominaba el salón. Si sus acompañantes hubieran sido otros, el miedo se hubiera apoderado de ellos, pero en esa habitación la admiración, el respeto y el amor eran los principales sentimientos hacia la oscura sombra.

Una mañana de noviembre de 1811, cuando John Allan hacia recuento de facturas en una de las plantaciones que poseía en Richmond, capital del estado de Virginia, recibió la visita de un misterioso extranjero que vestía de forma elegante y que se movía con la clase de un príncipe.

—Perdone si le molesto, me gustaría hacer negocios con usted.

—La mirada repleta de oscuro brillo.

—¿Quién es usted? si puedo saberlo.

—No importa tanto mi nombre como la oportunidad que represento.

Pese a ser un curtido hombre de negocios, Allan comenzó a sentir un estado de debilidad en su seguridad que nunca antes recordaba haber sufrido.

—¿A qué oportunidad se refiere? —El mercader intentó parecer firme—. Le escucho. —El recién llegado se relamió al ver la avaricia y el deseo en la mirada del otro.

—Sé que sus negocios están bien, pero también que todo en esta vida puede mejorar. También sé que con su mujer no ha podido tener descendencia, aunque sí fuera de lo conyugal, por cierto, pero que ella se muere por tenerla.

—No se le ocurra meterse en mis asuntos extramatrimoniales, solamente Frances podría reprocharles. —El genio a flor de piel—. Y tampoco se le ocurra chantajearme con eso. No lo consentiría.

—Tranquilo, no le reprocho nada, me encantan ese tipo de cosas. —La sonrisa felina perfilada—. Céntrese en lo que le digo. Le

ofrezco cambiar eso, mejorarlo más bien. Conozco un niño, que pronto será huérfano, y deseo que vaya a recibir la mejor educación, y sé que tanto usted como su esposa son perfectos para cuidar de él. A cambio, yo haré que sus negocios se vuelvan cada vez más prósperos, y Frances estará más feliz que nunca y dejará de meterse en lo que usted hace fuera del matrimonio.

—¿Cómo sé que no me está mintiendo? —El rudo hombre intentaba controlar la situación, a pesar de sentir una inusitada atracción hacia las palabras del visitante.

—Como prueba de mi buena fe, en este sobre tengo varios papeles con documentos e indicaciones que le harán ganar mucho dinero en los próximos meses. Cójalo y disfrute, y si, para cuando volvamos a vernos, le parece bien continuar pactando conmigo, solamente tendrá que hacer lo que le diga respecto al crío.

El misterioso y elegante visitante dejó el sobre encima de la mesa y con la cadencia segura del que se sabe por encima de todo abandonó la estancia.

A los pocos meses los negocios de John Allan habían crecido un trescientos por cien. Cuando el misterioso y elegante hombre sin nombre retornó a su encuentro no encontró oposición alguna.

—Si haces lo que te pida, seguirás creciendo.

—Por supuesto, ¿qué tengo que hacer, mi señor? —Entrega total por parte del comerciante.

Así fue como el pequeño Edgar dio a parar a una adinerada familia que le proporcionaría las herramientas suficientes para poder desarrollar su cometido en el futuro.

Mientras John Allan desempeñó un papel negativo en la infancia del niño, pues era de los que creían que la letra con sangre entra y nunca demostró demasiado cariño por un crío al que nunca vio como nada más que una operación comercial; su madrastra se desvivía por él. La devoción que sintió por aquel recién adoptado bajo el nombre de Edgar Allan Poe, fue inmensa. Entre los dos formaron esa dupla del bien y el mal que el misterioso hombre elegante necesitaba para que el niño creciera como él deseaba.

Santander. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Estela Márquez, esperaba a su amado padre en la barra de la cafetería del hospital Marqués de Valdecilla, sin saber aún que lo que este iba a decirle removería sus entrañas. Tanto que pondría en peligro de demolición sus convicciones más firmes.

Con el paso de los años, se había convertido en una mujer madura, buena esposa y mejor madre. Y aunque hubo una época en la que había dejado de lado su trabajo en el hospital, primero para estudiar y luego para ejercer ese sueño de la infancia que era el periodismo, la poca estabilidad que daba esta profesión en la época, y más siendo mujer, hicieron que terminara volviendo a su antiguo trabajo. Aún con todo, ella esperaba que no fuese para toda la vida.

—Mira que no puedes estar quieta. —Le decía siempre, Asunción, su madre.

—No me gusta ser ni una simple ama de casa, ni tampoco una mujer florero. De alguien lo habré aprendido —respondía sonriendo Estela consciente de lo avanzado de sus ideas para una época que, aunque amenazaba con vientos de cambio, aún se mantenía anclada en, a su juicio, un pasado opresor.

—Es lo que nos ha tocado vivir en esta época —respondía la madre, mientras tendía la ropa—. Créeme que, viendo como les fue a nuestras predecesoras en el pasado, tenemos suerte.

Después de todo lo ocurrido, con la marcha de Samuel casi más de quince años atrás con el que estuvo dispuesta a fugarse y dejarlo todo, Estela había rehecho su vida. No la había resultado fácil volver a confiar en los hombres. Su corazón había quedado roto a causa del dolor, pero, sobre todo, preso de amor. Amor incondicional a un muchacho que nunca consideró suyo, pero que le dolía en lo más adentro de su ser con solo pensar en él. El problema era que, de alguna forma u otra, Samuel siempre estaba presente en su mente, cuando no en sus sueños. A duras penas logró mantener su trabajo

en el hospital un par de años pues, una depresión de las que destrozan vidas, se apoderó de ella. Continuó dando tumbos con el alma quebrada hasta que en 1963 decidió que si quería olvidarle debía romper con todo. Ese mismo año se trasladó a Madrid para comenzar a cursar sus estudios de periodismo, gracias a las facilidades que le reportaba ser de una familia acomodada. Allí, mientras aprendía a ser periodista, conoció a su futuro marido Ignacio, encontrando en él al compañero perfecto. Él la entendía, la amaba con locura y, sobre todo, nunca preguntaba. Se casaron en 1967, poco después de que ella le anunciara que estaba en cinta y tuvieran a su primer y, de momento, único hijo. El recién nacido, aparte de ser el pequeño rey que daba sentido a su vida, le disuadió, con su dependencia hacia ella, o quizá fuese algo mutuo, para ir dejando, cada vez más de lado, su carrera como periodista. Carrera que había empezado bastante bien, llegando incluso a obtener plaza fija en "*El diario montañés*", uno de los principales periódicos locales, y colaborando con el famoso rotativo nacional "El caso" pero que le exigía demasiado tiempo fuera del hogar. Poco a poco, fue dedicándole cada vez menos tiempo al periodismo hasta convertirse en la ama de casa que tanto temía ser. En la actualidad, estaba haciendo una sustitución en el hospital de la ciudad. El puesto, conseguido por su madre que gestionaba el departamento de enfermeras del mismo, aparte de desahogar la economía familiar, le permitía estar ocupada y no pensar. Aunque en realidad, hiciese lo que hiciese, jamás había dejado de hacerlo.

Aun así, nunca abandonó una de las columnas semanales en las que, firmando bajo el pseudónimo de Emilio Santillana pues su condición de mujer le obstruía muchas puertas en una sociedad tan cerrada como la española incluso después de la muerte del Generalísimo, daba rienda suelta a su particular manera de expresarse. En dichos artículos, repasaba la sociedad local y sus continuos cambios desde un punto de vista algo arriesgado, que se aprovechaba de lo convulso de la transición, como se le comenzaba a apodar a aquella época, para salir ilesa.

Siempre se consideró una rebelde, aun cuando el papel de la mujer en la época distaba mucho de lo que creía digno para una persona. Pero, aun así, tenía un gran respeto por su familia y no le gustaba la idea de fallarles. Por eso, cuando decidió que su hijo se iba a llamar Samuel y no negoció por más que sus seres queridos intentaron hacerle cambiar de idea, resultó un momento muy duro para ella. Ignacio nunca quiso oponerse y eso que, aún sin saber ni querer preguntar, entendía que con todo el revuelo familiar que tal acción estaba causando tenía su porqué y no debía ser demasiado coherente, pero la amaba con toda su alma, y si así la tenía para sí, pensaba que quién era él para oponerse a su deseo.

El pequeño Samuel acababa de cumplir diez años y aunque ella sabía que, como marcaba esa ley no escrita de la vida, algún día crecería y crearía su propio camino lejos de ella, faltaba mucho aún. Estaban muy unidos. Siempre se decía que era como si una especie de cordón umbilical invisible les mantuviera conectados. Ese niño fue la razón por la que deseó vivir de nuevo.

Pasó seis años deambulando por la vida como un alma en pena que vaga porque tiene que vagar, y ni la llegada de Ignacio a su vida en mil novecientos sesenta y cuatro la animó demasiado. A pesar que él se desvivía por ella y la propia Estela tuviese claro que Ignacio era una gran opción para tener una felicidad constante, aunque moderada, en su vida, ese malestar que arrastraba en su día a día, al que de forma casi obligada se estaba acostumbrando, ennegrecía su existir. Pero desde el día en el que se enteró que estaba embarazada volvió a sonreír. Volvió a tener motivos para vivir, para luchar, para continuar. Por primera vez no necesitaba nada más en el mundo para ser feliz que a su pequeño.

Aun así, y por los valores de familia que había recibido, deseaba ampliar su legado. Llevaban años intentando darle a Samuel un hermanito o hermanita, pero el caprichoso destino se lo negaba. Ignacio estaba convencido de que terminaría llegando, pero ella cada vez lo dudaba más.

—Dale un abrazo a tu padre, hija mía. —El bello rostro de Estela se tiñó de alegría al instante.

—¡Papá! —Estela se levantó y fue a su encuentro—. ¡Desde que ya no trabajas te veo aún menos! Verte fuera de casa es complicado —reprochó de forma velada—, ya te he pedido tu café sólo con hielo. —Señaló a la barra entre ruidos de las bandejas, la cafetera y las voces del personal allí presente.

—Gracias, hija. —El hombre tomó asiento a su lado—. Estoy disfrutando de un tiempo para mí. Estar tirado todo el día en el sofá, era algo que desconocía. —Su sentido del humor seguía intacto—. Y no está del todo mal. Necesitaba desconectar.

—¿Qué os pasaba a Marcos y a ti antes? —atacó directa, como siempre.

—Nada hija, cosas de trabajo. —Intentó evadirse él.

—Pero bueno, ¿hasta después de jubilado vas a tener que manduquearles a todos?

—Es por un caso importante. De hecho, de eso quería hablarte. —Tasio volcó el café en el vaso con hielos.

El gesto de Estela cambió como si supiera de lo que su padre iba a hablarle.

—¿Qué ocurre, papá?

—Esta madrugada ha habido un horripilante asesinato en la ciudad. —Pausó unos segundos.

—Y ¿qué tiene que eso ver conmigo? —La tensión se podía cortar en ese momento.

—El modus operandi es exacto a los que ya sabes que ocurrieron en el pasado.

—¿¡Los de cuando conocimos a Samuel!?! —Se había quedado sin aire y luchaba por no caer al suelo producto del mareo. Su corazón iba a mil por hora.

—Sí, pero no quiere decir que sean ellos otra vez. Igual es un imitador, a veces ocurre.

Estela se echó a llorar con un desconsuelo aparente. Tasio se apresuró a abrazarla.

—Estela, lo que quiero decirte es que habrá que volver a ponerte seguridad. Igual no es nada, pero mejor prevenir que lamentarse después. Todo va a salir bien, hija. Te protegeremos.

Poco sabía Tasio el motivo real del llanto de su hija, aunque lo callara, se debía a que en realidad solamente esperaba que el amor de su vida la visitara de nuevo, aunque fuese sólo por un segundo. Acto seguido, la joven se desplomó ante la atónita mirada de su padre que, como la mayor parte de la gente que se encontraba en la cafetería del hospital, fue a auxiliarla.

Principios del siglo XIX, Norte América.

Una de las cosas que más le molestaban “al señor” era que el niño estuviese bautizado por la iglesia católica a la que tanto odiaba, por lo que, casi lo primero que hizo fue pedirle a John Allan que bautizaran al pequeño de nuevo, esta vez por otra Iglesia, pues creía que así anularía la primera acción.

—Así lo haré mi señor, no será problema. Con lo que he ganado estos meses podría pagar cuatrocientas ceremonias.

—Me da igual como sea la misa o la fiesta posterior, eso lo dejo a tu elección, Allan. Solamente quiero que no sea en el odioso cristianismo.

El siete de enero de 1812, el pequeño Edgar Allan Poe, fue recibido por la Iglesia episcopaliana, para satisfacción del oscuro hombre que dominaba a su padrastro y que orquestaba todo desde las sombras. Todo era perfecto esta vez y el señor de lo oscuro estaba complacido.

En 1814, a la edad de cinco años, el joven Edgar comenzó a cursar sus estudios primarios, y empezó también a tener sueños, casi pesadillas, que su mente no entendía, pero que en el futuro le servirían para desarrollar algunos de sus relatos más famosos.

—Me está sorprendiendo, Allan —comentaba el elegante hombre con una sonrisa perruna en el rostro—. Está usted siguiendo el camino correcto en la educación del pequeño. Como

premio, le he asegurado nuevas cotas de mercado en Inglaterra. En breves meses partiréis hacia las tierras en las que naciste para continuar con la prosperidad.

—Sí, mi señor. —La voluntad de John Allan se veía comprada por su avaricia.

—Y recuerda que si haces lo que te pido, todo serán beneficios como hasta ahora.

A principios de 1815, la familia Allan al completo viajó hacia el viejo continente. Para recorrer gran parte de las islas británicas. Primero Irvine, el pueblo donde había nacido John Allan en Escocia, hasta verano. Lugar en el que Edgar, a petición del señor de su padrastro, se puso en contacto con la cultura y el viejo folclore autóctono. Algo que a John Allan le pareció una gran idea por tratarse de sus propias raíces, y porque los negocios continuaban marchando a pedir de boca.

Para el siguiente curso, el oscuro señor exigió que viajaran a Londres donde Edgar estuvo matriculado en un lujoso internado de Chelsea, algo que a Frances, su nueva madre caritativa, no le terminó de convencer.

—Pero, ¿por qué internar al niño? Le quiero conmigo. Es muy bueno y me hace muy feliz estar a su lado, criándole y dándole todo lo que sus padres no pudieron.

—Ya lo sé, Frances, pero tiene que formarse, para ser un hombre de provecho. —La influencia de su señor era obvia—. Eso tampoco podían dárselo sus progenitores.

—Pero, ¿no eras tú el que decía que en la vida estudiar es una pérdida de tiempo? ¿que lo que hay que hacer es ganar dinero?

—Los tiempos están cambiando, amor mío. —Se defendió él—, sólo quiero lo mejor para nuestro pequeño —mintió con la más falsa de las ternuras.

—Está bien —aceptó tras unos segundos ella—, pero prométeme que solamente será hasta que volvamos a Estados Unidos.

—Todo se andará, Francés. —Sonreía complacido John Allan—. El destino nos dirá el mejor camino a seguir.

Así pues, el chico estuvo durante todo ese curso interno en un elitista colegio de Chelsea, para al año siguiente pasar a convertirse en uno de los privilegiados alumnos del famoso centro del Reverendo John Bransby en Stoke Newington, al norte de la capital, donde se familiarizó con los idiomas. Aprendió a hablar en francés y a escribir latín y perfeccionó su inglés materno.

El pequeño Edgar se sentía sólo, pues ignoraba por qué le era costoso hacer amigos y pasaba muchas horas en la soledad de su propia compañía, o con la buena de Frances como única acompañante. Ambos hablaban del lugar como frío y catalogaban su estancia allí como un periodo de soledad y tristeza.

—No empieces a quejarte como de costumbre, Frances, y sobre todo, no contagies a Edgar con tus tonterías. —Afeaba un furioso John Allan que, como de costumbre, sentía asco por las conductas débiles.

Aun así, Edgar se sintió fascinado por los paisajes del lugar. La atención del futuro literato se centró en aquellas estructuras tan diferentes a las que había visto en América que poseían los edificios. Él aún lo ignoraba, pero de esas arquitecturas góticas que se grabaron en su memoria nacerían algunas de las influencias con las que años más tarde crearía gran parte de su obra.

Edgar Allan Poe comenzó desde muy pequeño a mostrar interés por la literatura. Devorando todo tipo de cuentos infantiles que llegaban a sus manos, y también hojeando las revistas inglesas que encontraba en el almacén de su padraastro.

—Deja de perder el tiempo con eso y estudia. —John Allan no entendía su amor hacia los libros no escolares.

—Pero tío. —Así lo llamaba el pequeño Edgar, a diferencia de a Frances a la que nombraba directamente madre—. Ya saco muy buenas notas. Me encanta escribir y para eso hay que tomar ejemplos de otros.

—A mí no me contestes, malnacido. Estudia o lo echarás todo a perder

—Yo quiero leer, me encanta. —El niño poseía una gran personalidad, que se iba acentuando con el paso tiempo.

—No te lo voy a repetir más veces, enano. —La mirada llena de furia.

Aquella tarde los ánimos se fueron caldeando de tal forma que terminó con la primera paliza que John Allan propinó al pequeño Edgar. Siendo como era un hombre rudo y sin estudios, creía que la literatura era una pérdida de tiempo.

Días más tarde sus negocios se vieron envueltos en turbios escándalos públicos que significaron un considerable receso en el éxito del escocés.

—Nunca más le digas a Edgar que no puede leer o escribir. Es parte de su formación. De hecho, a partir de ahora lo que diga el niño será ley en esta casa o te las verás conmigo.

—De acuerdo —aceptó a su pesar John Allan—. Yo había entendido que quería que el niño se convirtiera en un hombre de negocios, mi señor.

—Tú no tienes que entender nada, solamente obedecer.

—Sí, mi señor, así lo haré. Por favor vuelve a hacer prosperar mis negocios.

El recio escocés no entendía como aquel misterioso hombre, que había conseguido incrementar considerablemente su hacienda, podría querer que el chico perdiese el tiempo con libros y esas tonterías de soñadores que no aportaban ni dinero, ni honor y que solamente consideraba aptas para los débiles y las mujeres. De todas formas, viendo de lo que era capaz, solamente deseaba complacerle... “Allá él con lo suyo” se decía.

—No me gustan los fallos, Allan. De momento, y para que no olvides la lección, volverás a Richmond. Tu andadura aquí se verá interrumpida. Si te portas bien, en el futuro hablaremos de nuevo. Y no se te ocurra replicarme. Odio a los lloricas. —Allan se mantuvo en silencio, asintiendo tan sólo.

De esta forma un resignado John Allan y su familia retornaron a los Estados Unidos de América a principios de 1920, cuando Edgar acababa de cumplir los once años. A partir de ese momento, siguiendo los consejos de su señor, el niño asistió a los mejores colegios de Richmond. El English Classical School, de John H. Clarke, o colegios de William Burke y del Dr. Ray Thomas y su esposa. Allí, el joven Poe, descubrió a los clásicos: Homero, Ovidio, Cicerón, Virgilio, César, Horacio que hicieron que su imaginación echara a volar. También aprendió a ser un perfecto caballero sureño, recibiendo la tan apreciada educación virginiana que tan de moda estaba.

En esa época; entre colegios elitistas, lecturas que duraban horas y el amor de su nueva madre; Edgar comenzó a tener agónicas pesadillas de manera recurrente. En ellas se encontraba en un cementerio en el que el tiempo parecía detenido y a lo lejos veía a un hombre sin rostro que recitaba versos en algún idioma o dialecto que el pequeño desconocía. En el sueño, Poe caminaba de manera involuntaria hacia el desconocido de cara borrosa, que vestía como si fuera un duque o un marqués. Aquella visión nocturna, tan real como cercana, terminaba cada noche con el hombre metiéndose en el interior de su cuerpo como si fuera un fantasma y escuchando su voz dentro de su propia cabeza. El chico gritaba desconsolado al despertar envuelto en sábanas empapadas en sudor.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

De repente, un gran ruido, como si fuera el graznido de un enorme pájaro, sonó con fuerza fuera de la casa, seguido de una explosión que hizo temblar los cimientos. Abraham dejó de contar su historia, miró por la ventana, vio dos grandes figuras aladas en el cielo y se levantó apresurado.

—Señores, me encantaría poder continuar con esto, pero el deber me llama. ¿Samuel, me acompañas? —Abraham comenzó a

correr hacia la puerta.

De un ágil movimiento, el hijo se puso a la altura de su padre.

—¿Cómo nos habrán encontrado?

—Nosotros cada vez utilizamos más poder y llamamos más la atención. También ellos mejoran en su forma de buscarnos. —La tranquilidad con la que hablaba se tornó ira al segundo siguiente, cuando salió de la casa volando y lanzando rayos negros en todas direcciones.

Frente a ellos, un gran escudo plateado protegía a sus adversarios.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

No demasiado lejos aún del hospital Marqués de Valdecilla de la ciudad de Santander, Marcos Márquez caminaba por el centro de la capital para ir de nuevo a la calle San Simón. Quería visitar al vecino que les avisó del horrible asesinato producido allí la noche anterior. Esperaba, por el bien de todos, que su padre le hubiera hecho caso y no le hubiese dicho nada a su hermana. Él siempre supo lo que aquel chico, que engañó a todos los miembros de su familia menos a él, significó para ella. Simplemente había sido todo para Estela. Por lo que, era perfectamente consciente que, lo mejor, sería no remover sus sentimientos. Su hermana, que siempre se había mostrado responsable y cabal, casi había enloquecido haciendo cosas totalmente impropias de ella en los días en los que ese muchacho se dedicó a llenarle la cabeza de pájaros con sus promesas de un mundo mejor que explorar lejos de Santander.

De pronto, se sorprendió juzgando de nuevo a los demás, como tantas veces había hecho en el pasado. Juzgando a otros para no pensar en su propia vida y en los problemas que la devoraban desde un tiempo atrás.

A parte de los problemas de ego y envidia que le separaban de su padre y de estar perdidamente enamorado de una mujer que no le correspondía, y a la que, por su deber de guardar luto a su difunta

esposa, no debería amar, había algo que le atormentaba desde hacía un tiempo. Ni siquiera sabía cómo explicarlo con palabras y, aunque no fuera a hacerlo, tampoco esperaba que nadie en su sano juicio lo entendiera. Desde hacía unos cuantos años atrás una presencia, a todas luces oscura y maligna, le acompañaba. No podía verla, pero sabía que allí estaba, oprimiéndole y haciéndole pequeño. Haciendo que su piel sintiese frío incluso cuando el sol del verano apretaba. Sintiendo un peso constante en su espalda, y una brisa helada acariciarle la nuca. Alguna vez había escuchado en la oscuridad, cuando se sabía solo, una respiración, insidiosa y agitada. En otras ocasiones, en mitad de la noche se había despertado escuchando una voz espectral en la oscuridad de la habitación, que hablaba un idioma que no había escuchado antes y eso que a raíz de todo eso, Marcos se interesó por las lenguas extranjeras. Se había planteado con pánico ser pasto de una posible demencia en infinidad de ocasiones y siempre había terminado negando esa posibilidad. Por descontado, había preferido omitir a los demás esa presencia que le perturbaba. Lo último que deseaba era añadir una leyenda negra a su carrera, con la que los demás pudieran comparecerle o atacarle.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

La batalla no duró demasiado, al fin y al cabo los bandos no estaban equilibrados. Abraham era una fuerza sobrenatural que difícilmente podría recibir contestación de unos meros soldados rasos. Samuel tampoco luchaba mal, aún estaba a años luz de su padre en cuanto a fuerza y habilidades, pero sumaba más que restaba en el campo de batalla.

—¡Voy detrás de ellos! —gritó Samuel cuando los dos oponentes huían maltrechos ante el castigo recibido.

—¿Estás seguro? —cuestionó Abraham a su hijo, extrañado del repentino ataque de valentía de este.

—Sí, padre. Quiero medirme. Además, esos dos no están para presentar demasiada batalla.

Abraham asintió complacido y Samuel aceleró para intentar dar caza a sus adversarios.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Envuelto en sus pensamientos, Marcos, llegó sin darse cuenta al punto en que la calle Santa Lucía se cortaba hacia la calle San Simón. A pesar de haberse criado en esos barrios, ningún recuerdo de infancia le venía ahora a la mente. No podía dejar de pensar en nada más que en todo lo relacionado con aquel caso. Había telefoneado desde la comisaría a Don Antonio Lazcano, vecino de uno de los edificios cercanos al callejón en el que ocurrió aquel desagradable asesinato, quedando con él sobre las doce de la mañana en la escena del crimen. Miró su reloj y descubrió que aún le quedaban veinte minutos para la cita. Abrió la puerta del oscuro portal y respiró aquel olor, entre a viciado y viejo, que desprendía el inmueble. Se dispuso a subir por las estrechas y ajadas escaleras hasta el primer piso para llamar a la puerta del posible testigo. Al llegar, timbró un par de veces sin obtener respuesta. Después de otorgar un tiempo más que justo para que la puerta se abriese, se decidió a acercarse a la escena del crimen para examinarla a la luz del día el lugar mientras esperaba a la llegada del testigo.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Samuel sabía que aquello que intentaba era peligroso, pero era lo único que se le ocurría para poder disponer de tiempo libre y poder intentar enmendar el asunto que tanto le preocupaba desde el día anterior. Cuando se supo lo suficientemente alejado de la mansión como para que su padre no se diera cuenta de sus reales intenciones, cambió de dirección. Tenía un objetivo que cumplir y no podía esperar más.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Avanzó los metros que le separaban del callejón de la calle San Simón con determinación. Nada más ver el lugar, Marcos sintió un estremecimiento y los sudores fríos comenzaron a acompañarle, aquella odiosa presencia volvía a estar junto a él. El cuerpo de la víctima ya no estaba, pero ni todos los esfuerzos del servicio de limpieza municipal habían conseguido erradicar por completo los restos de sangre que, esparcida por todo el lugar, confería a aquella calleja el aspecto de una carnicería de la segunda guerra mundial.

Se acercó a la mancha más grande situada en mitad de la acera, recordando al instante el charco de sangre que descansaba ahí tan sólo unas pocas horas antes. Se agachó y pasando su mano por el pavimento, intentó imaginarse lo que allí había ocurrido. Era curioso que la víctima se hubiera dejado atrapar en ese callejón oscuro, en el que por la noche no se veía casi nada. “Igual, como ya ocurrió otras veces, todo fue una trampa” pensó. Meditó sobre el móvil del crimen y supuso que, como cualquier otro asesino en serie, Samuel y su maestro, buscarían llamar la atención. Obtener notoriedad. Pero la pregunta que de verdad le intrigaba en su interior era “¿Por qué ahora?”.

Por lo que le habían confesado para su enfado unas horas antes su padre y el comisario Miguel, esa especie de combo del crimen del que tan poco sabían había actuado alguna vez más en estos veinte años en los que él los creía parados. Su *modus operandi* era tan diferente y rebuscado que difícilmente podría no tratarse de ellos. Un breve vistazo en la comisaria al informe completo le había proporcionado la información suficiente. Un par de asesinatos registrados en Francia a mediados de los años sesenta, otro más en Inglaterra a finales de esa misma década, cuatro en el continente Americano repartidos desde el año setenta y un último en Rusia un par de años atrás. No eran muchos, pues la última vez que actuaron en la capital cántabra fue en Agosto de 1961, pero sí que

demostraba que su afición por matar estaba intacta. Tampoco tenía la seguridad de que a la comisaría de Santander hubiesen llegado referencias de todos los asesinatos que pudieran haber sido perpetrados por aquellos dos desalmados. Lo que tenía claro es que en Santander no habían vuelto a actuar. Entonces, ¿por qué de nuevo ahora? ¿Por qué después de tantos años?

Lo recuerda como si fuera ayer, al fin y al cabo nunca se había perdonado permitir a su compañero ir a aquel bar del Río de la Pila para que sorprendiera a su hermana con Samuel. En ese momento, fruto de la inmadurez, consideró que Guillermo, en calidad de novio de Estela, tenía derecho a pedir explicaciones a ese muchacho por el que Marcos no sentía ningún afecto y que había vuelto de ninguna parte para intentar llevarse una vez más a su hermana consigo. Poco imaginaba el joven Marcos la violenta pelea que se originó después y el posterior altercado que terminó con su compañero en un larguísimo coma del que aún no había despertado. Después, vinieron las broncas por parte de su padre, por entonces comisario, unidas de los primeros síntomas de desconfianza que le marcaron y acompañaron luego.

—¿Qué has hecho qué? —Un enajenado Tasio Márquez daba un fuerte golpe en la mesa de su despacho con las dos manos—. Me avergüenzas, hijo. Espero mucho más de ti. —Un joven Marcos se limitaba a escuchar con la cabeza gacha y la mirada centrada en lamentarse—. ¿Cómo se te ocurre dejar que Guillermo vaya al encuentro de Samuel? Es el amante de su novia, ¿cómo quieres que reaccione? Deberías haber ido tú sólo o con otro compañero y haberle reducido. Ahora se ha vuelto a escapar y no sabemos dónde está.

—Papá, yo...

—¡Cállate! ¡Y sal ahí a ver si lo encuentras! —Tasio dio media vuelta y se dispuso a mirar la parte de la bahía de la ciudad que podía ver desde su despacho.

—No volveré a fallarte, padre. —Marcos se levantó con el orgullo y el alma rotos y salió raudo a intentar enmendar su error. Hasta

ahora nunca había tenido la oportunidad de hacerlo.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Abraham llegó complacido a la mansión después de haber dado buena cuenta de aquellos dos ángeles de la luz que en los últimos tiempos tantos problemas le estaban causando. “Eso es que “el otro” cada vez me tiene más miedo” pensaba mientras llegaba al salón donde ya solamente lo esperaba su fiel Giacomo.

—Nada del otro mundo —aceptó socarrón aquel oscuro ser.

—¿Quiere el señor que vaya preparando el almuerzo? — Giacomo sabía bien que cuando su jefe combatía no solía estar de humor.

—No. —Abraham se sentía complacido por el acto heroico de su hijo—. Siéntate conmigo, que voy a continuar con la historia, que aunque tú ya la conozcas, sé que te gustará recordar. Cómo te contaba...

La visión que el oscuro Abraham proyectaba en la mente de su sirviente Giacomo continuaba desarrollándose con total claridad y lujo de detalles. Sesión de cine personalizada y a la carta.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

En su tiempo libre, el pequeño Edgar Allan Poe devoraba todos los libros o diarios que pasaban por sus manos. En un mes acabó con la obra de Lord Byron, al que idolatraba, también conoció “El quijote de la Mancha” del gran Cervantes y toda la obra de William Shakespeare. Su carácter se fue enrareciendo y llegó a disfrutar más de la compañía de un libro, que de la de un ser humano. Las largas tardes en soledad, se sucedían una detrás de otra.

—Este chico no va a llegar a nada con tanto leer. —A pesar de tener muy claro que Edgar para él debía ser un negocio, el cariño hacia el niño por parte de Allan incrementaba y, por tanto, su malestar con su conducta alejada hacia lo que él creía correcto—.

Debería venirse conmigo a aprender de los negocios en la plantación. Eso sí es ser un hombre —lamentaba.

—Es un cielo de niño... si nunca molesta. Soy muy feliz con él. Gracias por hacerme el mejor de los regalos. —Frances era toda una madraza.

Un día en una visita junto a su querida Frances a las plantaciones de la familia, ocurrió un suceso que marcaría para siempre la personalidad y el estilo, a la hora de escribir del joven Edgar Allan Poe. Con sólo 12 años solía aburrirse en aquel lugar, entre papeleos, despachos y burocracias se sentía extranjero, así que se alejó de los mayores para investigar y conocer las partes del lugar que desconocía. Sin saber cómo, llegó a los barracones de los esclavos negros, lugar donde tenía terminantemente la entrada ya que podía ser muy peligroso, y él lejos de tener miedo entró a curiosear.

En el interior de un inmenso y oscuro barracón, se encontró con una mujer, de avanzada edad, con el pelo rizado, largo, blanco y muy despeinado.

—¿A qué has venido joven? —La mujer hablaba con suntuosidad.

—Quería conocer esta parte de la plantación sin que nadie me dijera por dónde debo ir, y por dónde no —contestó con una seguridad inusitada para la situación.

—¿Y tienes miedo? —La vetusta mujer portaba una cabeza de muñeca de trapo en una de sus manos. La agarraba por la cabellera.

—Supongo, pero me obligo a hacer lo que quiero hacer. —El chico aguantaba el reto.

—Bien, me gusta la gente así. —La carencia del tono era lenta y cansada, pero había algo embaucador en sus palabras—. ¿Quieres que te cuente una historia?

Me encantan las historias —aceptó el chico.

—Esta es algo diferente, pero te gustará.

La mujer narró una historia de asesinatos, horrores y decadencia que a cualquier chico, y más habiendo sido criado entre algodones, le habría hecho salir corriendo. Sin embargo, Edgar se sintió fascinado y prometió volver siempre que pudiera.

Cuando el chico salió del barracón de los esclavos la mujer comenzó a reír con carcajadas altas y rotundas. Poco a poco su imagen y su voz fueron cambiando hasta convertirse en el misterioso y elegante señor de su padrastro.

Así fue como Edgar Allan Poe visitó de manera regular a aquella mujer escuchando las más horribles y oscuras historias sobre apariciones, cadáveres y cementerios. Su padrastro era feliz porque el chico lo acompañase. Pensaba que por fin se interesaba por los negocios familiares. Pasado todo un verano así, un día todo se truncó. John Allan se percató del ardid de su ahijado prohibiéndole volver allí.

—Siempre estás desobedeciéndome... tienes que ser un hombre de negocios, no un soñador, eso no da de comer —concluyó una larga charla John Allan antes de castigar al crio y propinarle una nueva paliza.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

De repente, mientras el día languidecía por momentos y un inusitado malestar se apoderaba de su cuerpo, alguien carraspeó a su espalda. Marcos pensó que, por estar concentrado en sus pensamientos, no se habría percatado de la llegada de Don Antonio. Se levantó en el acto, mientras un creciente viento silbaba con fuerza, girándose para no ser descortés. Su expresión cambió al instante. Era imposible lo que sus ojos estaban viendo. O al menos no comprendía cómo podía estar ocurriendo.

La borrosa imagen que se presentaba ante él era bien conocida. Un muchacho de pelo oscuro y ojos negros como la noche le contemplaba, retándole con la mirada y la sonrisa del que sabe que ha conseguido lo que buscaba. Marcos se sintió aturdido, y creyó

que todo ocurría a cámara lenta a su alrededor. Hizo un gesto con la cara, de forma costosa, evidenciando sorpresa. Cada vez se sentía más indispuerto y el tiempo parecía ir a otro ritmo. Las facciones del muchacho no habían cambiado nada desde la última vez que le vio, allá por el año sesenta y uno. Marcos sabía que no era posible, que nadie conservaba el mismo rostro durante dieciséis años sin envejecer ni un ápice y aun así lo tenía delante. Intentó hablar, pero sus palabras se quedaron dentro de su mente. Hizo un esfuerzo por no vomitar, mientras una náusea le invadía. Fueron solamente unos segundos, pero a él se le hicieron horas.

En frente, la figura de aquel chico que, a su juicio, hacía tiempo tendría que estar encerrado, continuaba observándolo. Disfrutando del momento, con el mismo gesto impávido que portaba desde que apareció.

—¿Buscas fantasmas? —Una voz distorsionada y espectral invadió la mente de Marcos, el otro no movía los labios—. Mejor hazlo dentro de ti.

Marcos luchaba por no caer desplomado. Sus piernas casi no le sostenían y su mente, abotargada, no entendía qué ocurría.

—¿Quieres resolver algo? —La inquietante voz continuaba resonando en su cabeza. Samuel, se mantenía hierático—. Pregunta a Estela por sus sueños.

De pronto, el más joven, con movimientos que los vidriosos ojos de Marcos interpretaban como sincopados, ladeó la cabeza hacia un lado y concedió una mueca forzada. Una fría sonrisilla, como la de un oscuro payaso. Al segundo siguiente levantó a toda velocidad su mano derecha con el dedo índice erecto.

—¡Busca, Marcos! Busca.

Sin conceder tiempo de reacción, Samuel acercó su dedo al cuerpo del policía a gran velocidad y este cayó fulminado. Márquez se dio un fuerte golpe contra el suelo al caer y vio por tan solo un segundo el oscuro cielo antes de desmayarse.

Al mismo tiempo en la comisaría.

Javier, uno de los miembros de la brigada de homicidios, subía acelerado las escaleras que dan al despacho del comisario Miguel. Nunca se le ocurriría molestar a un superior de su rango a no ser que fuese estrictamente necesario, y esta vez lo era.

Llamó con cuidado a la lujosa puerta de nogal.

—¡Adelante! —Se escuchó la cansada voz desde dentro.

El hombrecillo entró sudoroso y la mirada de su jefe fue de reprobación por su estado de agitación.

—¿Qué ocurre, Javier?

—Usted ya sabe que yo no le molestaría si no fuese importante...

—Al grano, por favor. —Miguel se sorprendió recordando la relación que tenía él con Tasio en sus inicios.

—Han venido tres chicos, con más miedo que vergüenza, contando unas cosas extrañísimas del asesinato de la calle San Simón. Les tengo abajo.

—¿Son testigos? —Miguel se levantó de su silla y comenzó a andar hacia la salida del lujoso despacho.

—Son amigos de la víctima, estaban en el momento del crimen. —Ambos caminaban por el pasillo que daba a las escaleras de los pisos inferiores.

—¿Y no se metieron en la pelea siendo tres?

—Dicen que estaban como paralizados. —El gesto del comisario se torció—, ya le he dicho que cuentan cosas raras, para mí que se drogan.

Miguel sintió una punzada en su pecho, los malos recuerdos que le traía ese caso le tenían atenazado desde que se enteró de lo sucedido. No sabía si estaba preparado para volver a tener la responsabilidad de lidiar con muertes inexplicables y situaciones que se escapaban a la lógica humana. Esta vez, además, él estaba al mando.

—¿Les ha tomado declaración ya, Javier? —Mientras bajaban Miguel tomaba posiciones.

—Aún no, está David con ellos en la sala de interrogatorios.

—Perfecto. A ver qué podemos sacar en claro.

—Solamente una cosa más, señor comisario. —Miguel giró la cabeza para intentar atender con más concentración.

—Hay un hombre abajo, con un apellido raro. Dice que viene de Madrid para incorporarse a la plantilla.

—¿Qué? —Miguel no daba crédito a la noticia recibida.

Segunda parte

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

Corrían los primeros días de un caluroso otoño del año 1823 y Edgar aprovechó la falta de vigilancia de su padrastro, que tenía que velar por sus negocios, para encontrar un nuevo hobby con el que satisfacer su curiosidad. Aparte de leer durante horas y estudiar para sacar las mejores notas de su clase, el joven comenzó a hacer visitas a los muelles de la ciudad, donde se juntaba, en lugares de dudosa alcurnia, con los marineros y capitanes de buques y veleros que allí arriaban. Algo impropio de alguien de su edad, pero Edgar parecía no temer nada. Allí conoció las leyendas marinas más diversas; animales marinos escalofriantes, perdidas sirenas que embaucaban a los marineros con sus cantos y cofres del tesoro custodiados por fantasmas se le presentaban contadas con el dramatismo y la entrega de aquellos rudos hombres que, aderezados por el whisky del cochambroso lugar, necesitaban ser escuchados después de largas temporadas en alta mar.

Y así, a la edad de catorce años y quizá inspirado por estas lecturas y leyendas, Edgar Allan Poe comenzó a escribir sus propias historias. Al principio fueron pequeños poemas que hablaban de la vida o el amor. Que por aquella época ya empezaba a llamar a su puerta.

Durante este periodo tanto John Allan como Frances repararon en todo el tiempo que pasaba el adolescente Poe fuera de casa. Continuaba sacando unas notas magistrales, y por las noches aún leía hasta tarde, pero cada vez era mayor el tiempo de ausencias.

—Tienes que hacer algo, John, no quiero que el chico se descarrile.

—Está bien —aceptaba su marido ante la insistencia de su esposa sin mucha convicción.

A decir verdad, John Allan ya no sabía que es lo que podía o no podía exigir al chico. Vivía con el temor de volver a equivocarse y

que aquel hombre misterioso, que tanto le había dado, le castigase de nuevo.

—Oh, mi señor —exclamaba en soledad el escocés—. Aparécete y dime qué tengo que hacer con este tema.

—Nada —contestó este desde una mancha en la pared—. Solamente actúa cuando yo te lo pida. De momento todo está bien.

El acaudalado padrastro de Edgar mantenía una dura lucha en su interior. Por un lado debía tener contento al elegante extraño; y por otro quería hacer caso a su esposa, pues él mismo tampoco veía con buenos ojos que el chico pasara tanto tiempo solo por ahí. Por otro lado, continuaba viendo como una gran pérdida de tiempo todo ese estudio, la lectura y sobre todo, la reciente incursión del joven a la escritura. Le costaba estar al margen.

—¿Ya estás otra vez escribiendo? Haz cosas de hombres de una vez.

—Tío. —Edgar nunca lo reconoció como un padre—. El gran Lord Byron escribe y es un hombre masculino y colosal.

—Él es un adinerado artista puede hacer lo que quiera.

—La tinta corre por mis venas, tío. Quiero escribir de todo lo ya mencionado y de lo que nadie se atrevió a plasma en el papel. Yo también seré artista.

Estas palabras le dolían a John Allan más que ningún golpe. Aunque no le considerará un hijo, le ilusionaba la idea de tener un sucesor en los negocios, que continuara con la estirpe familiar.

En una de esas salidas, Edgar conoció a un extranjero que le ensimismó con su discurso.

—Joven, ¿podría decirme dónde encontrar una librería por la zona?

—Sí claro, yo mismo le llevaré. Está aquí al lado.

Caminando por las calles de Richmond el elegante extranjero contó a Edgar infinidad de historias y anécdotas de sus viajes por el mundo. Al joven siempre le había interesado conocer otras culturas y el desconocido poseía una conversación tan fluida y atrayente que

estuvieron horas andando sin rumbo. Incluso le relató haber coincidido con su amado Lord Byron en alguna ocasión.

—Disculpe señor, me encantaría seguir escuchándole, pero se me ha hecho muy tarde y tengo que volver a casa. —Pese a lo a gusto que el chico se sentía, su deber de la obligación podía más.

—No te preocupes —concedió ladino el extranjero.

—Por cierto, perdón por no llevarle a la librería. No sé qué me ha ocurrido.

—No importa, si quieres quedamos mañana a la misma hora que hoy, y vamos juntos.

—De acuerdo —aceptó Edgar confundido—. ¿Dónde quiere que quedemos, señor? —Pese a que no conocía a ese hombre parecía que no pudiese llevarle la contraria.

—Veamos. —El refinado extranjero hizo una pausa dramática—. Aquí mismo es un buen sitio.

Cuando ya se iba, el muchacho se percató de que desconocía el nombre de aquel misterioso hombre, y no dudó en preguntar:

—Puedes llamarme Abraham y este es mi mano derecha Ludwig Reynolds. —El extranjero señaló a un criado con pinta de modelo que les había acompañado toda la tarde y en el que Edgar casi no había reparado.

Esa noche el chico llegó a casa y casi no pudo ni cenar, ni conciliar el sueño pensando en las aventuras que aquel misterioso extranjero le había relatado. Con lentitud pasaron las horas tanto en casa, como en el colegio, hasta que el reloj indicó que llegaba el momento de volver a verle.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

—Bueno, por hoy, ya es suficiente. —Abraham hizo un gesto a su criado para que volviese a sus tareas—. Mañana más.

—De acuerdo, mi señor. —Giacomo esperaba con ansia al momento de volver a compartir esos momentos con su idolatrado amo.

—Por cierto, feliz cumpleaños. —Abraham sonrió consciente del efecto que continuaba teniendo en su criado.

—Muchas gracias por haberse acordado, mi señor.

El criado partió con la felicidad del niño al que le han obsequiado con el regalo deseado que en su caso a esas alturas, no era otra cosa que la atención, pues hacía bastante que su amo ya no tenía tiempo para él, siempre estaba con su hijo. Poco le duró ese momento de excitación, con sólo pensar en Samuel y lo mucho que lo estaba perjudicando para estar cerca de lo que más había querido en su vida la sangre le hervía.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

La voz sonaba lejana, la luz del día a penas se filtraba a través de los ojos entrecerrados, y los golpes en la cara, a pesar de que seguramente fueran fuertes, los notaba como si tuviera la zona dormida.

—¿Se encuentra usted bien?

Silencio por parte de Marcos.

—Despierte, no me asuste, que ya hubo ayer aquí un muerto.

Marcos, confuso, intentaba averiguar dónde estaba y qué había pasado.

—Qué... ¿Qué ha ocurrido?

—Que se ha debido marear y ha caído redondo. Si quiere voy a por una botellita de agua de Solares que le vendrá bien.

—Buff, deje, deje. —El policía llevó su mano a su cabeza, mientras intentaba erguirse—. Parece que me haya pasado un... autobús por encima —hablaba de forma costosa y balbuceante.

—Qué susto me ha dado. Yo pensé que se me moría. Por lo menos la policía va a llegar ahora, Que he quedado con un inspector.

Pese a su desconcierto, Marcos entendió al instante que el hombre que le había socorrido era Don Antonio. Aquel hombre no ganaba para sustos.

—Yo soy Marcos Márquez. Ha... ¿Ha visto algo? —La cabeza le daba vueltas.

—Sí, a usted levantarse, darse la vuelta, mirar fijamente a la pared y caer desplomado a los pocos segundos.

De súbito, el inspector recordó los últimos segundos antes de caer al suelo.

—¿Dónde ha ido? —indagó acelerado.

—¿Dónde ha ido quién? —Don Antonio no comprendía.

—El otro, el que estaba al lado mío. El chaval que me miraba con cara rara.

Don Antonio examinó a Marcos extrañado.

—Discúlpeme, pero aquí no había nadie. Cuando he llegado le he visto agachado, y he pensado que usted era policía. Le he hecho una señal para que me viera y luego ha pasado lo que le he contado.

—¿Le importaría acompañarme a comisaría y así hablamos de todo con más tranquilidad?

—Por supuesto, no tengo mucho más que hacer, soy jubilado, ¿sabe?

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

De camino a sus aposentos en la gran mansión ubicada al norte de Polonia, Samuel se sentía satisfecho. No se había ausentado demasiado tiempo, por lo que su padre no podría conocer nada acerca de su excursión a Santander. También, había inculcado la semilla de la duda en Marcos para despistarle de su investigación. Era algo que su padre le enseñó hacía muchos años atrás y que siempre que dejaban algún cabo suelto en la escena de un crimen volvían para hacer. Además, esta vez le resultó fácil. Llevaba años atormentando en la distancia a Marcos y lo conocía bien. Sabía que lo que le había dicho, acerca de Estela, nublaría su razón.

Se maldijo por no poder ir a visitar a su ángel de Santander, pero era demasiado peligroso. Su padre se lo tenía totalmente prohibido

y no quería arriesgarse a desenmascararse ahora que lo tenía todo preparado para escapar de su control. De repente, se sintió como un traidor. No es que odiase a su padre, ni mucho menos, pues le amaba y le admiraba como al gran jefe que era, pero Samuel sabía que su tiempo con Estela se acababa y eso lo carcomía por dentro. *“No es que no quiera a mi padre, es que quiero estar con Estela”* se dijo de forma amarga, mientras comenzó a recordar los inicios junto a su padre.

Tokio, 1961.

Al poco de aceptar la oscuridad como modo de vida y después de haber dejado, no sin dolor a su ángel de Santander, Samuel comenzó a recibir el adiestramiento necesario para convertirse en un traficante de almas en el palacio imperial japonés del siglo X.V.I que su padre acaba de adquirir.

—Puedes hacer lo que desees, hijo mío. —La figura espectral hablaba complacido, sentado junto a su hijo en un lujoso tatami en la sala i-má—. Siempre y cuando no llames la atención de los otros, ya me entiendes. Los seres humanos son limitados. Su pobre inteligencia no les permite encontrar explicación a la mayoría de las cosas. Con lo que jugar con ellos es bien sencillo. Y sí encima, después de pasártelo bien, les pones trampas contradictorias, se vuelven como locos intentando resolver un misterio inexistente. Les encanta la sensación de tener el control. Por el poder son capaces de llegar a destruirse unos a otros, o incluso a sí mismos. Y a mí me fascina observar ese juego, ver cómo se van enredando en esa tela de araña ficticia. Plantear las reglas, poner el escenario y observar como fracasan en sus intentos.

—¿Cómo lo que les hiciste a los policías en Santander? —preguntó fascinado el joven, al tiempo que su maligno padre reía con carcajadas exaltadas.

—Sí, eso y más. Lo que quieras, Samuel. Sé que es difícil de entender aún para ti, pero a mi lado, tú sí serás el príncipe de las

tinieblas. Juntos dominaremos todo y cuando llegue el momento tú ocuparás mi lugar. Seremos Invencibles.

La admiración que sentía Samuel por su padre era inmensa y cuanto más cosas descubría de ese mundo nuevo de oscuridad que le proponía, más le amaba.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

A la una en punto del mediodía, Marcos Márquez entró en la nueva comisaría de los bajos del ayuntamiento de la ciudad de Santander acompañado de Don Antonio, el afable jubilado que parecía tener un don para ser testigo de los sucesos más escabrosos. No tenía ni idea de cómo se podría explicar lo que le había ocurrido en aquel callejón minutos antes de forma razonable, pero estaba completamente seguro de que no había sido producto de su propia imaginación.

—¡Marcos! menos mal que ha venido. —El guardia de la recepción se levantó apresurado para abrir la puerta a los visitantes.

—¿Qué ha pasado? —Marcos no deseaba andarse por las ramas.

—Le espera el comisario, en la sala de interrogatorios.

Sorpresa por parte de Marcos.

—Gracias, Pablo.

—Yo si molesto me marchó y vengo en otro momento.

—No, Don Antonio usted venga conmigo, que no será nada. Acompáñeme por aquí. —Hizo un gesto airado.

La improvisada pareja se adentró en el interior de la comisaría, mientras Marcos, intentaba ordenar la amalgama de ideas que habían tomado su mente.

—La verdad es que un poco de emoción no me vendrá mal, soy jubilado ¿sabe?

—Sí, ya me dijo antes. Entonces... ¿ayer qué vio?

—Bajé a mi perro, porque ya está mayor y no me aguanta toda la noche, el pobre, sin evacuar. A todos nos ocurre lo mismo cuando

envejecemos. Es un ratonero, muy feo, pero le quiero como al más bonito. Lleva muchos años a mi lado, ¿sabe?

—Y ¿al bajar al perruco? —Marcos intentó reconducir la situación.

—Se llama Kiko, es un amor —cortó el insistente Don Antonio.

—Eso, ¿al bajar a Kiko qué vio? —Continuaban caminando por la comisaría de Santander, mientras Marcos saludaba con la cabeza a algunos compañeros que se encontraban trabajando con papeleos y demás burocracia.

—Pues le bajaba al callejón de detrás de San Simón, que si hay bullicio Kiko no hace sus cosas a gusto. Tranquilo, que yo soy un gran vecino y siempre recojo todo lo que deja, ya me entiende.

—No lo dudo —repuso Marcos que estaba comenzando a desesperarse—. Y entonces... ¿encontró el cadáver?

—Sí, mi Kiko comenzó a tirar hacia el interior de la callejuela. Y eso que él ya no está para esos trotes, pero debió llamarle la atención lo que allí había y encontramos a ese pobre en el suelo.

Cuando llegaron a las inmediaciones de la sala de interrogatorios, Marcos hizo una seña al comisario Miguel, que hablaba con un desconocido, para que esperase un segundo. Le extrañó el gesto de su superior, algo no marchaba bien.

—Una cosa más, en su declaración de ayer nos contó que cuando llegó había un hombre arrodillado al lado del cuerpo, y que al verle salió corriendo.

—Bueno, no corriendo, pero ni siquiera me saludó. Me dejó con la palabra en la boca. Por cierto... era ese hombre. —Don Antonio hizo un gesto con la cabeza hacia donde estaba el comisario.

—¿Qué era quién? —Marcos no entendía nada.

—El hombre con el que está hablando su compañero. —La sorpresa se instaló definitivamente en Marcos que intentaba en vano aclararse.

—¡Venga conmigo! —ordenó decidido, al tiempo que emprendió la marcha.

Marcos avanzó resuelto hasta donde se encontraban Miguel y el supuesto sospechoso.

—Hola Marcos, ¿este es el hombre que encontró el cuerpo?

—Sí, Don Antonio Lazcano, jubilado, para servirle. —El hombre tendió su mano.

—Miguel Echevarría, comisario.

—Dice que él era el hombre que huyó cuando encontró el cuerpo. —La mirada desdeñosa de Marcos hacia el desconocido fue de órdago.

—Sí, ya me ha contado. Es el inspector jefe Pablo Morenza, de asuntos internos. Le acaban de destinar de Madrid. —En el gesto de Miguel hubo algo, que aunque Marcos prefirió ignorar, dejaba entrever que había que tener cuidado con el extranjero.

—Y ¿qué hacía a esas horas en la escena del crimen?

—¡Marcos! No creo que esa sea forma de tratar a un superior. — Miguel advirtió al policía con la mirada.

—No pasa nada, solo hace su trabajo. Intendente Pablo Morenza. —Tendió su mano—. Supongo que usted es “Márquez junior” He leído su informe. —La mueca de sorna era evidente.

—¿Entonces? —Marcos continuaba mirando fijamente al foráneo en el momento de estrechar su mano.

—Entonces, su jefe ya sabe todo lo que debe saber de eso. Ahora por favor, siga con su testigo. Mientras nosotros continuaremos con el otro asunto. Está todo en el informe.

Morenza, caminó como si nada hacia el interior de la sala de interrogatorios.

—¿Qué ocurre? —Marcos miraba a Miguel pidiendo explicaciones.

—Problemas con Madrid, termina con este hombre y ven. Te pondré al día.

Miguel también se marchó y Marcos tuvo que contenerse para no ir de inmediato a pedir explicaciones a Morenza.

—Bueno, Don Antonio, entonces ¿qué hacía exactamente mi compañero cuando usted llegó?

—Realmente nada, estaba parado al lado del cadáver como observándolo. En cuanto me vio se limitó a salir sin decir ni buenas noches ¡Fíjese que modales! Me pareció extraño, pues con esos ojos de loco que tiene no pensé que fuera policía y corrí a avisarles. Incluso pensé que pudiera ser el asesino.

—¿Algo más? —Marcos no dejaba de mirar hacia la sala de interrogatorios.

—No, lo que conté a sus compañeros, que me armé de valor e hice guardia a la entrada del callejón para que ningún otro mancillara a ese pobre fallecido que...

—Y ¿esta mañana no vio a otro hombre a mi lado en el callejón?

—Lo siento, estaba usted sólo.

Marcos optó por no insistir, no quería que aquel personajillo pensara que estaba loco de remate. No tenía pinta de guardarse las cosas para sí precisamente.

—De acuerdo, no quiero molestarle más, aun así le dejo mi número de teléfono. —Sacó un bolígrafo de su chaqueta—. Puede llamar a cualquier hora, tanto a casa como al despacho. Avíseme si recuerda algo más, lo que sea.

—Ya sé que usted es aún joven y que cree que la vida es para hacer cuantas más cosas mejor, pero si quiere coger un consejo de jubilado; cuídese porque así no llega a viejo.

Don Antonio miró a la mano de Marcos que temblaba de forma notoria mientras escribía.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Al llegar a su habitación, Samuel, encontró la puerta abierta y percibió una presencia dentro, oscura, llena de odio. Entendió al instante que no se trataba de su padre, A él le sentía en todo momento y mucho más poderoso. Se detuvo unos segundos antes de decidirse a entrar. Analizando la situación.

Dentro, una figura esperaba sentada en el sillón. El rostro a contraluz, el semblante contraído de tensión.

—¿Qué haces aquí, Giacomo? —El gesto desafiante del que se sabe superior.

El decrépito mayordomo de Abraham guardaba silencio, macerando sus palabras antes de liberarlas de la prisión de su boca.

—¡Te exijo que me digas qué es lo que estás haciendo aquí! — Samuel continuaba percibiendo odio hacia él y no estaba dispuesto a permitirlo.

—Descubrir verdades. —El mayordomo tiró hacia Samuel un papel, que este reconoció al instante como una hoja de su diario—. ¿Es así como agradeces todo lo que tu padre ha hecho por ti?

—No es asunto tuyo. —Era obvio que Samuel se sentía incomodado por la situación y porque el criado hubiera violado su intimidad robando sus escritos de sus cajones—. ¡Sal de aquí! ¡Ahora!

—Sabes que al amo no le gustaría enterarse de esto. — Giacomo, se levantó quedando al lado de la puerta de la habitación.

—Giacomo, yo no tengo por qué darte explicaciones.

—El amo nunca te ha tratado mal. Hace tiempo que vengo observándote y no estás feliz. No entiendo a qué se debe. Él te lo ha dado todo. —El desprecio y la envidia se entremezclaban en sus palabras.

—Yo tenía una vida. —Samuel se sorprendió mostrando debilidad—, y...

—La que el señor te dio, no lo olvides. Él te creó. Él te ubicó en ese lugar.

—Sí, y, también, orquestó todo para que le amase y fuese su compañero en esta guerra —respondió Samuel con asco—, sin importarle nada más que él mismo y su cruzada.

—¿Y eso es malo? Si yo hubiera podido hubiera matado a quien hiciera falta para estar en tu lugar. Tú tienes mucha suerte, Samuel.

Samuel no salía de su asombro. Era la primera vez desde que conocía a Giacomo, el viejo mayordomo que siempre se había mantenido al margen de todo entre las sombras, que se atrevía no sólo a llevarle la contraria, sino, también, a abroncarle y eso a Samuel no le gustaba en absoluto. En cualquier otro momento, el aprendiz del mal, le hubiera dejado claro quien estaba al mando, pero esta vez no. Esta vez podía perder mucho más de lo que ganar. Además, sabía que, al menos en parte, el anciano tenía razón.

—¿Quieres mi puesto? pues cógelo. Habla con mi padre, seguro que él, con su infinito poder, puede hacer algo para arreglarlo —pronunció con inquina, sabedor de que eso no era posible. Giacomo era un simple mortal.

La mirada del mayor hubiese derretido todo el polo norte

—Si pudiera te abofetearía. —Samuel no supo si se refería a su condición de hijo de, a lo desigual de las facultades físicas, o a ambas—. Me decepcionas, Samuel. Mucho. —*El traficante de almas* reparó en que era la primera vez que aquel lacayo no le trataba de usted—. Y si tu padre supiera la farsa que representas, también se sentiría así. —Pausa condescendiente para esperar el remate en forma de último ataque—. Pero no voy a hacerle eso. Enterarse le debilitaría mucho y... justo ahora, que la batalla final se acerca, necesita estar en plenitud de facultades. Con lo que, escúchame bien, a partir de ahora tú te vas a dejar de tonterías y vas a hacer lo que cualquier hijo digno de su padre haría. Te volcarás en complacerle y le ayudarás con su causa, sin objeciones. Y yo seré

tu sombra, te vigilaré y estaré esperando a que cometas el más mínimo error.

—Giacomo, por favor, abandona este cuarto. —De nuevo recompuesto, Samuel hablaba con desdén intentando camuflar su enfado.

—De acuerdo, señor. —El criado entendió la situación y su papel—. Si necesita algo, estaré cerca, esperando. Muy cerca —Aun así, atacó.

Cuando el otro salió, Samuel hizo levantar la cama desde donde se encontraba. Dejándola caer con fuerza al segundo siguiente, dominado por la rabia. Recordó cómo fueron los primeros días con su padre. Aquella esperanza de convertirse en poderoso. Él le amaba en realidad y quería ayudarle en la guerra que sabía que vendría, pero, en ocasiones, le costaba no tirarlo todo y volver a esa pequeña localidad del norte de España en la que dejó parte de su alma. De repente, se detuvo y rió con sonoras carcajadas a causa de la ironía de su pensamiento. Él, *el traficante de almas*, tenía el alma roto.

A oscuras, en silencio, volvió a recordar sus primeros pasos en el mundo del horror. Cuando cogido aún de la mano de su maléfico padre, comenzó a aprender el duro oficio de diablo.

—*Esto es maravilloso. —Samuel, en sus recuerdos, señalaba a su alrededor donde el Taj Mahal les contemplaba imperioso—. No entiendo cómo he podido vivir sin esto hasta ahora... y que haya gente que no vaya a poder disfrutar de estas maravillas en toda su vida...*

—*Es por el dinero, está muy mal repartido. Pese a que me encantan los lujos que reporta, reconozco que es el peor de los inventos que ha hecho la civilización humana.*

—*No entiendo como las personas se conforman con el papel que les toca desempeñar en este mundo sin intentar luchar por cambiar las cosas.*

—*¿Por qué lo hacías tú? —La pregunta cogió desprevenido al aprendiz.*

—Porque desconocía todo esto... o por cobardía, supongo.

—Pues ahí lo tienes. —Sentado al lado del río Yamuna, Abraham respiraba con tranquilidad el aire puro de la ciudad de Agra—. Mira, Samuel, en este maldito mundo que ha creado el ser humano, o eres yo o las únicas formas para conseguir dinero son: aportar de forma previa una inversión que luego rentabilizar o venderte... Y créeme cuando te digo, que es menos dañino para el ser humano venderse a mí que a ese falso Dios al que tanto veneran en forma de oro y billetes.

—Pero ¿Por qué no cambias las cosas si las ves tan claras? Pese a lo que se dice de ti, no creo que tu interior sea tan oscuro como pretendes hacer ver. —El padre sonrió cómplice ante tal comentario.

—¿Y arreglar lo que “el otro” está permitiendo con su libre albedrío? —La mueca se dispara en el rostro de Samuel—. Ya te expliqué que una vez, hace mucho tiempo, yo no fui así. Que creía en la bondad y me rebelaba a la injusticia, pero eso me llevó a este exilio y a la humillación que me persigue. Cada uno tiene que aprovechar las armas que tiene para intentar ganar la guerra y, por desgracia, yo me he visto obligado a tener que llevar esta estrategia. Además, mi lucha no es por los seres humanos, sino por la gente que puebla el cielo. Cierto es que para cuando yo venza este mundo será diferente, y las personas no serán consideradas tan sólo ganado como lo son ahora, pero el ser humano es muy difícil de contentar, algún día te explicaré un experimento que llevé a cabo en una remota isla y sus consecuencias. El ser humano está auto catalogado como racional, yo considero que lo único que les diferencia de los animales es que él no intenta siempre sobrevivir.

—No creo que la maldad sea tu única vía para llegar a la victoria. Siempre hay otra opción. Además, tú lo puedes todo. Para el tiempo, manipulas a las personas para que hagan lo que quieres. No creo que te costara conseguir mejorar este mundo.

—No todo. Si te fijas no puedo parar el tiempo todo el rato o hacer demasiado alarde de mi poder, sin atraer a los otros, con eso

estoy limitado. Cada vez menos, porque soy más poderoso ahora, pero limitado al fin y al cabo. Tampoco puedo obligar a todos los humanos a que hagan mi voluntad, solamente a los débiles o a los que tienen rasgos oscuros en su personalidad.

—¿No crees que esta lucha no la puedes ganar solo? Me refiero a sin un ejército.

—¿Bromeas? No imaginas cuantos embajadores del mal tengo a mi disposición. Aunque no consiga que todos hagan mi voluntad, sí la mayor parte. Además, el ser humano es muy fácilmente maleable, así que cada persona que hace alguna mala acción por su cuenta, está colaborando con la causa, ya que transmite su mal a los demás. Y no me refiero solamente a los que tienen poder, que aunque la repercusión negativa de sus acciones sea mayor, son tan sólo unos pocos. Es la suma de todos los demás la que es tremendamente favorable para mí. Como ya te he dicho mi poder se alimenta del mal y de la oscuridad en las almas. No es que este camino de oscuridad es lo que hubiera deseado al principio, pero, como te digo, es el camino que se mostró ante mí. Y no me irás a decir que no tiene su atractivo. —Abraham guiñó un ojo a su hijo al ver a dos bellas jóvenes hindúes que paseaban distraídas por los alrededores del palacio de la corona de Shan Jahan. Al poco las dos mujeres estarán muertas después de haber saciado las necesidades libidinosas del señor de lo oscuro.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Anastasio Márquez acariciaba la mano a su hija, que reposaba en la cama que durante tantos años fue suya en la casa de sus padres en los denominados “*Chalets de la Tierruca*” de la calle Cisneros. La habitación no había cambiado nada desde el día en que se fue.

—Sí llego a saber que te pones así de mal no te digo nada, hija.

Al enterarse de que el amor de su vida podía estar de nuevo por la ciudad, Estela comenzó a llorar de forma desconsolada, para

después desmayarse, provocando un gran revuelo en la cafetería del hospital. Había deseado con todas sus fuerzas que Samuel volviese, pero nunca había imaginado que fuese culpable de las horribles cosas que tanto su padre, como su hermano, le querían adjudicar. Ahora, el pensar que si había vuelto era cometiendo un crimen, la horrorizaba. Además, la noche anterior había tenido una desagradable visión de un cruel asesinato mientras dormía. No iba a contárselo a nadie, pero la atormentaba la coincidencia.

—No ha sido nada, papá. —Estela miraba alrededor, contemplando con gran cariño ese lugar—. Aunque me encante estar aquí, ahora tengo que irme a casa. Tengo una familia que atender. —Estela intentó levantarse, pero, casi sin esfuerzo, su padre se lo impidió.

—He llamado a Ignacio y está viniendo aquí para buscarte. Ya has escuchado al médico, tienes que descansar unos días. —Tasio calló unos segundos—. Por suerte estábamos en el hospital, si llega a pasarte esto en otro lugar me da un ataque a mí también. —El ex policía miró a su hija con ternura, acariciándole la cara—. Mi pequeña... ¿Tanto te ha impactado la noticia del asesinato? Puede que no hayan sido ellos, o que no se queden por aquí. De todas formas, tranquila, nosotros te protegeremos.

—Ya sabes, a nadie le gusta remover el pasado cuando es doloroso. —Estela miraba para otro lado con lágrimas en los ojos. Intentaba disimular en la manera de lo posible para que su padre no se percatara del motivo real de su malestar.

—Y sabes también que puedes contarme lo que te pase, sea lo que sea.

—Ya sé que tú y mamá me vais a ver siempre como una niña, pero ya tengo treinta y cinco años y una vida adulta. Mis cosas son mías.

—Tus cosas siempre serán nuestras también. —Tasio sonreía embobado.

—Ya, pero hay cosas que mejor me las guardo. —Ahora era Anastasio el que evitaba la mirada de su hija—. Y te advierto que

aunque mi madre sea mi jefa y me regale días libres, voy que ir al trabajo.

En ese momento Asunción entró en la habitación portando una bandeja sobre la que reposaba un humeante plato de sopa.

—Me da igual lo que digas. No vuelves a trabajar hasta el lunes. No faltaba más, que o te recuperas o no podrás traer un hermanito a Samuel.

—¿Ya estamos con lo de volver a quedarme embarazada?

—¡Es que uno es muy poco! y va estar muy sólo el día de mañana y...

—Asunción, ya está. Es su vida —reprobó Tasio que no quería una discusión.

—¿Tengo que repetir que tengo treinta y cinco años?

—Estela, para nosotros siempre serás...

—Vuestra pequeña —cortó airada la más joven—. Ya lo sé y os agradezco todo lo que hacéis siempre por mí, pero hoy no tengo muy buen día.

Sin que nadie diga nada más, Madre e hija se funden en un cariñoso abrazo, mientras Tasio mira a Estela, sopesando si no tendría que haber hecho caso a su hijo mayor y no haberle contado nada. Desde luego no se esperaba esta reacción. Maldecía a Samuel Abascal con todas sus fuerzas.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Poco a poco, y pese a que Samuel ya no era un niño, o precisamente por eso, el vínculo padre e hijo se fue fortaleciendo. Y pese a que aún recordaba a Estela Márquez, los primeros años de su unión fueron muy felices. Lo que no veía el joven nacido en Santander era que mientras la relación padre e hijo crecía, ligada al terror que provocaban desde las sombras en la tierra, una figura observaba todo, en silencio, con el corazón lleno de envidia. Aguardando su momento.

No demasiado lejos de la magnífica habitación en la que Samuel luchaba por no sucumbir a la cruenta lucha que le presentaban sus propios fantasmas, Giacomo entró en un gran salón, decorado con el mismo fastuoso estilo Victoriano que todas las demás estancias de la maravillosa mansión de *Gdansk*. En el interior del habitáculo, un hombre acomodado en un lujoso sillón de época, admira su gran belleza ante un espejo de mano.

—Mira cuanta belleza, buen amigo. Es lógico que “el otro” sintiera envidia.

—Tengo que contarle una cosa, amo. —El criado hizo un esfuerzo por no temblar, pues sabía que si lo que iba a ocurrir a continuación no se tornaba favorable a él, las consecuencias podían ser fatales.

—Si no deseo escucharla, mejor que la omitas, Giacomo. —Sin volverse, ni levantar la vista del cristal, Abraham contestó firme.

—Esa es una de las cosas que me preocupan de usted, amo. A veces, está tan ocupado pensando en usted mismo que no se percata de los problemas que tiene a su lado. —Por primera vez en mucho tiempo el criado hablaba de esa manera a su señor. Se arrepintió en el acto.

La oscura sombra apartó el pequeño espejo y con una mirada entre suficiente y amenazante respondió:

—Yo lo veo todo, incluso cuando no estoy mirando. No lo olvides.

—No dudo de su magnificencia, yo sólo...

—Sobre todo me doy cuenta, casi antes de que se produzcan, de las actitudes, digamos, menos honorables como los celos. —La mirada llena de fuerza.

—No deseaba ofenderle, amo.

—Sólo ofende el que puede, Giacomo. No lo olvides. ¿Qué quería decirme, por cierto?

—Olvídelo, amo. Nada importante.

—Entonces, puedes retirarte. Gracias por tu servicio de todos estos años, por cierto. Siempre has sido muy útil.

El anciano se retiró sin saber bien cómo habían quedado las cosas y qué quiso decir su jefe con esas últimas palabras. Lo que tenía bien claro es que uno nunca olvidaba la primera vez que una persona importante en tu vida te ninguneaba y se posicionaba del lado de otro que considerabas tu enemigo. Menos aún, cuando tu relación con esa persona era tan fuerte y venía de tan lejos. Esta no era la primera vez, pero dolió por igual.

Al salir de la estancia una lágrima de rabia y envidia surcaba el ajado rostro del mayordomo, que recordaba impotente sus inicios junto a su idolatrado señor. Tiempos mejores en los que le tenía solamente para él. Se maldijo recordando algunas cosas que hizo en el pasado para librarse de otros, que, como Samuel, también intentaron usurpar el puesto de mano derecha de Abraham que él había luchado tanto por preservar y, aun así, en su foro más interno, reconocía que volvería a hacerlas. Por desgracia para él, esta vez era diferente. Samuel no era otro ser humano al que su jefe adoptaba a cambio de algo. En esta ocasión, se trataba del mismísimo hijo del maligno. Con poderes a los que él, con su limitado y viejo cuerpo mortal, no podría hacer frente.

—Tendré que ser más inteligente esta vez —dijo para sí—. Y tendré que aprovechar las ocasiones que se me presenten para conseguir mi objetivo. También, deberé ser más paciente —continuaba pensando exaltado.

Aunque precisamente eso no le preocupaba, pues en eso de esperar se sabía bastante bueno. Al fin y al cabo, llevaba siglos haciéndolo. Esperar la llamada de su amo y la posterior migaja de atención era su oficio desde hacía tanto tiempo que ni se acordaba ya y le encantaba. Era lo mejor que le había ocurrido en su vida. Por lo que se prometió acabar con su enemigo... como lo había hecho otras tantas veces. Giacomo sabía que, pese a la magia de su amo, ya no le quedaba demasiada vida, pero, con todo, deseaba aprovechar hasta el último minuto.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Marcos entró en la habitación en la que sus compañeros miraban a través del cristal a los tres testigos que, totalmente desencajados, relataban al inspector jefe Morenza los hechos. El comisario Miguel se acercó y le habló al oído en un tono bajo.

—Son tres amigos de la víctima de ayer. Estaban presentes en el lugar de los hechos.

Marcos intentaba escuchar al tiempo la conversación que tenía lugar en la habitación contigua.

—Entonces. —Morenza esgrimía una mirada de indiferencia—, ¿me están diciendo que todo se paró y el enclenque chico al que perseguían se volvió un asesino implacable? Y qué, aun teniéndoles a su merced sin poder moverlos, ¿les dejó ir? ¿Así sin más?

Los tres chicos asintieron. Sus rostros reflejaban la mala noche pasada. Ojeras remarcadas debido al sufrimiento y al insomnio, acompañadas del color del que está indispuesto.

—Lo lamento —proseguía el inspector jefe—, pero hay algo que no encaja. ¿No será que le han matado ustedes mismos, producto de las drogas y el alcohol que debían llevar encima? Puede que ahora o no saben bien lo que ocurrió en realidad o estén intentando escurrir el bulto.

—No, señor agente —intentó defenderse el que parecía mayor—. Las cosas ocurrieron como le hemos contado y...

—Lo lamento, pero de momento tendrán que quedarse aquí, no puedo dejarles en libertad hasta estar seguro de su inocencia.

Morenza se levantó y se dirigió a la puerta.

—Entonces, ¿estamos detenidos? —preguntó otro de ellos.

—No, solamente están colaborando con el ilustre cuerpo de policía del estado español.

Sin despedirse, Morenza salió de la sala.

—Pero ese hombre está loco. —Marcos no se creía lo que acababa de pasar.

—Loco o no, tenemos que obedecerle. —Miguel, parecía resignado a su derrocamiento temporal de poderes—. Sí está aquí

es porque en Madrid así lo ven necesario.

—Tampoco es obedecerme a rajatabla, sólo hacer lo que digo.
—La puerta se había abierto de forma silenciosa un segundo antes
—. Por lo que veo ya está usted informado... —Ante el silencio incómodo que se había creado, Morenza fanfarroneó de su posición —, de la demencia de esos pobres —señaló a los chicos al otro lado del cristal—. Ya sabe, las malditas drogas que tanto gustan a los jóvenes.

—Estoy al tanto de la situación, lo de su demencia no creo que sea menester nuestro dictaminarlo. —Estaba claro que Marcos no estaba contento con la presencia del extranjero.

—¿Y de qué tipo de magia negra creé que estamos hablando entonces, señor Vázquez?

—Es Márquez —se apresuró a corregir Marcos.

—Como sea. ¿Cree usted que dicen la verdad?

—Creo que no se puede inculpar tan a la ligera a los que, es muy posible, sean los únicos testigos de un crimen.

—¡Señores por favor! No olviden, que todos estamos en el mismo bando.

—Tranquilo, comisario. —Morenza se puso con indiferencia metódica la chaqueta que se había quitado para entrar a la sala de interrogatorios—, siempre que se tenga respeto al superior, es bueno aportar otro punto de vista de un caso, por erróneo que parezca. A veces da lugar a sacar muchas conclusiones.

—¿Qué está queriendo decir? —Marcos retaba.

—¡Marcos! Venga conmigo afuera. —La mirada inquisitiva de Miguel disuadió al policía para que dejara su guerra personal para otro momento.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Sabe el cargo que tiene ese hombre? ¿Y por qué está aquí?

—No voy a dejarme pisar porque sea un superior. No cuando tengo razón.

—Estás nervioso por este caso. Intenta relajarte. —Miguel intentaba apaciguar los ánimos de su protegido.

—Estoy tranquilo, comisario. Ese hombre me ha faltado el respeto, nada más.

—Es tu superior. —Miguel suspiraba—. Cógete el día libre, Marcos.

—¿Qué?

—O ve a investigar a la calle, pero hoy no te quiero por aquí. Mañana estaremos todos más calmados. Si tú no lo estás no te molestes en venir tampoco.

—¿Y luego me preguntas que por qué no me siento valorado? — Marcos Márquez comenzó a andar acelerado hacia la salida.

—Es por el bien de todos. Mañana ven más tranquilo —se reafirmó Echeverría.

Miguel permaneció unos segundos mirando al que consideraba como uno más de sus hijos. Le dolía más que al propio Marcos, pero era consciente de lo que estaba en juego... su propio puesto. Sabía que sí ese detestable hombre no se marchaba satisfecho, su cese era casi seguro. Le preocupaba el porqué de su visita. Habitualmente, cuando la central de la capital del país mandaba a alguien a una comisaria de provincias, que no hubiese sido pedido por el comisario de la misma, siempre era para investigar qué se estaba haciendo mal en dicho distrito, algo así como un auditor para una empresa privada. Y para su desgracia, él mismo no conocía realmente el motivo de aquella inoportuna visita. Miguel pensaba que todo se estaba haciendo bien en su comisaria, al menos desde que cogió el cargo. Por otro lado, le costaba creer que su amigo Tasio hubiese hecho nada reprochable. A parte de lo bien que lo conocía, él mismo era su segundo y se hubiera percatado si algo ilegal hubiese ocurrido en aquella casa de la justicia. Pero algo tenía que estar escapándosele, de lo contrario Morenza no estaría allí tocando las narices.

—Y encima, justo ahora que vuelven a ocurrir estos asesinatos —dijo para sí.

—¿Cómo dice? —A su espalda, Morenza, sonreía de forma perruna.

En el domicilio de los Márquez un timbrazo sacó a Asunción de sus pensamientos. Se encontraba en la cocina fregando los cacharros de la comida. Había dejado a su marido y a su hija Estela hablando en la habitación. Sabía que serían su amado nieto y su yerno, Ignacio y se apresuró a abrir. Uno era la alegría de sus ojos, su niño mimado. El otro, el correcto apéndice de su hija que, aunque a ella siempre le pareció un pusilánime, había conseguido complacer a Estela y traer un poco de paz a su turbulenta vida. Con lo difícil que pareció en otra época.

Ella que siempre fue una mujer fuerte y moderna para su tiempo, nunca entendió algunas cosas que había hecho su pequeña en su vida. Como ponerse el mundo por montera e ir a estudiar fuera. Trabajar de periodista, algo que ella no veía digno de una dama, o llevar el peso de la casa y la educación de su hijo. Aunque, desde luego, lo que más la molestó de todo fue que se encabezonara y llamara a su nieto de la misma forma que ese desgraciado al que una vez tomó por hijo y que resultó ser un horrible asesino.

—¡Hola, mi niño! —La expresión de felicidad tomó el control en la mujer madura.

—Hola “güelita”.

Un niño de unos diez años subía corriendo la cuesta que daba al inmueble familiar de la santanderina calle de *La ciudad jardín*. La amplia sonrisa de su cara delataba que le encantaba ir allí.

—¿Quién es el niño más guapo de este mundo?

Asunción abrazó a su nieto, al tiempo que le bombardeaba a besos. Ignacio saludó como lo hacía todo en la vida, de forma correcta y silenciosa y pasó a ritmo acelerado dentro del hogar. Quería hacerse el fuerte, pero sólo pensar que a su Estela le hubiera podido pasar algo, hacía que le entraran ganas de llorar. Desde que la conoció, a finales de 1963, supo que era la mujer de su vida. Le costó mucho conseguirla e incluso después de casarse con ella nunca la sintió suya del todo, pero él era el que dormía a su lado cada noche, con el que compartía sus días y el padre de su

hijo. Qué más podría querer tener en esta vida si esa familia que había formado colmaba de felicidad su ser.

—Está tranquila ahora. —Tasio había salido a recibir a su yerno—. No imaginas el rato que hemos pasado.

—Pero, ¿se sabe por qué ha sido producido ese ataque de nervios?

—Posiblemente es por una noticia que yo le di esta mañana. —A Tasio nunca le gustaba andarse con rodeos.

—¿Qué noticia? —Ignacio arrugó el ceño.

—¿Ya sabes que hace años adoptamos un niño que luego resultó ser el hijo de un asesino en serie y que él mismo aprendió a matar con los años? —El más joven asintió en silencio—. Pues tenemos indicios de que han actuado ayer de nuevo en la ciudad.

El silencio se impuso durante unos largos segundos.

—Y ahora ¿qué va a pasar? —Aunque Ignacio lo suponía, necesitaba escucharlo.

—Ya sabes que ese hombre estuvo obsesionado con Estela, por lo que tendremos que ponerle vigilancia de nuevo. Pero ella no debe enterarse, ya la conoces.

—De acuerdo. Me deja más tranquilo, Tasio.

Tasio levantó la mano, haciendo un gesto, para que pasaran al interior de la estancia donde descansaba su hija. Su yerno no se movió. Parecía pensativo.

—Hay una cosa que deseaba contarle, Tasio. —Ahora era Tasio el que arrugaba el gesto—. Hace unos años Estela tuvo terrores nocturnos. Bueno o algo parecido. El caso es que algunas noches la escuchaba hablar en sueños, se convulsionaba de forma bastante ostentosa y, a veces, hasta se despertaba gritando o llorando.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Ella no quería. Lo curioso es que a la mañana siguiente cuando le hablaba de ello, nunca se acordaba de nada o eso me decía. Llegué a asustarme.

—¿Cuánto tiempo estuvo así? —Tasio no entendía por qué Ignacio le contaba eso justamente en aquel momento.

—Desde que la conocí hasta hará un año más o menos — Ignacio se acariciaba el mentón, como si aquel gesto le ayudase a recordar—. Pensé que ya lo había superado, pero ayer volvió a ocurrirla y... esta vez se despertó llorando como una plañidera. Pero, como siempre, no quiso hablar de ello. —El resquemor y la amargura tiñeron el discurso de Ignacio—. Y que se haya desmayado justo después de que ayer la volviera a ocurrir, me preocupa.

—No tendrá que ver. A veces en la vida ocurren coincidencias. Además, estará preocupada y por eso habla de vez en cuando en sueños. —Tasio deseaba normalizar la noticia.

—Es algo peor que hablar en sueños, más fuerte. Parece que entra en trance. Se tensa, tiembla y no levita, como en la película de *“El exorcista”*, de milagro. A veces, tengo la impresión que hasta la temperatura de la habitación desciende.

—Será aprensión tuya. —Pese a que parece no darle importancia, el ex comisario tan sólo intenta calmar a su yerno.

Tasio volvió a indicar al marido de su hija que entrase en la habitación. Intentaba parecer tranquilo, pero la noticia que acababa de recibir, unido a lo vivido en las últimas horas, le tenía fuera de sí. Estela, su dulce Estela. Lo que más había querido en su vida y por la que daría la misma podría estar en peligro. Y, aún con todo el poder del que se sabe poseedor gracias a sus contactos, no estaba seguro de poder protegerla.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Al inicio de la tarde, Samuel decidió salir de sus aposentos. Había hecho caso omiso a la llamada de los sirvientes para la comida ya que no le apetecía ver a nadie y menos a Giacomo, pero no podía quedarse allí eternamente. Tenía encargos de su padre por hacer y sabía perfectamente cómo se las gastaba sino cumplía sus órdenes. Anduvo por el palacio en busca de su padre con el objetivo de disculparse por su ausencia del mediodía, extrañado porque este no le hubiese ido a ver, hasta comprobar que en esos momentos la casona parecía desierta. Sabía que su padre, debido a su condición de deidad, se movía de forma constante y libre por el mundo. Él también lo hacía ya que formaba parte de sus obligaciones. Por lo menos a ellos les salía barato viajar, se decía siempre. Ignoraba dónde se encontrarían Giacomo y su troupe de sirvientes sin rostro ni alma, pero le traía sin cuidado. Lo último que deseaba ver era a esa decrepita alimaña.

Cuando cruzó el gran recibidor que daba al grandilocuente salón y abrió una hermosa vitrina de cristal de *Murano*, sacando de ella una botella de un whisky añejo que reconocía exquisito y lujoso a partes iguales, comenzó a escuchar a lo lejos unas risillas de mujer, dulces, pero seductoras a la vez y sonrió para sí sabiendo lo que ocurriría a continuación.

Otra de las cosas en la que Samuel desobedecía en secreto a su padre, aparte de visitar la Santander de su niñez y a la niña de sus sueños de vez en cuando, era en entablar “demasiada” relación con sus atractivas, y peligrosas concubinas. Aunque fue una de las cosas que primero le prohibió Abraham a su llegada, no tanto por posesión o celos, sino, más bien, por los peligros que podía llegar a conllevar juntarse a esas dos brujas, Samuel descubrió en esos encuentros una forma ocasional de desahogo que, además de divertida y gratificante, era necesaria. El traficante de almas se sabía diferente a su padre, que gustaba de acabar en el lecho, o

donde terciase, con todo lo que encontraba a su paso. Hombres o mujeres de todas las edades, por separado o todo mezclado a la vez, incluso llegó a incluir por mero divertimento animales en algunas orgias. Conseguir esto para él era muy fácil, pues dominaba la mayoría de las voluntades con asombrosa facilidad. El aprendiz aún no controlaba tanto el arte de la manipulación, pero estaba progresando de forma rápida. De todas formas, lo malo de Abraham no era el forzar la mente humana para satisfacer sus oscuros deseos, sino que le encantaba zanjar sus juegos sexuales terminando de forma brutal con la vida de los implicados. Los apodosos de “el maligno” o “el príncipe de las tinieblas” se los había ganado a pulso. Pero Samuel no era así, aunque había cogido el gusto a despojar a otros de su vida, nunca lo mezclaba con sexo. Para él eran cosas diferentes.

Miró a su alrededor y no encontró lo que buscaba. Frunció el ceño expectante de deseo.

—¿Dónde estáis, chicas? ¿Me vais a hacer ir a buscaros?

Nada más terminar de hablar se materializaron delante de él dos bellas mujeres, con la lascivia dominando su rostro, vestidas de cortesanas.

—¿Así que hoy queréis hacéroslo a lo medieval? —pensó en alto.

Una de ellas, Sylvana, de esbelta figura, ondulado pelo negro; brillante como el azabache, de mirada moruna, intensa y profunda; comenzó a caminar de forma elegante alrededor de Samuel, mordiéndose el labio inferior y pasando la uña de su dedo índice alrededor de su cuello. La afilada uña no llegó a hundirse en la tersa piel, pero amenazaba con clavarse.

La otra, Davinia, con más rotundidad en las formas, de pelo liso, castaño, facciones dulces que hacían presagiar a una tierna colegiala con la picardía que da la lujuria de la perversión en los ojos, se desvaneció y de la nada volvió a aparecer justo delante del hombre que impassible aguardaba el momento de pasar a la acción.

Un segundo después, la bella mujer mordió la boca de Samuel, teniendo que contenerse para no arrancársela.

Sin que Samuel pudiera siquiera llegar a tocar a ninguna de las dos, las enigmáticas muchachas desaparecieron dejándole a solas de nuevo.

Ambas formaban un tándem perfecto, y Samuel lo sabía. Conocía perfectamente tanto sus cuerpos como las cosas que sabían hacer con ellos, pues llevaba bastante tiempo bebiendo de las mieles de sus más bajos instintos y, aun así, nunca se cansaba de su ardiente compañía. Los juegos que las gustaba hacer y la energía eterna con la que se implicaban en sus escarceos sexuales hacían que deseara con ansia que llegara ese momento. Al fin y al cabo, aquello debía ser a escondidas de su padre, por lo que no podía disponer de ellas cuando deseara.

Las risillas que escuchó al principio, volvieron a resonar por la mansión, de fondo, como un eco incitante. Viendo que sus dos amigas deseaban jugar, Samuel decidió ir en su búsqueda. Se despojó de su chaqueta y se dirigió hacia las plantas superiores siguiendo las sensuales voces de la pareja de vampiresas. Según caminaba, sentía que sus manos le tocaban, le acariciaban. Mientras andaba, notaba que sus bocas le soplaban suavemente la piel del cuello. No las veía, solamente las sentía, pero disfrutaba sabedor de lo que estaba por venir.

Al tiempo que subía las magníficas escaleras centrales a paso ligero, comenzó a escuchar lo que interpretó como los gritos de una tercera mujer. Se detuvo justo antes de coronar su ascensión, expectante, y después de unos segundos de rotundo silencio volvió a escuchar una femenina voz que gritaba a lo lejos. De pronto, la mujer de pelo oscuro que ahora lucía tan sólo; ropa interior, medias de seda y ligeros; se materializó a su lado. De un veloz movimiento cortó con sus afiladas uñas la camisa de Samuel dejando al descubierto su fornido torso. La mujer clavó sus ojos en los de él, incitantes, seductores, transmitiéndole un deseo que nunca antes conoció. Adelantándose a una nueva huida, Samuel la agarró de

forma fuerte del cabello atrayéndola hacia sí y probando por fin su dulce boca. Los gritos continuaban en la parte de arriba.

—¿No quieres ver lo que tenemos preparado para ti? —susurró Sylvana de forma sugerente en el oído de Samuel.

Cogió su mano y le guió hacia la planta superior. Mientras, él centró su visión en la cadencia sensual con la que la mujer movía su anatomía. Sabía perfectamente hacia dónde le conducía, con toda seguridad se dirigían hacia sus mágicos aposentos. Era ahí, donde las dos concubinas de su padre tenían más poder, donde eran más peligrosas, pero también, donde más se disfrutaba de sus juegos lascivos. La experta mujer guío a su compañero por el sinuoso pasillo, sin prisa, pero sin falta, mirando de vez en cuando al hombre con puñaladas de deseo clavándose en su rostro. Cada vez faltaba menos para llegar a su destino y cada vez los gritos de la tercera mujer eran más intensos. La puerta estaba entreabierta. Sylvana se apartó dejando a Samuel que entrara primero, como ofreciéndole ese privilegio. Este abrió la puerta sin tocarla, tan sólo con mover un poco su mano, encontrándose dentro con una joven y hermosa mujer, de cabellos dorados como el trigo, que mezclaba en su mirada el miedo y el anhelo del que descubre contra su voluntad algo que sin saberlo de antemano le encanta. Estaba vestida tan solo con un camisón blanco que dejaba adivinar a la perfección la generosidad de sus formas. Se encontraba sentada en una silla, atada de manos al techo con una potente cadena. Había dejado de gritar al ver a Samuel. Como sabiendo lo que iba a pasar se ruborizó al instante, y su respiración, entrecortada, delataba que, en el fondo, una tremenda excitación la envolvía. Un segundo después, las dos inquietantes anfitrionas aparecieron a su lado. Echaron una última mirada a Samuel, como invitándole a unirse, y comenzaron su ritual de caricias, besos y lascivia en el cuerpo de la joven invitada. El camisón cayó a un gesto rápido de la mano de Sylvana que lo cortó con sus afiladas uñas. Dejando ver unos grandes senos de forma perfecta y una piel blanquecina típica de las frías tierras polacas en las que se encontraban.

Samuel, aunque consciente de cómo terminaría aquello, se dispuso a incorporarse a esa orgia de vicio y desenfreno que se avecinaba. Estaba tranquilo porque sabía que a la joven no la dolería, esas dos brujas la tendrían en un trance de excitación tan alto, que sería imposible. En ese momento, no quería pensar en nada más, ni siquiera en sus irrefrenables ganas de matar contra las que luchaba habitualmente con todas sus fuerzas. Tan sólo buscaba desahogar ese tremendo deseo que se había formado en su interior. Aun así, sabía que, como cada vez que mantenía relaciones sexuales, volvería a poner en el rostro de sus amantes la imagen que guardaba su memoria de la primera vez que desfloró a su Estela. Por más tiempo que pasara nunca podría olvidar esos momentos. Era increíble que a él, el hijo del maligno y un adepto a las prácticas más perversas, lujuriosas y decadentes le ocurriera eso. El amor incondicional y sus derivados, se decía siempre al respecto.

Se acercó decidido al trío de mujeres que continuaba con sus juegos lascivos. La más joven, que por su apariencia sospechaba que si no era virgen no debía hacer demasiado tiempo que dejó de serlo, ya no gritaba, ni siquiera ofrecía resistencia. Parecía haberse entregado al placer que estaba descubriendo. Poseída por el morbo que la despertaba la situación, se entregaba por completo a los deseos de las ardientes mujeres. La vampiresa de pelo castaño se perdió entre los voluptuosos senos de la cortesana, jugando con ellos, humedeciendo su parte más sensible, acariciándolos con frenesí. Mientras, Silvana, continuaba dedicándose a estremecer el cuello de la joven, pasando su lengua por él, mordisqueando los lóbulos de sus delicadas orejas y besando su boca.

Samuel apoyó con decisión sus dos manos en los virginales muslos que, por la postura, permanecían débilmente cerrados. Casi sin esfuerzo los separó y fue ascendiendo por ellos hasta llegar a la húmeda ropa interior. Jugó un poco con sus dedos por fuera de la mojada braguita, notando la carne que, febril, palpitaba debajo. Agarró con fuerza la prenda y, sin pensarlo, la arrancó de un rápido

movimiento, llegando, ahora sí, al sexo de la virgen que, lubricado, esperaba lo que tanto deseaba. Poco a poco fue introduciéndose en ella. Primero un dedo, dos más tarde, trabajando a la joven por fuera y por dentro de su cuerpo. Haciéndole sentir cosas que nunca imaginó siquiera. El cuerpo virgen se convulsionaba estremecido. La primera explosión en su cuerpo no se hizo esperar. Fue intensa, violenta. Su ritmo cardiaco se elevó, la joven sintió estar a punto de desmayarse y su boca se quedó seca por completo. Gimió extenuada, se revolvió con desenfreno y, al final, con la respiración agitada miró al hombre que le provocaba tanto placer con perversión en la mirada. Sin dejarla descansar, Samuel la levantó y apartó la silla de una patada. Esta se hizo pedazos al golpear contra la pared pero ninguno de los presentes se distrajo lo más mínimo de la batalla que estaban librando. El hombre dio la vuelta a la joven, que continuaba con las manos atadas al techo por la recia cadena, y, situándose detrás de la joven, le separó un poco las piernas ante la atenta mirada de expectación de sus dos compañeras que arañaban la piel de la joven con sus afiladas uñas. Antes de hacer nada, Samuel agarró con firmeza la cabeza de la joven y ladeándola para sí, observó en su rostro el de la chica de Santander en la que no había dejado de pensar desde que tenía consciencia, Estela, siempre Estela. Instantes después, se adentró en el interior del lozano cuerpo, penetrando a la joven con suavidad, aplicándola un ritmo lento, primero, embistiéndola con fuerza después. Mirando como sus dos malignas compañeras de escarceos se habían situado en un lateral de la estancia. Entregadas a darse placer recíproco, en un baile sensual en el que los artilugios más extraños que Samuel antes vio tomaron un papel protagonista en sus juegos.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Marcos era consciente de que se había equivocado. Estaba convencido que ese hombre que había venido desde Madrid era un completo imbécil, pero, por desgracia, sabía que el mundo estaba

lleno de ellos y que habría veces que tendría que hacer de tripas corazón porque su estatus o posición era superior. En contra de lo que le había ordenado el comisario Miguel, no tenía ninguna intención de tomarse el día libre. No justo en un momento tan crucial. Necesitaba investigar ese caso que acababa de reabrirse y que ya se había convertido en un verdadero problema. Aun así, quería aprovechar para ver a su hermana y asegurarse que todo estaba bien, pues lo que le dijo Samuel en aquella visión del callejón de la calle San Simón, era que la preguntara por sus sueños. Y aunque sabía que era totalmente imposible que Samuel se le hubiera aparecido en esa especie de sueño, le había parecido tan real como la propia vida. Quizá su estresada cabeza le estaba jugando una mala pasada o aquello fuese tan sólo un presentimiento, pero cabía la posibilidad de que, como otras veces antaño, aquello hubiera sido otro misterioso e inexplicable truco de los que aprendiz y maestro del crimen les tenían acostumbrados. Como fuese, Marcos no pensaba tardar demasiado en averiguarlo.

Eso sí, en caso de que todo fuera un ardid, aún se preguntaba cómo habría conseguido ese indeseable que Don Antonio no le viese, desmayarse. Tampoco encontraba explicación a que la imagen de Samuel fuese la misma que la última vez que lo vio dieciséis años atrás.

Mientras caminaba, el policía notó un inmenso dolor de cabeza que le hizo detenerse de golpe. Se miró en el escaparate de una zapatería, descubriendo que su aspecto lucía como el de un enfermo. Sabía que el suceso del callejón había ocurrido en realidad, pero también que nadie en el mundo iba a creerle, y más con el testimonio en su contra de Don Antonio. Era difícil de asimilar hasta para él mismo, pero no iba a dudar de sí, y menos si Samuel Abascal y su misterioso maestro podían estar implicados. Tampoco había entendido otras cosas relacionadas con ese caso antes y aun así había terminado aceptándolas.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

La joven estaba fuera de sí; gritaba, gemía, suspiraba y ahogaba su voz ante las oleadas de espasmos que recorrían su cuerpo hasta dejarla extasiada. Los orgasmos se sucedían uno detrás de otro y sus piernas no sostenían ya su propio peso. Tan solo continuaba en pie porque las cadenas que ataban sus manos al techo permanecían ahí. Cuando no pudo más se entregó abrumada al descanso, temblando y con una mueca de felicidad en su rostro que delataba que el clímax al que había llegado se le antojaba como el más plácido de los paraísos.

Samuel decidió que era momento de dejarla descansar, aunque hubiera entrado en éxtasis. Al fin y al cabo, era una simple mortal y su cuerpo tenía límites. Le acarició la nuca con dulzura y se apartó buscando con la mirada a sus perversas amigas, pero como si estas hubiesen leído su mente ya no estaban ahí. De forma intuitiva miró al techo, descubriendo un camastro en el que reposaban Silvana y Davinia que, con gestos provocativos, le indicaban que se uniera a ellas. Samuel sonrió y de un salto se encaramó a la cama que parecía anclada al techo. El juego no había hecho más que comenzar.

La joven polaca luchaba por no desmayarse. Los cercanos gritos le ayudaban a no sucumbir al cansancio y la relajación que la dominaban. Su voluntad se había doblegado por completo, pero ya no tenía miedo, al contrario, se encontraba a gusto. Un enorme hormigueo envolvía su cuerpo, recorriendo, eléctrico, todos y cada uno de sus poros. Ignoraba cómo había llegado ahí. Casi no recordaba ni quién era, solamente sabía que un creciente sentimiento de deseo y perversión se había apoderado de ella por completo y que lo que más ansiaba era que fuera saciado. Se tranquilizaba al sentir a sus compañeros de faena cerca. No entendía cómo era posible que estuvieran haciendo esas depravaciones en el techo, pero no lo cuestionaba. No sabía si eso era la realidad o el sueño más dulce que jamás hubiese tenido, pero

por nada del mundo deseaba que se terminara. Nunca antes se había sentido mejor, más completa.

Aun con las rodillas flaqueantes y los músculos blandos como la gelatina por el sobreesfuerzo realizado, miró al techo y descubrió al hombre tendido en el improvisado lecho, desafiando la ley de la gravedad. Contempló también a la mujer morena que estaba aposentada en la boca de este, disfrutando del arte con la lengua de su amante. La otra mujer, de pelo más claro, se encontraba cabalgando al hombre como una demente mientras la miraba de forma fija e incitante. Y la joven polaca solamente deseaba, pese a que su sexo le ardía como el propio infierno por el desmesurado uso al que ha sido sometido, que le volviese a tocar su turno.

En esos momentos podría morir porque volviera a tocarle... y, en verdad, no faltaba demasiado para que ninguna de las dos cosas ocurriese.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Entre pesquisas y suposiciones Marcos llegó al domicilio de su hermana situado en el número cinco de la calle San Luis. Sin perder tiempo llamó, por mediación del portero automático, al segundo derecha y nadie contestó. Esperó unos cuantos segundos más y volvió a intentarlo un par de veces. No hubo respuesta. Como nunca se había fiado del todo de la eficacia de ese nuevo invento, que llevaba un par de años extendiéndose como una plaga por todos los portales y casas de la ciudad, sacó el juego de llaves que Estela le entregó para que se sintiera como en su casa y abrió la puerta pensando que o aquel aparato estaba roto, o algo tendría que haber ocurrido para que a la hora de la comida no hubiese nadie allí. Comenzó a subir los escalones de dos en dos. Sabía que si hubiera pasado algo grave le hubiesen llamado a la comisaría, pero no las tenía todas consigo. Nervioso, llegó al segundo piso y por decoro volvió a llamar al timbre. Tampoco hubo respuesta. Introdujo la llave de forma acelerada pensando que igual esta ausencia estaba relacionada con la vuelta de su odiado némesis.

La casa estaba aparentemente tranquila. Todo recogido y en orden. Marcos no quiso esperar más y después de mirar cada una de las habitaciones de la vivienda, se dirigió al salón y descolgó el teléfono. Una breve conversación con su madre le sirvió para averiguar lo ocurrido y que estaban de camino en ese momento. Al despedirse y colgar el auricular, tomó asiento en el sillón de cuero, respiró hondo y comenzó a repiquetear sus dedos en la mesa cercana, evidenciando su nerviosismo e impaciencia. Odiaba esperar y menos si creía que, como en esta ocasión, eso le restaba opciones de llegar a la verdad. Era consciente de que espiar la intimidad de su hermana no estaría bien, pero también de que si la pasara algo y él no hubiese investigado, no se lo perdonaría en la vida.

Se levantó a toda velocidad y se dirigió a la habitación del matrimonio. Comenzó a buscar intentando desordenar lo menos posible. Debido a la experiencia que arrastraba, era fácil para él. No sabía qué estaba buscando, ni de cuánto tiempo dispondría hasta que volvieran a casa, pero dejaba que su instinto le guiase. Así, llegó a sus manos el diario de su hermana. No tenía ni cerradura ni ningún impedimento para que pudiera abrirlo. Aun así, meditó unos segundos si deseaba traspasar esa frontera. “Es por el bien de la investigación”, se dijo para autoconvencerse. El diario era un cuadernillo pequeño de la marca *Faber Castell*, adornado con motivos florales de vivos colores y las primeras fechas databan de un par de años atrás, concretamente de mayo de 1975. Leyó por encima las primeras entradas que hablaban de los pensamientos y vivencias de su querida hermana, nada relevante, pero a la cuarta página descubrió algo que le llamó poderosamente la atención:

París, 1975.

Querido diario:

Hoy ha ocurrido una gran tragedia a mi lado, pero, por suerte, puedo decir que estoy viva. También que la caridad humana ha vuelto a sorprenderme. Me encuentro descansando unos días en Paris para evadirme de todo lo que me rodea y que tanto me agobia últimamente, aprovechando la coyuntura de libertad que me da el periodismo. Esta noche me encontraba cubriendo el estreno de “El demonio y el idiota” de Dostoievski, en una nueva y revisada versión, y un gran incendio, del que aún la policía no ha averiguado el origen, ha comenzado a expandirse a sus anchas por todo el teatro. La gente gritaba e intentaban salir a la carrera mientras se amontonaba en las salidas. Yo recibí un fuerte golpe por la espalda y caí al suelo. Por unos segundos solamente vi piernas que se movían a gran velocidad a mi alrededor y aunque luché por levantarme, me fue imposible. En un acto reflejo, me acurruqué como una bola para no recibir más daño y pensé que no iba a poder

salir con vida de aquel teatro. A mi mente vinieron las imágenes de mis seres queridos como si fuese una triste despedida. Pero cuando peor pintaban las cosas para mí, de forma casi milagrosa, unos hombres me ayudaron a ponerme a salvo. Ni siquiera hablaron conmigo, parecía que fuesen guardaespaldas que cobraban por hacer eso. Cuando me sacaron desaparecieron a toda prisa sin que pudiera siquiera darles las gracias. Al verme fuera y a salvo, me puse a llorar, no tanto por estar viva, que también, sino porque durante todo el tiempo que mi vida corrió peligro solamente pensé en Samuel, en realidad pensé en los dos; mi hijo, por el que daría la vida, y, en contra de lo que una buena esposa haría, en el chico que me robó el corazón hace ya tanto tiempo. Me entristece reconocer que mi marido, ni siquiera pasó un segundo por mi cabeza. Sé que es una tontería y que, seguramente, se debió al shock producido por la situación, pero desde que me senté en la butaca, hasta que todo acabo, pude sentirle cerca. Era como si Samuel estuviera allí conmigo. No es la primera vez que esto ocurre, o que tengo sueños con él que no sabría diferenciar de la realidad. Y es que, aunque nunca le consideré en verdad mío, le quise con todo mi corazón. Él siempre ha sido mi dueño.

Ha sido una auténtica catástrofe en la que ha habido muchas víctimas, la mayoría afectadas con quemaduras, heridas y contusiones y, por desgracia, la mayor parte del elenco de actores de la compañía ha fallecido en el incidente. Aun así, hay algo extraño. La policía no está siendo clara con el asunto y a mí me encantaría investigarlo, pues sé que hay algo que no encaja en todo esto, pero debo volver a España con mi familia. Bastante que Ignacio no se opone a estas escapadas que hago, un par de veces al año, con la excusa de mi trabajo. Sé que debido a la injusta sociedad que hay en España en este momento, nadie a mi alrededor entiende este tipo de decisiones. Para ellos soy una rebelde que ha dejado de cuidar su casa como debería. Detesto esos pensamientos de la sociedad, pero, aun así, continuo con mi vida. No sé por qué hace ya tiempo que dejé de importarme lo que

piensen los demás y los estúpidos prejuicios que están anclados a mi país desde la llegada del Caudillo y su opresivo régimen, que rezo porque algún día vaya a cambiar. Lamento de todo corazón si he decepcionado a mis padres o a mi querido hermano que esperaban que me convirtiera en un clon de mi madre, pero yo no soy como ella, y aunque quiera a mi familia con todo mi alma yo tengo otras inquietudes y nunca entenderé por qué no puedo compatibilizarlo.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Samuel abandonó la estancia justo antes de que los gritos desesperados de la joven mutaran del placer al horror. Sabía que no podría hacer nada por salvar a la mujer, aquellas dos arpías eran demasiado peligrosas dentro de aquella habitación y tampoco quería que su padre se enterara de sus encuentros sexuales, que tan útiles le resultaban para desahogar su frustración, con sus queridas doncellas. Además, tenía trabajo que hacer para satisfacer a su padre, siempre lo tenía, pero si deseaba que su plan para conseguir escapar de allí fuera un éxito, debía tener contento a su padre.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Cuando terminó de leer esa entrada en el diario de su hermana, Marcos se quedó pensando unos segundos. No tenía idea de que su hermana hubiese ido hasta Paris, a ellos les había dicho que había estado en Toledo con su marido y su hijo. Era consciente que Ignacio la idolatraba y la podía haber tapado esas dos veces al año que Estela confesaba ausentarse de su hogar en aquel diario. Aquello le molestaba, también que hubiese corrido peligro. Estaba claro que si una persona quería podía tener secretos, aun cuando sus familiares eran detectives y estaban pendiente de ella. De todas formas, hubo otra cosa que le llamó la atención en sus confidencias

al diario, Estela hablaba de las apariciones de Samuel en sus sueños y, precisamente, Samuel le había dicho en su propia ensoñación que le preguntase a ella por aquello. Todo era muy raro. Sabía que era imposible que alguien se apareciera en los sueños de otra persona de forma consciente, pero después de lo que le había ocurrido a él tan sólo unas pocas horas antes, ya no sabía que creer.

Sin que pudiera continuar buscando en aquel cofre del tesoro de las revelaciones, Marcos escuchó la puerta principal abrirse y dejó de nuevo el diario con cuidado en su lugar. Salió al pasillo y se dispuso a disimular, por lo menos de momento, pero sabía que necesitaba un rato a solas con su hermana. En presencia de su marido nunca se abriría con ese tema.

Ya en el pasillo vio al matrimonio, que caminaba despacio. Él la ayudaba a avanzar con el mayor de los cuidados y, como siempre, ella se dejaba querer.

—¡Marcos! ¿Qué haces aquí? —Estela sonrió sorprendida al verle.

—Venir a visitar a mi hermanita favorita, que me he enterado que está pachucha. ¿Qué tal, Ignacio? —El saludo con la cabeza entre los dos es, cuanto menos, correcto.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? Es que no quiero que esté sola, pero tengo que ir al taller a solucionar unas cosas. Es importante.

—Sí, te tomo el relevo. Ve tranquilo, que hasta las cinco no tengo nada que hacer. —Marcos no se creía que el destino le otorgara su objetivo con esa facilidad.

—Va a ser solo un rato. Ya sabes que a estos que tengo allí, si no les aprieto, no me funcionan.

—Tranquilo, yo la cuido.

—Chicos, que estoy bien. —Estela suspiraba resignada—. Por lo menos preguntarme si quiero compañía.

—¿Le vas a hacer ascos a los mimos de tu hermano mayor? Mira que si hace falta te hago un chocolate caliente como cuando

éramos pequeños.

Estela comenzó a reír, negando levemente con la cabeza y se agarró a su hermano.

—Eres incorregible, Marcos.

—Yo vengo en cuanto pueda, cariño. —Marido y mujer se dieron un beso más por compromiso que por pasión—. Hasta luego.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Tras una nueva acción de servidumbre al mal que promovía su padre, Samuel retornó a la mansión satisfecho. Había aprendido bien como se jugaba al despiste y, como siempre que algo se les iba de las manos, acababa de tejer una tela de araña de embustes y despistes que distraerían a los pobres policías mortales que pulularían por la escena que había preparado, como inofensivos insectos intentando encontrar verdades hasta perderse en su propio miedo. Esta vez había actuado en Australia, mañana, quién sabría dónde tendría lugar su próximo encargo.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Marcos y Estela reanudaron lentamente el camino hacia la habitación.

—Pero, ¿qué te ha pasado? Se te ve muy débil. —De momento el policía deseaba evitar temas conflictivos.

—Esta mañana me desmayé en el trabajo. Por suerte papá estaba conmigo.

Marcos miró a su hermana como sabiendo a qué podía deberse ese repentino desvanecimiento.

—No estarás...

—Que pesados todos con eso. —No le dejó ni terminar la frase—. Que no, que no lo estoy.

—Perdona, Estela. No quería ofenderte —contestó él con cierta sorna, mientras la ayudaba a tumbarse en la cama.

—Tranquilo, es que me siento presionada con ese tema. Todo el mundo quiere decidir al respecto.

Marcos sonreía de forma seca al tiempo que la arropaba.

—Me suena. Bueno tú tranquila... hagas lo que hagas la gente nunca estará contenta del todo.

—Ya, eso me revienta. Es para lo único para lo que es “el momento”. Para todo lo demás siempre o se es demasiado joven o de repente demasiado mayor. Y eso teniendo suerte y los que te juzguen sean seres queridos, que si no estás perdido...

—Ya lo dijo el sabio: solamente hay una cosa peor que hablar sin saber de lo que se está hablando... Criticar sin saber. Aunque cueste, yo hace tiempo que no me detengo a pensar en lo que dicen los demás. Siendo hijo de mi padre, es lo mejor que puedo hacer.

Estela se quedó mirando a su hermano con admiración.

—¿Sabes cuánto hace que no compartíamos un momento así?

—Marcos negó en silencio con la cabeza ante la pregunta de su hermana—. Pues la verdad es que mucho, demasiado diría yo. Tenemos que olvidarnos de todo más a menudo. —Él sonreía con fresca sinceridad.

—Si es que ya no somos unos niños. Fíjate que tú ya estás que te caes por las esquinas. —Ella reía como si volviese a ser la niña que un día fue.

—Qué tonto eres, hermanito. —Ambos se cogieron de la mano con ternura.

—¿Llegaste a hablar con papá antes de desmayarte?

La pregunta cogió desprevenida a la mujer que dudó si confesar la verdad.

—Si... de algo hablamos. —Marcos interrogaba con la mirada—, me dijo lo del asesinato de ayer, si es lo que te interesa.

—¿Y cómo estás con eso? —El gesto de ambos había cambiado. La mirada de él analítica, la de ella esquiva.

—Pues bueno, he tenido días mejores.

—¿Hay algo que no me hayas contado con respecto a Samuel?
Ella calló unos segundos.

—Me parece muy triste que me hagas creer que vienes a verme para preguntarme.

Marcos, consciente de que cuando su hermana enrocaba era difícil sacarle nada en claro, intentó reconducir la situación.

—Si te pregunto es porque me preocupas. Lo hemos pasado muy mal con todo esto en el pasado. Me da miedo que ese miserable nos vuelva a arruinar la vida. Fíjate, esta mañana nada más conocer su posible vuelta mira que susto nos has dado a todos.

De forma estudiada Marcos guardaba silencio esperando la reacción de su hermana.

—Tú sabes lo que quise a Samuel, ¿verdad? —Él asentía—. Estabas cerca cuando pasó. Si hubiera podido me hubiera ido con él, de hecho, iba a hacerlo, pero, como bien sabes, él se fue... rompiéndome el corazón.

—De eso hace muchos años. Pero, no me has contestado. ¿Hay algo que no sepa?

Marcos miró fijamente a su hermana como intentando acorralarla. Sabía que le costaba mentirle.

—Hay algunas cosas, sí. —El hermano mayor frunció el ceño—. He recibido cartas tuyas desde hace años.

—¿Qué? —Marcos no salía de su asombro—, pero, ¿cómo se te ocurre ocultarnos eso? Podíamos haberle atrapado.

—Tranquilo, nunca tenían remite.

—¿Y el matasellos? ¿Era siempre del mismo lugar?

—No tienen. Aparecían a mi lado como por arte de magia.

En condiciones normales Marcos no se hubiera creído lo que su hermana le confesaba, pero después de lo vivido al mediodía en aquel callejón maldito, optó por continuar con sus pesquisas.

—Aun así, debías habérmolas facilitado. Seguro que algo hubiéramos encontrado. —El resentimiento del que aceptaba algo que no deseaba está patente.

—¿Cómo iba a contaros esto sin que pensarais que estoy loca? —Estela esperaba, como de costumbre, una reacción irascible de su hermano.

El policía sopesó qué hacer en aquel momento. Su hermana parecía haber mandado un claro mensaje de jaque al interrogatorio y él, pese a que se estaba poniendo demasiado nervioso, producto de la ira, no deseaba perder la oportunidad.

—¿Te confieso una cosa? —dijo después de unos segundos de estudiado silencio. Estela asintió ante la expresión de comprensión de su hermano mayor—. Desde que pasó todo aquello, siento una presencia que me acompaña. —Estela entrecerró los ojos como si quisiera entender mejor sus palabras—. Es algo que no sé explicar, pero que te aseguro que es real. —Estela le miraba horrorizada—: y, como ves, yo tan poco os he dicho nada. Es como un frío intenso en la nuca, y por las noches he llegado a escuchar voces en algún dialecto extraño.

Los dos guardaban unos prudentiales segundos de silencio, mientras asimilaban la situación.

—Sabes que eso es lo mismo que nos contaba Samuel de niño, ¿verdad? —Marcos hizo un gesto de resignación.

—Lo sé y créeme, asusta bastante vivirlo.

—Pobre —contestó tan sólo ella.

—¿Guardas esas cartas? —Cambio total de tercio—. ¿Puedo verlas? —Estela miraba hacia la ventana, distante, sabiendo que su hermano había jugado bien aquella partida.

—Están en el trastero, en un baúl cerrado. Con mi nombre en grande fuera.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

El maligno Abraham y su hijo Samuel disfrutaban de una opípara cena en uno de los majestuosos salones de la gran mansión del norte de Polonia. La estirpe de criados sin rostro comandada por Giacomo, el viejo criado, desplegaba todos sus servicios para agasajar a la pareja. El silencio era el acompañante en la mesa, hasta que el mayor de los dos se dirigió al otro consciente de lo que ocurría en realidad.

—¿Sabes cuál es la principal diferencia entre los humanos y yo, hijo?

—¿Tu poder infinito? —contestó el otro sin demasiado interés.

—Casi. Primero, mi poder no es completo, por desgracia aún “el otro” tiene más y ya sabes lo que se dice, “ el dinero, aunque ayude no da la felicidad”. Pues lo mismo pasa con el poder.

—Yo creo que tanto dinero como poder ayudan mucho a estar cerca de ella. —Samuel miraba un trozo de succulenta carne roja que saboreó con ahínco poco después.

—Lo que ayudan es a vivir bien, a estar tranquilo, pero hay cosas que ni el lujo, ni el sentirse intocable puede hacer que olvidemos. ¿No es así?

Ante el claro órdago, Samuel miró para otro lado, mientras el padre pausó unos segundos para beber el vino Borgoña que tanto le gustaba.

—Como decía, lo que más envidiaría de nosotros un ser humano es la vida eterna. Los simples mortales hacen las cosas apresurados porque tienen que conseguir lo que quieren en un tiempo, que al final es corto y pasa rápido. Al fin y al cabo, ellos son como flores nacen, crecen, llegan a un punto en el que alcanzan su mejor momento y luego, a partir de ahí, comienza su declive hasta que se marchitan por completo y mueren. Tú y yo poseemos ese privilegio y tenemos que aprovecharlo. Por eso no tengo prisa en mi cruzada, tengo todo el tiempo que quiera para esperar mi momento. Y si tú quieres, hijo mío, estarás a mi lado.

Sin decirlo abiertamente Abraham le recordó a su vástago que su inmortalidad dependía de si le tenía contento como hasta ahora o no.

—¿Y Giacomo? —El joven, curioso, intentaba sonsacar la información que creía necesaria y de paso cambiar de tema.

—Giacomo no vivirá para siempre, ya lo sabes. Ni con todo mi poder se puede conseguir eso. Él era un humano, normal y corriente, al que una vez facilité que su ciclo de la vida fuese algo más lento.

—¿Y por qué hiciste eso con él y no con otros? ¿Era especial?

El mayor río al comprobar que su hijo sentía celos. El postre era servido por los criados.

—Ya te dije que me demostró su lealtad en un momento en el que lo necesité, siempre lo ha hecho. Tampoco podría darle poderes, si eso es lo que te interesa. Solamente consigo lograr eso con la sangre de mi sangre. Tú siempre serás mi hijo. —Complicidad para el postre—. Fue una lástima que el otro día nos interrumpieran. —Abraham hizo un gesto hacia la pared, donde había colgadas dos grandes alas, como de pájaro gigante—. La historia de cómo conocí a Giacomo te gustaría —sonreía de forma misteriosa—. Hoy no podré, pero en cuanto tenga otro rato libre la termino y así ves. —El guiño hacia su particular modo de contar historias era obvio—, lo que le ocurrió a ese desgraciado de Edgar Allan Poe.

—Lo espero con ansia, padre. —Samuel optó por cambiar de tema para no incidir demasiado—. ¿Qué era eso que tienes pensado en un futuro próximo y que me querías contar, padre? ¿Más guerras? —Abraham sonrió al percatarse de los movimientos de escape su hijo.

—He decidido que, al menos en el mundo desarrollado, las guerras físicas ya no resuelven nada. Mientras tú sigas apropiándote de la energía de las almas de los seres humanos en las desgracias naturales y con las nuevas enfermedades que les están asolando, con controlar el dinero del mundo para que haya desigualdad y miserias, que más tarde traigan maldad y debiliten al otro y su imperio, me sitúo exactamente donde deseo. Esa será, a partir de ahora, mi estrategia.

—O sea, ¿qué crees que las guerras económicas ahora son más efectivas? —Samuel meditaba sobre ello a la par que degustaba una rica porción de tarta mezcla de varios chocolates—. Me gusta.

—Al fin y al cabo la política de empresa del “otro” siempre se ha basado en la desigualdad y la indefensión del débil. Sólo que él les

controla bajo la sumisión y yo, utilizo el mal para combatir su hipocresía. Créeme, si lo analizas, no somos tan diferentes.

Giacomo entró en la estancia para recoger los platos ya vacíos. El juego de miradas, cargadas de tensión, entre Samuel y el decrepito mayordomo fue evidente para el oscuro Abraham.

—De todas formas, pensé que disfrutabas “agitando” a los seres humanos, padre.

—Y lo hago —sonrió a Giacomo cuando le retiró el plato—, y lo seguiré haciendo siempre, pero... un día me di cuenta que resultaba más práctico para mi causa centrarme en otro tipo de acciones. Además, el hombre ya se agita sólo por naturaleza. Siempre habrá conflictos entre ellos y si me aburro siempre puedo jugar de nuevo con ellos. Pero solamente como hobby. Ahora debo centrarme en otros cometidos más ambiciosos a la larga.

Samuel no perdía ningún detalle de la charla de su padre y señor que parecía ahora recordar algo interesante. El criado abandonaba la estancia envuelto en rabia.

—Como cuando te mandé a la guerra del Vietnam a finales de los sesenta. Aquello sí que fue un gran trabajo por tu parte. Rápido, silencioso y los americanos aún se preguntan qué pasó. Y que conste que esa guerra no la propicié yo, que por entonces estaba más centrado en recuperarte, pero sí. —La boca se abrió de forma macabra, dejando ver dos hileras perfectas de afilados dientes—, lo pasamos bien en los últimos años que duró esa guerra en aquellas selvas.

—Recuerdo bien aquellos días —contestó el más joven—. No hacía demasiado que había decidido unirme a ti. —Samuel suspiró sin poder evitarlo.

Al primer síntoma de nostalgia por su vida anterior Abraham se quitó con celeridad la servilleta que había llevado durante la cena para no mancharse y la tiró a la mesa de forma enérgica antes de levantarse de la mesa.

—Ahora debo irme, tengo asuntos que atender. Como siempre, deseo que estés atento por si te necesito. Últimamente, esos que se

hacen llamar *los guardianes de la luz*, me están creando muchos problemas

—De acuerdo, padre.

Cuando salió del salón Abraham se acercó al decrepito criado que tanto le adoraba y habló a su oído.

—Giacomo, ya sé que todo lo veo, pero, aun así, si vuelve a salir esta noche —señala dentro de la habitación con la cabeza—, quiero que me lo hagas saber.

Santander, miércoles 4 de mayo, 1977.

Marcos se levantó para ir en busca del tesoro que acaba de conocer. Esas cartas que guardaba su hermana, podrían contener oro para avanzar en la investigación.

—¿Y no te da miedo dejarlas tan a la vista y que Ignacio las encuentre? —Marcos hizo alusión a que el trastero se encontraba ubicado en el interior de la vivienda, al fondo del pasillo.

—Ignacio siempre respeta mi intimidad. Me quiere mucho. — Marcos comenzó a andar—. ¡Espera! hay algo más que prefiero que sepas por mí. —Estela se echó a llorar sin consuelo.

Marcos se acercó de nuevo a su hermana y la abrazó con cariño.

—¿Qué ocurre? Tranquila, estás conmigo. Yo te defenderé como cuando éramos niños.

—De esto no hay defensa. —Entre lágrimas, Estela se mantuvo abrazada con todas sus fuerzas a su hermano, como si le diera vergüenza lo que tenía que decir—. Hubo un tiempo en que pude sentirle también, incluso se me aparecía en sueños. Demasiado reales, diría yo.

—Pero... ya no los tienes ¿no? — Marcos tragaba saliva pensando que el uróboros de la información que buscaba se estaba cerrando.

—No, hasta ayer —respondió ella sumida en la tristeza—. Los tuve durante años, hasta que un día, sin saber por qué, dejé de tenerlos.

—Pero... ¿Qué tipo de sueños eran? —El hermano mayor se temía lo peor.

—Siempre bonitos. Como si viniera a recogerme a esta misma casa. Viajamos a lugares preciosos, cenamos... Son como citas, pero todo en tiempo real...

—Los sueños, sueños son. —Marcos intentaba tranquilizar a su hermana, pero después de lo que le había ocurrido a él mismo en aquel callejón no sabía bien qué creer.

—Estos son demasiado reales, Marcos. El mundo y el tiempo parecen estar detenidos, pero son reales.

Marcos sopesaba la situación, sin saber bien qué decir.

—¿Lloras porque te molestan estos sueños? —Marcos reaccionó de golpe.

—No —respondió nerviosa ella—. Lo hago porque no hay nada que hubiese deseado más en esta vida que vivirla junto a él. Y ya pensé que nunca más iba a tenerlos.

—Pero ¿Ignacio? Y ¿vuestro hijo?

Ella se secó las lágrimas y con gesto duro respondió:

—Ignacio es un buen hombre y me quiere con todo su alma, pero no siento lo mismo por él. Y a Samuel junior podría haberle tenido sin Ignacio.

—¿Qué? —El pulso de Marcos se aceleraba de forma agresiva.

—Ignacio nunca ha podido tener hijos. Lo hemos intentado de mil maneras y le es imposible. Hasta lo hemos tratado con especialistas.

—Pero... entonces ¿el pequeño Samuel? —Marcos no quería entender la realidad que su hermana le confesaba.

—Se lo pedí a Samuel en un sueño.

Sin decir nada Marcos salió al pasillo. Caminó acelerado hasta el fondo de la vivienda. Abrió la puerta del trastero y, enseguida, visualizó el arcón al que se había referido su hermana. Lo sacó apresurado, sin reparar en las cosas que tiraba al hacerlo y al abrirlo se encontró con montones de cartas. Comenzó a inspeccionarlas descubriendo que estaban ordenadas por fecha. La frecuencia de envío era de una a la semana, sin falta. Tras un primer vistazo supo que no había duda, esa cuidada caligrafía era de aquel demonio que veinte años después continuaba haciéndoles daño.

Pasó un largo rato leyendo y descubrió que en esas misivas cargadas de amor, había miles de referencias a todo lo que su hermana le había confesado y más. En el tiempo que utilizó para informarse, a la par que se torturaba, Estela, aún en su habitación,

no dijo nada. Guardaba un silencio que evidencia la trascendencia del momento.

Cuando Marcos se cansó de buscar alguna aguja más en ese pajar de misivas, localizó la última carta fechada un año antes y, con total estupor, leyó como Samuel le pedía perdón a su hermana de forma anticipada, ya que, a partir de ese momento, no iba a poder continuar con sus visitas durante un tiempo indeterminado. Tampoco seguiría con aquellas cartas. Aquella última carta descubría una promesa de volver a por ella en un futuro próximo para que al fin pudieran vivir la vida que se les estaba escapando. No aparecía ninguna fecha en concreto, pero, debido a lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas, un escalofrío recorrió el cuerpo del policía.

En el momento en el que terminó de dejarlo todo como antes de su llegada escuchó la puerta principal de la vivienda. Se acercó de nuevo a la habitación donde ya se encontraba Ignacio y, sin demasiadas ganas de añadir nada más, se despidió ante la expresión en la cara de Estela, mezcla de pena y clemencia, a la que volvió a ver tan frágil e indefensa como en sus peores momentos.

Marcos estaba conmocionado. No sabía que pensar, pero aunque todo aquello pareciera una locura imposible, era consciente de la gravedad de la situación que se les presentaba. Ese malnacido había conseguido engañar a su hermana de que el hijo que había tenido con su marido era, en realidad, de él, y ahora que estaba cerca, no sabía lo que podía llegar a ocurrir. Lo que sí tenía claro, y pese a haberlo vivido él mismo, era que no quería creer que ese loco fuera capaz de aparecerse en los sueños, ni en los de su hermana ni en los de nadie. No era capaz de explicar algunas de las cosas que pasaban cuando Samuel estaba involucrado, pero iba a dejarse la piel y el alma por investigar todo aquello y llegar a desenmascarar el truco que estaba seguro tenía que haber detrás de todo eso. Aun así las primeras dudas comenzaron a invadirle.

Cuando Marcos comenzó a descender las escaleras del edificio de su hermana, un recuerdo se apoderó de su consciencia.

Santander, 10 de mayo de 1967.

Un cielo gris de ceniza había dado la bienvenida al día. Los invitados al bautizo del pequeño Samuel esperaban en la puerta de la iglesia de “Las Reparadoras” situada en la “calle de Rubio” de la capital santanderina. Marcos avanzaba, como alma que lleva el diablo, por la calle Cisneros, acompañado de María, su mujer, y sus dos hijas pequeñas. La tercera estaba en camino y la transportaba su madre en su propio vientre. Había un incómodo silencio entre ellos, pues, aunque el policía era un padrazo, estaba muy enfadado con las pequeñas. Ellas eran las causantes de su retraso después de desesperarle con una repentina e inoportuna rabieta. Las pequeñas ni se atrevían a abrir la boca.

—Más rápido, que os recuerdo que soy el padrino.

Marcos bufaba de resignación y no solamente por llegar tarde. No entendía ni por qué Estela había puesto ese nombre a su hijo, con la connotación negativa que tenía para la familia, ni tampoco por qué había tardado tanto en bautizarle, pero por fin, y para tranquilidad de todos había llegado el momento. Al doblar la esquina y finalizar la bajada de la calle Isabel la Católica vio a todos los demás invitados esperando fuera de la iglesia, con Estela cogiendo a su hijo en brazos en el centro de la escena y cara de querer estrangularle.

—Lo lamento. Problemas de logística —se excusó.

—Bueno, vamos entrando. —Estela, nerviosa, pareció ignorarle.

La ceremonia transcurrió con dificultad pues el homenajeado parecía no encontrarse demasiado a gusto dentro de la casa de Dios y no cejó en su empeño de amenizar a base de estridente llanto el evento. El agua bendita cayendo por cabeza del pequeño solamente empeoró la situación.

Ya en el banquete la veintena de invitados procedió a degustar las delicias culinarias que el restaurante “El Navío” de la calle Burgos ofrecía en su carta. El jolgorio que caracteriza las

celebraciones españolas se apoderó de la sobremesa en la que no faltaron las escenas más típicas de esta clase de reuniones populares; niños jugando con los refrescos hasta conseguir mezclas explosivas, puros y humo, señoras que se habían pasado con el anisete y contaban su vida y obra al que no estuviera espabilado e incluso algunos bailoteos “typical spanish”. Marcos observaba a todos divertirse, pero él no estaba del todo a gusto, miró a su padre y tampoco parecía tranquilo. A una señal del mayor ambos salieron fuera del restaurante.

—¿Lo estás pasando bien, Marcos? —El comisario Tasio ofreció un cigarrillo de su flamante pitillera de oro a su hijo, que esperó unos segundos antes de contestar.

— Bueno... un bautizo —susurró mirando para otro lado por toda respuesta.

—¿Sigues preocupado por Estela?

Marcos se encendió el pitillo y lo caló profundamente, echando el humo hacia un costado.

—Es que no entiendo cómo se la ocurre ponerle el mismo nombre que a ese maldito asesino.

—Yo tampoco, pero ya está hecho. Hoy es su día, o mejor dicho, el de tu sobrino, y no podemos dejar que nada lo estropee. —El gesto del comisario era severo.

—Lo sé, papá, pero me hierve la sangre. Además, ¿para qué tanta espera? El niño nació en enero, Parece que lo ha querido cuadrar con el cumpleaños de...

—¡Marcos! no se te ocurra insinuar siquiera eso. Ella dice que prefería esperar al buen tiempo y hay que creerla.

—Pues mira el día que hace. —El más joven señalaba al cielo que amenazaba con empezar a inundar la ciudad al menor descuido.

—Esto es Santander, aquí nada te garantiza el sol.

—Otro como Ignacio. La queréis tanto que estáis cegados.

—¿Cegados en qué, hermanito? —Estela hizo acto de presencia a traición.

—No es nada. —Marcos endureció el gesto. Odiaba tener que callarse, pero reconocía que aquel no era el momento.

—¿Dónde has dejado al protagonista del día? —Tasio quería evitar una discusión a toda costa.

Estela pensó si contestar o intentar retomar la conversación, pero antes obsequió a su hermano con una mirada de las que infartaban corazones.

—Está con Ignacio, “conociendo” más familiares.

La conversación se desvió hacia otros derroteros menos conflictivos que no alterasen el orden de esa jornada de fiesta y alegría, pero Marcos no se quedó tranquilo. Aun así, continuó disimulando su malestar de la mejor manera que pudo en el tiempo que duró el bautizo de su ahijado.

Sobre las seis de la tarde el evento llegó a su fin y todos los invitados fueron volviendo a sus hogares.

—¿Qué te pasa, Marcos? —María, morenaza al estilo Al-Ándalus, se acercó a su marido al poco de despedirse—. Llevas una temporada mal y supongo que será por algo del trabajo, pero hoy has estado ausente y con mala cara, y eso que era el bautizo de tu sobrino. No puedes seguir así.

—Tranquila, es un asunto de la comisaría. Con mi padre, ya sabes. Pero no te preocupes, que no es grave. —Marcos no deseaba hablar con más gente de aquello, ni siquiera con su esposa.

—Vale, entiendo que no quieras hablar del tema, pero, por lo menos, deberías pedir disculpas a tu hermana. La hacía mucha ilusión este día.

—Tienes razón. Luego la llamo.

—Mejor vete a verla, sino hoy, mañana, pero pídelo perdón. —María era consciente de que una orden suya, velada tras su dulzura y esa sonrisa que volvía loco a Marcos eran suficiente para lograr su objetivo, que por lo general era hacer el bien. Era un alma pura...

Después de la cena que, debido a la copiosa comida disfrutada horas antes, fue ligera, Marcos Márquez se dirigió al domicilio de su

hermana. Salió del portal y anduvo por la calle Cisneros hasta que llegó al cruce de Isabel la católica. Bajó, como ya había hecho por la mañana, la cuesta y cuando estaba a punto de entrar en la calle San Luis divisó a lo lejos su hermana, que estaba bajando a pasear a la fiel Tierrauca, la Golden Retriever que adoptó ya hacía unos cuantos años. Un miembro más de la familia de la que tan sólo él y Estela conocían como llegó en realidad a ella. Por desgracia, como casi todo, vía Samuel Abascal.

Nada más verle, la afable Tierrauca llevó a su dueña casi a rastras en dirección al recién llegado, mientras movía la cola de lado a lado como si fuera a comenzar a volar.

—¡Hola, guapa! —Marcos se agachó a acariciarla. La perra se tumbó a merced de su afecto.

—Vaya, por lo menos tienes buena cara para la perra. — Márquez se levantó de golpe.

—Es que con cómo empezó el día y la buena noche que ha quedado me he animado. —El hombre miraba al cielo con cierto sarcasmo en la mirada.

—Dispara. —A veces conocerse es malo.

—Vengo a pedirte perdón, Estela. No me he comportado bien hoy.

—¿Tú? ¿Pidiendo perdón? ¿Así... como así? —La ceja derecha de Estela se disparó en gesto combativo—. ¿De qué quieres hablar, hermanito? —Por primera vez en todo el día el policía comenzó a reír.

—Vaya por delante que no me siento bien con mi conducta hoy.

—¿Pero? —Por el semblante de Estela parecía que la policía fuese ella.

—Pero no entiendo por qué has puesto ese nombre a mi sobrino. ¿Estás loca? No te haces cargo del mal que le has hecho con esto a papá y mamá. —Hay veces que ni el mejor de los actores puede aguantar interpretar un papel que no desea demasiado tiempo.

—No se te ocurra hablarme así, Marcos. Y menos sin saber. Ya no soy una niña.

—¿Qué es lo que no sé?

—Es una promesa. —Marcos suspiró y miró para otro lado, negando en desacuerdo—. Prometí que a mi primer hijo le llamaría Samuel y no voy a quebrantar mi palabra. No hay más que decir.

—No te entiendo. Pensé que ya le habías olvidado. Ahora tienes a Ignacio. ¿No ves que hacer esto es darle importancia de más a un asesino?

Estela negó con la cabeza. Los ojos llenos de lágrimas.

—No quiero hablar más del tema. Si no puedes entenderme, dame al menos el beneficio de la duda. —Estela se giró y tirando de la Golden Retriever comenzó a caminar en dirección opuesta.

Marcos permaneció estático por unos segundos hasta que, de repente, comenzó a correr tras ella. Al alcanzarla la agarró del brazo.

—Sabes que yo siempre te he entendido, y si no lo he conseguido, lo he aparentado y también te he cubierto siempre. Pero comprende tú también que esto no es normal y que aunque ese chico fue muy importante para ti, ya no está y no puedes seguir aferrándote a tenerle en tu vida. Además, es un asesino, lo mejor es que no esté cerca, ni siquiera en nuestros recuerdos. Ahora tienes otra vida, otra familia. —No se había percatado, pero su tono se había elevado de forma considerable y una vecina pidió silencio desde un balcón cercano.

—Deja de gritar, no seas como papá. Sé que tienes razón en todo lo que has dicho, pero era una promesa. ¿Cuándo me has visto romper una? —Estela continuó su marcha.

—De acuerdo. Yo sólo quiero que estés bien. Lo he pasado muy mal con todo esto. Dame un abrazo, anda. —Ella se detuvo a disgusto.

El fraternal abrazo parecía poner punto final a la conversación, pero durante mucho tiempo Marcos espió a su hermana para intentar averiguar la verdad. Para su desgracia, hasta ese cuatro de mayo 1977, nunca encontró nada.

Gdansk, Polonia. Miércoles 4 de mayo, 1977.

Una oscura figura surcaba, fundiéndose entre la niebla y la noche, las desérticas calles de la antigua ciudad de Gdansk, en la comarca de Trójmiasco, Polonia.

Su atuendo no encajaba en absoluto con las alegres modas de la época. Vestía un elegante abrigo hasta los pies, traje, levita y chistera. No le preocupaba en absoluto pasar desapercibido, al fin y al cabo en ese momento él dominaba por completo la situación.

Como otras tantas noches de otros tiempos lejanos, Samuel, había salido del palacio del mar Báltico, nombre de la residencia en la que se hospedaba cuando su amo decidía que había que visitar la zona, para poder, aunque sabía que no era más que una forma de auto engañarse, escapar de esa vida que tanto detestaba. Escapar de la certeza de ser esclavo de otro, de no poder hacer nada sin la aprobación de su amo. Llevaba demasiado tiempo viviendo sin querer hacerlo y desobedeciendo sus órdenes de no hacer nada sin su aprobación o conocimiento, pero ahora que tenía un plan para dejarlo todo atrás, sabía que era más peligroso cada vez. Era consciente que si algo salía mal, podría morir a manos de su propio padre, pero, en aquel momento, prefería esa funesta opción que continuar viviendo envuelto en desidia.

Al principio, cuando el mal le sedujo, todo era perfecto. Por primera vez había encontrado la manera de sentirse importante, de llevar él la voz cantante y de vengarse de todos los que le habían hecho daño. El lujo, la abundancia y el confort en el que le envolvió su padre, amén de saberse inmortal, ayudaban a que no pensara en nada más, por lo menos de una forma demasiado directa. Pero el paso del tiempo, que todo lo corroe, había traído a su paso la añoranza, la melancolía y la sensación de haberlo perdido todo. Como si de un irónico bucle se tratase, Samuel sólo pensaba en ella. En su niña de Santander.

Había decidido que después de esa noche no volvería a matar. Aunque apoderarse del alma de otro, como él llamaba a ese oscuro

proceso, le reportaba uno de los mayores placeres que jamás hubiera llegado a sentir. Estaba intentando aprender a controlarse. Esperaba con ello poder llegar a encontrar la manera de dejar su vida actual y recuperar, aunque supiera que ya era tarde, la que perdió cuando le invadió el mal. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo, pues, para su desgracia, el tiempo era de las pocas cosas que no controlaba. Desconocía también cómo iba a conseguir erradicar de su rutina todo el vicio, la maldad y la falta de respeto a las reglas de la vida corriente del ser humano que le habían acompañado durante tanto tiempo, pero suponía que tendría que ocultarse por un tiempo de todo, como si fuera un drogadicto que deseaba desintoxicarse de su adicción. Tampoco estaba seguro de cómo iba a conseguir desligarse de esa figura paterna que tan posesiva resultaba. Pero sabía bien que era lo que quería: Recuperar el pasado.

Mientras paseaba, Samuel meditaba en la soledad del alba sobre las cosas que habían pasado en estos últimos treinta años. Desde que tenía consciencia de sí mismo hasta la noche anterior. Noche para él importante, pues una vez más, como ya había hecho hasta hacía un año, momento, en el que su padre se interpuso, había vuelto a visitar la ciudad donde se crió y a su niña del alma.

Un recuerdo acudió a su mente en la noche. Una de las últimas veces que pudo ver a su ángel de Santander, fue por casualidad. Aquella vez, Samuel no había ido a visitarla y estuvo a punto de convertirse en su día más negro. Sólo de pensarlo la rabia ennegrecía su alma y el suelo temblaba bajo sus pies.

Paris, 1975.

Se encontraba en la platea de un inmenso teatro en la ciudad de Paris. En el escenario, un grupo de jóvenes actores actuaba con total naturalidad. Eran tan insultantemente jóvenes y llenos de ilusión, inocentes en su soberbia. La misma que les entregaban los pocos años y la falta de experiencia. Además, engalanados para la

ocasión, lucían tan radiantes que le tentaban con su sola presencia. Era justo eso lo que les hacía tan apetecibles. Deseaba tanto poseer sus almas...

Sacó de su bolsillo una foto en blanco y negro en la que él y una preciosa joven posaban felices. La observó unos segundos y aguantando las lágrimas volvió a guardarla. Se levantó y anduvo con cuidado entre la gente que abarrotaba el teatro. Se dirigió por el patio de butacas hacia la salida y, antes de abandonar el gran salón, se volvió y miró a toda la gente que allí estaba reunida. Sacó de su elegante chaqueta un mechero y prendió las faustuosas cortinas que daban al hall.

A pesar de haber vuelto a tener uno de esos episodios de nostalgia que a veces le atormentaban sabía que tenía que hacer su trabajo. Un oficio peculiar el suyo, desconocido para los seres humanos y difícil de catalogar en general. Conseguía almas para su amo, casi podría decirse que traficaba con ellas de forma clandestina.

Cuando el caos y el pánico gobernaban a su antojo en la gran construcción su semblante cambió de golpe. Dejó de ser ese elegante hombre que parecía sacado de los relatos de la alta sociedad de épocas pasadas para convertirse en el más letal de los cazadores. Sabía muy bien quienes serían esta vez sus presas. Lo decidió nada más verles salir a escena. Aguardaba al momento adecuado, impasible mientras todos los demás corrían en la otra dirección. "Sólo un poco más", se decía relamiéndose. Los gritos eran ensordecedores.

De repente, todo pareció detenerse. Todo y todos estaban pausados ahora. Ya no se escuchaba nada en aquel lugar. El fuego no avanzaba, la gente no corría y permanecían quietos en las posturas más imposibles. El campo de visión de Samuel era más amplio de lo normal y su sed de matar se había tornado totalmente incontrolable. Se dirigía al escenario para hacerse con la energía de esos jóvenes actores que tanto le tentaron desde que llegó, cuando de repente la vio entre los demás. El rostro de Samuel pasó en un

segundo de la concentración espeluznante que portaba a la ternura. No sabía por qué estaba ahí, ni cómo no la había sentido como otras veces y eso le molestaba sobremanera. Quizá se debiera a los cientos de personas que allí se habían congregado. No conseguía entenderlo, pero lo importante era que allí estaba y que, de pura casualidad, él se había percatado. Parecía sola. Por más que buscó, Samuel no visualizó al fantoche con el que su ángel de Santander compartía sus días. Tampoco a ninguno de los otros a los que conocía. Se acercó a ella, temblando, pensando que había podido morir en el incendio por su culpa. Le acarició la cara con la más absoluta de las ternuras. Estuvo tentado de despertarla y, como otras veces cuando la visitaba en sus sueños, compartir juntos un tiempo que, aunque irreal y corto, era la mejor de las curas contra la negrura que dominaba su existir. Pero no debía hacerlo y luego pararla como si nada antes de volver a activar el tiempo. Ella se acordaría y sería traumático para su mente humana. Cuando dormía era diferente. Ella lo recordaba como un sueño, muy real, pero solamente un sueño. También sabía que él amo le estaría vigilando. La mayor parte de las veces que le encargaba algo así, lo hacía. No es que no se fiara de Samuel, es que su oscuro padre disfrutaba con la muerte y el dolor. Aun así, Samuel necesitaba asegurarse que ella se iba a salvar y terminar su trabajo. Se acercó a un par de hombres fornidos que estaban cerca, les tocó con fuerza en la sien y les ordenó con tono autoritario:

—En cuanto el tiempo se active de nuevo, ayudareis a la señorita del abrigo verde a salir ilesa de aquí y luego desapareceréis sin siquiera hablar con ella. ¡Es una orden! —Casi gritaba—. Después, no os acordaréis de nada. Lo achacareis al shock de la tensión del incendio.

Estaba seguro que su mensaje habría calado en el subconsciente de esos pobres mortales y que cumplirían exactamente sus órdenes. También sabía que podría haberla manipulado a ella con facilidad, pero las secuelas que quedaban en las personas a las que sometía a su voluntad, no eran precisamente

lo que deseaba para su amada. Se acercó de nuevo, la besó en los labios y con resignación se dispuso a continuar lo que había comenzado. Era consciente de que no disponía de mucho tiempo antes de llamar la atención de “los otros” que siempre andaban detrás de su rastro, por lo que, de un veloz movimiento, se subió al escenario. Pese al romántico momento que acababa de tener con su amada, se sintió excitado ante lo que vendría a continuación. Solamente tuvo que pensar en que los jóvenes se movieran para que estos así lo hicieran. No le importó en absoluto que pudieran acordarse de lo que iba a pasar, en breves segundos estarían muertos. La caza había comenzado.

Gdansk, Polonia.

Madrugada del miércoles 4 al jueves 5 de mayo de 1977.

De repente, dejó de recordar y se desvaneció de las calles de Gdansk entre las sombras, apareciendo al instante siguiente en otro lugar completamente diferente. El único territorio donde encontraba algo de paz. Tenía que obviar que allí había alguien más, pero no le importaba, en ese momento ella era sola para él.

Como hizo durante mucho tiempo, esa noche velaría por sus sueños. Esa noche volvería a recuperar su felicidad. Esa noche la haría suya.

Santander, jueves 5 de mayo 1977. 8 de la mañana.

Un nuevo día traía a la ciudad de Santander la claridad de la primavera que un sol, cargado de energías renovadas tras la noche, regalaba desde bien temprano y que luchaba por escaparse de unas voluminosas nubes que le acechaban cada vez más de cerca.

En el domicilio de la calle San Luis, Estela Márquez descansaba aún en la cama. Tenía el día libre a causa del desmayo sufrido el día anterior. Esperaba, mientras disimulaba, a que su marido la dejara sola.

Al poco, tanto su marido como su hijo se habían marchado del domicilio familiar, después de un torrente de besos y abrazos entre madre e hijo, dejándola por fin sola para poder asimilar lo que había ocurrido en la última noche. El más ansiado de los sueños, la más ansiada de las realidades.

Después de recordar lo acontecido durante un buen rato, con la respiración agitada y el temblor de una adolescente que experimentaba el amor por primera vez, la bella mujer sacó una vieja fotografía que guardaba escondida en una pequeña carpetilla debajo del somier de la cama de matrimonio. En la imagen, lucía bastante más joven y estaba acompañada de aquel chico que le robó el alma hacía ya tanto tiempo. Con la libertad de los pensamientos que no pueden encadenarse de ninguna forma, a su mente acudieron las palabras tanto de su padre como de su hermano acusando a Samuel. Estela se puso nerviosa al instante, nunca había querido creerles. Él no podía ser así. No su amado Samuel. No podía explicar algunas cosas, pero no iba a conceder jamás, salvo que lo viera con sus propios ojos, ningún atisbo de maldad en él.

Mientras una lágrima, nacida de rabia y pena, surcaba su rostro ante la posibilidad de que en realidad los otros tuvieran razón, volvió a los pensamientos con los que se había despertado y decidió no posponer más lo que llevaba deseando hacer desde que había

tomado consciencia. Sacó de su mesita su diario y se dispuso a plasmar la última experiencia que había compartido con su amor. El segundo de los reales sueños que había tenido en dos días. Y eso, contando que llevaba más de un año sin disfrutarlos, era una gran alegría, aunque el primero terminara con unas turbadoras imágenes de una tragedia. Había llevado la cuenta exacta de los días en los que aquello no ocurría. Trescientas setenta y siete noches de doloroso vacío. Un largo periodo que había constituido un verdadero infierno de desilusión. Así que ahora que aquello había vuelto a pasar, deseaba recrearse.

Diario de Estela Márquez.

Santander, jueves 5 de mayo, 1977.

Abro los ojos y le tengo delante. Me encuentro en mi habitación. En mi sueño, si es que lo es, miro a mi lado y mi marido continúa allí, tendido, como antes de despertar.

—¿Vienes, Estela?

La varonil voz de Samuel me invita a seguirle, nunca me obliga a ir con él, tampoco le hace falta. Cada día vivo esperando a que llegue la noche, por si, como en esta ocasión, viene a visitarme. Hacía ya tiempo que no ocurría, pero, cuando sucede, soy feliz.

Al coger su mano me desvanezco de nuevo para aparecer en otro lugar. En esta ocasión, estamos en el interior de una de las mansiones que ya visité otras muchas veces a lo largo de todos estos años de visitas nocturnas en los que hemos sido felices compartiendo momentos que ahora están marcados a fuego en mi memoria bajo el sello de la felicidad.

Samuel acerca su cabeza a la mía, sus carnosos labios a los míos. Yo, temblando, cierro los ojos, pero ese ansiado contacto de su boca no llega.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Samuel está debajo del umbral de la puerta, a punto de abandonar la habitación. Me mira con lujuria y me hace un gesto para que me acerque. Sonríe de forma pícaro y

sin que yo pueda siquiera reaccionar desaparece. Yo tomo aire, mientras contemplo la oscura noche, iluminada por una radiante luna, a través de los ventanales.

Con el corazón latiendo al infernal ritmo que le provoca mi deseo, salgo corriendo tras de él, ansiando encontrarle.

Nada más salir de la habitación, vuelvo a tener contacto visual con mi deseado objetivo. Está justo enfrente, estático, apoyado en la balaustrada de la majestuosa escalera central. Me acerco con la urgencia del anhelo, él no se mueve, sólo disfruta del momento. Puedo interpretar en su mirada un deseo que nunca antes hube visto. Me ruboriza. Cuando estoy a punto de tocarle, me hace una seña con la cabeza, me indica que le siga. En el acto, apoya sus manos en las escaleras y de un ágil salto baja hasta el entresuelo. Yo comienzo a correr, pero el camisón que llevo me impide hacerlo de forma rápida y, al poco, lo pierdo de vista. Al llegar a la planta baja, no le veo, pero escucho la puerta principal y me dirijo rauda hacia allí. Acelerada, salgo de la casa corriendo todo lo rápido que puedo y, al llegar al jardín, descubro que la oscuridad de la noche reina a su antojo, impidiéndome ubicar a mi amor furtivo. Intento adaptarme lo más rápido posible a la falta de luz y miro en todas direcciones sin encontrarle. Samuel no está por ninguna parte. La angustia comienza a dominarme, ¿en vez de un sueño esto será una pesadilla? Aunque nunca antes había ocurrido nada parecido en sus visitas nocturnas, no pienso darme por vencida. La intuición me indica que corra hacia uno de los laterales. Lo hago desesperada. Al instante siguiente, un camino empedrado se ilumina por ardientes candiles y una fila de rosas negras me muestra la dirección a seguir. Al final del improvisado sendero hay un precioso estanque y, al fondo, una cascada que, con fuerza, inunda la noche con el rumor de la caída de su agua. Detrás de ella aparece, de nuevo, Samuel. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo cuando adivino a través de su blanca camisa los músculos de su cuerpo. El agua que le golpea con fuerza lo facilita. Desaparece de nuevo de mi vista y corro tras él. Entro en la cueva al tiempo que el agua, que continúa cayendo

ajena a nuestra persecución, me empapa. Me siento mojada. En la oscuridad puedo sentir su presencia, su olor. Su respiración entrecortada hace que le desee más. Le busco con mis manos, busco su boca. En este momento, mi deseo de amarle es más fuerte que cualquier otra cosa en el mundo.

Segundos después, nuestros cuerpos se encuentran y entonces descubro centímetro a centímetro su poderosa anatomía. Palpo su cuerpo con el ansia del que lleva esperando toda una vida para lograr un objetivo. Nuestras bocas se besan al fin, y descubro que todo lo que siento por él es más fuerte de lo que yo hubiera podido imaginar. Nos besamos con pasión, sus fuertes brazos se entrelazan a mi cuerpo. Muerdo sus labios con frenesí, “¡Dios! deseo arrancárselos”. Me contengo, pero, aun así, le muerdo con fuerza.

Unos candelabros se encienden de repente mostrando una gran cama redonda, vestida con elegantes sábanas de seda, y me dejo llevar por el momento, por mi amor. Sus manos acarician mi pelo. Separa su cabeza unos centímetros, me mira, “eres preciosa” me susurra al oído segundos antes de agarrarme con firmeza y lanzarme en el lecho. Yo quedo tendida, ardiendo en mi propio deseo, exigiéndole con la mirada que no posponga más nuestro encuentro.

Samuel se abalanza sobre mí con violencia estudiada, inmovilizando mis manos contra la cama al entrelazarlas con las suyas, de forma firme, pero delicada. Comienza a besarme el cuello. Una perfecta mezcla de saliva y pequeños mordiscos hacen que mi piel se estremezca. No sé cómo, pero el tirante de mi camisón se desgarró y queda roto. Me suelto de su agarre y le arranco la camisa. Los botones saltan por los aires. Acaricio su torso. Es fuerte, su piel tersa. Levanta mi camisón y se desabrocha con urgencia el pantalón. Con suavidad se introduce en mi cuerpo. Ya estoy jadeando y aún no ha empezado a moverse. Entrelazo mis piernas a su espalda al tiempo que araño sus brazos. Mientras él, con su contoneo celestial, me transporta al mismo edén.

Cuando está dentro de mí me olvido de todo, de quien soy, de lo que estoy haciendo en estos momentos, de toda la espiral de mentiras que ha envuelto mi vida en los últimos tiempos. Solamente me importa poseerle, que me posea. En ese momento soy plenamente feliz.

—Ya falta poco para que estemos realmente juntos, amor.

Son las últimas palabras que escuché en mi sueño antes de despertar y comprobar que seguía en la habitación de mi hogar. Miré a mi marido que continuaba como si nada a mi lado, le quiero, pero no del todo. El principal problema que tengo con Ignacio es que no es Samuel. Nerviosa compruebo con una sonrisilla cómplice en la oscuridad de la noche, que el camisón está roto.

Santander, jueves 5 de mayo, 1977. 8 de la mañana.

Mientras la mañana daba los buenos días a la ciudad de Santander, un hombre deambulaba por sus calles. Perdido, agradeciendo el aire fresco que aliviaba la presión que atenazaba sus ideas. Marcos no había pegado ojo en toda la noche, ni siquiera había pasado por casa. Tampoco había ido a recoger a sus hijas al domicilio de la hermana de su difunta esposa. Pero estaba tranquilo, pues su tía siempre les había cuidado como si fueran suyas. Había pasado la noche en la comisaria, estudiando de nuevo todos los informes del caso y acompañando su soledad con un amigo, bendecido y tostado en las lejanas tierras del Caribe, de nombre Havana Club, que había confiscado en una redada no hacía demasiado tiempo en el puerto de la ciudad. Abandonó la comisaría antes de que llegara el turno de mañana, no deseaba más problemas. Le dolía la cabeza horrores y pensó que comer algo le ayudaría. Pese a no estar demasiado lejos de su propio domicilio, Marcos optó por ir a tomar un café a un bar de la zona.

Entró en el primer bar que encontró, “La oficina” llevaba por nombre, y con aire cansado se sentó en un taburete lacado con cuero rojo. Se apoyó en la barra, pensativo y pidió un café y un pincho de tortilla de jamón y queso. El orondo camarero, que parecía ser una pieza más de decoración de la cafetería, tardó unos momentos en empezar amoverse, como si fuera el dueño de cada segundo que corría en el reloj de ese lugar.

Al tiempo que revolvía el café, su mente desgranaba todos los detalles del largo día anterior. El horrible asesinato, la extraña confesión de su hermana, la llegada de Morenza... “Han sido demasiadas casualidades”, se dijo a media voz. “Macabras y demasiadas” pensaba mientras jugueteaba con desgana con el tenedor en el plato.

—¿Tiene teléfono, jefe? —Como en un acto reflejo pensó en que aún no había avisado a su cuñada.

El mueble de decoración andante le hizo una seña, sin demasiado interés, indicando el final de la barra.

—Dígame. —La voz de Cristina contestó acelerada.

—Soy yo. Me ha sido imposible ir a por las niñas. Trabajo.

—¿Tampoco has podido llamar antes? —El tono reflejaba que el descontento venía de lejos.

—Estoy haciéndolo ahora. Por cierto, estoy bien, gracias.

—¿Vas a venir a llevarme al *Pryca* a comprar los trajes de las niñas para la boda de la tía Juana como habíamos quedado? — Antes de terminar de hablar la mujer ya conocía la respuesta.

El policía vaciló, pensando en si debía aprovechar la coyuntura de que el comisario Miguel le hubiera pedido que se tomara el día libre, para contentar a su cuñada.

—Mejor... lo dejamos para otro día, Estoy hasta arriba, Cristina.

—Un suspiro resignado sonó a través del auricular.

—Iré yo de todas formas, pero ya sabes que tardaré, que con los autobuses y todo... Así que igual no llego para recoger a las niñas del colegio. Si no vas a ir tú, encárgate de que alguien me las traiga a casa. —Aunque el tono sonara severo, Marcos sabía que su cuñada no solía ser demasiado expeditiva en sus reprimendas—. ¿Has comido algo? —Pese a ser una solterona, o precisamente por eso, Cristina tenía alma de madraza.

—Sí, no te preocupes. Lamento estar cargándote siempre con las niñas.

—¿Vas a venir a cenar? —Cambio de tercio para apaciguar los ánimos—. Las niñas necesitan un padre, ¿sabes? Y tú, aunque no quieras verlo, también necesitas de ellas.

—Lo sé, pero este trabajo mío es muy esclavo. —Marcos, pensó al instante en su padre, que nunca había descuidado a los suyos, y se maldijo por dentro—. Si me necesitas, llama a la comisaría.

—Cuídate, nos tienes preocupados.

Después de colgar, Marcos se tomó el café de un sorbo y pidió la cuenta. No había tocado la tortilla, pero los nervios no le dejaban tener hambre. Salió a la calle decidido. Era consciente que no debía

volver a la comisaría, pero, incluso así, Marcos volvió a rehacer el camino desde la calle Jesús de Monasterio, hasta la parte trasera del ayuntamiento de la ciudad en la que se ubicaba la nueva comisaría de Santander. Mientras caminaba, entre la multitud que ya transitaba por la céntrica zona a esas horas de idas y venidas, pensaba en la importancia que iba a tener esa temporada en el total de sus días. Toda su vida pendía de frágiles hilos. Y, aunque era la oportunidad que llevaba esperando mucho tiempo para demostrar a los demás de qué estaba hecho, ya estaba notando como la mano de la presión le estaba apretando con ganas. Respiró hondo y se prometió que iba a resolver por fin ese caso que incluso a su padre se le había resistido. La forense de sus sueños acudió también a su pensamiento, y aunque Marcos sabía que no era buen momento para pensar en el amor, no lograba evitarlo. Pero bien visto, esta era su oportunidad para salir victorioso de todas sus guerras y vencer de una vez por todos sus propios fantasmas. Como su madre le decía siempre, el peor de los enemigos de uno mismo siempre es uno mismo, por lo que iba a esforzarse al máximo.

Una vez en frente de la comisaria, se quedó mirando la entrada fijamente varios minutos con una mezcla de rabia y desencanto, tentado a entrar a cada instante que pasaba, a punto de hacerlo a cada segundo. Al final, sabiendo que desobedecer la orden directa del comisario Miguel, que aunque fuese un fiel amigo no dejaba de ser su superior, esta vez le iba a traer malas consecuencias, caminó unos metros más hasta llegar a su coche. Pensó en Morenza riendo por salirse con la suya y se le revolvió el estómago. Ya ajustaría cuentas con ese indeseable en otro momento, pensó. Abrió la puerta del *Seat 1500* sin saber si el efecto del alcohol ingerido durante toda la noche ya habría remitido. Entró al automóvil y se dejó caer como si todo el peso de los problemas del mundo estuviesen siendo soportados por su cuerpo. Encendió la radio de su coche y sacó de la guantera una cinta de casete que tenía escrito a bolígrafo la palabra "Varios". Se detuvo unos segundos a escuchar la primera canción que sonaba. *Paranoid* de *Black Sabbath*. "Algo

de tranquilidad” se dijo de forma irónica para sí. Cerró los ojos y disfrutó unos segundos de la música. Hacía ya tiempo que se había dejado envolver por los acordes pesados del heavy metal. No podía escuchar este tipo de música más que en el coche y cuando estaba sólo, pues no le parecía propio para las niñas, pero a él le alegraba el día. *Frank Zappa*, *AC/DC* o los *Rolling Stones* formaban parte de su colección de casetes. Cuando dejó de sonar la canción abrió de nuevo los ojos y arrancó su vehículo y, como tantas otras veces en las que necesitó aclarar sus ideas o simplemente tomarse un respiro, se encaminó hacia un lugar en el que encontraba sino la paz, al menos la tranquilidad. *Stair way to heaven* de *Led Zeppeling* inundaba ahora de intensidad su camino hasta el faro de *Cabo mayor*, situado al norte de la ciudad.

**Gdansk, Polonia. Jueves 5 de mayo, 1977.
5 de la madrugada.**

Cuando Samuel reapareció en su habitación del palacio del mar Báltico, después de su excursión nocturna, una mano le agarró con firmeza del cuello, empotrándolo en el acto contra la pared. No pudo hacer nada para evitarlo.

—¿Dónde estabas? —La voz llena de ira.

Samuel guardó silencio. El rostro lleno de furia de su padre se situó a dos palmos del suyo.

—Mira que te dije que no fueras por ahí. —La mano cada vez ejercía más presión. Samuel intentó zafarse del agarre, pero las fuerzas eran dispares—. Llevo tiempo aguantando tus tonterías; que hagas cosas a mis espaldas, que no hagas bien tu trabajo por tener exceso de compasión con algunos seres humanos y que te cepilles a mis chicas, pero esto no voy a tolerarlo. No otra vez.

La mirada de Abraham reflejaba el autocontrol que tenía que hacer para no continuar con aquello. Samuel luchaba con dificultad por no ahogarse.

—¿Por qué me desobedeces de nuevo? —El padre golpeó al hijo contra la pared como si fuera un pelele— ¿No te he dado todo? —Sólo silencio—. ¿Eh? ¡Contesta! —Un nuevo golpetazo hizo retumbar las paredes y caer cuadros y adornos.

Al cabo de unos segundos, el mayor soltó a su presa con un gesto de rabia. El joven luchó por recuperar el aire.

—Cuando te recompongas quiero hablar contigo.

Abraham recobró su gesto digno y salió de la estancia. Samuel, apoyado contra la pared, pudo ver a Giacomo y su gesto de sorna por acompañante fuera de la habitación. El portazo fue ensordecedor.

Samuel pensó en huir ahora que su plan para conseguir el indulto de su padre y el consiguiente permiso para irse había fracasado. Enseguida desestimó la idea. No había lugar en el mundo en el que pudiera esconderse de su padre, por lo que, a su juicio, solamente le quedaban dos opciones. Bajar a hablar con él y acatar todo lo que este le ordenase o dar la cara e intentar continuar con su plan para vivir libre junto a su niña de Santander.

Se sentó en la cama y cerró los ojos, como si intentara coger fuerzas de la oscuridad y, de repente, lo vio claro en sus pensamientos. Sabía quién podría darle respuestas. Se levantó y, antes de salir de la estancia, pensó en Estela, suspiró y cogió toda la fuerza que pudo en aquella bocanada de aire desesperado. Lo que iba a intentar podría ser un éxito o un suicidio.

Santander, jueves 5 de mayo, 1977. 9 de la mañana.

Mientras conducía, cruzando Santander por el céntrico *Paseo de Pereda* al tiempo que las nubes daban caza al sol primaveral, pensaba en qué podía aportar él a la investigación. Era consciente de que no era malo con el tratamiento de las pruebas, tanto antes como después de ser tratadas. Tampoco lo era formulando hipótesis de posibles caminos a los que seguir la pista cuando la investigación estaba encallada. Con los interrogatorios y todo lo relacionado,

como verificar coartadas, también aprobaba y se consideraba alguien que se fijaba bastante en los pequeños detalles. Un policía completo, “sin sobresalir en nada, pero muy completo”, se dijo. Pero en lo que realmente se creía superior a la media era en la intuición. Así como su padre era el mejor técnicamente, pero tenía pocos presentimientos que le llevaran a resolver un caso, y aun así, los resolvió todos menos uno, Márquez Junior, había hecho gala de una gran intuición que le había ayudado en su trabajo.

Ese tipo de pensamientos le llegaban sin avisar y en forma de un tremendo nerviosismo que no le dejaba pensar en otra cosa más que en la revelación que acababa de tener. Corazonadas que le reportaban hasta un estado de excitación exacerbado del que no podía regresar hasta que hacía caso a su intuición. De repente, de camino al faro de la ciudad y sin saber por qué, mientras estaba inmerso en sus pensamientos, algo en su interior le dijo que iba al lugar adecuado. Ignoraba qué le ocurría en realidad, ni si esta manifestación sería producto de las ganas que le tenía a este caso o se debía al estrés que le había provocado en las últimas horas, pero comenzó a sentir de forma imperiosa que tenía que ir a ese faro de *Cabo Mayor* al que tantas veces había acudido a relajarse y tomarse un respiro en forma de aire fresco. Le pareció demasiada coincidencia tener esa convicción justo en ese momento. No entendía nada, pero se limitaba a seguir su instinto. Pensaba apurar todas y cada una de las posibilidades que tuviera a su favor para resolver el caso, hasta esta mínima revelación sin pies ni cabeza que se le había manifestado.

Gdansk, Polonia. Jueves 5 de mayo, 1977. 5:20 horas.

—¿Has sido tú, verdad? —Samuel increpaba con rabia a su improvisado némesis.

—No, has sido tú mismo. —Giacomo continuó poniendo la mesa del comedor del gran salón sin inmutarse.

—Ten cuidado, viejo. Tu señor no va a poder defenderte en todos los momentos. —Un enfadado Samuel se materializó a su lado.

—Mi señor es tu padre, y, cómo bien dices, no está aquí ahora, pero no tengo miedo a la muerte.

—Deberías tenerlo, viejo. —Se acercó hasta un palmo del sirviente. El otro continuó limpiando los cubiertos de plata, impasible —. No estamos hablando sólo de muerte.

—Te sorprendería lo que se encuentran después de la muerte las almas menos puras. —El mayordomo se volvió hacia Samuel y lo miró fijamente. El más joven no entendió la afirmación del otro.

—¿Hay algo que quieras contarme, Giacomo?

—Pregúntale a tu padre. No seré yo el que te desvele el secreto de los Reyes Magos... Al menos de momento.

Como si no fuera con él, el decrepito mayordomo continuó con sus labores. Aunque dudó un instante al intentar averiguar a qué se refería aquel detestable anciano, Samuel, interpretó aquello como un movimiento de escape y volvió a arremeter con furia. A un golpe de aire de su mano la mesa saltó por los aires.

—Entiendo que estés enfadado, pero estás buscando en el lugar equivocado. Por cierto, ¿recuerdas el día del incendio de París? — Samuel no contestó y aguantó la respiración como sabiendo lo que Giacomo iba a confesarle—. ¿Imaginas por qué ella estaba allí? ¿Por qué no la sentiste? ¿Sabes cómo iba a terminar todo?

Samuel apretó los dientes y frunció el ceño. “Lo que el viejo insinúa tiene sentido”, pensó. Su padre se habría enterado de las cartas y las visitas a su amada y les tendió una trampa para que fuera el mismo Samuel el que acabara con su vida. Así, con él derrumbado y sumiso, le forzaría a continuar a su lado. Y aunque el macabro plan, muy del estilo de Abraham, no dio resultado, sí consiguió al menos que Samuel no volviera a verla en todo ese año por miedo a ponerla en peligro. La rabia inundó su cuerpo, cargándolo de ira. Haciendo que todos los músculos se le tensasen como potentes cables de acero. Sabía que un simple golpe acabaría

con la vida del otro como si fuera un odioso insecto cuando es cazado por un ser humano, pero era consciente de que eso enfadaría a su padre y de que le alejaría de su objetivo.

—De momento estás vivo, pero cuidado. —Fue lo último que Giacomo escucho cuando Samuel ya había desaparecido.

Santander, jueves 5 de mayo, 1977. 9:15 de la mañana.

Según el *Seat 1500* ascendía el serpenteante camino de la avenida del faro, el nerviosismo de Marcos se acrecentaba por momentos en su interior y sintió la necesidad de acelerar y llegar cuanto antes a su destino. Pero, aunque subía a buen ritmo, no deseaba dejarse llevar por un pensamiento que seguramente podría ser infundado. Agitado y con una creciente sensación de angustia en el pecho, dejó atrás el camping de turistas y el campo de golf de Matalaños, para llegar a los pocos minutos a la cima de su ascensión. Todo parecía estar tranquilo en el promontorio de Cabo Mayor. Azul, gris y verde reinaban en el lugar, de momento nada de rojo. Sonrió para sí, pues, como en el fondo preveía, se había dejado llevar por la sugestión. Era posible que, de alguna forma infantil, esperara coger “in fraganti” a Samuel cometiendo un asesinato, pero, a juzgar por la paz que reinaba en el lugar, no parecía que fuese a ser así. En ese momento eran las diez de la mañana y el cielo, cada vez más nublado, no ayudaba a que por la zona hubiese demasiadas almas.

Aparcó, como otras veces, al lado del muro de un metro de alto que separaba el mundo civilizado y el rotundo mar Cantábrico. Se tomó unos segundos para salir de su vehículo y una vez fuera miró alrededor y contempló el bello paisaje que se desplegaba ante él. Observó la majestuosa torre blanca del faro y, como tantas otras veces, se encendió un cigarrillo dejando que el humo volase en libertad en aquel onírico lugar. Cuantas veces soñó con vivir ahí de pequeño y ser el encargado de dar aviso a los barcos de que se encontraban cerca del norte de la ciudad.

Con la pasión y el respeto del que ama algo con todas sus fuerzas, se acercó al mirador para hablar con el mar. Una costumbre que aprendió de su padre y que lo tranquilizaba de forma notoria. Respiró hondo llenando sus pulmones de aire puro y contempló, sintiéndose insignificante, el imponente acantilado de más de sesenta metros que se desplegaba ante él. El mar cantábrico estaba revuelto y golpeaba con bravura las rocas, provocando una paleta de colores sublime. Los pájaros volaban acelerados indicando que la lluvia no se haría esperar demasiado.

Se acercó a la cruz, con una efigie en medio, levantada en honor a los caídos en el centro del mirador y la observó con sumo respeto. Siempre le llamó la atención. Recordaba bien las historias que de pequeño le contaba su padre de ese lugar. Historias de esa maldita guerra del 36 que dividió todo un país haciendo que hermanos mataran a hermanos y en la que la locura, como en todas las confrontaciones, reinó. Se estremecía todavía cuando recordaba, como si lo estuviese escuchando en ese mismo momento, como la voz grave de su padre le relataba que en ese mismo punto donde se encontraba, se hacían las torturas más salvajes, conocidas en toda la región y escudadas bajo el nombre de interrogatorios por la seguridad pública. Cuando se apresaban integrantes importantes del otro bando, y los dirigentes querían que hablaran, les llevaban ahí. Les ataban con cuerdas y les hacían lo que comúnmente llamaban “El paseillo”, que no era otra cosa que dejarles suspendidos durante horas bamboleándoles de lado a lado, no atándoles demasiado fuerte para provocar la sensación de vacío e inseguridad al máximo nivel, mientras las potentes olas del mar Cantábrico les golpeaban contra las rocas. Algunos nunca volvían a subir, y los que lo hacían ya no eran los mismos. Le decía su padre que, en ocasiones, algunos hombres volvían con el pelo entero blanco producto del miedo pasado. Lo de menos era si confesaban algo de lo que les acusaban o revelaban importantes secretos de su bando, ya estaban muertos en vida para siempre después de ese suplicio. A decir verdad, más debían perder los que lo realizaban.

Para Marcos, la dignidad era lo más costoso de mantener para una persona a lo largo de su vida, y lo más peligroso también a la hora de perderla. Como casi siempre en todas las injusticias, la ironía teñía aquella horrible historia de crueldad. Mientras unos defendían que ese oscuro pasaje de la historia de la ciudad era obra de los republicanos que, aparte de quemar iglesias, se divertían martirizando a los fachas, como les apodaban, otros aseguraban que las fechorías corrían a cargo del bando del difunto caudillo Francisco Franco para defenestrar a “esos rojos de mierda”, como les llamaba él mismo cuando era pequeño y se dejaba llevar por la exaltación nacional al respecto. Como quiera que fuese, aquello representaba la locura en uno de sus máximos niveles y para Marcos era inconcebible, un insulto a la propia inteligencia. Todas las guerras lo eran, a decir verdad.

De repente algo le sacó de sus pensamientos, escuchó un grito de mujer que parecía proceder del interior de la torre blanca del faro. Se giró al instante y se quedó observando unos segundos la gran estructura, concentrado. De nuevo un grito sordo, casi ahogado pero desgarrador, sonó a lo lejos y Marcos comenzó a correr en esa dirección, convencido de que era lo que su intuición le había vaticinado. El gemido procedía del edificio, no había duda. Al llegar a la puerta de acceso principal, descubrió que estaba cerrada con un recio candado. Dudó unos segundos, pues no tenía constancia de que el faro estuviera deshabitado, ni cómo alguien podía estar dentro en tales condiciones. Con todo, retrocedió unos pasos, sacó su pistola y disparó al candado, calculando cuál sería la trayectoria de la bala, procurando evitarla de ante mano. El anclaje cedió ante el proyectil y al abrir el portón del faro un olor a humedad y cerrado le golpeó en la cara haciendo que moviera la cabeza hacia atrás.

Un segundo después asomó su cabeza por el hueco viendo, mientras desafiaba a la oscuridad que allí reinaba, la planta principal y las escaleras que por treinta metros subían hasta la cima de la torre. Sacó su linterna, la agarró alineada con la *Star S* que le regaló

su padre el día de su graduación, y se introdujo con celeridad en el edificio.

Gdansk, Polonia. Jueves 5 de mayo, 1977. 5:30 horas.

Samuel Abascal salió del gran salón pensando en las palabras que acababa de escuchar por parte de Giacomo. Sabía que debía reunirse con su padre cuanto antes, pues es lo que le había ordenado y con las circunstancias que preveían al encuentro, no sería conveniente hacerle esperar demasiado. Pero las palabras nacidas de esa vieja boca, que tanto desprecio le provocaba, le atormentaban. Estela había corrido peligro antes y podía volver a correrlo ahora que su padre había vuelto a descubrirle desobedeciéndole. Luego también estaba lo que el viejo había insinuado sobre la vida más allá de la muerte. Necesitaba pensar. Necesitaba respuestas.

Sabía que no podía preguntarle a su padre. Solamente le diría lo que a él le interesase. Tampoco podría torturar al criado para que hablase. Con su padre de por medio y enfadado como estaba, no era demasiado aconsejable, por lo que, creyó saber cuál era el único lugar donde podría encontrar respuestas.

De camino a la única habitación de toda la gran mansión en la que no había entrado nunca, lo tenía prohibido, sopesaba si aquel viejo, de aspecto tan indefenso, habría sido capaz de urdir una trampa para perjudicarlo. Pronto lo comprobaría. Como fuera, le seducía la idea de colonizar los aposentos de su padre. Hacía mucho que deseaba hacerlo, pero el miedo había sido siempre más fuerte que las ganas de saber. Sin embargo, ahora todo era diferente, ahora ya no tenía mucho que perder. Samuel pensó que igual en los secretos que su padre le escondía, podría encontrar algo que le diera ventaja.

La puerta no tenía ni candados ni cerrojos, pensándolo bien no hacían falta. Su padre inculcaba el respeto y el miedo tan a fondo que incluso él mismo, con todo lo que le hacía especial, se pensara entrar. “Siempre hay una primera vez”, se decía.

La gran estancia, como cabía prever, era oscura, siniestra. Estaba especialmente recargada y atesoraba en ella muchos objetos que él mismo reconocía y otros que parecían de épocas más lejanas. ¿Sería posible que en el fondo hasta el mismísimo diablo sintiera nostalgia de tiempos pasados? O ¿simplemente se trataría de trofeos que lo ayudaban a recordar el camino andado? Como fuera, y pese a la curiosidad que le creaban, Samuel debía actuar con rapidez, pues su padre comenzaría a impacientarse en poco tiempo. Una vez dado el paso del desacato, debía conseguir resultados.

Santander, jueves 5 de mayo, 1977. 10 de la mañana.

Su corazón, que iba a mil por hora, y su respiración entrecortada indicaban que era consciente del peligro que podía conllevar esa situación, pero su vocación de agente de la ley y el orden le impedía vacilar siquiera para acometer su objetivo. Su responsabilidad le obligaba a avanzar hacia esa especie de oscura trampa que se le presentaba.

Era consciente de que el estruendo del disparo habría advertido de su presencia, por lo que el sigilo que desplegaba era más por no revelar su posición que por guardar el factor sorpresa. La luz que se desprendía de su linterna tampoco ayudaba, pero era necesaria para ver algo en ese lugar desconocido y oscuro.

Avanzó por el hall principal, más corredor que recibidor, que se derivaba a su vez en cuatro estancias en torno a las escaleras centrales, escrutando cuidadosamente los flancos a sus lados. Se juntó al margen izquierdo y antes de llegar a la altura de las escaleras se topó con una cocina y un pequeño cuarto de baño. Un vistazo rápido, sin perder de vista el frente, bastó para evidenciar que no había nada sospechoso dentro. Antes de comenzar a subir se detuvo unos segundos para preparar una estrategia. Calculó que habría unos cinco pisos en la torre y, si todas las plantas estaban distribuidas como esa, unas veinte habitaciones en total. Era

demasiado para que lo investigara una sola persona. Había demasiado espacio para esconderse.

Intentó escuchar algo que le ayudase, pero, aparentemente, no había ninguna evidencia sonora de que allí estuviese ocurriendo nada.

Sin perder de vista la escalera ni la salida, se acercó a las otras dos estancias de la sala. Resultaron ser dos almacenes de comida y menaje. No encontró nada sospechoso en ellos. Comenzó a subir con cuidado los peldaños sin escuchar absolutamente nada. El haz de luz que le reportaba su linterna se le antojaba insuficiente, pero había que saber adaptarse a las adversidades, pensaba cuando colonizó la primera planta. En contra de lo que estimó al entrar, había tres puertas. Una cerrada y dos entre abiertas. De forma intuitiva, se aproximó a la primera a su derecha. La empujó con cuidado y se topó con lo que parecía ser una sala de estar también vacía. Acto seguido, se acercó a la puerta del otro extremo. Dejó la que estaba cerrada para el final.

Pese a intentar caminar con el máximo cuidado, los tablones de madera no dejaban de crujir a sus pies. Notaba goterones de sudor caerle por la frente. Aun con toda su experiencia la presión le estaba jugando una mala pasada. Le costaba mantener la respiración y la tensión que percibía en aquel oscuro ambiente le dificultaba su concentración. En ese momento, mientras avanzaba por el interior del oscuro faro, Marcos era un condenado manojito de nervios y por más que intentaba calmarse, no lo conseguía.

Posó su mano en la segunda puerta y la abrió con cuidado. Descubrió un dormitorio en el que tampoco había nada reseñable. “Una menos” se susurró entre silencios, al tiempo que avanzó sin ninguna convicción hacia la que está cerrada.

Gdansk, Polonia. Jueves 5 de mayo, 1977.

5:45 de la madrugada.

No sabía muy bien lo que buscaba, más allá de una evidencia de que las insinuaciones de Giacomo, en contra de lo que siempre le había asegurado su padre, fueran verdad. Se movió rápido por la inmensa estancia, que recordaba a una suite de hotel de lujo. Descubrió desde espadas bárbaras hasta un retrato firmado de Hitler, pasando por yelmos medievales, y alas de ángel de la guardia de la luz con cientos de años de antigüedad; también cuernos y colmillos enormes anclados a la pared, que bien podrían haber pertenecido a dinosaurios o mamuts. Se sorprendió ensimismado con un pequeño dragón que, enjaulado, hacía trucos con el fuego que salía de su boca como si fuera una mascota adiestrada que quiere jugar.

Aunque se sentía fascinado por ese museo del horror que hubiera impresionado a la humanidad, se apresuró a avanzar hasta una librería que se hallaba al fondo de la villa, no sin antes llegar a una zona que parecía dedicada a la especie humana. Anduvo por alfombras hechas con pieles de seres humanos, que le estremecieron, vio vitrinas con cabezas disecadas. Grandes letreros en oro identificaban a algunos de los nombres más ilustres de la historia debajo de ellas, así como todo tipo de cráneos de la especie y su evolución; del Homo habilis, al Homo sapiens. Al lado de la imponente librería, un cuadro enmarcado de forma grandilocuente concentró su atención. Una manzana mordida y dos hojas de parra descansaban en él. Todo un símbolo de una de sus primeras y más grandes victorias. Cuando el odio, el saber y la falta de respeto se unen, lo macabro reina a su antojo, y en esa sala sobraban las evidencias.

Abrió la librería y comenzó a leer apresurado. Contratos, tratados y manifiestos repasaban algunas de las oscuras acciones con las que su padre moldeó el mundo a su antojo desde las sombras. Cuando pensaba que no iba a encontrar nada útil para su propósito, vio lo que buscaba. Todo un compendio dedicado a lo que había hecho referencia Giacomo y que tanto temía. Se perdió ansioso entre las hojas de aquel gran libro con una mezcla de asombro y

decepción en su interior. Su atención estaba tan dedicada a ese libro que no reparó en que ya no estaba solo.

—Hoy no es tu día, está claro —atacó una voz oscura a su espalda.

Santander, jueves 5 de mayo, 1977. 10:15 horas.

Mirando hacia la planta superior con atención, Márquez Junior, agarró el pomo de la tercera estancia y, para su sorpresa, cedió. Con la pistola empuñada con fuerza abrió la puerta con suma decisión. La visión que encontró dentro le hizo dudar un segundo. Una mujer desnuda bajo las sábanas le miraba con cara de susto, mientras se tapaba como podía para no enseñar más de la cuenta. Pese al desconcierto inicial, el policía se movió con rapidez, pues sabía que aquella escena representaba una de las trampas más manidas en la historia de las emboscadas. Con algo de esfuerzo repelió un repentino ataque. Un hombre, que no parecía armado más que por un atizador de chimenea, se situó frente a él.

—¡Vete! No tenemos dinero. Llamaré a la policía. —Marcos dio gracias a Dios por no haber disparado su arma en el forcejeo.

—Inspector Marcos Márquez —respondió sin bajar el arma—. ¿Está bien, señora? —La mujer continuaba con su perpetua cara de susto.

Después de varias pesquisas, averiguó que los actuales habitantes del faro estaban fuera de la ciudad, disfrutando de unas vacaciones que habían brindado la oportunidad al sobrino del farero de utilizar aquel lugar como picadero. De ahí los gritos de mujer.

—¿Y el candado de la puerta principal? —Marcos lucía más tranquilo.

—Hemos entrado por la puerta trasera para no llamar la atención —confesaba el joven que continuaba temblando mientras aguantaba varios marcos de fotos en los que posaba con su tío.

—Si no quiere que haya denuncia, el candado corre de su cuenta. —Marcos trató la situación con severidad. No deseaba por

nada del mundo que ese asunto se supiera entre sus compañeros.

—Así será, agente. Gracias por cuidar la seguridad de los ciudadanos.

—Señora —añadió por toda respuesta el policía mirando a la mujer de la cara de susto.

Estaba convencido de que a ninguno de los implicados les interesaba que aquello saliera a la luz, por lo que estaba tranquilo con eso, pero, por otro lado, estaba muy furioso consigo mismo. Había actuado como un adolescente recién llegado al cuerpo, guiado por un falso presentimiento en el que, aparte de entrar a una propiedad privada de forma ilegal, había estado a punto de cometer un error que lastrara su carrera de forma definitiva.

Salió del faro con la intención de acercarse a su coche e ir a casa a descansar, pues estaba seguro que seguir martirizándose mientras deambulaba no era la mejor opción. Para colmo había comenzado a llover y una cortina densa de agua caía del cielo. Aceleró el paso para no mojarse, pues lo odiaba. Un segundo antes de abrir su coche, reparó en un revuelo que comenzaba a formarse unos metros al fondo de su posición. Un grupo de personas se agolpaba mirando al vacío del acantilado. El policía se acercó al muro y no dio crédito a lo que contemplaron sus ojos; un cuerpo yacía a unos veinte metros en uno de los llanos que hacían las rocas en su pendiente. El destino parecía gastarle una broma macabra. Analizó la situación; el cuerpo, que parecía masculino, permanecía inmóvil boca abajo. Por lo que, o había perdido el sentido o, Dios no lo quisiese, estaría ya muerto. El agua aún no llegaba hasta donde el cuerpo se encontraba, pero con la fuerza que tenía el mar ese día no tardaría demasiado en hacerlo. Las potentes olas lo arrastrarían con ellas, dando forma a la tragedia. Sin pensarlo, entró de nuevo al faro y se dirigió hasta la cocina que se encontraba en la planta principal. Recordaba haber visto un teléfono en ella.

—Comisario Miguel —respondió firme la voz al otro lado de la línea.

—Soy Marcos, envía un helicóptero al acantilado del faro de Cabo Mayor. Es urgente.

—¿Qué? —El comisario no daba crédito a lo escuchado.

—Hazlo, la vida de un hombre corre grave peligro y, en breve, la mía también.

Sin añadir nada más colgó y volvió a correr de nuevo hasta el mirador. El hombre caído seguía inerte y, pese a la lluvia, cada vez eran más los curiosos que se arremolinaban comentando con todo tipo de teorías conspiratorias la tensa situación. Se escuchaban fuertes gritos y lloros desconsolados.

**Gdansk, Polonia. Jueves 5 de mayo, 1977.
6 de la madrugada.**

De forma lenta y calculada, Samuel cerró aquel inmenso tomo y se giró con odio en la cara.

—No te conviene iniciar una guerra que no puedes ganar —continuó el padre—. Sé que lo que has leído no te ha gustado, pero yo también puedo juzgarte. De hecho, a eso vengo. —Abraham apretó la mandíbula—. Y no se te ocurra jugar al juego que yo mismo he inventado.

—No tienes derecho —atacó el hijo.

—¿Derecho? ¿Acaso lo necesito? —Disparó con aire despreocupado—. Yo te di la vida y si en algún momento considero que fue un error puedo deshacerlo con facilidad cuando me plazca.

—Me has mentido. —Samuel señalaba el libro que aún sostenía—. Y has intentado matarla, peor aún, que yo mismo la matara.

Abraham dudó un segundo y por primera vez en mucho tiempo, Samuel descubrió que la oscuridad también tiene sus momentos de renuncio.

—¡Ah! Lo de Paris. —La oscura sombra sonrió de medio lado—. Este Giacomo —masculló entre afilados dientes. Samuel levantó una ceja, obviando que no estaba para chistes—. Si es por eso, tú a mí también me has mentido. —Se recompuso—. Me prometiste que

no volverías a ir a verla y también me has desobedecido entrando aquí. —Abraham comenzó a andar alrededor de su presa—. Me pregunto cómo vamos a resolver este entuerto. —La sombra se acercó al oído de su hijo—. Con la hoja de ruta que arrastramos, ninguno de los dos necesitamos apelar al honor para solucionarlo. Y no creo que tenga que recordarte que soy mucho más fuerte, además de tú señor.

—¿No eras mi padre? —Samuel aguantaba los nervios como podía.

—En este caso es lo mismo. En definitiva, estaría dispuesto a olvidar todo si te olvidas tú también y te postras ante mí.

—¿Ahora tengo que arrodillarme?

—No lo hagas de forma física si no quieres. Solamente te pido que renueves los votos de tu fe hacia mi liderazgo que, por lo que veo, se han debilitado con el tiempo. —Abraham se colocó justo frente al otro—. Cosa que implica, por cierto, obedecerme, servirme y olvidarte de una maldita vez de esa chica del norte de España. —Samuel negaba con la cabeza.

—No creo que pueda, padre. —Trató que sus palabras fueran lo más seguras y firmes.

Un silencio, producto del desconcierto que el último comentario trajo consigo, se cernió durante algunos segundos sobre el lugar.

—Entiendo que tengas momentos de debilidad —contestó el mayor—. Al fin y al cabo tienes tu parte mortal, pero debes aprovechar la oportunidad que te brindo. Nunca he sido tan paciente en la vida. Es conmigo o contra mí.

La balanza se inclinaba ahora del lado de Samuel que luchaba en su interior por no parecer lo asustado que estaba en realidad y por reunir las fuerzas necesarias para decir lo que llevaba tiempo ansiando.

—Lo lamento, pero no puedo seguir más con esto.

—¿No puedes seguir con qué? —Abraham no esperaba esa contestación.

—No puedo seguir ayudándote a reconquistar tu reino.

—¿No puedes? O ¿no quieres?

—Es mi decisión. —Samuel intentaba disimular el temblor que se había apoderado de su cuerpo—. Intenta respetarla.

Tras unos segundos de silencio en los que Abraham estudió posibles alternativas y que a su hijo se le hicieron eternos, la oscura sombra contestó todo lo pausado que pudo para la rabia que le dominaba:

—¿No te gusta tu vida, Samuel? ¿El lujo, el poder, la sed de matar que se te ha despertado?

—Me encanta, pero ya sabes que hay algo que echo de menos. Además, dudo que después de descubrir estas mentiras mutuas, nuestra relación sea la misma.

—¿Esa chica? —Abraham rió de forma irónica, mientras intentaba evitar la segunda cuestión—. Pero, Samuel, no entiendes que la causa es más importante que cualquiera de nuestros deseos.

—Padre, no quiero que pienses que no comparto tus ideales. También quiero ganar la guerra que vendrá...

—¡No olvides que es para lo que viniste a este mundo! —Tras el grito, el duelo de miradas se intensificó.

—Lo sé, pero el sentimiento por esa mujer es inmenso. Pensar que estoy perdiendo la vida que podría estar teniendo a su lado, no me deja estar centrado. Cometo errores y ya ves que hago cosas que no debería. Pero lo que no quiero, por nada del mundo, es cometer el error de arrepentirme cuando ella ya no esté.

Samuel guardó silencio esperando la ira de su padre por respuesta. La respiración de Abraham se aceleró y un halo de luz comenzó a crearse en torno a su silueta. La rabia por gesto. Samuel apretó los puños esperando el momento de defenderse, sabiendo que si su padre arremetía sería una muerte segura. Por lo menos habría luchado por lo que deseaba.

—Está bien. —Abraham se tranquilizó de golpe—. De acuerdo. Tómame un descanso. Vive con ella esa vida que tanto anhelas. No te lo impediré, tengo todo el tiempo del mundo para alcanzar mi victoria. —La expresión de Samuel cambió en el acto hacia la

sorpresa—. Al fin y al cabo, tú puedes cambiar de forma a tu antojo, haz como que envejeces con ella, disfruta de esa felicidad que crees que te pueden dar esos mortales, si es que consigues que te acepten. Eso sí, cuando ella muera, porque aunque ahora te parezca que queda mucho tiempo, para nosotros será un suspiro, iré a buscarte. Y te aconsejo que en ese momento, por mal que estés, te comprometas con la causa, es tu deber y no quisiera que me decepcionaras.

—Entiendo la amenaza, pero no hace falta. Me das la mayor de las alegrías con esta decisión, padre. Me comprometo a luchar contigo cuando ella ya no esté. Te agradezco todo lo que has hecho por mí hasta ahora, pero sobre todo este gesto magnánimo que demuestra tu sabiduría. Cuando vuelva seré el mayor de tus guerreros.

—¿Pese al dolor que te produzca su pérdida?

—Ese dolor aumentará mi furia —rebatía Samuel entre convencido y adulator.

Los brazos de Abraham se abrieron como si fuesen alas y Samuel se acercó para abrazarle.

—Que así sea. —Al fundirse en el abrazo, Samuel suspiró en silencio—. Voy a echarte de menos, hijo. Ten mucho cuidado con usar los poderes que te he enseñado, no llames demasiado la atención de los otros porque yo no estaré para defenderte. Aun así, sabes que estaré vigilándote siempre. —Los dos se separaron de aquel forzado abrazo—. Parte ya hacia tu deseo. No pierdas más tiempo.

Samuel cogió aire y se dio la vuelta. Caminó hacia la puerta principal sin mirar atrás. Todavía no creía lo que acaba de ocurrir. Ni en la mejor de sus previsiones albergaba un desenlace tan próspero y pacífico. Seguramente lo descubierto en esa habitación hubiese ayudado.

Santander, jueves 5 de mayo, 1977.

10:45 horas.

Miró al cielo y aparte de neblina y lluvia no encontró nada. Aún era muy pronto para que llegara el helicóptero que había pedido. Por lo que no lo dudó y al tiempo que sacaba su placa para enseñarla, gritó al grupo:

—Soy policía. ¿Alguien ha visto algo?

—Estábamos dando un paseo. —Una mujer, con acento asturiano y gran papada, lloraba considerablemente—. Y cuando me he dado cuenta mi Santiago ya no estaba a mi lado. No entendí lo que estaba ocurriendo, hasta que una de estas mujeres lo vio ahí abajo.

—Yo lo vi —cortó otra de ellas decidida. Marcos escrutaba a la situación

—¡Tiene que hacer algo! —suplicaba a gritos la asturiana entrada en carnes.

Marcos suspiró mirando al cuerpo tendido entre las rocas, a un palmo del precipicio.

—He pedido un helicóptero a la comisaria. Vendrá lo más pronto posible.

—Pero... mi Santi se va a morir, se lo va a llevar el agua. ¡Tiene que hacer algo!

Marcos miró al cuerpo y comprendió que aquella mujer mantequillosa, pese a su estado de nervios descontrolado, tenía razón. La marea del agua estaba subiendo de forma considerable y aunque aún quedaba un rato para que llegara a cubrir el cuerpo del hombre, las olas pronto llegarían a impactar ese punto. Y un cuerpo inerte sería presa fácil para la resaca del mar. Maldiciéndose por haber ido a ese lugar, se decidió a hacer lo que dudaba desde el momento que vio a ese pobre hombre tendido entre las rocas.

—¡Voy a bajar! —El murmullo general rozó lo gutural.

Marcos nunca se había sentido un héroe, pero, pese al peligro que conllevaba tal acción, sentía en su interior que era lo que debía hacer.

Desde muy joven le había gustado la escalada, por lo que tenía nociones y experiencia básicas. Aunque en ese momento, con la lluvia que dificultaba el descenso y los nervios que provocaba el peligro, la situación era bien diferente de los cursos a los que estaba acostumbrado. Cuando quiso darse cuenta se encontraba bajando por el acantilado, escuchando de fondo al tumulto de curiosos que le jaleaban con una mezcla de admiración, ánimo y morbo ante la posible tragedia.

No tardó demasiado en averiguar que aquella había sido una mala decisión. Sus temblorosas manos se agarraban con dificultad a la húmeda roca, sus músculos no se comportaban como él esperaba de antemano y se le antojaban a una amalgama entre mantequilla y gelatina, haciendo que sus pies no se mostrasen seguros. Además, una sensación de mareo se acrecentaba en su cabeza y los veinte metros que debía bajar, hasta ese repecho en el que se encontraba el cuerpo caído, se le hacían eternos.

Sin poder remediarlo, cuando llevaba unos cinco metros descendidos se descolgó de una mano quedando suspendido tan solo de la otra. Estaba tan concentrado en no precipitarse al mar, pues sabía que desde esa distancia era complicado caer justo en el repecho que quedaba un poco a su izquierda, que no escuchó las sonoras exclamaciones del grupo de curiosos de arriba. Con esfuerzo y algo de suerte consiguió recobrar el equilibrio y pudo bajar un par de metros más.

Cuanto más descendía se sentía más cansado. La sensación de vértigo y mareo era cada vez más fuerte y no conseguía enderezar su camino de bajada, por lo que o comenzaba a ir hacia la izquierda o no podría alcanzar el llano que buscaba. El cuerpo del hombre continuaba inerte, pero las olas ya habían comenzado a mojarle, aún no le golpeaban de lleno, pero no faltaría mucho.

Ganó otro par de metros intentando enderezar su posición. El viento y la lluvia no ayudaban, pero por nada del mundo quería dejarse vencer. Una muerte en esas condiciones debía de ser horrible. “No será hoy”, se animaba mentalmente.

De forma irónica, para lo empapado que estaba, tenía la boca totalmente seca. En una de las paradas en las que descansó y calibró la ruta, abrió la boca para buscar la lluvia y se notó jadeante y empapado de sudor.

Alzó la vista al cielo y la distancia con el grupo del mirador era considerable ya, le sería imposible subir. “Al menos le iban a ir a buscar en helicóptero”, pensó. Rezó porque el aparato llegara pronto, pero, de momento, no escuchaba nada en el cielo que pudiera indicarlo.

Bajó algo más y volvió a detenerse, producto de la fatiga y el dolor en las manos. Miró al llano que estaba a unos cinco metros y casi en perpendicular a su posición y, cuando ya no aguantaba más tiempo suspendido, se lanzó con desesperación a él.

El momento fue dramático, el grupo de gente que arriba aguardaba el desenlace, contuvo la respiración con el corazón encogido. El silencio se hizo dueño de la escena y Marcos cerró los ojos de forma intuitiva.

—Todavía no —resonó una voz espectral en la cabeza del policía

El golpe fue tremendo, la cabeza golpeó contra las rocas y el cuerpo contra el repecho quedando al lado del hombre al que iba a socorrer. Se llevó la mano a la frente y, al mirarla, visualizó la sangre en ella.

—Ha sido un milagro —comentaba la gente arriba.

—Ha rectificado, su movimiento para no caerse, es un héroe —se escuchaba.

Marcos estaba atontado, dolorido y sin saber muy bien qué había ocurrido. Le había parecido escuchar la voz de Samuel dentro de su cabeza en el salto, y, aunque sabía que era imposible, la idea le estremeció.

Se enderezó como pudo moviendo la cabeza de un lado a otro para espabilarse. Por suerte la fría lluvia ayudaba a que no perdiera la consciencia. El cuerpo, y más concretamente la espalda, le dolía horrores, y por más que miraba al cielo no había ni rastro del

helicóptero que había pedido. Comenzó a sentir pánico. Pensó que el aparato, podría haber tenido problemas por el tiempo. Se imaginó a Morenza negándose en rotundo a que despegara. El miedo le atenazaba pensando que podía haberse entregado a una muerte segura.

Una primera ola, con poca fuerza, pues rompió mucho más abajo y esa era solamente su cresta, los golpeó tanto a él como al indefenso hombre. Eso le hizo activarse. Agarró con fuerza al hombre y lo acercó, con la dificultad que conllevaba mover un peso muerto, al extremo de la roca. Sabía que no podría hacer mucho más, pero algo se le ocurriría. Una vez en el punto más alejado al abismo, giró el cuerpo y se horrorizó al comprobar aquellas secuelas que caracterizaban el caso en el hombre. Estaba muerto, no había duda, pero, por nada del mundo, iba a dejar perderse ese cadáver. Tanto la investigación, para realizar la autopsia, como la familia necesitaban un cuerpo.

Sopesó las opciones que tenía y a simple vista no eran demasiadas. Pese a todo, intentó pensar con rapidez, pero el dolor que se acrecentaba en su cabeza no le dejaba hacerlo con demasiada claridad.

De repente, como si de una inspiración divina se tratase, tuvo una idea. Ignoraba si le serviría pero, ante la gravedad, merecía por lo menos ser una opción intentada. Se quitó el cinturón con rapidez ante el incipiente ataque del mar bravío e hizo lo mismo con el del otro hombre. Había descubierto algo que pensaba podía ser la solución.

Tercera parte

**Artículo de “El diario Montañés”
(viernes 6 de mayo, 1977).**

El helicóptero tardó casi media hora en llegar desde la llamada de un heroico policía, M.M.C, que no dudó en arriesgar su vida, luchando contra el peligro y las inclemencias del tiempo, para intentar guardar la de un indefenso. Los policías y miembros de protección civil que acometieron el rescate encontraron a la extraña pareja anclados con sus propios cinturones a un pequeño saliente de hierro, casi camuflado en la pared de la roca, que antaño sirvió para introducir una desaparecida pasarela que cruzaba el desfiladero. El policía, al punto del colapso, por el frío y un golpe sufrido en la cabeza contra la roca, que le produjo una importante hemorragia, no perdió el sentido hasta que hubo conseguido el objetivo de velar por el cadáver del otro hombre que, por desgracia había muerto en la caída. Todavía hay héroes de la patria...

Santander, viernes 6 de mayo, 1977.

—Buen artículo, hermanita. —Marcos retiraba el ejemplar del día de “El diario Montañés”.

—¿Bromeas? Actuaste como un héroe. Pero podía haberte ocurrido algo horrible.

—No empieces tú también como los demás, te pido lo mismo que tú a mi cuando te he hablado de un posible embarazo. —El comentario hizo reír a la joven.

—¿Te duele? —indagó ella señalando el aparatoso vendaje en la cabeza de su hermano.

—No tanto como no haber podido salvar a ese pobre hombre. — Su gesto se oscureció de rabia.

—Ya estaba muerto cuando bajaste. No podías hacer nada.

Un silencio profundo envolvió la habitación. Marcos pensaba en que era imposible que ese cadáver cayese como por arte de magia

sin que su mujer se percatara, pero, sobre todo, en cómo era posible que el cuerpo presentara las mismas secuelas que los otros cadáveres que, los asesinos de la sombra, como les había apodado la prensa, tenían desde el año 1951. También pensó en la voz que escuchó en su cabeza cuando a punto estuvo de caerse y, aunque la atribuyó al golpe que le produjo la brecha, no terminaba de dejarle del todo tranquilo.

Al poco, vino a su mente la conversación mantenida con sus superiores poco después del incidente.

Santander, jueves 5 de mayo, 1977.

El helicóptero se detuvo en el aparcamiento de los campos de sport de El Sardinero, hogar futbolístico del Racing de Santander, donde esperaban el comisario Miguel y el Inspector jefe destinado desde Madrid, Pablo Morenza. Marcos, salió por su propio pie del aparato y enseguida dos enfermeras lo ayudaron a llegar a una ambulancia cercana donde, acto seguido, procedieron con el examen y las curas.

—¿Te has vuelto loco, Marcos? —El comisario corrió hasta la ambulancia para ver a su ahijado, entorpeciendo la labor de los sanitarios—. ¿En qué coño estabas pensando?

—En salvar una vida —contestó Marcos secamente.

—Una vida que ya no era tal —atacó Morenza.

—Eso no puede saberse hasta que no se examina. Y para eso había que bajar.

—Se me saltan las lágrimas con su heroicidad, Señor Vázquez —Marcos tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre ese despreciable hombre.

—Es Márquez y no Vázquez... Por favor, Morenza, tengamos la fiesta en paz. —Por primera vez Miguel intercedió. Morenza contestó con una sonrisilla burlona.

—Nosotros ya hemos acabado, mejor les dejamos solos. —Las enfermeras se sentían incómodas. Marcharon dejando un aparatoso

vendaje en la cabeza del policía.

—El cadáver tiene las mismas marcas y secuelas del caso — soltó Marcos intentando ningunear las palabras del otro.

—¿Las de los otros asesinatos? —Miguel no podía creérselo.

—Es extraño. —Morenza volvía a la carga—. Usted tan cerca y otro asesinato parecido.

—Usted también estaba cerca del primero, si no recuerdo mal, señor —Marcos también sabía jugar a ese juego.

—No le consiento... —Los ojos de Miguel mirando al foráneo parecía que fueran a salirse de las órbitas—. que insinúe siquiera que...

—¿Qué ha querido decir? —La arrogancia en el semblante de Morenza ofendía a los otros dos.

—¿Y usted, mi señor? —Marcos sonrió forzado.

—¡Se acabó! —El grito de Miguel atronó el momento— ¡Lárguese! no pienso aguantar este tipo de conductas.

—Tranquilo, le espero en la comisaría. Ya he visto gran parte de lo que tenía que ver aquí.

Como el mejor de los actores, Morenza, comenzó su camino hacia su automóvil.

—No le aguanto. —Marcos miró a su padrino sabiendo que ahora vendría la bronca.

—Ni yo, pero, por desgracia, dependemos de su informe. Mierda de burocracia. —El comisario se sentó, dentro de la ambulancia, al lado del más joven—. Lo peor es que luego tendré que esforzarme en pedirle disculpas. Pese a todo, lo que has hecho es una locura. Te has pasado de la línea de lo cabal. Podrías estar muerto.

—¿Qué pasa, que hay un límite en el que dejas de ser policía? — Marcos levantaba la ceja izquierda. Herencia genética paterna—, pensé que cuando se juraba el cargo se hacía con todas las consecuencias.

—No es eso, pero... ¿tienes idea de lo que iban a sufrir todos a tu alrededor, si llega a pasarte algo?

—Y tú, ¿tienes idea de lo que va a sufrir la familia de ese pobre desgraciado?

—No me refiero a...

—Además, te he dicho mil veces que no quiero un trato especial por ser quien soy. El crimen no necesita un niño mimado, sino un policía comprometido.

—Marcos, nunca he pensado que seas un niño mimado. —La mano en el hombro significando el cariño que había de por medio—. Lo que has hecho hoy demuestra que tienes un gran valor. También que estás como una autentica cabra, pero te garantizo que junto a tu padre sois los dos mejores agentes que he visto en la vida. Pero eso no quita, para que aunque mañana te condecoremos con alguna medalla que realce el honor de tu acción, hoy, por quien soy yo, tanto en lo profesional como en lo personal tenga que reprenderte.

—Gracias, supongo —La sonrisa del que entiende el trasfondo de las cosas.

El fraternal abrazo entre ambos no se hizo esperar.

Santander, viernes 6 de mayo, 1977.

—¿Crees que Samuel está aquí? —La pregunta de Estela sacó a Marcos de sus recuerdos.

—¿Y qué si estuviera? —Marcos escrutaba la cara de su hermana — Es un criminal y muy peligroso.

—Ya sabes lo que hablamos ayer, necesito verle.

—Repito, es un criminal y es muy peligroso. No debería acercarse a ti, ni tampoco debería estar en libertad.

—¿Qué pruebas tenéis en su contra? —El amor es el mayor abogado.

Marcos tuvo que pensar por dónde necesitaba llevar la conversación. Estela había pronunciado las palabras mágicas. Ya que de todos los crímenes que se le podían inculpar a Samuel, este podría salir indemne con facilidad. Los de hace años sino habían prescrito, ocurrieron cuando era menor de edad y, pese a

todo, tampoco había pruebas concluyentes contra él. Aquella pareja que conformaban Samuel y su maestro no dejaba ni huellas, ni fluidos, ni cabello, ni nada que pudiera ser utilizado como prueba para inculparles. Por eso, y en contra de la opinión del comisario Miguel, que le había recomendado cogerse unos días de vacaciones para recuperarse, Marcos sabía que debía salir cuanto antes del hospital y continuar investigando. Estaba convencido de que aquel hombre al que tanto odiaba estaba de nuevo en la ciudad, tenía otra de sus corazonadas, y si afinaba un poco podía cogerle con las manos en la masa. Porque de lo que sí estaba completamente seguro era que continuaría matando.

—Estela, por cierto, eso que me contaste ayer del pequeño Samuel...

—¡Nadie debe saberlo! —cortó con una mirada fulminante que desvelaba su angustia.

—Tranquila, me refiero a... que es imposible.

—Lo sé. —Tranquilidad forzada.

—Y entonces, ¿cómo es que aseguras que Samuel Abascal es su verdadero padre?

—Es así. —La fe por convicción—. No puede ser de otra manera.

—Ignacio, quizá... ¿no?

—No puede tener hijos —respondió ella sin inmutarse—. Ya te lo dije. Hace años cuando nos hicimos las pruebas, las oculté cuando vinieron por correo. No lo sabe. Le dije que todo estaba bien.

—Pero ¿no viste a Samuel en ningún momento durante estos años más allá de...? —Marcos intentaba tensar la situación.

—Sí, ya te lo dije, sólo en mis sueños. —El gesto de la bella mujer era el de una fiel creyente intentando evidenciar su dogma.

—Estela ¿sabes que eso es imposible! —Marcos endureció su discurso.

—Sí, y también que Ignacio es estéril, y a no ser que estés sugiriendo que sea una cualquiera...

—Nunca diría eso, pero lo que me cuentas es inexplicable y...

—También lo son la mayoría de las circunstancias que han rodeado a Samuel desde que lo conocimos hace más de veinticinco años y no puedes negar que han ocurrido.

—Touché —respondió él, al tiempo que comenzó a recopilar esas anomalías a las que se refería su hermana.

Por su mente pasaron desde las primeras “circunstancias especiales”, como se denominaban en los informes policiales de los años cincuenta para evitar utilizar el término imposible, hasta lo ocurrido en los días anteriores. Por más que intentaba encontrar una solución lógica al asesinato del faro, no podía, salvo incluir en el caso un término que nunca había creído real pero del que estaba comenzando a dudar, como era la magia. No quería aceptarlo por nada en el mundo, no ya por no darle credibilidad, más bien deseaba negarlo de forma categórica, pues, en caso de ser así, qué podría hacer él, tan insignificante, para luchar contra algo tan potente como esa magia que podía conseguir ese tipo de cosas.

No demasiado lejos de ahí.

Pensó que se le caía el mundo encima, más por el daño a los suyos que por él mismo. Había contemplado esa posibilidad desde que decidió hacerse en secreto aquellos análisis que le recomendó su médico, pero, por mucho que alguien se creyese duro y se preparase para escuchar una noticia así, cuando la certeza de la información se torna negrura, uno cree morir. Y, de forma irónica, así será, pero en vez de hacerlo en el acto y sin dolor en la consulta de un médico, ocurrirá de forma lenta y agónica.

—No se lo diga a mi familia, doctor Almenara. Solamente le pido eso —rogó el hombre de forma amarga—. Aún no.

—Puedo esperar un tiempo, pero, como le he dicho, su enfermedad avanza muy rápido y es cuestión de algunos meses, quizá una año. Lo lamento, pero es inevitable que se enteren. Además, es mejor tenerlo todo planeado para cuando llegue la

última etapa. Nosotros intentaremos minimizar el dolor, paliando su intensidad con los medicamentos más fuertes y...

Para ese momento había dejado de escuchar al doctor. Fueron miles los pensamientos que se agolpaban en su cabeza. Le invadían la decepción y la pesadumbre, también la indignación, pero, sobre todo, pensaba en su familia. Solamente pensaba en ellos, como si cada segundo que no lo hiciera fuera una batalla perdida con la muerte. Incluso intentó hacer el menor caso posible a esas insidiosas voces femeninas que, como siempre que una situación clave le ocurría, le acechaban con todo tipo de comentarios funestos. “Parece que esas zorras van a tener razón esta vez”, pensó.

Una vez terminada la consulta, Tasio Márquez, se levantó con tranquilidad, agarró con fuerza su chaqueta y decidió abandonar aquel hospital de Valdecilla que era como su segunda casa.

Al salir al exterior, el mundo le pareció más oscuro que antes de entrar. Y aunque el gris del cielo santanderino ayudaba a crear esa sensación, el hombre sabía que su secreto ya había comenzado a llevarse consigo.

Gdansk, Polonia. Jueves 5 de mayo, 1977.

6 de la madrugada.

Desde la ventana de una de las torres del gran caserón, la espectral figura de Abraham observaba cómo se alejaba su hijo Samuel después de haberle perdonado la vida con un permiso para tomarse un descanso. Una sombra se acercó su espalda con la expresión del que está satisfecho aún en una situación que debería ser adversa.

—¿Y va a dejarle ir como si nada? —Pese a la felicidad momentánea que le provocaba aquella nueva situación, el anciano sirviente no conseguía comprender la decisión de su oscuro amo.

—Es lo mejor, Giacomo. —Abraham se volvió para contestar—. No está centrado y le necesito al cien por cien. Mientras, yo

proseguiré orquestando mi plan, cimentando mi futura victoria y, al contrario de lo que hace el otro, adaptándome a los nuevos tiempos para aprovecharme de los cambios. Me he dado cuenta que me será más fácil dominar el mundo para llenarlo de maldad e ir fortaleciéndome en la sombra, que intentar combatir con alguien tan poderos como ese al que todos llaman Dios. Lo bueno de ser inmortal es que dispongo de todo el tiempo del mundo para prepararme. Y cuando llegue el momento, ya con Samuel a mi lado, libraré la irremediable guerra a la que estoy predestinado. Venceremos juntos. Lo inevitable no puede impedirse, tan sólo aplazarse.

—¿Nunca ha pensado en negociar su vuelta? —El comentario ofendió al oscuro señor.

—El cielo no se gana por consenso, se obtiene por asalto. Y si bien no es digno de alguien capaz, iniciar una guerra de la que no piensa segura su victoria sólo para demostrar su valor, pues lo inteligente sería negociar antes del conflicto la rendición que más provecho te haga sacar y esperar hasta que creas que puedes ganar, te repito que no necesito nada ahora. Todo comenzará cuando tenga que hacerlo. Si tiene que pasar, pasará.

—Aun así, no entiendo por qué es tan desagradecido con usted, mi señor, mostrando tanta obsesión con aquella chica de Santander.

—Eso es culpa mía, les creé un sentimiento tan grande para que el dolor le llevara a la maldad, que subestimé el efecto de mi propio poder de manipulación.

—No se ofenda, mi señor, pero no creo que esto sea lo más inteligente para con su hijo. Dudo que treinta o cuarenta años de relajación y felicidad sea lo mejor para que luego le ayude a conseguir lo que se propone.

—¿Crees que no lo tengo todo planeado? Hace ya tiempo que contemplaba que este día podría llegar. Podría ir ahora mismo a casa de esa ramera española y hacer que su muerte pareciese natural y acabar con esto de una maldita vez, pero de esta forma ganamos todos. —La expresión de Abraham se tornó maquiavélica

— Yo aprendo mejor la forma de actuar y mejoro la estrategia a llevar. Él será feliz y estará muy agradecido para conmigo por este “regalo” y se olvidará del otro asunto que ha descubierto. —Señaló con la cabeza a la librería—. Por lo que cuando llegue el momento será un juguete roto y fácil de manejar, y, de rebote, tú estarás a mi lado sin nadie que te estorbe hasta el final de tus días, tal y como llevas deseando desde que Samuel llegó. —El señor hizo un gesto a su mayordomo para que no dijese nada y comenzó a acariciarle el rostro—. Es una verdadera pena, pero para cuando Samuel vuelva lo más seguro es que tú ya no estés a mi lado. —El viejo tuvo que utilizar todas sus fuerzas para contener las lágrimas—. Aun así, entre la vida que ya es muy perra de por sí y yo, nos encargaremos de que no se acomode del todo. Tengo algunas cosas pensadas para que el odio siga bien presente en su persona.

Abraham comenzó a reír a plena carcajada como el demente que en realidad era.

—Por cierto, con lo de haberme descubierto con Samuel, insinuándole lo de los hijos de la oscuridad. —El sirviente tragó saliva esperando una dura represalia—. Te perdono. Es lo malo de ser el señor del mal, que aunque se me haga una mala acción en mi contra me veo obligado a concederle mérito y a valorarla. —Giacomo ríe nervioso—, pero... —La voz de Abraham retumbó dentro de la cabeza del viejo—. ¡Qué no vuelva a ocurrir! o te arrancaré los ojos y se los daré a mis concubinas como trofeo.

A un gesto de la oscura sombra, el corazón del criado se aceleró, sintió un repentino y gran mareo, hasta que le costó mantenerse en pie y una náusea le dificultó la respiración.

—Tranquilo. —Abraham sonrió y la presión desapareció—, hoy no. —Giacomo intentó recomponerse como pudo y su amo comenzó a andar con cadencia decidida hacia la puerta.

—Vamos, mi fiel, Giacomo. Tengo un mundo que llenar de oscuridad, pero antes continuaré con mi historia, como te contaba acababa de conocer a Edgar Allan Poe, aunque él no podía sospechar quien era yo...

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

A la hora exacta, apareció a lo lejos un fastuoso carruaje conducido por el criado del día anterior, que le obsequió con una mirada desconcertante y que era tirado por los caballos más bellos nunca antes vistos por el joven Edgar Allan Poe, que se quedó sin palabras.

—¿Te gusta? Está recién construido —El extranjero hablaba con una mezcla de orgullo y vanidad.

—Es precioso señor. ¿Dónde vamos?

Aunque seducido por la presencia del extranjero, Edgar sentía miedo de montarse en ese carruaje con un desconocido.

—A la librería como quedamos ayer.

El hombre bajó del coche de caballos y, a un gesto, el imponente vehículo reanudó su camino.

A partir de esa fecha fueron continuas las veces en que ambos se vieron en las siguientes semanas. Visitaron librerías y bibliotecas. Tomaron meriendas y, sobre todo conversaron. Hablaron de las inquietudes del más joven, de las experiencias del adulto, de la literatura y de los escritores, de la vida, de lo correcto y de lo innombrable, en definitiva el misterioso extranjero desmontó la mente del joven Poe para luego volver a montarla a su gusto.

—¿No tendré que hacer nada a cambio por esto? —cuestionó el chico al recibir un cargamento de libros obsequiados por su reciente mesías.

—Solamente disfrutar con ellos —reía con sonrisa felina su acompañante—. Tienes agallas, Edgar, eso me gusta.

—Tengo que contarle algo. —El chico estaba preocupado.

—Dime pues, ¿de qué se trata? —La melodiosa voz tranquilizaba al muchacho.

—Mi tío se ha enterado de que quedamos y me lo ha reprobado. Dice que me busque amigos de mi edad, que usted no me conviene.

—No te preocupes, déjame a mí. Cuando llegues esta noche a casa infórmale de que mañana le haré una visita en la plantación.

—Tengo que advertirle, señor, que mi tío no es un hombre con el que se puede razonar fácilmente.

—Tranquilo, Edgar. No creo que me cueste convencerle de que esto no es malo para ti.

La cara de John Allan cuando se enteró de que el hombre que quedaba a diario con su ahijado no era otro que su señor fue apoteósica.

—Perdón, mi señor. Yo no sabía...

—No te apures, Allan, me gusta que cuides de Edgar.

Una noche cuando el carruaje estaba devolviendo al adolescente a su casa, el elegante hombre le hizo una proposición:

—Tú escribes, ¿verdad, Edgar?

—Sí, señor.

—¿Recuerdas cuando yo te he hecho regalos y tú me preguntabas si tenías que hacer algo a cambio? —El chico asintió en silencio, expectante—. Pues me gustaría pedirte algo. Quiero que escribas para mí.

—¿Un poema?

—No, que escribas para mí. Como habrás visto tengo mucho dinero, podría pagarte bien.

—¿Para usted? ¿Sólo para usted? ¿O para editarlo luego?

—De momento escribe para mí, y si luego es bueno... ya veremos.

—¿Y sobre qué quiere que escriba? —Edgar parecía aceptar el reto.

—De momento sólo escribe y enséñame tus progresos cada cierto tiempo. Cuando llegue el momento ya te diré lo que deseo expresamente.

—¿Y cómo va a pagarme si sólo tengo catorce años? mi tío no lo aprobaría, es muy recio.

—Ya no eres tan niño, Edgar. Pero sí que tienes razón que no es bueno que alguien de tu edad se crea independiente. Lo tengo

hablado con tu padrastro, él recibirá tus pagas a modo de compensación por haberte sacado adelante hasta que termines tus estudios. ¿Te parece bien?

—Siempre y cuando lo que escriba sea conocido por el mundo sí. Lo que más deseo es ser un artista famoso.

—Tranquilo, te conocerán. —La sonrisa perruna dominaba sus facciones—. Yo ahora tengo que ir a la vieja Europa por un asunto de negocios. Estaremos en contacto.

—De acuerdo, señor Abraham.

El elegante hombre se marchó satisfecho, pues en esas dos semanas había influenciado al chico lo suficiente para que consiguiera crear lo que él deseaba.

Diario de Samuel Abascal. Jueves 5 de mayo, 1977.

Hoy comienza mi nueva vida. Otra vez debo empezar un camino. Soy consciente de que no es más que el regalo momentáneo con el que mi padre me ha comprado para que me olvide de lo que descubrí en sus aposentos la pasada noche, de sus traiciones. No creo que jamás pueda llegar a hacerlo, me siento muy defraudado. Mi padre intentó que yo mismo matara a mi ángel de Santander, también me ha mentido y lo peor es que estoy seguro que no será en lo único. Pero ya me preocuparé de eso en su momento. Ahora debo centrarme en conseguir volver con ella y recuperar esa vida que me arrebataron. Antes, debo domesticar al monstruo en el que me he convertido. Será un proceso duro, ya que las ansias de matar, de violencia, de lujuria y de lascivia han arraigado muy dentro de mí. Un transcurso en el que perderé algún tiempo, lo sé, pero es sumamente necesario. Sin el éxito de este proceso, no soy más que un peligro extremo para los seres humanos. Por suerte, debido a los poderes con los que me otorgó mi padre, no me será demasiado costoso sobrevivir. Lo veo como cuando un dependiente se desintoxica de lo que le tiene consumido, seguramente mi adicción a matar es superior a cualquier drogodependencia, pero yo tengo una meta por la que tengo que luchar y lo haré con todas mis fuerzas.

Santander, viernes 6 de mayo, 1977.

Marcos había decidido que no iba a perder demasiado tiempo recuperándose en aquella habitación del hospital Marqués de Valdecilla. Sabía que la investigación iba a continuar y prefería ser él mismo el que la hiciese avanzar. De momento no podría irse demasiado lejos, pues los médicos le habían recomendado permanecer en reposo y observación algunos días más. Y no es que fuera a cumplirlo por miedo a los doctores, su salud era lo que menos le preocupaba en ese momento, eran las mujeres de la

familia las que le preocupan. Entre su hermana, su cuñada y su madre habían montado un cuadrante de turnos de guardias tan entregado que ya lo quisiera para sí el mejor de los ejércitos. Lo bueno era que a donde él tenía pensado ir no se encontraba demasiado lejos.

—¿Me traes un café, hermanita?

—Sabes que no debes, tienes que descansar.

—Por favor. —Estela sonrió al comprobar que, pese a los años, su hermano no había perdido ni un ápice de su encanto conmovedor.

—De acuerdo. —Ahora el que sonreía era Marcos al averiguar que seguía en plena forma.

En cuanto Estela salió de la habitación Marcos se levantó de la cama. Como aún no le habían traído ropa limpia, decidió ponerse un abrigo, que encontró en el pequeño armario de su compañero de habitación que en ese momento dormía, encima de su ridículo pijama de paciente. Antes de partir rumbo a su objetivo pensó en María. Como siempre, el recuerdo de su difunta esposa le acompañaba y le hacía sentirse culpable por los nuevos sentimientos que le dominaban, pero Marcos creyó que ya había guardado el suficiente luto y que, viendo lo fácil que puede ser dejar este mundo, prefería intentar ser feliz. “Estirar todo lo posible el chicle al lado de la forense de sus sueños”, se decía.

Anduvo decidido por los pasillos, para completar cuanto antes el camino que le separaba de la morgue. Pese a las secuelas que arrastraba del día anterior; cortes y contusiones repartidos por casi todo el cuerpo, amén de la brecha que se hizo al golpearse contra las rocas; la excitación comenzó a hacer que su pecho ardiese. Como siempre, la visita volvería a ser de trabajo, pero, esta vez, Marcos esperaba que ocurriese algo que le acercara a su idealizada forense, ya que hasta ese momento ella se había mantenido solamente correcta, por no decir fría. Quizá hoy, con sus heridas de guerra y su heroicidad del día anterior, la situación fuese diferente. “Así será, lo presiento”.

Marcos siempre se había considerado un cazador y, tanto antes como después de su esposa María, no le había costado conquistar a la mayoría de las mujeres que se le antojaron. Por eso, esta momentánea derrota justo con Rebeca, a la que deseaba con todas sus fuerzas, le quemaba por dentro hasta el punto de rayar en la obsesión.

Enfiló el pasillo de la morgue con la confianza rota del que lleva tiempo intentando conseguir algo con ilusión y no logra su objetivo. Era consciente de que la sociedad no veía con buenos ojos que volviese a casarse, aunque también que con la relajación en las prohibiciones después de la muerte del Caudillo y siendo hombre, las mujeres lo tenían peor, el impacto de lo morboso sería menor. En realidad le daba igual, iba a conseguir a esa mujer aunque fuese lo último que hiciese.

La puerta del despacho estaba cerrada, así que pensó que si Rebeca no estaba dentro quizá se encontraría trabajando en el depósito de cadáveres. Justo antes de llamar, escuchó la voz de la forense dentro. Parecía enervada, por lo que supuso que o hablaba por teléfono o tendría compañía. Como sabía que no podía irse y volver más tarde, bastante lio iba a tener ya con su hermana, ni quería quedarse escuchando sin anunciar su presencia, se decidió a llamar.

—Un segundo. —La sensual voz de Rebeca Pereira le mandó esperar fuera.

Marcos Márquez esperó sentado en un banco situado al lado de la puerta y reparó en que nunca antes había ocurrido eso. ¿Qué sería tan importante para que Rebeca no le atendiera?

Volvió a escuchar a la forense. Hablaba en un tono más alto y nervioso de lo normal. Poco después, un hombre la contestaba. Él parecía más tranquilo, como si quisiera imposter calma en su voz. Parecía una discusión desigual.

No sabía de qué era, pero esa voz masculina le resultaba familiar. El timbre y la cadencia al hablar le irritaban. Quizá porque,

fuese quien fuese el hombre que estaba dentro, estaba incomodando a su amada.

Aunque escuchaba las voces en el interior del despacho, no conseguía entender bien qué decían. Era consciente de lo mal visto que estaba en la sociedad espiar conversaciones ajenas, pero, llegado a ese punto, qué le importaban a él la ética y la moral.

La puerta se abrió de golpe y la visión que tuvo casi hizo que su corazón se detuviese en aquel mismo instante.

—¿Qué hace aquí? y ¿así vestido? —El inspector jefe Morenza mostró su mejor cara de asco.

Marcos, con pijama de paciente y abrigo encima, no dudó en recoger el guante.

—Lo mismo me gustaría saber de usted.

Morenza, en pantalones vaqueros y polo deportivo decidió zanjar aquello.

—Estoy en mi tiempo libre. —Marcos levantó una ceja y atacó de forma seca.

—Yo también.

—¿No ha escuchado eso de “No hagas lo que yo haga, sino lo que yo diga”? pues se le ordenó que descansara y se olvidara del caso.

Al escuchar las crecientes voces, Rebeca salió de su despacho.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella adelantándose a los acontecimientos.

Marcos la sonrió intentando que no se notara demasiado lo que sentía por ella. Rebeca, como siempre, permaneció impasible.

—Nada, el elegante agente Márquez, que está volcado con la investigación, pero vete tranquila, yo le pondré al día — La joven forense miró a cada uno con gesto contrariado — Por cierto, ¿conoce a mi mujer, Rebeca Morenza?

Aquellas palabras cayeron en Marcos como una losa, por unos segundos le pareció que el mundo se hubiese detenido. Rebeca no podía ser la esposa de ese malnacido “¡Si ni siquiera se presentaba con su apellido de casada!” pensó. Quizá aquel fuera el porqué de

su frialdad y distanciamiento para con los hombres. Marcos, con la boca seca y el estómago revuelto por la funesta noticia creyó estar siendo pasto de otra broma macabra. A decir verdad, su vida no era otra cosa que una constante cruel broma en la mayoría de los aspectos.

—¿Y? —Morenza parecía disfrutar con el evidente desencajamiento del otro.

—Sí... Claro —acertó a decir él tan sólo—. Es la jefa del equipo forense.

Tras unos segundos de tensión y miradas cruzadas, Rebeca dio un paso al frente.

—Tengo prisa ahora. —Siempre parecía tenerla en realidad—. Como siempre le he dejado todo en el informe, señor Márquez. — Señaló la carpeta que portaba su marido—. Hablamos luego, ¿de acuerdo? —Aquella mujer era fría hasta con su pareja.

—Por supuesto, cariño. —Marcos sintió asco ante la situación. Por lo menos, para su bien, el destino hizo que no hubiese acercamiento alguno entre marido y mujer.

Los dos hombres esperaron a que la bella mujer se alejara, aunque estaba claro que las hostilidades no habían hecho más que empezar. Marcos se sentía estúpido y molesto a partes iguales y hubiese necesitado, que como en el boxeo, sonara una campana para interrumpir aquello y darle un tiempo para intentar asimilar la nueva situación.

—Y yo me pregunto, si ella es la forense y nuestro encargado de comunicarse con ella debería ser alguien de criminología... ¿por qué viene usted aquí? De hecho, ¿viene mucho?

La forma tan fija de mirar y la maldad que irradiaban las palabras de Morenza irritaban a Marcos. Tanto que, en otras circunstancias, hubiera forzado la situación para terminar dirimiendo sus diferencias a golpes. Por desgracia, y por el puesto que atesoraba su enemigo, esta vez debería guardarle, al menos, un mínimo de respeto.

—Hay cosas que prefiero hacerlas yo mismo —concluyó como si nada.

—Es guapa, ¿eh? —Morenza era un buen cazador y no parecía escapársele nada.

—Lo es. —Marcos, que aguantaba la fija mirada, había optado por hablar lo menos posible.

—Siempre fue mi debilidad, mataría por ella. —Comenzaba el ataque—. Nos conocimos siendo muy jóvenes y desde el primer momento supe que iba a ser mía. —Marcos permanecía en silencio—. Es una fierecilla indomable, pero, entre usted y yo, merece la pena pagar el precio de su independencia por poseerla. —La expresión ladina hirió a Marcos.

—Y si merece tanto la pena, ¿cómo es que no viven siquiera en la misma ciudad? —El tono fue taimado.

—Ya le he dicho que con Rebeca hay que pagar un precio. Es una mujer adelantada a esta época y yo no soportaba que no hiciese lo que yo decía. Fue un error. —Marcos se sorprendió por el tono y la confidencia—. Además, no supe lo que la quería realmente hasta que la perdí y, como siempre ocurre en estos casos, no sólo fue tarde, además resultó ridículo. Pero ahora estoy decidido a recuperarla. Al fin y al cabo soy el mejor posicionado.

—Suerte —añadió de forma irónica Márquez que esperaba el gran ataque de inmediato.

Para su sorpresa un momento de tregua pareció llegar, aunque en realidad no era más que el tiempo necesario para que ambos contendientes calibraran armas y sopesaran las opciones con las que contaban. Marcos, descolocado porque un fantoche como Morenza hubiera reconocido su gran derrota y expectante de cómo se reharía, y el otro, urdiendo mentalmente el golpe definitivo.

—Me pareció leer en su expediente que estuvo usted casado, ¿no es así?

—Así es. Se fue hace cinco años, pero no creo que...

—Entonces, como yo no estaré siempre por aquí, me gustaría pedirle un favor. —La falsa sonrisa de vendedor de libros a domicilio alertó al policía—. ¿Podría cuidarla por mí? —Marcos esperó sin inmutarse al desenlace—. Me entenderá usted si le digo que la

distancia no es buena para un hombre celoso que piensa que a su esposa la pueden estar rondando babosos engreídos. Pues bien, dejo en sus manos que ella esté bien, tranquila y sin ningún usurpador que la moleste. Se lo pido de forma personal, pero también profesional.

—¿De forma profesional? No puede...

—No hemos comenzado con buen pie —cortó como si nada—. Quizá yo no haya sido demasiado justo con usted, pero esta puede ser una buena ocasión para cambiar las cosas. Si me sirve bien con esto le recompensaré, mucho. Conozco gente importante en Madrid y usted parece un buen policía. —Marcos sonrió de forma seca al ver desvelado el juego. Aunque odiaba los chantajes, le fascinaba como la gente sin escrúpulos jugaba sus cartas.

—Creo que espera demasiado de mí. —La réplica iba llena de falsedad.

—Pongo todas mis esperanzas en usted. Rebeca es muy guapa y la saldrán muchos pretendientes. Necios que pensarán que ahora que no estamos del todo bien podrán quitármela... pero ahí es donde entra usted. No dudo que utilizará todo lo que esté en su mano para hacer lo que le digo, al igual que usted no debe dudar que yo haré lo que sea necesario para hacer prevalecer mi posición. Para que no soporte usted demasiada carga yo mismo me pasaré por aquí de vez en cuando, sin avisar.

Sin dejar tiempo para una posible respuesta, Morenza comenzó a caminar con esa costumbre suya de abandonar los lugares de manera repentina y afectada.

—¿Qué hay de los informes del asesinato del faro? —Marcos decidió no dar importancia a lo escuchado.

—Descanse, los tendrá en su despacho cuando se incorpore. —Ni siquiera se giró para mirar—, pero recuerde que hasta el lunes no tiene que venir por la comisaría. Disfrute de su descanso.

Marcos permaneció sentado unos minutos. Analizando todo lo ocurrido. Dando las gracias de forma irónica a la vida por haberle traído a Morenza, que parecía atentar contra su equilibrio a todos

los niveles. Pasado un tiempo prudencial suspiró de forma notoria, se levantó y se dirigió de nuevo a su habitación. La fiera de su hermana le esperaba enfadada, pero, a decir verdad, era lo que menos le preocupaba en ese momento.

—¿A que adivino dónde estabas? —atajó Estela cuando vio llegar a su hermano.

—¿Intuición femenina? —No le sorprendía que su hermana fuera cómplice de su desamor en silencio.

—Se te nota en la mirada desde hace unos meses. Ya sabes que te conozco bien. Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo.

—No lo dudo. —Con cadencia cansada Marcos se acercó a la cama. Se dejó caer a plomo.

—¿Y bien? —Los ojos como platos.

—¿Bien qué? —Estaba irritado y tuvo que esforzarse por no pagarlo con su hermana.

—Que si ha merecido la pena la excursión. —Ella parecía inflexible.

—No sabría bien que decirte. —Miró hacia la ventana unos segundos—. Quizá sí. —Marcos recordó la revelación tan traumática que había tenido y se estremeció.

—Pues ahora que ya has jugado a los exploradores debes descansar para recuperarte y ponerte cuanto antes con la investigación.

En ese momento Marcos pensó que su hermana era la persona que, aparte de conocerle a la perfección, mejor sabía llevarle del mundo. Era una gran mujer. La quería con toda su alma.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

El tiempo fue pasando y Edgar Allan Poe continuó con su vida. Asistía al colegio por las mañanas y por las tardes estudiaba y perfeccionaba su escritura. También tuvo tiempo de conocer a la madre de un compañero de colegio de la que se quedó instantáneamente prendado, la señora Mrs. Stannard. El día que les

recibió a él y a su amigo, Robert Stannard, en su casa, le pareció la mujer más bella sobre la faz de la tierra. A partir de ahí, las visitas a su amigo Robert para ver a su bella madre fueron constantes. El chico dejó de dormir, de estudiar, de leer, de escribir, pues no podía hacer otra cosa que pensar en su amada Jane Stannard. El hombre oscuro y misterioso, que vigilaba los progresos del chico en las sombras, creyó que aquella relación, además de imposible, pues ella le doblaba la edad, era nociva para el chico en el que había depositado tantas esperanzas, por lo que decidió acabar con ella de un plumazo. A los pocos meses la señora Stannard tuvo un trágico final. Una tuberculosis galopante se la llevó para siempre dejando a Edgar hundido, pero rebosante de ganas de crear una obra que hiciese justicia a la belleza y magnificencia de su difunta amada. Pero para que nadie sospechara de la realidad tuvo que cambiar el nombre de su primer gran amor. Así nació el bello poema "To Helen"

—Es precioso. —El oscuro hombre examinaba el texto que el joven Edgar le había mostrado.

—Lo sé, pero no merece la pena tanto dolor y desdicha, aunque el resultado sea hacer una bella obra.

—Es curioso que el dolor le produzca este efecto —meditaba su acompañante después de despedirse.

En los siguientes meses el muchacho se vio sumido en un pozo de profunda melancolía, en el que pasaba las horas encerrado en su cuarto naufragando en su propio dolor. Su madrastra Frances se mostraba muy preocupada. Estaba convencida de que el chico se iba a morir de pena y ella misma sufría el malestar de su amado Edgar en sus propias carnes y deambulaba por la casa como un fantasma. A consecuencia de esto, John Allan decidió contradecir las órdenes de su señor e intentó hacerle salir de la forma que fuera de su cuarto. Aunque fuese castigándolo sin libros.

—Edgar, era solamente un amor platónico. Sal de tu cuarto ahora mismo y vuelve a ser persona.

—Era especial, la mejor mujer que he conocido.

—Tranquilo, conocerás más. —Matizaba Allan—. ¡Sal de una vez!

—No pienso salir, aquí estoy bien.

A partir de este momento las diferencias y discusiones con su tío fueron cada vez más frecuentes y la separación entre los dos solamente era cuestión de tiempo.

Debido a este receso en su vida social comenzó a tener problemas en el colegio. Siempre había tenido que aguantar las burlas de otros alumnos por ser adoptado y porque su madre fuera actriz, que en la época estaba casi considerada una profesión cercana a la prostitución, pero él se había mostrado pacífico hasta ese momento. Pero a raíz de la muerte de su amada señora Stannard, y debido a su retraimiento durante los meses venideros algunos chicos de su colegio comenzaron a sobrepasarse con él. Un día, uno de ellos, más alto y con muchas más carnes que Edgar, comenzó a meterse con Poe en mitad del patio del colegio ante la impasividad de los demás muchachos que allí se encontraban.

—¿Por qué eres tan raro, fantasma? Eres pálido y enclenque y nunca hablas.

Edgar no contestó y siguió a lo suyo.

—Te estoy hablando a ti, hijo de ramera. —El niño entrado en carnes dio un empujón a Edgar que cayó al suelo—. ¿No te vas a defender, cobardica?

—Déjame en paz Gordon, no quiero problemas. —Los demás niños hicieron un corrillo del que el muchacho no podría escapar.

—Tarde, poetiso. —Una fuerte patada impactó en el torso de Edgar, que continuó sin atacar. Solamente intentaba defenderse.

—Eres escoria —gritaba el abusón mientras continuaba soltando golpes en todas direcciones.

Edgar no pudo hacer mucho más aparte de defenderse y parar algunos de esos golpes, otros impactaron de lleno en el cuerpo del muchacho. El otro chico era mucho más fuerte y no paró hasta dejarlo sin conocimiento.

Cuando Edgar despertó no sabía dónde estaba, el tiempo parecía haberse detenido momentos después de haber recibido la cruel paliza. Se levantó como pudo, pues estaba bastante dolorido y mareado y vio al detestable Gordon parado delante de él, con una mueca de felicidad provocada por su victoria, estático. Los otros muchachos que había alrededor, y que habían estado jaleando en la pelea, también estaban como congelados. Incluso en el cielo pudo vislumbrar las figuras inertes de algunos pájaros, no volaban, tan solo estaban detenidos en el aire.

Edgar comenzó a sentirse nervioso, no entendía qué podía estar pasando, pero sintió una sensación familiar. La misma que tenía cuando soñaba con aquel extraño sin rostro en el cementerio. Pensó estar inconsciente por alguno de los golpes, incluso muerto. Deambuló por la zona y de repente no pudo más. Y se acercó a Gordon le tocó para ver si se despertaba y al no ocurrir nada le propinó un rotundo rodillazo en sus partes nobles.

—Así me gusta Edgar, dando un golpe en la mesa. —Para su sorpresa el extraño misterioso con el que tanta veces había charlado de sus cosas apareció a su lado—, tranquilo, no te asustes.

—¿Esto es un sueño? —preguntó con miedo.

—Esto es lo que tú quieras que sea —contestó altivo el otro.

—Solamente está ocurriendo en mi cabeza, ¿verdad?

—En esta vida todo ocurre en nuestras cabezas. —La sonrisa perruna dominaba sus facciones—. Lo importante aquí, es por qué ha ocurrido esto —señaló a Gordon. Edgar no contestó—. ¿Por qué te ha golpeado?

—Porque es un cretino.

—Me refiero a por qué lo ha conseguido.

—Porque no pensé que fuera a poder defenderme.

—¿Qué? —El oscuro hombre no creía lo que acaba de escuchar—. Edgar no puedes tener miedo nunca, de ninguna manera debes temer al triunfo, pero sobre todo nunca al fracaso. Tú puedes ser el mejor en todo, siempre. Y si algún día no lo eres, solamente intenta

luchar lo más posible para conseguirlo a cada instante. La tenacidad es la madre del éxito.

Aquellas palabras se grabaron en la mente del joven a fuego. Tan a fuego que le persiguieron durante la mayor parte de su vida.

—Inténtalo, ese saco de grasa no es nada rápido y se cansa con facilidad. No hay rival imposible de vencer, solamente una estrategia inadecuada.

—De acuerdo —aceptó el joven Poe, que parecía otro.

Al instante todo volvió a ponerse negro y cuando despertó de nuevo se encontraba en el suelo. De nuevo todo estaba en movimiento y su enemigo se marchaba jactándose de la victoria.

Edgar se apresuró a levantarse y cogiendo desprevenido al otro le propinó una brutal patada en la espalda. Sin darle tiempo a reaccionar Edgar comenzó a golpearle con rabia. Hasta que el otro quedó en el suelo y pidiendo clemencia.

Cuando Edgar fue preguntado por cómo había conseguido aguantar tanto para luego ganar, este sólo respondió:

—Esperé a que se cansara, sabía que era su punto débil.

A partir de ese momento el joven empezó a mostrar una competitividad exagerada que le hacía enzarzarse en las competiciones más extravagantes. Una vez, para demostrar su hombría, cruzó a nado una travesía de ocho kilómetros por el río James, en el mismo Richmond. Ocurrió un caluroso día del mes de junio y, para complicarlo aún más, lo hizo a contracorriente. Al terminarlo exhausto, y con el orgullo henchido, buscó testigos de su hazaña, pero la misma gente con la que había apostado dudó de que no hubiese hecho trampas. Esto a Edgar le enfureció sobremanera, ya que, aparte de arriesgar la vida también, estaba en juego la credibilidad de su orgullo. Y desde el incidente con aquel abusón que salió malparado no lo toleraba. Por lo que para ganar la apuesta se recorrió Richmond buscando testigos que firmaran por escrito corroborar su hazaña. El oscuro hombre que le vigilaba a cada instante se sentía complacido. Su obra estaba más cerca.

Diario de Samuel Abascal. Jueves 12 de mayo, 1977.

Ya ha pasado una semana desde que conseguí mi momentánea libertad. Es raro volver a hacer lo que se me antoja sin que otro dirija mis pasos, pero me gusta. Noto la ausencia de mi padre, ha sido un gran apoyo, no así de mis obligaciones, que en ocasiones me parecían salvajes e injustas o del odioso Giacomo, pero soy feliz. Si todo va bien podré al fin estar con ella, pensar en eso me da fuerzas.

De momento trato de mantenerme lejos de España. Aunque me duele, me he prometido que no volveré a visitar a Estela hasta que no esté recuperado. La semana pasada la vi en el hospital, pero no puedo volver a arriesgarme. La sombra de la maldad que se ha instalado en mi interior es demasiado fuerte y aún no puedo controlarla, por lo que ir a verla con sed de sangre podría significar el peor error de mi vida. Debo mirar también por mi hijo, del que espero mucho. Nuestro vínculo es muy fuerte. A él no necesito visitarle a menudo, es una parte de mí. Estamos conectados de alguna mágica forma.

Me miro al espejo y veo mi forma real, la de ese chico que dejé de ser a golpe de brutalidad, pero que no ha envejecido nada en estas décadas. Sé que cuando vuelva con Estela tendré que modificar mi aspecto para adecuarme al paso del tiempo que en ella sí que ha hecho de las suyas. Aún es una mujer joven, pero con el paso del tiempo irá envejeciendo hasta convertirse en anciana. Por suerte para mí, ese no será problema.

De momento estoy viajando por Europa, intentando ganarle cada día, sobre todo cada noche, la partida a mis salvajes impulsos. Aún es pronto para valorar mis avances, pues en la vida que acabo de abandonar servía periódicamente a mi padre para suministrarle la mayor energía de las almas de los seres humanos que pudiese. Unas veces mataba y otras me aprovechaba de las catástrofes, las enfermedades o las simples muertes naturales para llevarle sus

almas, pero cada día tenía contacto con la muerte. Ahora, sin esas funestas obligaciones, las ganas de matar se ciernen sobre mí continuamente, consumen mi voluntad, mi pecho arde como un crudo infierno, llegan la ansiedad, los sudores y los vómitos. Y por más que trato de controlarme, de momento, tan sólo consigo retrasarlo de forma engañosa para, en el instante que me dejo vencer, arremeter mi furia con más ansia, si cabe, mis oscuros instintos. Tengo que conseguirlo, sino todo habrá sido en vano.

Santander, viernes 6 de mayo, 1977.

Estela Márquez caminaba decidida por los pasillos del hospital en busca del café que le había pedido su hermano. Intentaba disimular su nerviosismo, pero le estaba costando demasiado esta vez. Estela estaba muy preocupada por todo lo que estaba sucediendo en los últimos días. Su hermano parecía no estar en un buen momento, ni personal, ni laboral, su padre estaba raro y el comienzo de una nueva oleada de asesinatos, que todos atribuían a Samuel, coincidía de forma sospechosa con la vuelta de los sueños que tanto significaban para ella. Esperaba que Samuel volviese, como la había prometido en la última carta que recibió de él y que, al final, quedase exculpado de aquellos horribles crímenes, pero con la inquina que le tenían allí iba a ser complicado. De repente, chocó con alguien. No se dio ni cuenta, pero justo antes de llegar al ascensor, un desconocido se la había cruzado.

—Disculpe —dijo el hombre en tono firme.

—Lo lamento —respondió ella—, ha sido culpa mía, que iba a mis cos... —Estela se detuvo de golpe—. Perdona, ¿Nos conocemos? —dudó mirando fijamente los ojos de aquel desconocido.

El desconocido, agarró con suavidad el brazo de la mujer, se acercó a su oído y susurró:

—Ya falta poco, en breve volveremos a vernos, Estela.

Ante la sorpresa de ella por lo imprevisto de la situación, el desconocido comenzó a alejarse, tranquilo, sabiéndose satisfecho por haber vuelto a ver a su dulce Estela, tan bella, tan mujer ahora.

Moscú, viernes 13 de mayo de 1977.

El joven compraba en un pequeño supermercado del centro de Moscú. Pese a que la temperatura era bajísima ese día y la sensación térmica hacía que el frío fuera prácticamente inaguantable, el chico de ojos tristes no iba especialmente abrigado. Alquilaba un pequeño piso cerca y había bajado a comprar algo para cenar. Se debatía entre hacer pasta o una pizza, pues la comida italiana siempre le gustó. Era consciente de que aún no tenía demasiado arte para cocinar, pero, gracias a otros talentos, se apañaba. Hacía tres días que no disfrutaba del placer que le reportaba asesinar y se sentía débil, mucho. Mientras intentaba decidirse se distrajo observando a los otros clientes, sin saber si podría aguantar sus instintos. Se rió para sí, imaginándose como el hambriento protagonista de una tira cómica de dibujos que leía de pequeño. La situación era más cruel, esa era la verdad, pero Samuel pensaba que solamente le faltaba ver la cabeza de los demás como un pollo asado.

Cuando se acercó a la caja registradora, con un paquete de tallarines en la mano, dos hombres con apariencia peligrosa entraron acelerados al pequeño establecimiento. Dos armarios rusos, de dos por dos y cara de ningún amigo, sacaron sendas pistolas y comenzaron a amenazar al enclenque vendedor de oscura piel e india procedencia que tartamudeaba ante los dos miras que se le acercaban. Samuel observó el pequeño almacén cercano. Tras la puerta la mujer y los tres hijos del dueño sabían lo que les esperaba con terror en la cara y miedo en el alma, y, al verlos tan indefensos, algo ardió en su interior. Sabía que no tenía la obligación de actuar, pero, por otro lado, vio una oportunidad perfecta de saciar sus impulsos.

—¡Abre la caja registradora, mierda andante! —El dueño del establecimiento, estático, dudaba qué hacer.

—No tener mucho dinero. —El comerciante aún chapurreaba el ruso que Samuel entendía a la perfección gracias a sus habilidades.

A diferencia de su padre él nunca había sentido asco por los seres humanos, pero, debido al infierno que pasó durante los primeros veinte años de su existencia sí que odiaba con todas sus fuerzas a las malas personas. Llevaba años disfrutando de vengarse. Hoy sería otra de esas noches.

—¡Qué nos des la pasta o te vuelo la puta cabeza! —Uno de los matones se acercó aún más al mostrador.

—¿Podéis abandonar la tienda, por favor? —Samuel se acercó sonriendo al mostrador.

—¿Quién coño eres tú? —Uno de los armarios rusos dio un paso hacia él—. Lárgate o te mato.

—Soy tu peor pesadilla. —Samuel apretó los dientes, sintiendo la liberación de sus instintos.

Al instante siguiente y cuando una bala ya cruzaba el aire en dirección a su cabeza, el tiempo se detuvo. Ninguno de los que estaban en la tienda movió ni un solo músculo a partir de ese momento y hasta que Samuel deseó que el tiempo corriera de nuevo. Para entonces la situación cambió drásticamente.

Diario de Samuel Abascal. Viernes 13 de mayo de 1977.

Hoy ha ocurrido algo importante, he decidido que hay una forma para matar y no cometer injusticias, o por lo menos hacerlo sin tantos remordimientos. Me encontraba en el supermercado de debajo de casa comprando algo para cenar y una pareja de ladrones entraron, pistolas en mano, para atracar la tienda. No dudé en ayudar al pobre indio, que temblaba como un flan, a proteger a su familia. Aunque no pude ver la cara de aquella gente algo se removió en mi interior. Hacía tanto tiempo que no efectuaba una buena acción hacia el ser humano, que ya casi había olvidado lo

que se sentía y, pese a que hice “el bien” de aquella brutal forma, me sentí aliviado por eso, también por haber calmado mis ganas de matar. No digo que vaya a convertirme en un superhéroe con capa como esos de los cómics, pero por algo se empieza. Por otro lado, no entiendo por qué el ser humano es tan asquerosamente malo para con sus semejantes. Mi padre siempre decía que no son más que ratas y, aunque yo bien comprobé en mis propias carnes la maldad que pueden albergar en su interior en aquella primera etapa de mi vida, me resisto a pensar que son todos así. Recuerdo haber conocido mucha gente buena también en aquellos tiempos; Amelia, el padre Antonio, Asunción, Miguel y, pese a sus miedos, Tasio. Luego estuvo Rubén al que, aún hoy, no sabría cómo catalogarle.

Principios de agosto de 1961.

Un joven, de unos dieciocho años, palideció al descubrir un paquete que acababa de llegar a su nombre a la casa de acogida en la que llevaba viviendo los últimos dos años. Una carta redactada con esmero y escrita con cuidada caligrafía, le avisaba de que le quedaba poco tiempo de vida. Le advertía que no se molestara en avisar a la policía, pues no podrían ayudarle y que, en agradecimiento por su buen hacer en el asilo de la Calle Alta de Santander una década atrás, su muerte no sería demasiado dolorosa. La carta no llevaba remite, pero él no lo necesitó. Acompañando la funesta misiva, en el interior del paquete, Rubén Liaño se encontró un objeto que identificó al instante; un juguete de latón en forma de caballo alado. Sin poder evitarlo, dos lágrimas se desprendieron de sus ojos mientras recordaba el porqué de aquellas amenazas.

Ocurrió unos cuantos años antes, Samuel Abascal y él eran como hermanos que soportaban la ingrata vida que les había tocado sufrir y a los deleznable compañeros de viaje que se esforzaban por amargarles su estancia en aquella casa de niños desamparados de post guerra. Fueron tiempos duros en los que solamente su

unión ante aquellos malvados les ayudó a no rendirse. Hasta que, justo cuando más pensaba que nada podría hacerles separarse, un visitante, oscuro y maléfico a partes iguales, le “obligó” a elegir un camino del que nunca se sintió orgulloso. Le ofreció inmunidad en el orfanato. Ser tratado de forma digna, mejor que uno más, ser uno de los protegidos del temible padre Aurelio que regentaba el lugar a golpe, nunca mejor dicho, de dictadura. Y después, al salir de allí, aquel hombre poderoso al que hasta el detestable párroco parecía temer, le aseguró que si pactaba con él tendría un futuro. Casa, familia, trabajo y seguridad, representaba todo lo que siempre había esperado para sus años adultos y lo tenía a tan sólo un “sí” de distancia.

Después de pensarlo durante un buen rato, su primera respuesta fue negativa, pero el hombre no pareció inmutarse. “Seguro” contestó tan sólo. Se lo quedó mirando fijamente y de repente, sin entender bien a qué se debía aquel cambio, Rubén terminó aceptando la oferta. Él mismo no concibió por qué, pues parecía no obrar por su propia voluntad.

Fueron tiempos difíciles, en los que su corazón sufrió mucho traicionando a su amigo, que fue tratado como un perro, dando su apoyo a aquellos que tanto mal le habían hecho. Pero, como dijo aquel misterioso hombre de palabra taimada y mirada asesina, si le fallaba después de haber aceptado la oferta, pagaría con su propia muerte. Rubén nunca creyó que se refiriese a una muerte tranquila.

Ahora, pasados los años, con todas las comodidades que aquel oscuro foráneo le prometió instaladas en su vida, pero sin poder dormir bien por las noches a causa de los remordimientos, se encontraba con que el pasado había vuelto para saldar su deuda. Siempre vuelve.

Después de darle muchas vueltas se decantó por denunciar aquellas cartas que le llegaban sin remite. La policía no le dio demasiada importancia, pero, aun así, le pusieron protección un tiempo hasta que todo se calmó. No volvió a tener noticias de su antiguo amigo hasta que, en las navidades de 1961, cuando se

encontraba a punto de cumplir esa tradición tan española de comerse doce uvas antes del año nuevo con su nueva familia, creyó que el tiempo se había detenido. La sensación que vivió fue muy similar a lo que Samuel le relataba, en aquellas horas de soledad del orfanato, que a él mismo le ocurría. Sus familiares estaban estáticos y hasta la imagen de la televisión en blanco y negro, recién adquirida, parecía parada. Ni rastro de los ruidos o sonidos que hasta unos segundos antes atronaban el ambiente.

Rubén intentó moverse sin éxito. También estaba detenido, como todo lo demás. No entendía si aquello era una ensoñación, pues veía todo borroso, aunque no concebía como podría haberse quedado dormido en un momento tan importante como el de fin de año. Esperaba haberse desmayado y que todo fuese una lúgubre ilusión. Se temía lo peor.

Pasados unos agónicos minutos vio aparecer ante sí una figura que nunca olvidaría. Era Samuel Abascal. A Rubén se le congeló la sangre, pues la aparición tenía exactamente la misma edad que la última vez que se vieron. ¡Es imposible, han pasado diez años!, pensó, intentando sin éxito moverse. El niño se acercó a él con cara de odio, cambiando de forma mientras avanzaba. Fue creciendo, delante de los incrédulos ojos de Rubén, que reflejaban el inmenso miedo que sentía, hasta llegar a la edad que, de verdad, debería tener en ese momento. El visitante sonrió de forma oscura, le señaló el balcón de la casa, le guiñó un ojo y una voz resonó en su propia cabeza torturándole aún más.

—En cuanto todo vuelva a la normalidad andarás sin decir nada hacia esa galería de ahí y te arrojarás al vacío — Rubén volvió a intentar escapar, pero no consiguió moverse. Estaba a merced de su visita — No me sirve tu perdón ahora, ya no hay nada que puedas hacer — Pareció leerle la mente. He tomado una decisión y así será. Te aseguro que esta es la mejor de las muertes que puedo ofrecerte en este momento. Considérate afortunado, si no llega a ser por los muchos buenos momentos que pasamos de niños esto sería mucho peor, créeme

La voz dejó de resonar en la cabeza de Rubén. El otro desapareció en la nada y, pasados unos minutos, que para el joven Liaño fueron una auténtica tortura, el tiempo se reanudó. Sin poder hacer nada para evitarlo, y tal y como había augurado Samuel en su visión, los pies de Rubén comenzaron a andar con vida propia hacia el balcón. Quiso gritar, pero no pudo. Sus recientes familiares, absortos en el típico ritual de las uvas y las campanadas, tardaron demasiado tiempo en reaccionar. Para cuando se dieron cuenta de lo que ocurría, el joven huérfano saltó desde el quinto piso. El descenso fue horrible, el golpe extremadamente doloroso. La oscuridad, paz. Al menos por unos segundos...

“Suicidio a causa de la intimidación que las cartas recibidas causaron en el joven Rubén Liaño”, apuntó el periódico “El Caso” al día siguiente. Nada raro envolvió la muerte tampoco para la policía, más allá de la manipulación que había sufrido el muchacho a causa del miedo que le produjeron las amenazas.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

Con la adolescencia, Edgar Allan Poe comenzó a no aguantar a la gente manipuladora y era frecuente que Edgar cortara con la mayor de las frialdades a cualquiera que quisiera engañarle o llevarle por donde sus intereses dictaban. De esta forma la separación con su tío no podría tardar demasiado en ser total.

—No te consiento que me hables así. Mientras estés en esta casa harás lo que yo diga —dictaminaba un enfurecido John Allan—. Deberías mostrarme tu gratitud por todo lo que he hecho por ti.

—No tengo por qué estarte agradecido, solamente Frances me ha tratado como a un hijo. —Finiquitaba Edgar.

Los conflictos con su padrastro fueron haciéndose cada vez más frecuentes y graves, tanto que hasta su hermano, William Henry, con el que, a pesar de vivir en Baltimore, continuó teniendo una buena relación, le aconsejaba en las habituales misivas que se enviaban:

“Edgar, ya sé que no conozco todas las situaciones que ocurren dentro de las paredes de esa casa, pero, y perdóname si me entrometo donde no me han llamado, considero que deberías guardar, sino pleitesía, al menos las formas. Si no quieres hacerlo por Allan, hazlo al menos por Frances.

En cualquier caso, sabes que tienes en mí un hermano, y que, decidas lo que decidas, te apoyaré. Por cierto, no sé si podré ir a verte por tu dieciséis cumpleaños a principios de año, pero te aseguro que haré lo posible y lo imposible por acudir a festejar tu efeméride.

Con cariño, William Henry Poe”.

“Querido William, te agradezco mucho tus consejos y preocupaciones, y entiendo que, como buen hermano te preocupes por mí, pero es que mi tío es totalmente insoportable. No transige en nada, o estás con él o contra él y yo, por desgracia para nuestra relación, no trago con eso. Para muestra el que sepas de todo esto, estoy seguro que Allan te lo ha contado... es odioso.”

Lo que Edgar ignoraba es que una mano negra estaba detrás de todo eso. El oscuro señor había determinado que ya no necesitaba a John Allan en el tablero de juego, y jugando, como a él tanto le gustaba, estaba enturbiando las cosas para asegurarse su eliminación de la vida de su protegido. Hasta había hecho llegar a manos de John Allan el diario de la difunta madre de Edgar, en la que esta confesaba que Rosalie, su hija menor, había sido engendrada fruto de una relación fuera del matrimonio.

—Yo ya tengo a mi familia. Frances, y mis hermanos lo son — gritaba el joven en otra discusión.

—¿A sí? William Henry se olvidará de ti en cuanto te conozca a fondo y Rosalie ni siquiera es tu hermana. Tu madre se dejaba querer por otros.

Aunque el arrepentimiento llegó a John Allan en el acto, para Edgar aquellas palabras fueron la peor de las puñaladas, de hecho, él siempre había dicho que la más dañina de las armas eran las palabras. No tardó en fugarse de casa con destino a Richmond. Allí,

además de alejarse de su tío, esperaba encontrar en la figura de su hermano el calor que necesitaba.

—Ha dicho que mamá era una ramera y que tiene pruebas que Rosalie no es de papá —afirmaba Edgar con lágrimas en los ojos.

—Es inadmisibile. Dame un abrazo, hermanito.

La relación entre ambos se fue fortaleciendo cada vez más. Mientras, en las sombras, el oscuro señor ya había comenzado su plan para que la vida de Edgar transcurriera por los caminos deseados.

Santander, viernes 6 de mayo, 1977.

Ya por la tarde, en compañía de su madre, y cuando aún se torturaba con lo descubierto pocas horas antes, Marcos Márquez tuvo la visita más inesperada.

—¿Se puede? —La voz de Rebeca fue menos sensual y más dulce que de costumbre.

—Sí... Claro. —La sorpresa golpeó a Marcos.

Asunción, como buena veterana de guerra decidió ayudar

—Hola, ¿te vas a quedar un rato? —Sin dejar tiempo para la réplica prosiguió con su ardid—. Pues entonces me voy a tomar un café y así habláis de vuestras cosas.

Marcos que odiaba que a sus treinta y tantos se le siguiera tratando como a un chiquillo, sobre todo después de la muerte de María, por una vez, bendijo la maniobra de su madre.

—Marche tranquila. Yo me quedo con su hijo. —Márquez no daba crédito, era la primera vez que veía a Rebeca tan cercana en el trato.

Rebeca sonrió levemente a Asunción antes de acercarse a la silla contigua a la cama donde el enfermo, que acababa de revivir, reposaba. Marcos pensó en lo poco que les hacía falta a las mujeres para entenderse y comunicarse entre ellas sin cruzar ni media palabra.

—Que os sea leve —añadió Asunción desde la puerta al tiempo que guiñaba un ojo a su hijo.

—¿Qué tal estás? —Marcos, desencajado quería parar el tiempo. Era la primera vez desde que conocía a la forense de su amor que le hacía caso más allá de lo profesional—. Me han contado que ayer fuiste muy valiente.

El policía observó a su acompañante un par de segundos hasta dictaminar que la encontraba especialmente atractiva ese día. Su pelo, castaño y ligeramente ondulado lucía recogido en una suerte de moño en la parte superior de la cabeza, por lo general solía

llevarlo suelto y a Marcos le encantaba como la quedaba ese peinado. Se había maquillado, no demasiado, pero lo justo para resaltar sus ojos azules y su carnosa boca. Y sobre todo esa gran carga sexual que solía envolverla no se había cogido el día libre.

—Sólo hice lo que debía. —Sacó pecho restando importancia a su hazaña—. Me han dicho que no vaya a trabajar hasta el lunes, pero quiero volver cuanto antes, este caso va a necesitar todas nuestras fuerzas.

—¿Leíste el informe? —El tono de la mujer pareció cambiar en pocos segundos de conciliador a directo.

—No, tu marido se lo llevó. —Con sólo nombrar la palabra “marido” en relación a Rebeca, le ardía la boca.

—Típico de Pablo. —La bella forense sonrió amargamente y la atención de Marcos se centró en esos ojos de gata que tan atrapado le tenían desde hacía tiempo—. ¿Te ha dicho algo de mí? —Desde luego, aquella mujer no se andaba con rodeos.

Marcos, que no quiso correr ni el riesgo de contarle la verdad, ni tampoco el de mentirla, decidió salir del paso con la primera excusa que se le ocurrió.

—Vaya, yo que pensé que te preocupabas por mí...

—Y lo hago, créeme. No sabes cómo es Pablo, ni lo que puede llegar a hacer.

—Puedo hacerme una idea —masculló Marcos. El miedo en los ojos de la mujer—. ¿Y por qué deberías preocuparte por mí en relación a él?

—Pablo es nocivo de por sí, y tanto yo como toda la gente que se cruza en su camino, llevamos sufriendole mucho tiempo. Y cuando la toma con alguien...

—La verdad es que un angelito no parece no, pero, si es así, ¿por qué te casaste con él? —Se sentía cada vez más a gusto en compañía de la mujer.

—Yo era joven e inocente y Pablo es un embaucador nato. —La muchacha hizo una pausa, como buscando fuerzas para continuar—. Al principio todo era maravilloso, pero luego se volvió cada vez

más posesivo. No me dejaba hacer nada sin su consentimiento. Ni tampoco relacionarme con los demás, mucho menos con los hombres. Se volvió un celoso obsesivo.

—Una joya, vamos. —Todos esos comentarios servían para que Marcos sintiera más asco aún por Morenza.

—Con el tiempo —prosiguió Rebeca—, descubrí que era un maniático compulsivo, intolerante por naturaleza. —Marcos comenzaba a ponerse demasiado nervioso—, y que no soporta al diferente o al débil. Pero cuando supe todo eso ya era tarde. —La joven miró hacia la ventana—. Odio las leyes de este país, ni con denuncias de por medio puede una conseguir el divorcio.

—¿Denuncias? —Se dio cuenta de que estaba anocheciendo por momentos, pero, no quería perder ni un segundo de atención en buscar el interruptor de la luz. Además, en la penumbra Rebeca estaba realmente preciosa.

—Pablo es un animal en casa, un maldito maltratador, pero no sirve de nada intentar denunciarle con su puesto.

—¿Qué es qué? —Márquez apretó sus puños, la sangre le hervía.

—Sus golpes fueron lo de menos. Lo peor fue la manipulación psicológica que sufrí. Encima de arruinarte la vida ese tipo de gentuza te hace sentir culpable y hasta les pides perdón. Es un miserable. —El odio salía en forma de palabras por la preciosa boca—. Perdona, no quiero aburrirte con mis miserias.

—Tranquila. —La mano del policía se posicionó en la de ella—. Si puedo ayudarte en algo, lo haré.

—No te pido ayuda. —Rebeca quitó su mano de forma tranquila—. Me caes bien. Quiero protegerte. ¿Te dijo algo esta mañana?

—Me ha pedido que te vigile. —El hombre hizo un gesto de desprecio—, dice que teme por la integridad de su mujercita ante los babosos que la asedien.

—Por desgracia, aún no hay divorcio en España y, aunque exista el “ahí te quedas”, legalmente es mi marido, sí. Es un Manipulador, pero si no le haces caso...

—¿Crees que tengo que hacerle caso?

—Él es tu superior y tiene amigos muy importantes.

—Algo me ha dicho —murmuraba Marcos aludiendo al soborno al que fue sometido por la mañana.

—De hecho, si supiera que estoy aquí, iría a por ti con todo. Si es que no va ya.

—Pero yo solamente te estoy cuidando como él mismo me ha ordenado. —El guiño de ojo del policía hizo sonreír a la mujer—. Que venga, no tengo miedo.

—Ten cuidado. —La forense se levantó con gesto cansado—. No quisiera que tuvieras problemas por mí —comenzó a caminar hasta la puerta—. Y con Pablo los tendrás, es demasiado peligroso. —La resignación lideraba su discurso.

—En todo caso los tendría por mí mismo. —La forense se detuvo—. Me refiero a por qué quiera tenerlos. —Ella le estudiaba en la distancia— ¿Puedo hacerte una pregunta? —Marcos decidió acogerse al todo o nada, ella hizo un gesto positivo—, ¿por qué has venido a verme, si eso nos pone a los dos en peligro?

Rebeca sonrió y después de una mirada desconcertante, bajo el umbral de la puerta, pero cargada de intensidad, de esas que sólo pueden hacer las mujeres, cerró sin decir nada.

Marcos se quedó solo, en silencio y casi a oscuras, pensando en todo lo escuchado y en qué determinación tomaría ante esos hechos. También en el porqué de aquella visita, cuando ella nunca le había hecho más caso del estrictamente profesional. ¿Por fin Rebeca se decantaría hacia él? o ¿debido a su accidente y a la llegada de Morenza ella sintió tan sólo pena y quiso protegerle con algún tipo de instinto protector? El policía no tenía la menor idea, pero estaba seguro que aquella pregunta le iba a acompañar durante toda la noche.

—¿Ha sido productiva mi ausencia? —Sonrisa cómplice de madre al abrirse de nuevo la puerta.

—¿Pero qué os pasa a todas? —Marcos cabeceó resignado ante la mirada de complicidad.

En ese mismo momento, en otro punto de la ciudad, una habitación infantil, decorada en tonos rojos y blancos, acogía el maravilloso y tierno momento en el que una madre, ajena a todo por primera vez en muchos días, se despedía de su pequeño antes de dormir.

—¿Has hecho los deberes? —El niño asintió orgulloso—. ¿Todos?

—Sí, mama. —Estela analizó el rostro de su hijo con gesto falsamente severo.

—No sé yo. —Samuel junior intentó aguantar lo más serio que pudo.

El interrogatorio de madre se tomó una pausa para armar la cama.

—Hace mucho que no sueño con ese hombre que te importa tanto, mami. —El comentario hizo que la mujer se detuviera por un momento—. Cuando sueño con él, soy muy feliz.

Ella sonrió al pequeño mientras lo arropaba con cariño, intentando aparentar toda la normalidad que podía.

—Bueno, seguro que en breve vuelves a hacerlo. —Estela hizo un gran esfuerzo para no derramar ninguna lágrima—. Lo presiento.

—¿Qué te pasa, mami? —El pequeño Samuel notó la mirada vidriosa de su madre—. Él también te quiere mucho, me lo ha dicho.

El comentario sorprendió de forma notoria a Estela que intentó reaccionar lo más rápido posible.

—¿Has soñado alguna vez con ese hombre sin que estuviese yo en el sueño?

El niño dudó unos segundos.

—Claro, desde que recuerdo. Pero, son solamente sueños, No es malo, ¿no?

—No, cariño. —Le acariciaba la cara con ternura—. Pero ya sabes que es nuestro secreto.

—Lo sé, mami —contestó el niño de grandes ojos y sonrisa franca e inocente.

Madre e hijo se miraron unos segundos. Amor puro antes de dormir.

—Mami, ¿sabes qué?

—Dime, tesoro.

—Cuando sea mayor te voy a llevar en moto por toda España. Una muy grande para que vayas a gusto.

—¿Ah, sí? ¿Y eso? —Se le caía la baba con él.

—Sí, porque sé que siempre aquí, en Santander, tú te aburras y quieres ir fuera.

Estela pensó que era realmente interesante como, aunque su interpretación no sea siempre la correcta, los niños son capaces de detectar los problemas casi mejor que los adultos.

—Te compraré un vestido de princesa. Estarás preciosa, pero tendrás que agarrarte muy fuerte para no caerte.

—No me caeré. —El niño atendía con cara de sorpresa—. Voy a contarte una cosa que igual no sabes aún.

—¿Qué, mama?

—No podría caerme, porque tú y yo no nos podemos separar jamás. —Samuel junior frunció el ceño esperando una respuesta—. Nos une un cordón umbilical invisible y estaremos unidos de por vida.

—¿Invisible? ¿Como si fuera mágico? —Sopesaba el crío la pregunta como si por analizarla más veces el resultado fuese a variar.

—Sí —asintió ella solemne—, no hay nada más mágico.

—No sé yo —aceptó tras unos segundos el pequeño—. Papá dice que la magia no existe.

—Papá es un aburrido. Te voy a enseñar ahora mismo, dónde está ese cordón invisible.

El ataque de cosquillas a traición trajo todo tipo de risas y movimientos espasmódicos con los que intentar montar una defensa por parte del niño.

Brujas, Bélgica, viernes 13 de mayo, 1977.

Abraham, aun con todo su poder, caminaba cabizbajo por las calles de la emblemática ciudad de Brujas, pura desgana en la oscuridad. Como tantas otras veces había salido a cazar, su sed de sangre era incontrolable, también sus ganas de saciar sus deseos sexuales y de obtener la energía que los seres humanos le proporcionaban, pero esta vez, todo era diferente. Un sentimiento, o algo parecido, de melancolía se había apoderado de él hacía ya un tiempo. “Nunca he tenido esas debilidades humanas”, pensaba con amargura. Lo que estaba claro era que desde que dejó irse a su hijo algo no iba bien. Deambulaba por *la Grand place* de la ciudad de Brujas, también conocida como *Grote mark*, admirando la belleza de los edificios como el impresionante *Beffroi*, un campanario medieval de ochenta y dos metros de alto, el ayuntamiento, de estilo gótico, los antiguos tribunales o la basílica de la sagrada sangre. Mientras paseaba sopesaba qué víctimas escogería para darse un festín. A esas horas, casi antes de medianoche, no quedaban demasiados transeúntes por las calles, y las carrozas de caballos, que por el día hacían retumbar de lejos el repique de las herraduras de los caballos que tiraban de ellas contra los adoquines, ya no estaban de servicio. Todo se reducía a algunos turistas despistados que salían de los típicos restaurantes locales, con las persianas ya a medio bajar, después de degustar opíparas cenas sin saber que para algunos sería la última.

De repente los vio. Y, en el acto, supo que ya había escogido. Una joven pareja se paseaba del brazo admirando la gran plaza. El instinto asesino de Abraham se activó rápido, también el sexual. Ella era una chica no demasiado alta, pero con una generosa anatomía que la hacía muy apetecible. Él, sin embargo, era muy alto, con cuerpo fibroso. Ambos tenían en común el color de pelo, castaño claro y la perfección en las facciones. “Seguramente sean americanos”, decide.

—Hola, ¿queréis conocer el paraíso? —La decadente pose atrajo la atención de los foráneos.

—No, gracias. Ya nos vamos para el hotel —respondió él con suficiencia.

—Venid conmigo, os gustará. —Los ojos de Abraham se oscurecieron más que la propia noche que les envolvía.

De forma automática, la pareja comenzó a seguirle por las calles de la “Venecia del Norte”. Como siempre que ocurría, Abraham se sentía excitado ante lo que era capaz de hacer. La manipulación de la mente humana era sencilla para él y con solamente una mirada conseguía obtener lo que quería de una persona. En este caso esperaba tener una doble ración de sexo y lascivia con la pareja de enamorados. Luego, simplemente, les mataría.

En la gran mansión de Gdansk, Giacomo esperaba impaciente la llegada de su amo. Había salido de caza y el mayordomo ansiaba qué llegase de buen humor, pues desde que su hijo se fue, no había vuelto a ser el mismo, y eso no lo soportaba.

Ya habían pasado varios días desde que consiguió su objetivo; alejar a Samuel de las posesiones de su amo para tenerle sólo para él. Se sentía bien, sabía que si no ocurría nada raro, “el usurpador”, mote con el que le gustaba referirse a Samuel, tardaría bastante en volver. Se había sorprendido de lo fácil que le había resultado quitarle de en medio. Otras veces tuvo que emplearse mucho más a fondo, pero la predisposición que mostraba “el usurpador” le había ayudado bastante. A él le hacía tremendamente dichoso que aquel necio quisiera alejarse del paraíso que su padre le brindaba por ir en busca de un amor, aunque, a decir verdad, lo entendía en cierta parte. Él mismo había sacrificado su vida a su gran amor, pero, por desgracia, desde hacía tiempo había comprendido que aquello era totalmente imposible.

Aunque en un principio, cuando el oscuro Abraham entró en su vida de simple mortal, pensó que, pese a lo mal vista que estaba su condición sexual en aquella lejana época victoriana, por fin había encontrado su alma gemela, poco tardó en comprobar que no sería así. Aquel atractivo extranjero, de refinadas maneras y encanto embaucador, pese a ser, como pensó en un principio Giacomo, el

ser más especial que había conocido nunca, no le aportó la felicidad que esperaba. Fue feliz a su lado, sí, pero de otra manera muy diferente a la que él ansiaba. Aun así, el joven inglés, recién llegado a la costa este de los Estados Unidos de América, lo amó con toda sus fuerzas y le entregó su vida por completo. Por desgracia, este atractivo hombre que, según lo que Giacomo creía, poseía un exótico acento que sería extranjero en todas las tierras del mundo, no pasó de ser un eventual amante al principio y su amo y señor con el paso del tiempo. “Nunca llueve a gusto de todos”, se dijo entre dientes.

Para cuando Abraham llegó de nuevo a su mansión de Gdansk, Polonia, donde últimamente tenía su residencia oficial, las autoridades y la prensa belgas ya tendrían el gran problema de intentar resolver el brutal asesinato de aquellos turistas que tan buen rato le habían hecho pasar. No podrían averiguar la verdad de ninguna forma. Primero porque no lo deseaban y segundo porque, como siempre, había modificado algunas cosas para imposibilitarlo.

—¿Disfrutó el señor de su salida? —Giacomo salió a recibir a su dueño con la veneración del que no ama otra cosa en el mundo.

—No ha estado mal, mi fiel sirviente, pero últimamente no disfruto como antes. —Abraham se dejó caer en uno de los sillones elegantemente tapizados del gran salón estilo victoriano. A su lado, una gran chimenea caldeaba el frío ambiente.

—¿Le echa de menos? —Aunque el sólo pensar en esa posibilidad le desgarraba el alma, Giacomo sabía a la perfección cuál era su labor.

—Supongo. También añoro la acción. Entre que Samuel se ha marchado y, con eso, mi plan debe ralentizarse para esperarle y mi cambio de estrategia, esto se me hace largo.

—Si puedo hacer algo por usted, mi señor. —El criado servía una copa de un fantástico *Cognac Croizet* reserva de 1858 que sabía que tanto gustaba a su amo.

—Ya has hecho mucho por mí en todos estos años, viejo amigo. Ven, siéntate. —Para sorpresa del mayordomo, Abraham hizo un

gesto para que le acompañara en el sillón cercano y él mismo comenzó a servirle una copa de su fantástico coñac—. Siempre has sido fiel a tu cometido. Siempre sabiendo cual era tu lugar, pero siempre atento en las sombras a mis necesidades.

—Usted me salvó. Es lo menos que puedo hacer.

—De eso hace ya mucho tiempo. —Abraham sonrió pensativo—, hice bien. No me equivoqué contigo.

—Fue un gran acto por su parte. —La admiración y el amor disfrazados de normalidad.

—Tú también hiciste algo por mí.

Los dos sonrieron cómplices y una nueva ensoñación, orquestada por Abraham, les transportó al siglo XIX.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

El oscuro señor continuaba con su plan; mientras a Edgar le azuzaba para no dejarse dominar y que odiara cada vez más a su tío, a este lo endilgaba para lo contrario.

—Te propongo un trato, Allan. —Tal y como ocurrió en la primera visita que el escocés recibió de esa oscura presencia que le dominaba, se encontraba estudiando sus finanzas en su despacho—. Ya que el chico se está convirtiendo en un problema y sus notas son excelentes quiero que tramites su ingreso en la universidad cuanto antes. —La sonrisa del que domina la situación, sabedor de que lo que ofrece al otro no son más que migajas para él—. A cambio, yo te convertiré en el hombre más rico de todo Richmond. —La expresión de John Allan se llenaba de codicia con sólo escuchar esas palabras.

A los pocos días, el bueno de John Allan comenzó a tramitar en secreto todos los papeles que hacían falta para que alguien de la edad de Edgar, menor que lo usual, cursara estudios superiores. Mientras, las discusiones continuaban siendo cada vez más constantes y más fuertes en el domicilio de los Allan Poe.

—No lo aguanto más, un día voy a matar a ese engreído. —John Allan tenía que luchar con todas sus fuerzas por contenerse para no moler a palos al joven.

—Como sé que ya has comenzado con el papeleo para que el chico vaya a la universidad. —El oscuro señor se aparecía complacido ante su súbdito—, voy a hacerte un regalo en agradecimiento a lo bien que estás haciendo las cosas.

—No hace falta, solamente hago lo que tengo que hacer. —El empresario de Richmond se relamía ante tal comentario.

—¿Recuerdas a tu tío William Galt? —La maléfica expresión controlaba la situación con la soltura del que está jugando a algo que domina a la perfección.

—Sí, claro,

—De la alta Escocia.

—No le queda mucho tiempo de vida y voy a convencerle para que te deje su herencia de forma íntegra.

—Pero, ¿y la demás parte de la familia? no será justo para ellos.

—Tranquilo. —La mano del que manda acaricia el hombro del otro como si hiciese lo propio con un gato o alguna otra mascota—. Te lo mereces.

—No lo merezco, mi señor.

—Es posible, pero en esta vida no hay que merecer el éxito o la suerte, tan solo hay que conseguirlos.

El escocés no volvió a replicar, la influencia que ejercía aquel misterioso en él era descomunal.

Dicho y hecho, a principios del 1825 falleció el adinerado familiar de John y el patrimonio familiar creció de forma considerable hasta convertir a Allan en uno de los hombres más pudientes de todo Richmond.

—Voy a comprar la gran mansión de la calle 5 —contaba decidido a su familia el recio escocés en la cena.

—¿Moldavia? —Edgar no daba crédito, pues esa era la imponente casa que a veces iba a contemplar en sus ratos de ocio

— Pero si debe ser carísima. —El chico no salía de su asombro y por primera vez en muchos meses le interesó algo que decía su tío.

—No hay problema en eso. —La sonrisa, amplia de codicia a más no poder.

—Pero eso es demasiado grande, no podré limpiarla sola. —Frances no terminaba de verlo factible.

—Lo tengo todo pensado, cariño. Tendremos servicio y la parte de arriba será para Edgar. Así podrá disponer de un sitio para él. —Justo lo que el chico deseaba, justo lo que el oscuro señor de John Allan había exigido.

Así fue como a los pocos meses los Allan se mudaron al centro de Richmond, concretamente a la calle número 5. En este domicilio Edgar vivió casi apartado de su padrastro, al que solamente veía para pedir dinero.

—Mientras yo sea el banco, harás lo que yo te diga, muchacho. Es algo que tienes que aprender de la vida... dónde está y quién tiene el poder

Ni Edgar pensaba que su tío tuviese ningún poder más allá de su fortuna, ni, tampoco, era amigo de las suplicas, así que las discusiones entre ambos se acrecentaron por momentos. Por suerte, Frances continuaba adorándolo y le subía más dinero del que su marido le proporcionaba como parte de su ridícula paga. Dinero que luego él chico invertía en libros y en invitar a la novia que se había echado al llegar al barrio.

Santander, sábado 7 de mayo, 1977.

La noche transcurrió como lo hacen siempre en los hospitales, de forma lenta y sumida en el más sepulcral de los silencios. Marcos luchó por conciliar el sueño durante horas, pero las visiones de todo lo sucedido revoloteaban a sus anchas en su mente impidiéndole caer en los brazos de Morfeo. No fue hasta altas horas de la madrugada cuando pudo dormir al fin. No obtuvo demasiado descanso, pues las pesadillas y ensoñaciones más siniestras se encargaron de tenerle atormentado. Sobre las seis de la mañana, poco antes de que el alba llegara a la ciudad de Santander, Marcos despertó sudando a chorros y sobresaltado. Tardó unos segundos en volver a situarse en la oscuridad y entender dónde se encontraba en realidad. Acababa de tener uno de esos horribles sueños en los que, pese a intentar hacer algo a toda costa, de forma incomprensible nunca se conseguía, siendo pasto de la tremenda angustia que ello produce. En concreto, Marcos corría detrás de un enorme pájaro, que resultaba ser al final Samuel Abascal, al que nunca conseguía atrapar. De pronto, ya en la realidad, escuchó una respiración, agitada y profunda, que le estremeció. No estaba sólo. Intentó moverse pero, al segundo siguiente, volvió a quedarse profundamente dormido. “Descansa, Marcos “ fue lo único que escuchó antes de despertarse de aquel sueño dentro de otro al más puro estilo Edgar Allan Poe, ya con las primeras luces iluminando las calles de la ciudad. No le hizo falta demasiada actividad mental para saber de quién se trataba. Estaba tan obsesionado con la persona que por un verano fue su hermano que llegaba hasta a escuchar su voz en sueños.

En cuanto vio que sus fuerzas habían reanudado su actividad después del inquietante sueño, se levantó dispuesto a asearse y vestirse, para marcharse antes de que las primeras visitas le impidiesen salir del hospital como tenía previsto. Su cabeza no

contemplaba la posibilidad de que la investigación siguiera adelante sin él.

No notó lo mucho que le dolía la cabeza hasta que salió a la calle. “Aguantaré, me lo debo”, se susurró. Tenía pensado volver a Valdecilla en un par de horas como mucho. Tan sólo ojearía el informe de Rebeca sobre el cuerpo que encontró en el Faro y daría algunas órdenes a los miembros de su equipo que estuvieran trabajando en sábado. Tampoco estaría mal cruzar alguna palabra con el indeseable de Morenza, pensó. Nada grave, pero las suficientes para que se diera cuenta que él no era fácilmente manejable.

Al mismo tiempo que su hermano representaba su fuga, Estela Márquez llegaba a la habitación de este con el presentimiento de que la encontraría vacía.

—Eres incorregible —murmuró antes de abandonar la estancia la mujer.

El teléfono sonó en el domicilio de los Márquez mientras el ex comisario se estaba duchando.

—Voy yo —avisó Ascensión que se acababa de levantar.

Una punzada le atravesó el corazón a Tasio al pensar que pronto dejaría de escuchar la voz de la mujer a la que tanto había amado. En realidad, dejaría de disfrutar de todo lo que conocía. Pensó que ojalá se le parara el corazón en ese mismo momento y su muerte fuese sin dolor. Luego se confesó que no, que no quería eso, que lucharía por vivir hasta el último momento que le quedara. Pensó que deseaba disfrutar de los suyos el mayor tiempo posible. Para eso debía postergar lo más que pudiera decirles nada.

—Llamaban del hospital. —Asunción tocó en la mampara de la ducha espabilándole de golpe—. Es raro, preguntaban por ti. He dicho que devolverías la llamada. ¿Tienes idea de qué podrían querer?

—¿Te han dado un número? —respondió él como si nada.

—Sí, claro. —Ella esperaba una respuesta.

Tasio sabía que no sería fácil engañarla, al fin y al cabo, ella trabajaba en el hospital de Valdecilla y le sería sencillo averiguar de qué departamento procedía la llamada y para qué le requerían, por lo que optó por salir del paso con una excusa que la despistara.

—Supongo que será para algo del caso que está llevando Marcos. Seguro que no han cambiado el número de teléfono o no había nadie en casa de él. Luego llamo para avisar.

—De acuerdo. —Parecía que todo iba bien—. Tengo que ir a hacer la compra al mercado, te dejo la nota con el teléfono encima de la mesa. Te quiero.

—Y yo, mucho —contestó el hombre con el tono del que ya ha comenzado a perder lo que más quiere.

Después de ducharse, Tasio deambuló por la casa evitando hacer la llamada que tan poco le atraía. Tenía pensado pasarse por la comisaría algo más tarde para hablar con su amigo Miguel de los nuevos avances del caso.

Era bastante irónico que siempre hubiese dicho que acabaría resolviendo ese único caso que se le había resistido en su carrera aunque fuese lo último que hiciese y ahora, que el asunto volvía a reabrirse, su maltrecha salud fuera a concederle esa funesta posibilidad.

Una llamada a la puerta le sobresaltó, resultó ser el cartero con un envío certificado y urgente a su nombre.

—¿Correos funcionando en sábado? —masculló al cerrar la puerta al cartero—, este país está cambiando, desde luego.

El contenido del paquete le sorprendió y le enfadó a partes iguales. Un símbolo, que vio por primera vez hacía casi treinta años en la pared de la casa donde comenzó todo y que mil y una veces había maldecido en la soledad de su despacho, tachaba su propio nombre.

—Cabrón malnacido. —Tasio arrugó la cuartilla en un acto reflejo lleno de ira.

Al instante posó el papel encima de la mesa y, ya con unos guantes de látex puestos, lo guardó con cuidado en una bolsa

transparente, que almacenaba en un cajón de su mesita, y se encaminó a salir directo a la comisaria. Antes de abandonar el domicilio, se detuvo a coger la nota con el teléfono al que debía llamar. Sería mejor contactar con ellos antes de que volvieran a llamar a casa y terminasen desvelando su mortuorio secreto.

Tasio comenzó a pasear desde su domicilio situado en “Los chalets de la Tierruca” destino a la comisaría. Desde Cisneros enfiló la bajada de la calle Florida hasta la Calle Rubio y miró al cielo. La fuerza del sol a esas horas tempranas ya hacía presagiar que sería un gran día para los que gustaran del buen tiempo. Mientras pasaba ante la inmensa biblioteca Menéndez Pelayo pensó en que al final iba a perder la batalla, pero, también, que tenía la oportunidad de ayudar, aunque ya no fuera miembro activo de la policía, a resolver ese caso maldito. Iba a luchar con todas sus fuerzas por hacerlo, pero tampoco quería dejar de disfrutar de esta última época que le quedaba con su familia. Sin darse cuenta se descubrió pasando por los escaparates de Cortefiel a pocos metros de su objetivo. Respiró hondo, miró la bolsa que contenía el cruel mensaje recibido un rato antes, y se dirigió a la calle del mercado donde se ubicaba la entrada de la comisaría de Santander.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

Una noche de finales de verano la pareja reposaba en uno de los parques cercanos a sus domicilios, tumbados en el césped sobre una manta. Ella amándolo con locura, él dejándose querer.

—Mira, Sarah. —Edgar señalaba al cielo—. Esa, la que es como un gran carro, es la Osa Mayor, y esa otra de ahí, que parece un carro más pequeño, es la Osa Menor. —Ella disfrutaba de las constelaciones y de su amado al tiempo—. Y ¿ves la Estrella Polar? ¿Esa que brilla tanto?

—Sí, es preciosa. ¿Cómo es que sabes tanto de las estrellas, Edgar?

—Me lo ha enseñado un buen amigo. —El joven hacía mención a las noches que pasaba en el balcón de su nuevo domicilio, Moldavia, en compañía de Abraham, cuando este le daba lecciones de astronomía—. De todas las estrellas tú eres la que más brilla, Sarah.

—¡Oh, Edgar! eres tan romántico. Me gusta verte así y no como cuando discutes con tu padrastro. Después, estás siempre triste y no consigo arrancarte ni una sola palabra.

—Es que ese terco no entiende nada. Daría lo que fuera por haber conocido a mi padre, al de verdad me refiero, y, sobre todo, por tener aquí a mi madre.

—Edgar, eres un muchacho muy guapo. No hablas demasiado, pero cuando lo haces siempre llevas la razón. No estés triste por tus padres, tienes en la señora Allan a la mejor de las madres.

Ambos continuaron su relación adolescente, pero había alguien que no lo veía con buenos ojos, más bien, alguien que deseaba hacer un experimento con el dolor del joven Poe.

—Tengo entendido que el chico está todo el día con esa vecina ¿cómo se llama? ¿María?

—Sarah Elmira Royster —respondió raudo John Allan.

—Como sea, no le conviene esa, intenta separarlos. Solamente le despista. Además, su padre cree que sois poco para ella. —El plan maestro del oscuro hombre ya estaba en marcha. Como él siempre decía, las mejores estrategias se llevan a cabo con paciencia desde las sombras.

Un día, cuando los chicos disfrutaban tocando unas piezas clásicas de música en uno de los salones de la gran Moldavia, Sarah al piano y él acompañándola con la flauta, apareció malhumorado John Allan, que después de otra discusión más terminó echando de su residencia a la joven.

—Déjate de aventuras amorosas y céntrate en los estudios. Además, el padre de esa estirada cree que por ser huérfano no eres lo bastante bueno para ella. Lo va diciendo a los cuatro vientos por

toda la ciudad y por más que su familia sea rica de cuna no es nadie comparado con nosotros ahora.

—Esto sí que no te lo perdono, John. —La impotencia se reflejaba en el rostro de Edgar—, ni tú, ni su padre vais a poder evitar que nos sigamos viendo. Cuando menos lo esperéis nos casaremos y nos iremos bien lejos de aquí.

—Y ¿con qué dinero haréis eso, marqués? —La sorna implícita en las palabras se clavaba con intensidad en la autoestima del joven, que tenía que contenerse para no agredir a su padrastra—. Recuerda que el que tiene el dinero tiene el poder.

Tal y como predijo el señor de lo oscuro, Edgar Allan Poe pasó una larga temporada encerrado en su habitación escribiendo todo lo que esa pena le hacía sentir.

Entre las sombras, la llama tenue de un viejo candil iluminaba el ambiente. Abraham, como siempre ataviado con elegantes ropas, sostenía unas cuantas cartas que Edgar había escrito en las últimas semanas a Sarah. Ella dormía en la oscuridad de su habitación.

—¿Has visto, Ludwig? —El oscuro señor, de nombre Abraham, hablaba con su mayordomo al que usurpaba el nombre de cara al chico—. Esto es alta literatura humana. El chico funciona mejor a través del dolor. Estaba seguro de ello —reía enseñando una fila de dientes afilados—. Cada vez será más desdichado entonces. —La mueca del fornido cochero era de admiración.

Para satisfacer todos los deseos de su señor de una vez, John Allan mandó en febrero de 1826 a su ahijado Edgar Allan Poe a la Universidad de Virginia, en Charlottesville. Lo inscribió en la Facultad de Lenguas Clásicas y Modernas con el objetivo de que se convirtiera en el futuro en un abogado de provecho. Sarah se quedaba en Richmond con el corazón roto de anhelo.

—Nunca te olvidaré, Edgar —gritaba ella con las lágrimas surcándole el rostro desde el andén.

A su lado, Frances, que sentía que la pena iba a matarla en ese momento de separación, miraba con odio a su marido.

—Es lo mejor —contestaba él sin creerlo realmente.

“Volveremos a vernos, te lo prometo” Escribía el joven Poe desde el tren. Dos cartas, una para cada mujer de las que dejaba atrás. Para su tío ni siquiera miradas de rabia u odio, tan sólo indiferencia.

Santander, sábado 7 de mayo, 1977.

El día era caluroso, demasiado para ser mayo en Santander, Marcos llevaba una camisa, un pantalón de pinzas perfectamente planchado y una chaqueta en la mano que le había llevado su hermana al hospital. Odiaba los autobuses, aunque reconocía que esta última flota que había adquirido el ayuntamiento no hacía demasiado tiempo no estaba nada mal. Por suerte a esas horas tampoco iba demasiado lleno.

Bajó del inmenso vehículo, ataviado con el blanco y azul de la bandera de la ciudad, en la parada que quedaba enfrente del ayuntamiento, en la calle Jesús de Monasterio, y recorrió lo más rápido que le dejaban el gentío y su propio dolor, a causa de las secuelas de su aventura de un par de días antes, los cien metros que le separaban hasta la comisaria.

—Buenos días señor Márquez. —El policía de la recepción se levantó apresurado para abrir la puerta a su superior—. Su padre acaba de llegar también hace poco. —Marcos contestó con una mueca—. ¿Se encuentra bien ya?

—Sí, Gómez. No ha sido nada.

Se dirigió al interior del edificio pensando en que solamente deseaba cruzarse con Morenza. Intentó tranquilizarse, pues no le convenía enfrentarse a él sin un motivo aparente; por lo menos no si este motivo eran los celos y la posesión hacia la mujer de su superior.

Según se adentraba en la comisaría, Marcos Márquez saludaba a sus compañeros, que le preguntaban por su salud y le felicitaban por su acto heroico de días atrás. Él acogía los cumplidos con

profesionalidad obligada. Una cosa es que se reconociese su valor y otra que le felicitasen por no poder evitar un asesinato.

Al terminar toda la parafernalia social que contraía su anticipada vuelta, abrió la puerta de su despacho, cansado. Le dolía todo aún, especialmente la cabeza. Miró alrededor y comprendió por qué ahí se sentía tan a gusto. Desde que se fue su mujer, ese pequeño habitáculo era como su casa y nada le recordaba a ella. Ahí tenía todo lo que necesitaba para trabajar, y trabajar era lo que más le gustaba, más aún desde que ella faltaba. Desearía ser un mejor padre, pero sus hijas eran las grandes damnificadas de la muerte de María. Por suerte, las sabía bien cuidadas. Su cuñada, su hermana Estela y su madre se ocupaban de ellas y de que no las faltase de nada la mayor parte del tiempo. Él no pasaba más de dos o tres días sin verlas, pero, por lo general, la visita era más fugaz de lo que pudiera desear. En realidad, sus hijas se habían convertido en unas auténticas desconocidas para él. Le recordaban demasiado a su fallecida esposa.

Intentando, como hacía la mayor parte de las veces, evadirse de sus problemas cotidianos, fijó su vista en las carpetas que, tal y como le había prometido Morenza, estaban encima de su mesa. Se acercó con el ansia del que lleva tiempo esperando algo. Eligió primero, como ya sabía de ante mano que haría, el dossier del equipo forense. Examinó aquellos papeles y descubrió con satisfacción la elegante letra de su querida Rebeca y comenzó a leer aquel informe perdiéndose a partes iguales en aquella valiosa información y en la sensación de tener cerca, por mediación de esas líneas redactadas con esmero, a la forense de sus sueños.

Como ya pudo contemplar en el faro, el cuerpo de Santiago Sánchez, natural de Avilés, tenía exactamente las mismas marcas y secuelas que los demás cadáveres relacionados con el caso. Debido al poco tiempo transcurrido faltaban algunos datos, como los análisis de laboratorio, que aún tardarían un tiempo en llegar.

No encontró nada relevante en ese informe más allá de lo esperado. Todos y cada uno de los síntomas y evidencias del

cuerpo los conocía de memoria, pues llevaba años leyendo sobre ellos en los viejos informes del caso que llevó su padre.

Cambió de carpeta y examinó ahora la que su equipo le había dejado. Encontró informes y demás documentos especiales, así como notas de campo, archivos con el progreso de la investigación, transcripciones de los interrogatorios a los testigos, registros de teléfono de estos, fotos de la escena del crimen y descripciones de las posibles pautas de actuación del asesino. Todo clasificado, como siempre, de forma ordenada por utilidad.

El testimonio de la viuda, Paloma Trabanco, natural de Gijón, narraba de una forma más extensa y desarrollada, lo que le reveló a él mismo antes de su hazaña. Contaba que el matrimonio iba dando un paseo tranquilamente y que sin saber cómo, cuando quiso darse cuenta, su esposo ya no estaba junto a ella. De forma macabra Marcos pensó que, si no fuera por todo lo demás, aquel podría tratarse del típico ejemplo de una esposa homicida. Viuda de sangre como le gustaba llamarlas y que, aunque no eran demasiados habituales, sí que había conocido algún caso de ese tipo. Los testimonios de otros testigos que se encontraban en la zona refrendaban que no ocurrió nada raro allí. Ni discusiones entre la pareja, forcejeos o cualquier otro suceso que alterase la normalidad.

Otra de las testigos, Cristina Mirones, la mujer que descubrió el cuerpo en el saliente del acantilado, afirmaba que era como si el hombre hubiese desaparecido en la nada y se hubiese materializado en el saliente del acantilado de Cabo mayor.

Como siempre, todo lo relacionado con el caso de *los asesinos de las sombras*, parecía no tener solución alguna. Ni siquiera algún indicio, por leve que fuera, que hiciera prever que la tuviera.

Durante veinte minutos, que se le pasaron deprisa, leyó e indagó cualquier posible pista que se les hubiera pasado a sus compañeros.

Lo único que le llamó la atención, y quizá fuese bastante definitivo, fue que en el currículum de la víctima podía leerse que,

unos años atrás, trabajó en las cocinas del antiguo orfanato de la calle alta. No parecía que su equipo de trabajo hubiera reparado en eso, pero sabía que en cuanto se lo dijera tanto al comisario Miguel como a su padre llamaría su atención. Podía tratarse de una mera coincidencia, pero dada la importancia del caso no iba a tomarlo como un dato baladí. Le pareció una lástima que aquel imponente edificio que era el asilo ya no estuviera en pie. Se derrumbó de forma misteriosa unos once años antes y, pese a que coincidió con la fecha exacta del cumpleaños de Samuel Abascal, la investigación, en la que él mismo participó, no logró arrojar ningún dato concluyente. Él no recordaba demasiado el lugar, pues tan sólo estuvo un par de veces cuando era un crío, pero había escuchado cientos de historias, tanto de su padre como de los demás compañeros. En dichas historias se tildaba el lugar de magnífico en cuanto a estructura y diseño y, también, de oscuro y lóbrego en cuanto al ambiente que allí se sentía. Seguramente algunos de los que allí trabajaron ya hubiesen fallecido o no sería fácil dar con su actual paradero, pero aquella parecía un buena línea de investigación para comenzar.

Al instante siguiente la puerta del despacho se abrió de golpe, sacando a Marcos de sus pensamientos. Un malhumorado Morenza irrumpió con fuego en la mirada.

—¿Usted no debería estar en el hospital? —Se acercó brusco a la mesa.

—Buenos días. —El sarcasmo implícito en el saludo—, soy un adicto al trabajo. —Marcos continuó leyendo los informes como si nada.

—Míreme cuando me habla —Morenza elevó el tono—. ¿Por qué ha salido?

—Porque, aunque allí hay cosas que me encantan, quería ver el informe y saber cómo va todo con mi investigación. —Se sorprendió hablando de forma tan altiva a un superior.

—¿Qué clase de cosas le encantan del hospital? —El toro seguía el capote.

—Pues verá. —Tal y como le había ordenado Morenza, Marcos le concedió su atención en forma de mirada burlona y desafiante—. Aparte del descanso y lo de comer gratis, algunos miembros del personal sanitario son una auténtica delicia.

—¿Se está quedando usted conmigo?

—Nada me gustaría menos, créame. —El doble sentido de las palabras de Marcos terminó por enfadar a su superior.

—No se pase de listo conmigo, Márquez. Hasta ahora he sido comprensivo con usted, pero puedo dejar de serlo. —El inspector jefe de asuntos internos se inclinó, apoyando los dos brazos en la mesa, con mirada inquisitiva hacia su presunta presa.

—¿Me está amenazando? —Marcos enrocaba.

—No... le estoy aconsejando —De pronto, Morenza comenzó a hablar de forma serena y Marcos pensó que, irónicamente, parecía más peligroso.

—¿Me aconseja sobre? ¿Algo de trabajo o sobre cosas del hospital?

—Sobre lo que debe hacer. —Se irguió de su forzada postura,

—Y ¿qué debo hacer y no hacer según usted?

—Verá, Usted tiene tres hijas, ¿verdad?

—Cuidado, que se quema —Marcos se levantó tirando su silla. La mesa de muro entre los dos miuras.

—Pues es difícil mantenerlas sin un sueldo fijo. Y los policías que son expulsados del cuerpo no suelen volver a encontrar trabajo.

—Es usted un hijo de puta. —Respiración agitada, puños apretados.

—No pierda la elegancia. ¿Qué nos queda si no? —Morenza se giró y avanzó de forma tranquila hasta la puerta. Marcos negó con la cabeza al tiempo que contenía sus ganas, recogiendo la silla caída.

Al llegar al marco de la puerta el madrileño paró en seco.

—Usted elige, podemos ser buenos amigos o no.

—Váyase a la mierda, Morenza. —Marcos volvió a sentarse.

—Tengo que corregirle. Diga mejor váyase a la mierda, señor Morenza. Recuerde lo que le dije ayer. —Una sonrisa socarrona fue

lo último que vio Marcos de su némesis.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

Fueron unos meses difíciles en aquel recinto de gran valor arquitectónico, refugio de valores de nobleza, estudio y arte que era aquella universidad de Virginia para el joven Edgar. Aparte de haber dejado atrás a su querida Frances y de haber tenido que cortar su relación con Sarah, el bostoniano tuvo que lidiar con las dificultades económicas a las que la falta de sustento por parte de su tío le condenaba. John Allan aceptaba con gusto las órdenes de su señor, ya que, además de tener contento al que todo mandaba y tanto le daba, encima se vengaba de ese muchacho que consideraba desagradecido y engreído.

Ante esta precaria situación, Edgar se lanzó a una vida de juego, alcohol y vicio, desobedeciendo las reglas que Thomas Jefferson había instaurado en forma de intachable código de honor para la universidad que había fundado en Charlottesville, basadas en sus estrictos ideales en cuanto al juego, las armas, y todo lo denominado como incívico. Estas nuevas costumbres le granjearon al joven nuevos problemas tanto personales como de integración académica. Por un lado, como se sentía triste, bebía para paliar el sentimiento de soledad que se había apoderado de sus días. Por otro, debido a la poca paga que recibía y la precariedad que eso traía consigo, intentaba multiplicar sus ganancias apostando en timbas ilegales y nocturnas que, por lo general, le granjeaban más problemas que alegrías.

Una noche de primeros de mayo de 1826, mientras jugaba al póker con otros alumnos, conoció a un joven de origen italiano llamado Giacomo que, aparte de desplumarle, se convirtió en compañero non grato en el acto.

Una pequeña sala de los pisos inferiores del gran edificio universitario acogía entre las bravuconerías y mentiras típicas del juego a cinco hombres jóvenes que luchaban por ganar el poco

dinero que había sobre la mesa. El humo del tabaco invadía el ambiente haciendo que una neblina espesa dificultara la visión a más de un palmo. El extranjero y Edgar son los únicos jugadores que quedan en la mano, los demás hace tiempo que se plantaron.

—Veo tus cinco peniques y subo otros... —Los jugadores atienden a la batalla que parece haber cruzado los límites de la competición sana hacia lo personal—, ¡diez! —La exclamación generalizada retumbó en la pequeña sala—. ¿Qué dices “mago”? ¿Sigues?

Una gota de sudor surcaba en descenso el rostro de Edgar que no sabía qué le enfadaba más, si la paliza y el consecuente desplume al que se estaba viendo sometido en el juego o la prepotencia del otro.

—¡Vamos...! No lo pienses más sureño, ¿qué vas a hacer? Esta vez no te van a salvar tus juegos de palabras.

El extranjero aludía a una práctica que acostumbraba a llevar a cabo el joven Allan Poe. Le encantaba retar a otros estudiantes a juegos en los que con las palabras se formaran rimas y poesías con un límite de tiempo estipulado en los que, como por arte de magia, siempre salía victorioso. Aparte de la satisfacción que le reportaba sentirse poderoso por medio de sus habilidades literarias, hacía que los demás muchachos le llamaran “el mago” en signo de admiración y, también, estaba llamando la atención del profesorado, que veían en él un enorme talento.

Dos horas después Edgar descansaba para la nueva jornada de estudio en su catre, mirando al techo con lágrimas de rabia en los ojos. No sólo porque había perdido casi toda la paga de ese mes, con los nuevos quebraderos de cabeza que eso le supondría, sino porque, además, había encontrado en Giacomo un oponente duro y que realmente le sacaba de quicio. Por la mañana lo vería todo con más nitidez y ya se le ocurriría cómo buscarse algo de dinero, pensó. En cuanto al italiano, ya arreglarían cuentas.

Al mismo tiempo, en un lugar no demasiado lejano de allí, en la suite de uno de los mejores hoteles de todo Charlottesville, dos

amantes se dejaban llevar por la pasión. No hacía demasiado tiempo que se conocían, pero desde el primer momento en que se vieron algo inmensamente fuerte, salvaje, había surgido entre los dos. Uno, el más joven, sabía desde pequeño que sus gustos sexuales no se encaminaban por los mismos derroteros que los de la mayoría de los otros hombres, el otro, más mayor y con mirada de fuego, se dejaba llevar por sus impulsos para saciar una sed de placer que parecía no tener fin.

Dos meses antes, cuando el inmigrante vagaba por el condado de Albemarle en busca de algún trabajo, una lujosa carroza guiada por un recio anciano y tirada por seis bellos corceles negros como el azabache se detuvo ante él. La portezuela se abrió, dejando adivinarse dos ojos brillaron en la oscuridad.

—¿Qu... Quién anda ahí?

—La pregunta no es quién, sino por qué —contestó la melodiosa voz—, sube, por favor.

Sin saber por qué, pues no era alguien confiado, el joven entró en la calesa. Se sentó y descubrió un hombre con angelicales facciones, ropas de duque y la mayor fuerza en la mirada que jamás había conocido.

—Mi nombre es Abraham y llevo observándote unos días. —El hombre sonreía sabiendo que poseía el control de la situación.

—¿Qué quiere de mí? —El tono amenazante, intentando esconder la contradictoria mezcla de miedo y atracción que le dominaba.

—He visto algunas cosas que has hecho y...

—Yo no he hecho nada —se apresuró a lanzar el chico que miró a la puerta del carruaje sopesando las posibilidades de huir que poseía.

—Lo has hecho, sí... —Con un rápido movimiento el misterioso hombre elegante se posicionó a escasos centímetros del joven italiano—. Por eso te he elegido. —Un estratégico silencio tomó el control por unos cuantos segundos, el juego de miradas era evidente.

—¿Perdón? —Las pulsaciones del italiano iban en aumento.

—Tranquilo, estamos en el mismo bando. Necesito que hagas un trabajo para mí. —El joven extranjero levantó un ceja—. Te recompensaré bien —El misterioso hombre se mordió levemente su labio inferior. La química era evidente entre los dos. El más joven, entre ruborizado y atraído sonrió de forma afirmativa.

Lo que en realidad resultó ser ese trabajo fue convertirse en “el azote” de Edgar Allan Poe en la universidad. Abraham quería que el chico viviera un tormento, pues pensaba, debido a sus antecedentes, que cuanto más sufriera mejor sería su obra y, por consiguiente, mayores serían las posibilidades de que escribiera un libro a la altura de sus pretensiones de dominar a la humanidad bajo su nuevo dogma.

—Mi señor —comentaba el viejo Ludwig mientras estibaba una mercancía recién llegada de Europa—. Ni me fio de ese chico, ni creo que esto sea bueno para Edgar. Al final va a terminar habiendo un problema.

Abraham sonreía de medio lado, mientras hacía espectaculares trucos con varias barajas de cartas.

—¿Estás celoso, mi querido Ludwig? —Las palabras eran susurradas por la insinuante voz en el interior de la cabeza del sirviente que se detuvo en seco—. Tú también tuviste tu momento, sino quisiste aprovecharlo fue culpa tuya.

—No me refiero a eso. —La expresión de ofensa y asco evidenciaba que sus gustos sexuales eran diferentes a los que su jefe sugería—, es sólo que ese italiano no me parece de fiar, ya viste lo que hizo antes de que le contactáramos, y no quiero que algún día se le escape la situación de las manos y le haga daño a Edgar. Es un buen chico.

—Tranquilo, como siempre, lo tengo todo controlado. —Abraham fue lanzando sus cartas una a una contra la pared de madera, clavándolas en ella—. Además, con lo mal que he conseguido que le siente el alcohol al escritor no habrá problemas en que el italiano consiga lo que le he ordenado. A mí sí me gusta

Giacomo y gana en las distancias cortas, para qué mentir. —Una atrevida sonrisa acompañaba a la férrea mirada—. Por cierto. —El tono que la mente de Ludwig recibía cambió de forma drástica, se llenó de maldad—, ahora que tú ya estás en el ocaso de tus días, es posible que piense en quedarme con él para cuando tú faltes.

Ludwig se giró para mirar a su amo descubriendo en la pared la silueta de un ángel dibujada con cartas.

—¿A qué es precioso? —Esta vez la voz traspasó la frontera de los labios del maligno—. Ahora sigue trabajando, mi querido amigo.

—Sí, mi señor. —El viejo Ludwig, consciente de que cuando su amo se cerraba en banda no era recomendable insistir, se limitó a continuar con sus quehaceres.

Así, Giacomo boicoteó buena parte de la integración de Edgar Allan Poe en aquella universidad de Virginia. Por las noches le desplumaba en el juego, ayudado por el problema de Poe con la ingesta de alcohol. Riéndose de él, siendo cruel, sabedor de la personalidad irritable del otro. Llegando incluso a las manos en alguna ocasión. “Déjale ganar de vez en cuando”, había ordenado ese que todo podía. Por el día intentaba hacerle quedar mal delante de todos. Giacomo era consciente que Edgar era impulsivo y de que no soportaba la menor grosería verbal, también que, por todo el desgaste al que le estaba sometiendo, un continuo estado de alteración nerviosa le invadía. Se veía reflejado en un latente brillo de ansiedad y tristeza en su mirada y el italiano sabía cómo utilizarlo en contra del otro.

Santander, sábado 7 de mayo, 1977.

Como tantas otras veces hizo en el pasado, Tasio abrió la puerta de su despacho, que aunque ahora tuviese otro dueño ya siempre consideraría suyo, y sintió la felicidad que el trabajo sólo le da a los que están enamorados de su desempeño.

—Tengo una cosa para ti...

Cuando el comisario Miguel levantó la mirada de los papeles que gestionaba en su escritorio, vio a su mejor amigo hondeando una bolsa con algo que parecía ser un sobre.

—¿Y eso es? —Miguel miraba con cara de intriga el objeto.

Tasio procedió a entrar en la lujosa estancia y una vez sentado a la mesa explicó lo ocurrido a su amigo.

—¡Te pondré protección de inmediato! —gritaba Miguel tras conocer el incidente.

—No, tranquilo —contestó indiferente Tasio.

—¡Cómo que no! —bramaba el comisario Miguel—. No entiendo cómo puedes estar como si nada. Nadie mejor que tú sabe el peligro que corres ahora mismo. —Tasio negaba en silencio—. ¿No? ¿Cómo qué no?

—Creo que esta vez la nota no es una amenaza, sino un guiño de macabra complicidad.

—¿Cómo? ¡Explícate!

—Que ayer me dijeron que tengo un cáncer terminal y en un año estaré muerto. Es su forma tétrica de darme el pésame.

Un profundo silencio dio un golpe de estado en el ambiente.

—Tasio... No me digas eso. —Las palabras salían de su boca con dificultad.

—Eres el único que lo sabe y espero que siga siendo así. — Miguel asentía con lágrimas en los ojos—. Pero ahora vamos a continuar con el caso, que no quiero que esos malditos locos sigan riéndose de nosotros.

Unos segundos de forzado silencio dieron paso al cambio de tercio en la conversación.

—Te digo que ese hombre de Madrid viene a poner esto patas arriba. Eso es que desde la capital no ha gustado mi nombramiento.

—Tranquilo, viejo amigo. Antes de ponernos nerviosos vamos a ver cómo actúa. También habrá que investigarle a fondo y ver si tiene algo sucio en su vida. Puede que solamente quieran ver como se están haciendo las cosas en esta transición de poderes.

—Ojalá sea así, pero no te imaginas la mirada tan negra que tiene. Y la forma de tratarnos a los demás, como si fuéramos cucarachas.

—Pues cada uno recoge lo que siembra, así que...

Tasio aparentaba estar tranquilo, pero no le gustaba la situación en absoluto. Sabía que todo estaba en orden en esa comisaria, pues siempre había guiado sus pasos por el camino recto, pero no le gustaría que desde la central estuvieran planeando desorganizar el legado que tanto le había costado cimentar. A parte de por su propio orgullo, ya que se jactaba de haber conseguido crear la comisaría menos corrupta y con más índices de acierto de toda España, también temía por su hijo y su mejor amigo a los que, después de tantos años tras su sombra, un corte de alas nada más echar a volar solos les arruinaría tanto su carrera como su propio orgullo. Cuando dejó el cargo se había prometido mantenerse al margen y dejarles continuar a ellos con todo, pero sentía que esta vez era bueno inmiscuirse. Pensaba que todavía le necesitaban. Siempre había escuchado que era difícil dejar el trono para un rey, pues es difícil delegar en el que viene detrás y se tiende a pensar que los demás nunca están preparados del todo. Aunque ahora eso no le preocupaba demasiado, pues le quedaba poco tiempo y consideraba que les debía un último favor.

—Solamente una cosa más... ¿Cómo se habrá enterado?

—¿De qué habláis? —Miguel vio entrar su ahijado como el que ve a un fantasma. Tasio, de espaldas ni se sorprendió—. ¿O es que tampoco vais a contármelo?

—Pasa, hijo —ordenó Tasio solemne.

—Pero, ¿tú no tenías que estar aún en el hospital? —Cambió de tema el comisario, mientras intentaba reponerse de la triste noticia —, te dije que no volvieras hasta el lunes.

—Me aburría. —Marcos se sentó, enérgico—. Ponerme al tanto. —Mirada de órdago.

—En resumidas cuentas, ni nos fiamos ni soportamos a Morenza. —La veteranía de Tasio se impuso. Conocía a la perfección lo que su hijo deseaba escuchar.

—En eso estamos todos de acuerdo. —Marcos endureció el gesto recordando el incidente que acababa de ocurrirle con su nuevo enemigo—. ¿Y qué vamos a hacer?

—De momento tomar el control —anunciaba un recuperado Miguel—. No podemos retener más a los testigos del primer asesinato. Nos va a meter en un lio el mismo que viene a investigarnos.

—He pensado en hacerles un retrato robot de Samuel. —Marcos habló seguro.

—Pero hace mucho que no vemos a ese tipo —dudaba Miguel.

—Quizá no tanto. ¿No es así, Marcos? —matizó Tasio.

—Veo que sigues siendo muy bueno captando detalles —sonrió el más joven.

—¿Cómo? —El comisario Miguel no entendía nada.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

Un buen día, en uno de los descansos, Giacomo se acercó a Edgar, que estaba presumiendo, ante un grupo de alumnos que le escuchaban embelesados, de grandilocuentes vivencias que a todas luces parecían falsas, pero que la viveza para la prosa de Poe engalanaba de una exquisita gramática casi imposible de no atender.

—¿Hoy vas a venir a que te vuelva a limpiar la cartera, niña sureña? —Los demás chicos se giraron a la vez hacía Giacomo con

la expectación del que sabe que algo morboso va a ocurrir—. ¿O ya no te queda dinero?

Edgar había comenzado a trabajar para el departamento de profesorado traduciendo pesados volúmenes de lenguas clásicas en tiempo record y organizando ficheros de la base de datos de la biblioteca, ganándose así la admiración de sus superiores. También colaboraba para otros alumnos a los que hacía sus tareas cumpliendo con esto dos necesidades; la económica y la social, pues para un chico tan inseguro debido a sus orígenes, ser buscado y alabado por todos por sus habilidades académicas era una sensación de poder plenamente satisfactoria.

—Presiento que hoy la suerte estará de mi lado, odiado Giacomo. Siento que esta será mi noche. Sentía lo mismo cuando viajaba hacia Grecia a orillas del mediterráneo en un gran barco velero que se mecía a la luz de la luna entre las mágicas olas del lugar.

Rápidamente, los demás chicos volvieron a atender a Edgar que ya lucía una interesante pose.

—Como os iba contando...

—Perdón por interrumpir. —Para penar de Poe, el italiano volvió a acaparar la atención—. ¿Eso de Europa fue antes o después de Arabia y de San Petersburgo?

—Entre medias de uno y de otro y después de Inglaterra —contestó seguro Edgar.

—Cuanto viaje para tan poca edad... ¿Es raro, verdad? —La malicia de su oponente al dirigirse al grupo consumía la paciencia del escritor.

—Bueno, tú eres de Italia y estás aquí —se defendía Poe—. Seguro que algún día también podrás contarnos alguna anécdota. Como por ejemplo... qué hace en la universidad un extranjero de no muy buena familia.

—No creo que yo sea capaz de caracterizar la simple vida en algo tan misteriosamente interesante como lo haces tú.

—¡Gracias! —La sorpresa en el rostro de Giacomo—. Creo que es la primera vez que escucho de tu boca algo bonito.

—Te veo esta noche, niñita sureña. Lleva dinero. —Fue lo último que dijo el italiano antes de marcharse.

De nuevo el alcohol le jugó una mala pasada a Allan Poe. Otra vez terminó perdiendo y prometiéndose al llegar a su habitación que nunca más volvería a jugar ni a beber. Nunca cumplía con eso, a decir verdad, pues las tentaciones, sobre todo el alcohol, nunca dejaron de perseguirle. Ya se encargaba el señor de lo oscuro de que así fuera.

Al mismo tiempo, Giacomo sonreía en su camastro. Sabía que estaba cumpliendo lo que ese misterioso hombre le estaba pidiendo y eso le gustaba. En realidad no lo hacía por el dinero que recibía, aunque su jefe era generoso en el pago, lo hacía por contentarle. Desde que lo conoció había quedado prendado por su pura belleza y sus refinadas maneras. Por suerte, ese extranjero gustaba de saborear el mismo prohibido placer que a él tanto le tentaba. Pese a lo mal que veía la sociedad sus tendencias homosexuales, otras veces había tenido amantes, pero ninguna antes había sentido lo que en esta ocasión. ¿Se estaría enamorando?

Santander, sábado 7 de mayo, 1977.

Al cabo de una hora, los tres testigos del asesinato de la calle San Simón coincidieron en la similitud entre el retrato robot que se les enseñó y el rostro del asesino de su amigo. Lo hicieron por separado y cada uno visualizó unas veinte imágenes, cada una con un perfil diferente. Todos estuvieron de acuerdo.

—Esto nos da un motivo para soltarlos —masculló Marcos.

—¿Alguien sabe dónde está Morenza? —preguntó Tasio.

—Dijo que tenía que salir a hacer unos asuntos —explicó Miguel—. Hará media hora. No sabe nada de esto.

Miguel dio la orden para que se soltara a los tres jóvenes que llevaban días en los calabozos.

—Pues cuando se entere no le va a gustar. —Sonrió Tasio.

Poco después del soleado mediodía, los tres testigos abandonaron las dependencias policiales entre quejas y desesperación.

—Bueno, yo voy a volver al hospital, que si no me van a atar a una cama. —Marcos, feliz por haber contradicho a Morenza se despidió de su padre que le observaba con cariño— ¿Qué ocurre? —El silencio y la mirada fija de su padre se le antojaba incómodo.

—¿Puedes venir al despacho de Miguel un segundo, hijo? —El frío tono alertó al policía más joven de la importancia de lo que iba a ocurrir. Miguel miró a Tasio con alarma y este asintió tranquilo.

—Sí, claro —Marcos esperaba que su padre fuera a afearle su conducta de los últimos tiempos. “Toca aguantar el chaparrón”, se dijo para sí.

El silencio acompañó a los dos hombres hasta el despacho. Al entrar, Tasio cerró la puerta tras de sí, convencido de estar haciendo lo más adecuado. Todavía sin cruzarse ni una palabra padre e hijo tomaron asiento, uno enfrente del otro. El gesto dramático en la cara del mayor, expectante en la de su hijo.

—Tú dirás. —Se aventuró Marcos.

—El otro día. —Comenzó a discursar Tasio después de una pausa más larga de lo normal—. Te quejaste de que no te contaba nada, ¿recuerdas?

Marcos tan solo asintió, intentando descubrir en el rostro de su padre de qué iba todo aquello. Se sentía muy intrigado.

—Pues tengo que contarte algo importante... —Tasio hizo otra pausa, esta vez para coger aire—, mucho.

—Me estás asustando, papá.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

Las visitas del elegante Abraham al joven Edgar eran frecuentes en Charlottesville. El oscuro señor, aparte de dirigir todo su entorno

a sus espaldas, también deseaba conocer sus pensamientos de primera mano y guiarle hacia sus objetivos.

—¿Has pensado ya sobre qué va a tratar tu próximo escrito? — Abraham fumaba, pese a la prohibición de hacerlo en el interior de la universidad, un puro de una plantación cercana—. Me tienes intrigado, hace tiempo que no me enseñas nada nuevo.

—Estoy un poco decepcionado con todo.

—Cuéntame, ¿qué te ocurre?

—Creo que ya no tengo fe en el género humano, tampoco en la propia vida.

—Te comprendo... no sabes cuánto. ¿Y a qué se debe esta depresión, Edgar?

—Es por la gente, no la entiendo. La mayoría está podrida. — Abraham sonrió, sus esfuerzos estaban dando resultados—. Verás, mira el movimiento que comenzó Jefferson y todas esas paparruchas sobre la igualdad, la mejora social y el progreso. La gente del pueblo, la gente que se muere de hambre en las calles, apoyó a este héroe de la patria y creyeron que sería su salvador, pero, en realidad, todo continúa igual. Es difícil que las cosas cambien en este mundo.

—Cuidado o te tacharan de sudista anti-jeffersoniano. —Un brillo en los ojos reflejaba su satisfacción, Edgar reía por el comentario.

—Que en paz descanse, por cierto. —Edgar alzó su copa de forma irónica.

—En paz, en paz... —El maligno sonreía—. Debes continuar escribiendo, Edgar, tú vas a pasar a la historia.

—¿Eso crees? —Por primera vez en mucho tiempo el joven Poe sonreía.

—No lo creo, lo sé.

Dicho y hecho; Edgar volvió a dedicar tiempo a crear historias. Retomó una idea que hacía tiempo le rondaba por la cabeza. Hacía bastante que deseaba crear un libro en el que recopilara los poemas en los que llevaba trabajando desde los catorce años. Muchos trataban de temas banales como la dicha divina y la belleza

angelical, pero aún le quedaba tiempo para completarlo. Pensó en un posible nombre y aunque aún no lo había decidido, la opción “El poeta de Tamerlan” o algo con ese nombre le seducía bastante. También continuó mandando correspondencia a Sarah. Desde que llegó a la universidad unos meses antes estuvo mandando cartas a su antiguo amor de Richmond, pero nunca obtuvo respuesta, ya se encargaba la mano negra que le perseguía de que así fuera.

Tampoco había recibido demasiadas cartas de su familia. Alguna de Frances, pero nunca de su tío, y unas pocas de sus dos hermanos. Poco se imaginaba quién las hacía desaparecer, pues estos sí las enviaban. Eso le hacía encontrarse triste y depresivo, pero, como Abraham sospechaba, su pluma continuaba derrochando talento.

Fueron pasando los meses y, pese a que Edgar intentó alejarse de ese improvisado némesis de origen italiano que parecía querer aguarle la fiesta continuamente, las deudas crecieron. Pese a ser su última opción tuvo que pedir ayuda a su tío para salvar su honor y este aceptó a regañadientes a cambio de ser la última vez que le pedía nada. Edgar no entendía como su tío era capaz de ser así. Como siempre, había algo que desconocía.

—¿Pero cómo voy a dejar de hablarle? Frances se morirá de pena. —Por primera vez John Allan se atrevía a contradecir a su señor.

—Ella no tiene por qué dejar de hacerlo y podrá verle cuando quiera. —Abraham sonreía como un vendedor de crecepelo, tenía un buen día.

—Pero, ¿yo no podría echarle una buena bronca y...?

—No tientes a la suerte, Allan. —El gesto más severo—. Tu colaboración con el chico ha concluido, te guste o no. Considérate bien pagado. —Abraham comenzó a caminar en dirección a la puerta del despacho.

—No me hagas esto, por favor. —El oscuro hombre se volvió a mirar con cara de asco al suplicante Allan.

—No me obligues a hacer nada que no quieras. Te lo advierto, no me costaría nada.

John Allan se quedó sólo y pensativo. Sabía que no podía hacer nada, ya había vendido su alma al dinero mucho tiempo atrás y ahora, aunque tuviera una buena fortuna, tenía que resignarse y acatar las órdenes de su amo.

“Nunca más”, repetía sin cesar su tío intentando que no se le notara su malestar, mientras Poe veía como su odio por aquel hombre se encontraba a punto de consumir su paciencia.

Santander, sábado 7 de mayo, 1977.

Marcos salió desencajado de la comisaría. No esperaba escuchar lo que su padre le acababa de confesar ni en la peor de sus pesadillas. Caminaba desorientado, maldiciendo entre dientes. En su cabeza resonaban aún las palabras de su progenitor y sentía rabia, impotencia y una tremenda pena en su interior. El comisario de hierro, el gran Tasio, a punto de morir por una maldita enfermedad que no tenía cura. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Con sólo pensar en todas las estúpidas guerras que había tenido con él a causa de su carácter inmaduro le ardía el pecho. Idolatraba a su padre, aunque a veces no quisiera reconocerlo. Valoraba mucho que le hubiera contado la verdad, pero, en esta ocasión, casi hubiese preferido que, como había hecho otras veces, lo intentase proteger manteniéndolo al margen. Después de la emotiva charla, su padre le ha pedido que por nada del mundo revelase a su madre y su hermana su secreto. Así lo haría, pero Marcos sabía que iba a costarle horrores. Era una carga demasiado pesada que llevar. Aun así, era consciente que el principal damnificado en todo eso era su padre y que le ayudaría en todo lo que necesitara en su última etapa en la vida. Sólo pensar en esas palabras hizo que sintiera un tremendo vacío en el estómago. Sabía que lo que más felicidad le reportaría sería terminar de una vez de resolver ese maldito caso que le llevaba persiguiendo desde tantos años atrás y haría todo lo que estuviese en su mano para conseguirlo. “Por lo civil o por lo criminal”, se decía mientras volvía al hospital.

Años veinte del siglo XIX, Norte América.

Una noche en un baile de máscaras, a los que Edgar se había aficionado en esos días de finales de 1827, celebrado en el auditorio de la ciudad en conmemoración del dieciocho cumpleaños de la hija

del insigne rector de la universidad de Virginia, comenzó el fin de los días de Poe en dicho lugar.

Edgar se había ganado la confianza del rector con sus servicios de ayuda al departamento de profesorado y no cabía en sí por ser invitado a uno de los eventos más laureados del año en Virginia. El enorme salón, de relucientes e interminables suelos de mármol, estaba ataviado con todo tipo de lujosos detalles. Las enormes balconadas de las plantas superiores engalanadas con guirnaldas de raso en color oro, los balaustres y las columnas, con su bella ornamentación, adornadas con delicadas tiaras en plata. Las cortinas de fina seda roja acicalas para la ocasión. Largos candelabros estratégicamente colocados sujetando exquisitas velas y cirios ayudando, con su tenue luz, a crear ambiente. La orquesta lista para tocar las mejores piezas clásicas y el gran reloj del salón presidiendo insigne la fiesta del glamour en las que lo más granado de los alrededores disfrutaban de la opulencia en estado puro.

El lujo estaba presente, también, en las ropas y máscaras de los allí presentes. Ellas con trajes de gala y noche rezumando distinción, ellos con fracs, capas y guantes de terciopelo, símbolos de su noble estatus. Grandes máscaras venecianas conferían grandilocuentes dosis de elegancia al evento, mientras que las caretas americanas le conferían el toque de color. Exquisitas diademas, distinguidos recogidos y largas y refinadas plumas completaban el adinerado atavío. Las parejas pululaban por la pista principal al son de la delicada música, danzaban con cuidadas coreografías y la gente sonreía por el goce de la diversión.

Edgar Allan Poe llevaba un antifaz negro con la nariz puntiaguda, que asemejaba ser la cara de un cuervo, uno de sus animales preferidos. Él mismo había confeccionado aquella pieza durante los días anteriores. Todo iba bien, el joven escritor mezclándose con la gente de bien, conociendo personas influyentes y bailando con preciosas señoritas que constituían un gran partido, hasta que la hija del rector de la universidad le propuso al oído ir a una de las dependencias cercanas a “conocerse un poco mejor” El bostoniano,

no dudó en acompañarla ,y al cabo de media hora, se encontraba en la comisaría local, detenido e intentando dar explicaciones al comisario de que él no había sido el culpable del gran incendio que se produjo en su ausencia.

—¡Ah! claro —apuntillaba de forma irónica el experimentado policía—. Olvidaba que estaba usted en otro lugar mientras se originaba el fuego, pero que no puede decir dónde para salvaguardar el honor de una dama. Y que, aunque numerosos asistentes al baile atestigüen que dicho incendio lo originó alguien vestido de la misma forma que usted y con la misma máscara de cuervo, usted es completamente inocente, ¿no es así?

—Se puede decir más alto, pero no más claro. —Casi susurraba Poe viendo la que se le venía encima.

—Pues por de pronto hasta que esto se aclare irá usted a los calabozos. Lamento que esto tenga que ser así, señor inocente, pero entienda que todo indica a que usted no nos está diciendo toda la verdad.

Allan Poe pensó que aquel iba a ser su fin. Las habladurías dilapidarían su reputación y tendría que huir muy lejos para comenzar un nuevo camino. Cuando llegó a la celda común y vio a la panda de rufianes y maleantes que iban a compartir ese pequeño espacio esa noche pensó que aquella no era su noche.

—Vaya, vaya, un niño rico —bramó el que parecía más peligroso—. ¡Qué bien nos lo vamos a pasar en cuanto se duerman los guardas, chicos! —La carcajada fue general ante el comentario de aquel armario de barba desaliñada.

Aunque Edgar no se consideraba un cobarde, se sabía en desventaja y era consciente de lo que podía provocar para aquella gente la llegada de alguien vestido así. Aunque su economía en el día a día no fuera desde luego boyante.

Por suerte para él poco tiempo pasó allí, pues a los pocos minutos uno de los policías que deambulaban sin alma por aquella cochambrosa comisaria fue en su ayuda.

—¡Sal! —ordenó el viejo policía.

—¿En serio? —preguntó Poe con más miedo que vergüenza, mientras el policía asentía en silencio.

—Vamos, venga —decía el rufián peligroso de la barba rebelde—. Déjanosle un ratito, que nos acabas de matar la diversión.

—Órdenes de arriba, lo lamento, Bruce. Parece que este zagal tiene contactos.

El benefactor que le sacó de aquel embrollo, sin cargos y sin pedir casi nada a cambio fue el rector Stevens, que ante los lloros y suplicas de su hija accedió, después de enterarse de todo lo sucedido, a liberarle a condición de que, pasado un tiempo prudencial y por supuesto sin volver a cruzarse con su niñita, abandonara la universidad.

Edgar se acogió a aquel trato, resignado, pero en cierta parte aliviado. Aún con toda la manía que le tenía poco se imaginaba que la persona que se hizo pasar por él y comenzar a hacer arder los trajes de los músicos era Giacomo guiado por el amable extranjero, de nombre Abraham, que tantas ayudas y consejos le había proporcionado. En algo no se había equivocado en sus pensamientos al llegar a aquellas angostas mazmorras...Tocaba comenzar de nuevo.

Santander, sábado 7 de mayo, 1977.

Una fría habitación de hospital fue testigo de cómo dos hermanos, que se amaban y se admiraban, decidieron recurrir el recurso de la discusión para evitar tener que mentir ante las preguntas del otro. Movimiento de distracción genético, natural e idéntico en los dos.

—¿Pero estás loco? —Estela se hacía la ofendida para evitar hablar de qué creía haber visto a Samuel el día anterior—. ¿Cómo se te ocurre salir del hospital? Tienes que cuidarte, Marcos.

—El nuevo jefe, el que ha venido a tocarnos de Madrid, me hizo llamar. —Marcos tampoco deseaba ser demasiado

cuestionado, pues quería evitar que le notaran triste por lo que su padre le había contado.

Al mismo tiempo, en la comisaria...

—¿Qué han hecho qué? —Morenza bufaba al enterarse de que los testigos del primer asesinato, que él mismo había mandado encarcelar, habían sido puestos en libertad.

—Nuestro deber es proteger a la gente, no hacerles la vida imposible —contestó firme Miguel.

—Veo mucha debilidad por aquí, a sus superiores les encantará. —El gesto lleno de maldad de Morenza hizo tragar saliva al bueno de Miguel.

—¿Usted sólo vive de amenazar? —El tercer hombre que hasta ese momento había sido tan sólo un mero testigo de la conversación, pasó a la acción de lleno.

—Vivo de cumplir con mi deber. —El detestable Policía se volvió hacia Tasio con cara de querer matarlo—. ¿Y usted es? —Sorna en la pregunta.

—Ex comisario Anastasio Márquez. —Ninguno extendió el brazo en señal de saludo.

—Un nombre precioso. ¿Y viene mucho por aquí ahora que es un simple civil?

—Sólo lo estrictamente necesario. —El aplomo por respuesta.

—Pues salvo que venga a ver al mimado de su hijo, no quiero verle demasiado por aquí. —Morenza se dirigió a Miguel para menospreciar a Tasio.

—No se olvide que esta es mi comisaría —contraatacó el comisario.

Morenza comenzó a alejarse de ellos, sin despedirse, sin mirar atrás, ante la incrédula mirada de Miguel y Tasio. El último negaba con la cabeza evidenciando que si Morenza hubiera aparecido en su vida unos años antes, todo hubiese sido muy diferente.

—Cuide su comisaria —añadió el foráneo con mala baba—, no sabe cuándo puede dejar de serlo...

Año 1827, Norte América.

Unos pocos meses más tarde, tal y como había pactado con el rector de la universidad, Edgar abandonó Virginia para volver a Richmond. Atrás dejó deudas, deshonor y acusaciones de toda índole. También alguna que otra denuncia contra su persona y sus malas acciones de cuando se emborrachaba.

Marzo acababa de asentarse en aquel calendario de 1827 y, pese a las ganas que tenía de ver a su querida Frances, lo primero que hizo Edgar nada más llegar a Richmond a tempranas horas del día, fue acudir en busca de su antiguo amor, Sarah Elmira Royster. A sabiendas que el padre de la joven ya le había causado problemas en el pasado, y gracias al apacible tiempo que la mañana pre primaveral le regalaba, Poe optó por no personarse en la puerta del domicilio y rondó durante horas por los alrededores del hogar familiar esperando alguna entrada o salida de la joven para comunicarle su retorno. Encontró acomodo en un parque cercano, que le permitía otear la entrada de la vivienda con disimulo. Aunque intentaba mantenerse concentrado en la puerta de la edificación, no pudo evitar relajarse escribiendo poemas en su libreta para matar el gusanillo de la literatura que tan dentro llevaba. En su espera le llamaron la atención los carruajes que descansaban en las cocheras de la propiedad, eran varios y lujosos. Aquel detestable hombre que un día había ayudado a separarle de la bella Sarah debía de estar teniendo éxito.

Pasaban las horas y Sarah no daba señales de su existencia. Aún con toda el hambre que acumulaba, Edgar no desistió en su guardia. Continuó escondido en los alrededores del parque cercano hasta que poco después de las cinco de la tarde vio salir una pomposa comitiva compuesta de los carruajes que descansaban en las cocheras y que le sorprendió y le alteró a partes iguales. Supuso

que se trataría de alguna visita de algún familiar lejano, hasta que las evidencias alcanzaron sus peores temores.

Antes de que la caravana marchara, vio a Sarah salir de la mano de un apuesto galán, de impecable aspecto, y a las dos parejas de petulantes padres detrás de ellos, sonriendo a plena felicidad. Aquello era una pedida de mano en toda regla. Unas breves pesquisas entre los criados de las casas colindantes le bastaron para averiguar el nombre del adinerado prometido, Alexander Shelton, hijo de terrateniente y un nuevo hándicap en su camino.

Edgar no podía creérselo, no es que, un año después, muriera de amor por Sarah, pero sentía su orgullo mancillado por lo que, sin más dilación, se apresuró a buscar consuelo con su querida Francés.

No tardó en encontrarlo, pues la usencia de su tío en Moldavia a su llegada ayudó bastante.

—¡Mi niño! no sabes las ganas que tenía de verte. —Fuerzas abrazos y sonoros besos por bienvenida.

—Y yo, créeme, “Ma”. —Por primera vez en bastantes meses la sonrisa de niño volvió a aflorar en el rostro de Poe.

Poco duró la tranquilidad, pues la llegada de John Allan trajo consigo los reproches y las malas contestaciones a viva voz hasta altas horas de la madrugada.

—¿Qué has dejado la universidad? Lo sabía, tanto dinero pagado para nada.

—Por lo que veo, el alcohol que has tomado ha sido bien aprovechado.

—¡Cómo vuelvas a contestarme te pongo de patitas en la calle!

—¡No, por favor! —intercedió Frances—. Calmaros, que ya es muy tarde.

Un par de días fue el tiempo que aguantó Edgar en Moldavia. Pese a no querer dejar a Frances, los continuos roces con su padrastro y los consejos del oscuro Abraham, que volvió a hacer de las suyas, terminaron de ayudarle a decidir.

—Edgar, tienes que ver mundo. Si quieres escribir tienes que vivir experiencias.

—¿Y dónde iré sin dinero? —El muchacho no quería arrastrarse, pero estaba preocupado.

—Escríbeme el libro que yo quiera y te pagaré bien.

—No gracias, lo que escriba ha de llevar mi nombre.

—Prueba de periodista, entonces. —Sonreía el oscuro hombre intrigado por la conducta y el orgullo de Poe.

Aquel abril de 1827 Edgar se desplazó, primero a Norfolk, y más tarde a Boston, donde, tal y como le había aconsejado aquel hombre que le manipulaba a su antojo, intentó ganarse la vida como periodista. Le fue difícil, pues su nombre había quedado manchado por las influencias del rector de Charlottesville, por lo que optó por adoptar el pseudónimo de “Henri Le Renet”, que no demostró ser demasiado atractivo para los editores locales.

A falta de la posibilidad de ganarse el pan con la pluma, Edgar tuvo que aceptar algunos trabajos como dependiente en un comercio, pero, al no ser lo suyo, no duraba demasiado.

En otro lado de la ciudad de Boston, en un gran hotel, una cena tenía lugar.

—Os preguntaréis qué estáis haciendo los dos aquí. —Abraham se dirigía a Ludwig, su inseparable mayordomo, y a su reciente amigo íntimo, Giacomo. Sobre los platos la cocina más selecta del lugar—. He decidido que a partir de ahora Giacomo sea mi mano derecha. —Ludwig, el mayordomo fiel tuvo que luchar para no atragantarse—, no con esto quiero decir que tu colaboración para conmigo haya terminado, sino que como sé que no vivirás eternamente quiero que le enseñes a Giacomo el oficio. También que nos ayude a doblegar la voluntad de Poe.

Lo que el oscuro señor omitía era que el puesto que realmente iba a desempeñar el italiano era el de chico de compañía capricho. El italiano, sin embargo, estaba cada día más enamorado del nuevo amo, de su persona.

—Además, el escritor me está dando más problemas de los que yo pensaba. He llegado a la conclusión de que si sufre escribe mejor, pero ni aun dejándole sin dinero consigo que escriba algo para mí sin firmarlo a su nombre. No importa, tengo mucho tiempo. Me lo tomo como un juego. Las malas noticias para Edgar son que no puede ganar al juego que yo he inventado. Le tengo preparadas algunas sorpresas. —La maquiavélica sonrisa de Abraham al cortar el trozo de exquisita carne roja hacía sentir escalofríos a Ludwig. A Giacomo, sin embargo, le excitaba.

Cuarta parte

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

Un joven miraba por la ventana de su caserón la ciudad que tanto había anhelado. Seis meses y unos cuantos viajes por el mundo habían pasado desde que logró escapar de la cárcel de lujo y prohibiciones en la que se sentía preso. Por fin se sentía preparado. Detrás de él, en la cama, tres bellas mujeres dormían envueltas en finas sábanas de seda, extasiadas por el trasiego acaecido en la estancia las horas previas. Desde su privilegiada posición, se encontraba en la tercera de las plantas de la casona de estilo neo—montañés que se aposentaba en el número nueve de la calle Lirio, al inicio de la ciudad jardín y haciendo transversal con la subida de la Avenida de Pedro San Martín en una de las innumerables cuestas de la ciudad de Santander, el forastero contemplaba el hospital Marqués de Valdecilla que tanto había cambiado desde los días en que fue su casa. También observaba la parte del centro que de su añorada ciudad de origen, orgulloso, melancólico.

Samuel Abascal estaba feliz, sabía que aquel era el gran día. Llevaba algo menos de una semana en su Santander. Sabía también que su plan, que hacía tanto tiempo comenzó a gestarse entre la distancia y el olvido, por fin iba a tomar forma. Se encontraba satisfecho, aunque cauto, pues en esos meses alejado de todo había conseguido vencer sus demonios interiores y sabía que su objetivo estaba cerca. No había sido fácil y aún le quedaban algunos detalles que pulir, pero estaba convencido de que ganaría la batalla. Aún no se sabía preparado para dejar de matar del todo. Llevaba tiempo controlándolo cada vez mejor, pero lo tenía demasiado arraigado en su interior. Disfrutaba con ello, su adrenalina se disparaba y se sentía el ser más poderoso. Por otro lado, si no lo hacía al menos una vez cada dos o tres días se sentía tan débil como un drogadicto cuando no obtiene su dosis, quizá lo fuera. Pero desde el incidente en el supermercado de Rusia seis

meses atrás, había llegado a la conclusión de que, aunque sus ganas de matar no iban a desaparecer de forma fácil, por lo menos, si a los que aniquilaba se lo merecían no tendría tantos remordimientos. Y había hecho muchas “buenas acciones” alrededor del mundo en este tiempo.

De forma intuitiva, miró de reojo a la cama que no hacía demasiado tiempo pareció más un campo de batalla que un lugar de descanso y sonrió amargamente. Era consciente de que la lascivia ocupaba también una parte importante de sus necesidades y de que, también debía pulir ese inconveniente antes de intentar volver con su amado ángel de Santander, pero pensaba que eran pequeños daños colaterales que no le impedirían obtener lo que deseaba. “Con el tiempo conseguiré controlar también eso” se decía seguro. Pero por ahora, su plan para conseguir limpiar su nombre, estaba en marcha.

Samuel era consciente que no iba a poder evitar espiar a su amado ángel de Santander, siempre en la distancia, siempre oculto entre las sombras, pero siempre cerca de ella. Su plan tenía unas pautas, y no podían cambiarse los tiempos, pero, lo primero que hizo al llegar a la Tierruca la semana anterior fue, como tantas veces atrás, ir a verla. “Pronto estaremos juntos de nuevo”, le susurraba al oído en la noche.

En el hospital Marqués de Valdecilla, Estela Márquez, desayunaba en el puesto de control de enfermería de forma aparentemente tranquila. Tenía quince minutos para hacerlo y revolvía un café de forma lenta, mientras pensaba en lo pasado en los últimos meses. La ansiedad y el nerviosismo iban por dentro.

Desde aquellos dos asesinatos del mes de mayo, no había vuelto a ocurrir ningún suceso en la ciudad que pudiera denominarse como extraño, con la lógica incertidumbre que dejó en todos los implicados. Tampoco ella había vuelto a tener sueño alguno con Samuel, aunque últimamente le parecía que volvía a encontrarse cerca de nuevo, ni, como ocurrió un día en el hospital, tampoco había vuelto tener la sensación de haberle visto. Por otro

lado, sabía que algo le ocurría a su padre, estaba muy extraño y cada vez le veía más desmejorado. Marcos tampoco estaba en su mejor momento, ya que seguía inmerso en sus guerras laborales, y aquella chica, con la que ella misma creía que terminaría su hermano o con su hermano según se mirase, aún no parecía haber dado su brazo a torcer.

En otro punto del hospital, Tasio Márquez se hacía unos nuevos análisis mientras pensaba si todo aquel sufrimiento valdría la pena. Cada vez se sentía más cansado y ocultarle su enfermedad a su familia, daba gracias a Dios por todo el apoyo que estaba recibiendo de su hijo mayor, le pesaba más que la más grande de las cruces. Con la excusa de echar una mano en la comisaria podía ausentarse para los tratamientos que, tal y como le habían advertido los doctores, resultarían casi inútiles y le dejarían más débil si cabía, pero deseaba tanto arañarle tiempo a la muerte que hubiese hecho lo que fuera. Con el paso de los meses, los asesinatos del mes de mayo quedaban ya bastante lejos y la llegada de aquel inspector indeseable de los madriles le complicaba poder ayudar a su hijo y a Miguel. “tampoco está habiendo ninguna novedad, con lo que no hago mucha falta” pensaba. Aun así, trataba de estar el mayor tiempo posible con los suyos, pues sentía el yugo de la guadaña de la novia negra, como apodaba él siempre a la muerte, acercarse demasiado a su vida.

Marcos Márquez caminaba acelerado hacia el despacho del comisario Miguel. Había recibido una llamada que podía volver a encender todas las alarmas.

—Ven lo más rápido que puedas, esta vez ha ocurrido en la paya. —Le había ordenado su amigo en una escueta llamada.

Se encontraba de vacaciones desde hacía tres días, pero sabía que su tiempo de ocio se había terminado. Si, como estaba seguro por el tipo de llamada, un nuevo crimen de los asesinos de las sombras se había producido, todo el proceso de cuando estos estaban cerca se activaba. En lo primero que pensó fue en resolver aquella pesadilla de una vez por todas ahora que su padre aún

estaba con vida. Sería el mejor de los regalos. En lo segundo en dar una lección a cierto fantoche que le estaba arruinando la vida.

Durante esos meses había tenido que soportar al indeseable de Morenza más de lo que le hubiera gustado. Aquel demonio con forma de galán de segunda y chulo de primera se había hecho el dueño y señor de la comisaría, ninguneándoles a todos y haciendo que ir a trabajar se convirtiera en una dura prueba cada día. Tampoco se lo había puesto nada fácil con la forense de sus sueños. Rebeca lucía casi más distante, si es que se podía, desde que él estaba allí, y el propio Morenza se encargaba de dificultarle el verla. “Algún día morderás el polvo, malnacido”, resoplaba entre dientes al verle al fondo de la comisaría.

Al llegar al despacho, Marcos Márquez se encontró con un informe que no dejaba lugar a dudas. Aquellos indeseables habían vuelto a hacerlo.

—Ha ocurrido de madrugada. Aún no se lo he comunicado a Morenza, ve a recoger la autopsia donde Rebeca y después al domicilio de la víctima y recaba toda la información que puedas por si hay suerte. Tienes libertad hasta el mediodía. Ya sabes que cuando este desalmado se entere lo dificultará todo.

Casi no había terminado de escuchar las palabras de su amigo Miguel, cuando Marcos se estaba levantando para acudir a su cometido.

Año 1827, Norte América.

Abril fue malo, pero mayo fue peor aún, pues sin dinero ni trabajo para ganarlo, Edgar, en contra de lo que deseaba, tuvo que alistarse, a principios de junio, en el ejército del país, como soldado raso. “Edgar A. Perry” fue el nombre que adoptó esta vez para escapar de las posibles represalias de los acreedores que dejó en la universidad. Mintió también al decir que tenía veintidós años en vez de diez y ocho. Tenía que salir adelante como fuera. Le dolía no

haber sido capaz de sobrevivir por sí mismo, pero no iba a dar su brazo a torcer con su padrastro.

Camino de Fort Independence, en el puerto de Boston, Edgar sopesó que con suerte y trabajo podría tener listo para finales de año ese tan ansiado primer libro que quería publicar. Pero cuando el carromato que lo transportaba se detuvo a recoger a los últimos soldados del reemplazo descubrió que la vida puede ser demasiado cruel en ocasiones.

—Parece que hayas visto un fantasma, niñita sureña. —Giacomo sonreía con displicencia al subir al carromato—. Nos pagan cinco dólares al mes, ¿no? Pues te voy a desplumar de nuevo.

Como Edgar no deseaba volver a repetir los errores de su etapa en la universidad de Charlottesville, decidió alejarse de aquel italiano que tantos problemas le había ocasionado. Para que el alcohol y el juego no volviesen a debilitarlo se acogió a las estrictas normas del ejército norteamericano y, aunque, más o menos, consiguió su objetivo, Giacomo le metió en algunos líos que le acarrearón duros castigos, broncas y alguna que otra guardia a turno doble.

Aun con todo, parecía que lo militar no se le daba mal a Poe y, poco a poco, se fue ganando el respeto de sus compañeros y sus superiores. Como él mismo decía siempre, si no se puede ser el primero hay que intentar ser un segundo con más mando que el primero.

Mientras, no demasiado lejos de allí, en una exquisita cama descansaban dos amantes. Uno tenía unos días de servicio, el otro dominaba a su forma el mundo.

—No entiendo por qué vas a permitir que destinen al sureño a Fort Moultrie mientras yo me quedo aquí. —Las palabras se acompañaban de caricias debajo de las sabanas que no entendían de género.

—No lo permito, lo ordeno así. —Abraham disfrutaba con su rol—. Tengo curiosidad por ver hacia dónde se encamina Edgar y a ti

te vendrá bien la disciplina del ejército. Aprenderás cómo defenderte en todos los niveles de la vida.

—Pero si voy a estar siempre a sirviéndote, no entiendo por qué necesito esto.

—Precisamente, Giacomo. Precisamente.

Giacomo, que estaba enamorado como el chiquillo que era, no entendía algunas cosas de su oscuro señor. Pese a haberle aceptado sin miramientos ni preguntas, algunas de esas situaciones o conductas le dolían demasiado. A pesar de entregarse con ardor dentro de la alcoba, Abraham no consentía a Giacomo evidenciar fuera de esta exclusiva intimidad, bajo ningún concepto, la realidad de lo que ocurría entre ellos. Por total desconocimiento de lo que Abraham era en realidad, el joven italiano se resignaba pensando que debido a las presiones con las que la sociedad azotaba a los de su condición, su amado se veía forzado a tomar estas conductas de cara a la galería. Creía también que, con el tiempo, el amor que estaba convencido había nacido entre ellos sería más fuerte que todas las cadenas de opresión. No podía estar más equivocado, en realidad.

Abraham, que desde el comienzo de su etapa terrenal miles de años antes y hasta ese momento nunca había querido a nadie que no fuese él mismo, se iba a obligar a silenciar esas voces que, a gritos, le indicaban a su corazón que se entregase al amor. “Jamás”, se decía siempre, y no por el sexo de Giacomo, sino por ser un simple mortal a los que, salvo en contadas ocasiones, veía más como comida, que como iguales.

Mientras tanto, el regimiento de Edgar Allan Poe llegó el ocho de noviembre de 1827 a bordo del bergantín “Waltham” a la ciudad portuaria de Charleston. Para él fue un gran reto volver allí, tan cerca de la universidad de Virginia, pues si alguien le reconocía tendría problemas, tanto por la reputación que le precedía como por haber falsificado sus datos en la ficha de ingreso.

Por suerte, los primeros meses en Fort Moultrie fueron propicios para Edgar. Fue ascendido a artificiero, pasando a encargarse de

preparar los proyectiles de la artillería, cobrando el de doble paga. Al mismo tiempo que su carrera en el ejército de Los Estados Unidos de América progresaba, continuó escribiendo y pudo tener terminado antes de acabar el año su primer libro. Una breve colección de poesías que título "Tamerlán y otros poemas". Después de una breve e infortunada búsqueda de un mecenas que le editara, Edgar decidió sufragarse una pequeña tirada con el dinero ganado con su paga. Aunque, a diferencia de su etapa en la universidad, había conseguido mantenerse lejos de los vicios y el derroche, tan sólo consiguió imprimir cincuenta copias que colocó entre sus compañeros y familia.

—Es que parece que los críticos se hayan olvidado de mi libro. —Se quejaba un enfadado Edgar ante su amigo Abraham que se enorgullecía para sí sabiendo que se había procurado que así fuese.

—Tienes que entender que eres nobel y no te conoce nadie. Ya sabes que yo te ofrezco mi ayuda. —Abraham estaba disfrutando tentando al escritor para que vendiera su orgullo.

—Nada va a alejarme de mi sueño. —La convicción por bandera.

—Por eso mismo. —Sonreía ladino—. Si escribes ese libro para mí, no sólo te ayudaré económicamente, también pondré a tú disposición todos mis contactos.

—Sabes que terminaré aceptando haciéndolo gratis, por todo lo que me has ayudado durante estos últimos años, pero que sepas que mi nombre siempre irá ligado a todo lo que escriba.

—No dejaré que lo hagas gratis. —Oscureció el gesto—, esto no funciona así. Me sorprendes, Edgar. —En realidad por muchos motivos así era—. Dices que no escribirás libros para otros, pero firmas tu primer libro con el vacío pseudónimo de escrito «Por un bostoniano».

—No es lo mismo, yo conservo los derechos de mi obra. Si algún día triunfo, en los libros de historia se estudiará como mío. Además, mi estancia aquí se vería truncada.

Abraham se guardó ese regalo en forma de confesión para utilizarlo en otro momento. Aunque sabía que, en contra de lo que

creía el escritor, su relación con él era puramente comercial, el oscuro señor sentía una curiosidad por su forma de actuar que no había conocido en otra alma mortal.

—Es la primera vez que no consigo tentar un ser humano. —Le decía el oscuro Abraham a su viejo sirviente una mañana de finales de 1827.

—Pues oblígale. Para ti es sencillo.

—Podría, pero aún no está preparado. Prefiero estudiarle ahora, estoy aprendiendo mucho del ser humano con él. Tengo todo el tiempo del mundo, a decir verdad. —El tono siniestro acompañaba sus palabras.

Aún con todas las adversidades que de forma continua le dificultaban sus días, el voluntarioso Edgar no arrojó la toalla y prosiguió esforzándose para llegar a sus objetivos. La literatura, más poesía que prosa, apaciguaba sus vacíos existenciales y llenaba, en parte, su soledad. Debido a todas las influencias que desde nada más nacer tuvo, su personalidad se forjó así. Su existencia era una constante lucha repleta de altibajos; contra la depresión, la amargura y la desazón. Aún con todo esto; su mal carácter, sus problemas con el alcohol, sus cambios de humor y su tendencia a mostrarse, en ocasiones, reservado hacia su propio interior, Poe poseía un gran carisma y consiguió granjearse el cariño y la valoración profesional de toda su unidad.

Sirvió a su querida nación de forma efectiva durante dos años más, llegando a obtener el grado más alto de los suboficiales. A principios de 1828 le nombraron sargento mayor de artillería y la paga que ello conllevaba ya le permitía desenvolverse de forma digna. Las cartas con sus hermanos y con su querida Frances continuaron su flujo de ida y vuelta en ese tiempo y cuando le concedían algún permiso no perdía un segundo en ir a verles. Viajaba con frecuencia a Richmond para pasar unos días en Moldavia junto con su querida Frances y, también, para ver a su hermana Rosalie, que continuaba viviendo en la ciudad con la familia Mackencie que la acogió de pequeña. También, quedaba en

los alrededores de Baltimore con su hermano Henry Poe. Su hermano mayor era un aventurero que viajaba a menudo pero que siempre encontraba un hueco para reunirse con el escritor. Sus encuentros eran bastantes productivos, pues compartían su pasión por viajar y por la literatura e intercambiaban vivencias y formas de trabajar durante horas.

Debido a una desafortunada casualidad, el oficial que estaba al mando de la unidad de Edgar, el teniente Howard descubrió su verdadera identidad, y cuando Poe creyó que sería expulsado, su superior prometió ayudarle sólo si el bostoniano se reconciliaba con su padrastro. El propio Howard supervisó incluso una misiva que Edgar le escribió a John Allan buscando una reconciliación entre ambos, que este desestimó, mitad por lo que sentía, mitad por contentar a su oscuro señor que ahora que Edgar ya no tenía tanta presencia en su vida había dejado de ayudarle. Por más que en los siguientes meses Edgar intentó acercarse lo único que consiguió fue no recibir cartas ni siquiera de su querida Frances.

—Estoy preparando un gran golpe de efecto —revelaba el inquietante Abraham a su amante italiano de clandestinidad.

—No comprendo por qué te tomas tantos cuidados en él. —Giacomo acariciaba el torso desnudo del bello hombre—. No es más que un perdedor.

—¿Tienes celos? Una sonrisa seca y espectral retumbó por la estancia—. No los tengas, él solamente me interesa por su pluma en el futuro y tu pluma solo me interesa en el presente.

Aquellas palabras le dolían como cuchillos clavados a fuego en el alma al italiano. En los más de dos años que llevaba entregando su vida a aquel ser, del que tanto se había enamorado, había tenido que soportar; desprecios, infidelidades de todo tipo y una animadversión inusitada y creciente por parte del viejo criado Ludwig.

—¿Te he dicho ya que no me gustas? —increpaba Ludwig al otro mientras limpiaban la cubertería de plata en un majestuoso salón.

—¿Y yo a ti que cuando dentro de poco mueras ocuparé tu lugar?

—Por más que te empeñes nunca tendrás el lugar que deseas en esta casa. —El viejo sabía dónde hacer daño.

La gota que colmó el vaso para la ruptura total entre Allan Poe y su padrastro fue que este último le ocultara la grave enfermedad que Frances sufrió a finales del año 1828. Aunque esta vez no fue por voluntad del escocés, sino porque, de forma no tan misteriosa, las cartas que le mandaba Allan a la Academia de West Point, donde se encontraba Edgar para licenciarse, nunca llegaban.

El veintiocho de febrero de 1829, Frances Allan falleció víctima de la mortífera tuberculosis, que tantas muertes se cobró durante décadas. La noticia esta vez sí llegó a Poe que, por más que lo intentó, no consiguió llegar a tiempo al funeral. Una mezcla de rabia, impotencia y pesadumbre colonizó a aquel escritor maldito al que la muerte y la separación tenía cogida la medida.

Llegó al cementerio de Richmond a última hora de la tarde perdiéndose el entierro. Como un perro salvaje fue gritando y golpeando a todo el que se encontraba a su paso, se opusiera o no a su avance.

Cuando se detuvo delante de la tumba de su “Ma”, como él la llamaba, el cielo se oscureció, las nubes adoptaron las formas más siniestras y la lluvia caía con la violencia sobrenatural de la pérdida. Edgar comenzó a sentirse mareado, su respiración se agitó de forma considerable, las ropas caladas por tanto agua le hicieron sentir que aquella sinuosa humedad traspasaba hasta el interior de sus propios huesos. El frío estremeciendo su alma rota de desgracia.

Tras unos agónicos segundos en los que pensó que él también moriría, pasto del mayor de los tormentos, cayó desplomado.

Los allí presentes se apresuraron a socorrerle, pero nada le ayudaba a volver en sí, parecía estar en otro mundo...

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

«Sé que vencer del todo mis instintos asesinos va a ser difícil» —pensaba Samuel mientras bajaba las escaleras de madera del gran caserón que le conducían hasta la planta principal—, *«por más que intente auto convencerme de que asesinar a personas que no son puras no es tanto delito. Pero voy a conseguirlo. Mi objetivo es poder llegar a vivir con ella, con mi amada Estela y, por más que tenga que hacer, lo haré. Ya he escapado hasta del diablo por ello»*. —Rió de forma irónica al llegar a la cocina—. *«He sufrido mucho, pero he avanzado mucho también»*.

«Por lo menos no me ha sido difícil costearme esta vida que tanto me gusta llevar». —Samuel miró a su alrededor. Acababa de alquilar una de las edificaciones que más le apasionaban desde niño de toda la ciudad—. *«Al fin y al cabo, soy “El traficante de almas” y puedo conseguir casi todo lo que me propongo con tan sólo desearlo»*. —Con sólo un gesto de su mano abrió la ventana en la distancia—. *«He aprendido mucho desde que no era más que un imberbe menor de edad cuando acogí la oscuridad en mi interior, allá por el 1961. ¡Qué fácil me resulta jugar con los seres humanos para que actúen a mi antojo! y, sin embargo y a diferencia de mi padre, aún no soy capaz de dominar lo que considero más importante de la mente humana, los sentimientos. Nadie es perfecto»*.

Mientras se preparaba algo para desayunar, aquí no iba a disponer de criados por propia elección, un recuerdo de una de las últimas veces que estuvo en la Tierruca se apoderó de su mente. Era otra época muy diferente. Ya no odiaba como en aquellos días, aquella maldad en su interior había dejado paso a la pausa y a la esperanza. Aun así, sabía que nunca podría volver a tener la inocencia de cuando era un simple niño. También sabía que cuando ella no estuviese, su padre volvería a por él para acabar lo que empezaron y, antes de eso, tendría que volver a negociar, pues lo que descubrió en los aposentos de su padre, no le había gustado en absoluto. Se detuvo melancólico a mirar por la ventana. No la había

conseguido y con sólo pensar en volver a esa vida sin ella las tazas y los platos volaban de un lado para otro estallando contra las paredes de la cocina. Intentó tranquilizarse, estaba haciendo muchos avances para controlar el mal de su interior como para dejarse ir ahora.

Santander, mayo de 1966.

Cinco años habían transcurrido desde la última vez que Samuel pisó por última vez Santander. Tampoco había tenido contacto con nadie de allí o eso es lo que creía su padre. Llevaba un tiempo invadiendo los sueños de su amada Estela, que acababa de volver a la ciudad después de un periplo por la capital.

El tiempo se encontraba detenido por obra y gracia de su padre, el señor de lo oscuro, y ambos permanecían parados en frente del imponente edificio que fue el funesto hogar del más joven durante los peores años de su vida. La gente alrededor se mantenía estática en las poses más imposibles. La lluvia pendía de las alturas como alfileres, esperando reanudar su camino de descenso, y los pájaros levitaban inertes en el cielo gris de la capital cántabra.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, hijo? —Un complacido Abraham sonreía al joven hombre que apretaba los puños mirando al edificio que tenía ante sí.

—Por supuesto, desde que recuerdo he deseado ver este lugar reducido a cenizas. —El odio como actor protagonista de aquella escena.

—¿Con toda esa gente dentro? —El padre no cabía en sí de gozo.

—Para ti es mejor, más energía para tu causa, ¿no? —La rabia brillaba en los ojos de Samuel—. Sólo lamento no tener yo el poder suficiente para conseguirlo.

—Está bien, este es tu regalo de cumpleaños. ¡Que así sea!

Al tiempo que terminó la frase el maligno extendió las manos al frente con las palmas hacia al cielo y dos grandes bolas de energía

comenzaron a crearse en ellas. Al poco, Abraham descargó todo su poder sobre el edificio, que aguantó tan sólo unos segundos en pie. Un rato después, la pareja desapareció del lugar, dejando su rastro de muerte y destrucción antes de que el tiempo se reanudara.

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

Al llegar a Valdecilla, Marcos Márquez sintió que, de nuevo, el destino se reía de él. Sacó la misiva que se había pasado toda la noche escribiendo para su amada Rebeca y la miró con la fuerza del que espera que un pequeño trozo de papel resolviera toda su vida. Tenía pensado ir a verla y entregársela esa mañana, lo que Marcos no sabía era que iba a dejar de estar de vacaciones para visitarla por trabajo.

Como siempre le ocurría cuando visitaba a su amada forense, tenía que hacer un gran esfuerzo para no desconectar de lo laboral, pues en su compañía el tiempo parecía detenerse y Marcos se olvidaba de todo lo demás. Desde la llegada de su aún vigente y petulante marido, la relación de Marcos con la forense de sus sueños estaba algo mejor. Ella no se dirigía a él, salvo si él la visitaba, pero aparte de empezar a sonreírle con asiduidad, cosa que en la gallega de hielo, como la llamaba él desde un principio, era todo un progreso, Rebeca Pereira se mostraba mucho más cercana que antes. “Tampoco es para echar cohetes, pero, por lo menos, ahora se detiene a hablar conmigo”, explicaba siempre el policía a su hermana Estela, que se había convertido en su alcahueta particular para intentar la conquista. Marcos había empezado a nombrarla con el diminutivo de niña que se utilizaba en la tierra, generando en ella un impulso de reivindicarse siempre como una mujer. “Niñuca, dice”, se defendía ella con cara de no ser precisamente un alma cándida, ante la sonrisa cómplice de él. “Si tú supieras”, se decía ella al despedirse.

Cuando llegó a la puerta del despacho de Rebeca, respiró hondo y rezó para que ella sintiera lo mismo por él. También rezó para que aquella locura que tanto le había costado hacer y que le había recomendado su hermana no llegase a oídos del miserable de Morenza, creándole más problemas, si es que podía haberlos, con aquel chulo vanidoso.

—¡Adelante! —ordenó Rebeca con su particular metal de voz que a Marcos le parecía la más bella de las melodías—. ¡Marcos! —Una pequeña sonrisilla de sorpresa en el rostro de ella dio un halo de esperanza al policía—. Te hacía de vacaciones. No esperaba verte.

—Este caso, ya sabes. —La mirada de él rebosaba ternura.

—Mira, este es el informe. —Rebeca abrió una carpetilla y se dispuso a ojearlo con él—. Idénticos signos de siempre. Es el mismo asesino.

Durante un rato, los dos hablaron de todo lo relacionado al crimen ocurrido en la playa y al caso en general. Marcos se sentía excitado. Era la primera vez que estaba tan cerca de ella y podía incluso oler su pelo desde esa posición. En un momento dado, el policía intentó agarrar la carpeta y tocó su mano. El contacto no duró más de un segundo, pero a él le pareció intenso, además de permitirle conocer el tacto de su piel, que hasta ese momento era todo un enigma. Como cada vez que hablaba con ella, él sintió ese algo especial que solamente se siente cuando el *feeling* entre dos personas es total y, como siempre, volvió a preguntarse si ella también se percataba.

—Bueno, pues ahora tengo que irme, no sé si puedo ayudarte en algo más. —Desde luego su conducta para con él había cambiado en ese tiempo.

—Sí, hay una cosa más. —Marcos sacó la carta que incluso había perfumado con la colonia de su chaqueta—, quiero que leas esto. —Rebeca dudó un segundo en si coger aquel sobre, pero al instante Marcos se lo colocó en su mano—. Hablamos luego.

Mientras Marcos Márquez abandonaba la estancia, Rebeca Pereira examinaba el sobre. Sabía lo que una acción así significaba y, de forma instantánea y desoyendo el sentido del deber que, casi nunca obviaba, se sentó de nuevo en su escritorio y se dispuso a descubrir qué mensaje contenían aquellas páginas.

En la otra punta de la ciudad y después de despertar a las tres mujeres que conquistó el día anterior y de invitarlas a salir de su

recientemente adquirida propiedad, Samuel Abascal comenzó a vestirse. Lo hizo como un guerrero antes de la lucha, concentrado, decidido. Se miró al espejo, sonriendo. Pensó que su aspecto era inmejorable y al segundo siguiente la imagen que el cristal le devolvía muto hacia una persona más adulta. Al poco, abandonó la villa decidido a recorrer un poco más del camino que le llevaría a alcanzar la victoria.

Finales de los años veinte del siglo XIX, Norte América.

Cuando Edgar Allan Poe volvió a tener consciencia sobre sí mismo se sentía como si acabara de terminar de correr una maratón. Más que cansado, estaba derrumbado por dentro. Su cuerpo no albergaba ni frío, ni calor, más bien tenía una sensación que no recordaba haber sentido antes. Su visión era borrosa, rozando el blanco y negro, y alcanzaba tan sólo a discernir sombras y formas irreconocibles a su alrededor. De fondo, escuchaba ruidos parecidos a lamentos y quejidos, distorsionados, atronadores. Un fuerte olor a azufre le tenía cerca de la náusea y por más que intentaba recomponer su verticalidad no lo conseguía. Creyó estar flotando en algún tipo de líquido viscoso. Ignoraba dónde estaba, ni si aquello era un sueño o si, en realidad, había muerto.

De pronto, una inmensa luz se materializó ante él. Intensa, pero para nada clara, pues proyectaba un tono oscuro, decadente, penetrante. Se sintió atraído en el acto, de forma irremediable. Su cuerpo flotó en aquel viscoso líquido en dirección a la siniestra luz. No sabía si por propia voluntad, pues, por más que intentaba no decidía sobre sus movimientos, tampoco encontraba en su cabeza motivos para no dejarse atrapar por ese irresistible magnetismo en forma de siniestra luz.

Cuanto más se acercaba a ese haz de oscura luminosidad mayor era la sensación de placidez. El líquido viscoso le mecía al son de una calma, desmesurada, profunda, que contrastaba con las

insidiosas voces que, a medida que se acercaba, escuchaba con más fuerza.

Poco después, del aura de tenebrosa luz salieron unos brazos que, desesperados, luchaban por atraerle hacia ellos.

Casi cuando lo habían alcanzado, una espectral voz retumbó majestuosa.

—¡¡¡¡¡Noooooooooo!!!! —La voz ronca, majestuosa, no pedía, mandaba.

Al instante, sintió un fuerte tirón que le alejaba con furia de allí. Vio como todo se alejaba, dejó atrás aquel viscoso líquido, la sinuosa luz, los brazos y los quejidos... al poco, volvió a respirar de nuevo.

Abrió los ojos y se descubrió tendido en el cementerio. La lluvia continuaba golpeando con fuerza y se sentía aturdido. Un grupo de personas se amontonaba a su alrededor, haciendo todo tipo de apreciaciones y preguntas. John Allan lo observaba, en silencio, con gesto serio.

—Frances, mi Frances. —El escritor no consiguió articular más palabras, mientras una lágrima caía de sus ojos.

—¿Necesitas ayuda, chico? —Fue lo único que le dijo su padrastro mientras Edgar estuvo en el hospital—. Me han dicho que debes dinero.

Ante la sorpresa de Poe y, seguramente, sensible aún por el fallecimiento de su esposa, John Allan se hizo cargo de las deudas del escritor. Pese a su orgullo, el escritor no lo rehuyó.

Antes de volver a West Point, Edgar pasó una temporada en Baltimore. Allí coincidió con gran parte de su familia paterna a los que tenía algo descuidados.

—Lamento mucho lo de Frances. —Le saludaba su tía viuda, María Clemm Poe cuando, aun con su bolsa del ejército colgada al hombro, un Edgar descompuesto llegaba a la propiedad familiar de dos plantas—. Me alegro de que estés estos días con nosotros.

—Me apetecía evadirme un tiempo. —Sonreía con un halo de tristeza Edgar.

—Luego vendrá tu hermano, William Henry, que ha ido con mi hijo Henry a sacar a paseo a tu abuela, que la pobre está en silla de ruedas y necesita muchos cuidados. Ven, deja eso aquí. —La mujer señaló la pesada bolsa—. Quiero que saludes a mi hija.

Los dos entraron en una pequeña salita y una chiquilla de aspecto tímido se presentó como Virginia Eliza Clemm.

—¿Así que esta es mi primita? —La muchacha miraba al suelo.

—¡Pero bueno! —atacaba enérgica María Clemm—. ¿Es que no vas a dar dos besos a Edgar?

La joven, de unos 7 u 8 años se puso en el acto roja como un tomate en época de madurez. Mientras, Edgar sonreía sabedor del encanto que desprendía.

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

Carta de Marcos a Rebeca

¡Hola, niñuca!

Hace un tiempo que intento escribirte estas letras, pero por unas cosas o por otras no he podido hacerlo. Hoy me decido por fin, pero he de advertirte que el valor lo llevo justo, y eso que sabes que soy un policía valiente. También me gustaría decirte que llevo un buen rato pensando cómo afrontar esto y es más difícil de lo que creía.

Para comenzar, no quiero que pienses mal de mí por lo que voy a confesarte. Sé que tú tienes un marido, que aunque no represente absolutamente nada para ti, legalmente lo continúa siendo. También soy consciente de que mi situación de luto debería inhibirme a este tipo de cosas, pero es que hay cosas que no se pueden controlar.

Rebeca, te quiero desde el día en que te vi y deseo que seas mía. Es difícil escribir esto, pero no he encontrado la manera de decírtelo en persona. Espero que sepas perdonármelo y que hablemos de ello, ahora que ya estás al tanto. Sé que por tu situación nada puedo pedirte, pero quería explicarte mi comportamiento de todos estos meses. Puedes creerme si te digo que estoy pasando por un verdadero infierno, más aún desde que

ha venido tu marido dificultándolo todo. Verte cada día en el trabajo y no poder hacer para acercarme a ti es un verdadero suplicio. No sé qué me ha ocurrido contigo, pero desde aquel lejano 16 de septiembre en que hablamos por primera vez en la puerta de tu departamento, no he conseguido sacarte de mi cabeza, niñuca. Por más que he luchado, me ha resultado imposible y me he ido enredando cada día más en esta tela de araña macabra que yo mismo, o mejor dicho mi cabeza, he montado.

Al principio fue un “Qué bien me cae esta chica”, luego un “que a gusto estoy en su compañía”, para terminar con un “Me encanta y se me cae la baba cuando la veo”. Lo admito, soy culpable de quererte en el silencio de la distancia. Producto de esto me he acercado a ti, o lo he intentado, que tú no me pones las cosas demasiado fáciles, de la forma más torpe que podía (yo que siempre me he jactado de ser bueno conquistando, me encuentro en esta irónica tesitura), molestándote al intentar encontrarme contigo en las situaciones más inverosímiles, visitándote con cualquier excusa y dejándote pistas en los informes y haciendo que no puedas echarme de menos porque siempre estoy ahí.

No quiero alargarme mucho más, aunque si de mí dependiera me pasaría hablando de todo lo que me gusta de ti durante hojas y hojas. Solamente, y para terminar, decirte que para mí, tú eres perfecta.

Me he permitido el lujo de escribir unas letras que me evocas. Nunca he sido un gran escritor, por lo que espero que sepas perdonar si no tiene el nivel que una gran lectora como lo eres tú podría esperar.

En el mundo en el que vivimos el susurro más certero es aquel que nos hace soñar. Es aquel que nos nace del pensamiento. El deseo hace mella en nuestro cuerpo, nos pide lujuria, nos pide el mismo deseo... sobreexcitación de todos los sentidos al roce de tu piel, al escuchar tu nombre. Un sudor frío recorre sin querer toda mi piel, dando rienda suelta a mi imaginación con sólo desearte. Pero al tenerte, aunque sea en mis sueños, son pequeños tesoros que

guardo, a buen recaudo, para en futuras ocasiones no perderme en ese laberinto que es tu figura, porque cada experiencia es única, es mágica. No hay palabras que lo expliquen, no hay momento que lo manifieste, sólo sentir es la definición. Solamente estremecer es la palabra. Cuando te tengo a mi lado, cuando te hago mía, cuando me siento tuyo, cuando somos uno...

Marcos Márquez Cossío.

Rebeca Pereira terminó de leer aquellas palabras, tragó saliva, guardó la carta en un lugar seguro y procedió a continuar con su jornada de trabajo.

Antes de salir al exterior, Marcos fue a visitar a su hermana para comunicarle que la entrega del papel que podía cambiar su vida ya estaba hecha.

—No sé si he hecho bien. —El policía parecía un quinceañero antes de pedir ir al baile de graduación a su primer amor.

—Mejor por escrito, es menos violento —contestó ella mirándole como si en vez de un hombre, tuviera delante a un muchacho—. ¿No habrás escrito demasiado? Recuerda que menos es más.

Para completar el curso de las casualidades, los padres de ambos aparecieron al fondo del pasillo. Marcos los miró con la nostalgia del que sabe la verdad y le duele reconocerla, pero el secreto de su padre estaba a salvo con él. También les observó con cierta envidia. Después de tanto tiempo juntos se les veía igual de enamorados que los protagonistas de esas películas “romantiqueras” que, a regañadientes, acompañaba a ver al cine Capitol a su hermana y que, en la mayoría de las ocasiones, le hacían llorar a él mismo. No pudo evitar pensar en si la forense de su amor ya habría leído su carta.

—¿Te has enterado, padre? —La cara de Tasio cambió de golpe—. Esta vez en la playa. —Marcos le tendió las carpetas con los informes.

Tasio recogió los papeles, acelerado, mientras Marcos aguardó expectante. Al ver que era un tema de trabajo importante las dos

mujeres se hicieron a un lado y una visitante no esperada hizo su aparición estelar cogiéndoles a todos de improviso.

Rebeca Pereira se acercó a Marcos que pensó que los segundos que ella tardó en recorrer el pasillo fueron siglos, le agarró del brazo, se acercó a su oído y le susurró:

—De acuerdo, como no puedes pedirme nada, todo seguirá igual entre nosotros. Lo dejamos como está.

Sin mediar palabra, Rebeca se separó del policía, se despidió de todos los allí presentes, y se marchó, dejando a Marcos en un estado entre la indisposición y el principio de muerte. Su hermana, que ya se había percatado, se apresuró a abrazarle.

Finales de los años veinte del siglo XIX, Norte América.

En esos meses de descanso en Baltimore que Edgar se tomó antes de regresar a West Point, el bostoniano se acercó a su joven prima, Virginia, que le veía como un auténtico héroe. Él la enseñó a perfeccionar su escritura y lectura, aconsejándole siempre de manera tierna, pues la veía como la niña que era.

Aparte de ser casi un tutor de su prima y de Henry, el hermano mayor de esta, pasó mucho tiempo con su hermano, William Henry, que, debido a sus problemas de salud, causados por su gran adicción al alcohol, estuvo una temporada sin viajar tanto como acostumbraba.

*Con esfuerzo y la ayuda de todos, Poe consiguió publicar su segundo libro: *Al Aaraaf, Tamerlane and Minor Poems*, que, como ocurrió con su primer volumen, pasó casi desapercibido para el público. Aunque esta vez no fue así para la prensa.*

—No sé si era mejor cuando me ignoraban —confesaba amargamente Edgar a su hermano William—. Porque me están fustigando con sus críticas atroces.

—Para nada, es mejor así. Que hablen siempre de uno aunque sea para mal. De todas formas creo que John Neal ha escrito

favorablemente de ti.

—¿John Neal? ¿El famoso crítico?

—Sí, mira —William Henry sacó un rotativo de debajo de su casaca y se lo tendió a su hermano.

—“Será el primerísimo en las filas de verdaderos poetas”. —Leía con entusiasmo Edgar.

—Y también. —William Henry colocó otro recorte encima de la mesa—. Este es de Sarah Hale.

—“Edgar Allan Poe recuerda a un poeta no menor que Shelley”. —La sonrisa del escritor no podía ser más amplia.

—Sarah Hale es una de las damas más influyentes y atractivas de todo Norteamérica. Sedúcela y haréis una gran pareja —añadió con sarcasmo el hermano mayor.

—Es buena escribiendo, pero he oído que desde que se quedó viuda no deja el negro, ni tampoco se acerca a los hombres.

—Ese no es problema para ti, hermanito. —El tono de William Henry evidenciaba que la conversación ya no era seria—. Eres un seductor nato. Mira como tienes a Virginia, loca por ti.

—¡¡¡Que es una niña, y además familia!!! —reprobaba Edgar siguiendo el juego de su hermano.

—Que yo no digo que hagas nada con la prima, sólo con la viudita. —Ambos comenzaron a reír a carcajadas

—Me encanta estar pasando este tiempo contigo —replicó Edgar.

—Eso es porque te enseñó lo que en realidad es la vida.

Los hermanos continuaron charlando y conectando cada vez más, mientras una oscura presencia observaba todo con disgusto. Abraham nunca quiso que los hermanos estuvieran demasiado unidos. Ya les separó al nacer, porque sabía que William Henry no sería una buena influencia.

—Le haré una oferta que no podrá rechazar —sopesaba Abraham con maquiavélica expresión desde el interior de su lujoso carruaje, mientras observaba a unas prostitutas que se contoneaban de forma vulgar en la acera.

—Ahora vengo. —La cara de Giacomo al comprobar las intenciones de su amante clandestino reflejaba su malestar—. ¿Quiere unirse, Ludwig?

—Yo ya no tengo edad, que vaya Giacomo si quiere. —El anciano sirviente disfrutaba del momento a sabiendas de la condición de Giacomo.

—Hola, chicas. —El oscuro hombre sonreía al abrir la puerta del lujoso carruaje.

—Míralas, qué rameritas —pronunciaba con asco el joven Giacomo—. Merecen la muerte. —Lágrimas contenidas, orgullo de amor herido.

—Precisamente, no creo que les quede demasiado tiempo de vida —admitía con resignación el viejo criado—. Por lo menos pasaran un gran rato antes de que se las cargue—. Un nuevo ataque para finalizar.

Giacomo, que hacía tiempo sospechaba las mortuorias actividades de su amado Abraham, observó a su némesis en silencio. Mientras, su oscuro señor se alejaba hacia un lúgubre callejón acompañado por aquellas tres fámulas de cuestionable reputación que ignoraban la verdadera labor que desempeñarían en aquella obra.

Al día siguiente la policía de Baltimore investigaba el brutal asesinato de las 3 mujeres.

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

Después de salir del hospital, Marcos caminaba sin saber bien lo que esperaba encontrarse en el domicilio de la nueva víctima. Volvía a tener un presentimiento. Algo oscuro se cernía de nuevo sobre la ciudad de Santander. Mientras andaba, el inspector ojeaba el informe que le había preparado su amigo. Esta vez, la víctima era un joven de 25 años, de nombre Jacobo Díaz, del que tampoco constaba demasiada información en los archivos de la policía, o por lo menos no era demasiado relevante, ya que no estaba incluida en el informe. El fallecido había participado en algunas reyertas con denuncia de por medio, pero poco más. Sin darse apenas cuenta, el inspector llegó a la calle de La cuesta del hospital, domicilio de Jacobo. Al llegar al portal, Marcos estudió de forma breve el informe de la forense de su amor, con la rabia del que sabe que debe continuar con el trabajo, pero que solamente desea llorar. El joven fue asesinado en la playa de “El Camello” sobre las diez de la noche del día anterior. Todo indicaba que, de nuevo, se encontraba ante una obra de los asesinos de la sombra, ya que la forma en que aquel asesinato se había llevado a cabo era idéntica a la que les tenían acostumbrados aquellos dos desalmados. Sabía que aquellos dos desalmados nunca hacían las cosas de forma fortuita. Con ellos todo estaba planeado al milímetro y, como siempre, su juego ya habría comenzado. Aunque aún le quedaba bastante que leer de aquellos papeles, algo dentro de él le decía con fuerza que debía subir a la vivienda para investigar de inmediato. “Otra vez esa voz dentro de mi cabeza”, pensaba con miedo.

Deseaba encontrar alguna concordancia entre las tres víctimas, las dos de mayo y esta, con Samuel Abascal. Santiago Sánchez, el asesinado en el faro, había trabajado en el orfanato en el que se crió aquel desalmado. ¿Qué relación podía tener Jacobo con Samuel? Esperaba averiguarlo.

Por lo que sabía, el joven vivía con su anciana madre y trabajaba de electricista para un taller cercano. Consideraba casi un ultraje ir a investigar de esa forma tan clandestina justo después de su asesinato, pero el intento de que la justicia prevalezca no entiende de sentimientos, ni casi de moralidad.

Ascendió por los viejos escalones de madera, sorteando las grietas que los años y el mal uso les habían dejado de herencia mientras pensaba en su padre, en Rebeca, en Estela, en que creía que nada estaba marchando medianamente bien. Se detuvo entre dos pisos a coger aire, no le faltaba por esfuerzo, más bien era por angustia. Tragó saliva y se obligó a continuar.

Lo primero que le llamó la atención cuando llegó al descansillo fue el fuerte olor a cerrado y a humedad que reinaba en aquel inmueble, aunque lo atribuyó a la antigüedad del mismo. Le llamó la atención que de fondo se escuchaba una vieja canción que parecía proceder de alguna gramola cercana. El sonido era repetitivo y estridente, le ponía nervioso. Por más que lo intentó, Marcos no logró identificar si aquel desconcertante “soniquete” provenía de la vivienda que iba a investigar o de otra cercana. Era extraño. Le recordaba a la melodía principal de una vieja película de terror que vio varios años atrás en la que los payasos de un circo abandonado mataban hasta a el apuntador. “La banda sonora perfecta para entrar en una casa a hurtadillas” pensó.

Llamó al timbre y, como había supuesto, no obtuvo respuesta. La familia estaría en el velatorio a esas horas. “Mejor”, pensó, “se evitarán el mal trago”.

De su bolsillo, sacó una suerte de ganzúa, medio oxidada, y en pocos segundos abrió la puerta del domicilio ayudándose con un pañuelo de tela para no dejar huellas. Pensó en Morenza y su cara de felicidad al comprobar que había allanado una propiedad ajena sin orden judicial que lo ordenara y dudó si entrar, pero sabía que debía hacerlo. Además, si las cosas se ponían mal, Miguel le había ordenado hacerlo. Nada más introducirse en el hogar, atisbó un pequeño salón a su izquierda y una cocina a su derecha. Todo

parecía muy descuidado y sucio. Las ventanas estaban casi abajo del todo, por lo que la luz que se filtraba por las rendijas era mínima. Presionó el interruptor de la luz sin éxito alguno, parecía que o los automáticos estaban desactivados o, directamente, la compañía la tenía cortada. Sacó su linterna y avanzó lentamente por un pasillo de paredes desconchadas. Sabía que ahí no debería haber peligro alguno, pero un mal presentimiento, que se acrecentaba a cada momento que pasaba, había comenzado a apoderarse de él desde que entró en la casa. Suponía que se debería a la sugestión de todo lo que le rodeaba. “Esa maldita música, no ayuda”, comentó de forma casi imperceptible en referencia a la macabra banda sonora que, de fondo, le seguía acompañando. La misma canción se repetía con cadencia lenta una y otra vez. Era más chirrido que música. Se percató que debía proceder de otra vivienda, pues en esta no había luz eléctrica. Aun así, la escuchaba demasiado cercana. Continuó avanzando con cuidado.

Aún en el hospital, Estela Márquez descubrió como la vida podía ser tan dolorosa como el peor de los tormentos. Ocurrió de casualidad, llevando unos informes de un departamento a otro que una compañera, que quería tomarse un descanso no retribuido, le “encasquetó”. Ella nunca solía curiosear en los papeles de trabajo, pero el nombre del paciente le sorprendió. Era el de su padre. Comenzó a leer con curiosidad y después de unos breves segundos, Estela dejó caer todos los demás papales, se echó una mano a la boca para intentar tapar el desgarrador grito que su boca emitió a traición y unas lágrimas, tan amargas como desesperadas, cubrieron su rostro.

Al poco, Marcos se encontró con otra puerta a la izquierda, entrecerrada. Al abrirla, se topó con la habitación de una persona mayor, supuso que sería de la madre de la víctima. No entró. La luz que emitía su linterna no era excesiva ya que parecía que las pilas estuvieran pidiendo la jubilación, pero pudo ver al fondo un añejo colchón, con un gran crucifijo gobernando la escena justo encima. Fotos antiguas en las que aparecía una bella mujer, que presupuso

de la dueña de aquella estancia, y un empapelado de dudoso gusto a punto de despegarse de la pared completaban el cuadro decadente. Continuó avanzando por el pasillo de paredes abombadas y se percató que, aunque no sabía desde cuándo, ya no escuchaba aquella canción odiosa que se repetía en la gramola. Se sentía mareado. Llegó a otra puerta, esta vez a su derecha, que estaba cerrada. Sin perder tiempo, ya que, aunque el domicilio se encontraba vacío, él no debería estar allí, intentó abrir la puerta. Un par de intentos vanos bastaron para que desistiera. No pensó en derribarla, sabía que no debía alterar nada para que no se denunciara un allanamiento de morada que pudiera complicarle. Con la llegada de ese indeseable hombre de Madrid no quería arriesgarse a ser pasto de una investigación. Para él sería el fin.

Marcos, miró al fondo del pasillo ayudado por el tenue haz de la linterna que cada vez tenía menos ganas de hacer su trabajo y descubrió otras dos puertas, una a cada lado. La primera, a su izquierda, era un cuarto de baño. Sin entrar, inspeccionó la pequeña estancia, constatando que hacía tiempo que la limpieza no abundaba en aquel domicilio. La última puerta, la del fondo a la derecha, resultó ser la habitación de Jacobo. Se introdujo en ella sin saber qué buscaba, ni por qué estaba ahí. Una cama deshecha, una enorme bandera de las J.O.N.S colgada en la pared y, en el suelo, unas mancuernas con pesas para hacer ejercicio junto a un pequeño armario que contenía unas pocas camisas y algún pantalón era todo lo que había. Caminó en círculos por la pequeña habitación, buscando algún indicio que pudiera relacionar a la víctima con la pareja de asesinos “Si es que continúan matando en equipo”. “Mierda, estoy perdiendo el tiempo, aquí no hay nada”, se repetía desesperado antes de disponerse a enfilear de nuevo el pasillo con el fin de abandonar el piso antes de ser descubierto.

Sin salir de la estancia se volvió para echarla un último vistazo. Le pareció triste, pero eso no era relevante para el caso. El rotundo silencio del ambiente le ponía nervioso, era sobrecogedor. Casi echaba de menos aquella musiquilla ratonera que se escuchaba

minutos antes. No sabía a qué se debía, pero desde hacía un rato no se encontraba demasiado bien. Su tripa parecía albergar dentro un huracán que destruía todo a su paso. Sería el café que tomó antes de salir de la comisaria, que no le habrá sentado bien. La mezcla de medicamentos, alcohol, tensión y malas noticias tampoco ayudarían demasiado.

De repente, un ruido sordo, como el de un disparo con silenciador, le sacó de sus pensamientos. Sabía que había tenido que producirse en esa misma casa, pero se pensaba solo y no veía motivo alguno para tal cosa, por lo que, desconcertado, sacó su pistola y se dirigió al único punto que no había podido explorar.

En su domicilio de “Los chalets de la Tierra”, Tasio, que acababa de llegar, se sentó en su butaca de “sky” dejando caer con él el peso de todo lo que tenía encima. Se encontraba cansado, mucho, y cada vez tenía más claro que no podría ocultar su secreto a las mujeres de su familia que parecían estrecharle el cerco de sus mentiras a cada instante. “Las mujeres y su sexto sentido”, pensó. La llamada le cogió desprevenido, no tanto el que se produjera, como más bien el mensaje que recibió.

—Lo sé todo, Papá. —La voz de Estela, temblorosa y jadeante al otro lado de la línea—. Lo he visto al llevar unos papeles.

—Estela, yo... no he podido decíroslo antes. Quería evitaros todo lo posible el mal trago... —Tasio luchaba por no sucumbir al llanto que le acechaba.

Un incómodo y, para Tasio, eterno silencio, llegó para que ambos tuvieran tiempo de reflexionar. Tasio se dio cuenta de que en la vida, por más que queramos posponer las cosas, lo que es inevitable, lo es y no hay otra manera de verlo. Estela, entendió el extraño comportamiento de su amado progenitor.

—Te quiero, papá —concedió al fin Estela entre lágrimas—. Luego te veo.

—Y yo hija, mucho. —La voz de Tasio pareció derrotada.

Cuando el ex policía escuchó el pitido que indicaba que la conversación había finalizado, se quedó aún un buen rato con el

auricular pegado a la oreja, sin hacer nada. Pensando tan sólo en lo que vendría a partir de ahora.

Justo antes de que Marcos pudiera situarse en frente, la puerta del pasillo que antes estaba cerrada se abrió lentamente emitiendo al hacerlo un inquietante chirrido.

Sin saber qué pensar el inspector descubrió dentro de la pequeña sala el cadáver de una mujer anciana. El humo producido por el desgarramiento de la bala al entrar en su cuerpo confesaba que el ruido del disparo que escuchó segundos antes se produjo ahí. Marcos miró de forma apresurada en el interior y no consiguió ver a nadie, tampoco nada en lo que esconderse, ni siquiera cortinas, pues la estancia carecía de cualquier mobiliario. Arrimó la puerta todo lo que pudo a la pared, para constatar que no hubiera nadie escondido allí. La persiana estaba abajo del todo, por lo que, en esa estancia, no había más luz que la que le daba su linterna, y, a esas alturas, no era demasiada. No entendía nada. Alguien había tenido que matar a esa mujer, pero la persiana estaba cerrada y había visto abrirse la puerta ante él. Miró a izquierda y derecha del pasillo y no descubrió movimiento alguno tampoco.

Entre dudas, se adentró en la estancia lentamente, aturdido. Su estómago continuó jugándole una mala pasada, en el peor de los momentos, y había comenzado a sentir un frío estremecedor por todo el cuerpo. “Esto ya lo he vivido antes”, pensó entre todo el mareo que le dominaba, Marcos en relación al día que entró, seis meses atrás en el faro.

Después de un breve vistazo, Márquez junior, determinó que ahí no había nadie más. Tan sólo el cadáver de la pobre mujer a la que asociaba, algunos años mediante, con la bella mujer que vio en las fotos de la otra habitación. Se acercó al cuerpo sin dejar de mirar en todas direcciones, moviendo nervioso la linterna en la oscuridad, jadeando por la falta de aire. Apuntó con la pistola en dirección a la puerta e intentó encontrar pulso en el cuello de la víctima con la otra mano. No lo encontró y notó como comenzaba a aumentar la adrenalina en su cuerpo hasta llegar a dirigir sus movimientos.

Imposible controlar su respiración a esas alturas. Nervioso buscó ahora en la muñeca, tampoco notó los latidos de un corazón que parecía parado. Como era de esperar estaba muerta. De repente se percató, de forma paradójica, no parecía que hubiera disparos en el cuerpo, aunque eso, mejor, ya lo determinaría con la luz del día. Se volvió intuitivamente hacia la ventana con la intención de levantar la persiana pero un fuerte ruido, justo al otro lado de la estancia, lo sobresaltó.

La puerta se cerró con violencia. Estaba atrapado. Sin entender nada aún, movió la débil luz de su linterna por toda la estancia, a toda velocidad. No vio a nadie y pensó que le habían cerrado desde fuera. “He caído en una trampa, mierda”.

Intentó escuchar algún sonido del exterior, pero tan solo oía su propia respiración, desatada a esas alturas. Pese a toda la experiencia que atesoraba y las técnicas de autocontrol que conocía, mantener la calma en un momento así era casi imposible. Al instante siguiente, sintió que una mano le tocaba su espalda. Se giró a toda prisa pero no descubrió a nadie. “No han sido imaginaciones mías”, pensó. Un segundo más tarde, se quedó totalmente a oscuras, la linterna había fallado. Golpeó nervioso un par de veces el aparato por si las pilas se habían movido, pero ya no encendía. Sintió como un despiadado pánico lo dominaba. Se levantó y, a tientas, se acerca a la puerta sin dejar de apuntar con la pistola hacia ninguna parte. La puerta no se abría.

—¿Tienes miedo, Marcos? —El policía se giró veloz.

Rebeca Pereira llevaba todo el día extraña, aquella carta que el policía la había entregado tenía la culpa. Se encontraba en su despacho, dispuesta a terminar un informe de una autopsia cuando la puerta se abrió de forma sibilina. Supo en el acto de quién se trataba. Eran demasiados años junto a él como para no saberlo.

—¿Cómo está la mujer más bella sobre la faz de la tierra? — Morenza portaba una sonrisa cínica, de las que Rebeca sabía que había que alejarse lo más posible.

—Buenos días, Pablo —contestó tan sólo ella.

—¿Es esa la forma en la que una dedicada mujer debe tratar a su marido? —El cinismo continuaba en pie de guerra en Morenza.

—Trato a la gente como se merece y a veces hasta les otorgo más cortesía de la necesaria. Ya sabes que mis padres me educaron bien ¿Qué quieres? —Rebeca no deseaba conceder ni un milímetro de espacio a su marido.

—Benditos tus padres por hacerte tan bien y sacarte a delante hasta traerte a mí. Eso sí, se podían haber ahorrado el colegio de pago, que las monjas os distraen y os hacen estar resentidas de por vida, la verdad. —Morenza continuó con su juego.

—¿Vienes a darme lecciones morales?

—En realidad vengo a comunicarte que, a partir del mes que viene, los dos volvemos a La Coruña. En condición de tu marido he pedido el traslado de ambos y ya estoy tramitando todo.

—¡No puedes...! —Rebeca luchó por no gritar como deseaba en su puesto de trabajo. Sabía que era lo que él buscaba—. Hacer eso —matizó más calmada.

Sin mediar ni una sola palabra más, Morenza se levantó y, como siempre hacía, procedió a salir de la estancia de una manera de lo más afectada. Antes de salir, añadió sin siquiera volverse:

—¿No puedo? ¿Seguro?

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Rebeca se quedó pensando en qué podría hacer para evitar aquello. Aunque en su día cayó totalmente enamorada de su marido, la atracción que le desprendía como hombre continuaba presente incluso ahora que le despreciaba como persona, ahora que deseaba tenerle lo más lejos posible. Acercó sus manos a la cara y comenzó a ahogar suspiros entre lágrimas rotas.

—¿Tienes miedo, Marcos?

La conocida voz atronaba la estancia. El inspector no dejaba de apuntar con su pistola. No sabía hacia dónde, pues la habitación continuaba sumida en la más profunda oscuridad, pero el instinto de supervivencia le obligaba a no bajar los brazos.

—¿Querrías dispararme, verdad? ¿Cuántas veces has soñado matarme? —Marcos estaba a punto de sufrir un infarto. Ya ni siquiera sabía si estaba viviendo algo real o una mala pesadilla. Apoyó la espalda lo más que pudo contra la puerta — Nunca te gusté y no entiendo qué pude hacer mal. Solamente era un niño inocente.

—Tenía miedo de que mi hermana se enamorara de ti, Samuel —contestó al fin el policía sacando fuerzas de donde podía—. Aunque engañaste a todos con tu cara de niño bueno, yo sabía que llevabas el mal dentro.

—Así me gusta —contestó desde la oscuridad la voz de Samuel Abascal—, con cojones. Piensa lo que quieras, pero cuando aquello yo no era malo.

—¿Y ahora sí lo eres? —Marcos intentó ganar tiempo para que su enemigo cometiera algún error, de lo contrario estaba perdido. La pistola al frente, el dedo, temblando, preparado en el percutor.

Una carcajada espectral resonó por toda la estancia. Marcos hizo un esfuerzo por no parecer amedrentado.

—No quieras comprobarlo. Si quisiera matarte ya lo habría hecho, Marcos. Llevo mucho tiempo observándote. Sabes que hubo un tiempo en el que en el fondo te admiraba. Pese a tu desafortunada conducta conmigo, eras un ejemplo a seguir, tan perfecto, tan bueno con todos. Es una pena ver en lo que te has convertido.

Marcos decidió no contestar. Quería ver hacia dónde se encaminaba la situación. Continuó apuntando al frente, más o menos hacia donde creía que procedía la voz, aunque esta iba cambiando de posición a cada frase.

—¿No dices nada, Márquez? —El tono socarrón evidenciaba un ataque—. ¿Te guardas los discursos para impresionar a la forense esa por la que babeas? Es una pena que sea de otro. Igual un día la hago una visita.

Sin poder evitarlo, Marcos apretó el gatillo varias veces, cambiando la dirección por toda la sala. Por más que miró alrededor,

ayudado por el aura de luminosidad que provocaban sus disparos en la oscuridad, no vio a nadie.

—Esta fue una de las cosas que primero detesté de ti. Tú falta de criterio ante las decisiones difíciles.

La luz de la habitación se encendió de repente y Samuel, a un par de metros de Marcos, apareció con las manos levantadas a modo de irónica presentación. No parecía estar herido. Marcos volvió a escuchar la gramola de fondo con la misma música estridente, casi histriónica. No comprendía qué estaba ocurriendo, ni cómo Samuel estaba ileso, pero sabía que estaba jugando de nuevo con él.

—¡Alto! Estás deteni...

—¿Aún crees que controlas la situación? —Samuel suspiró, aburrido—. Al final vas a ser más necio de lo que yo creía.

—¡Qué te calles, escoria! Pagarás por todos tus crímenes. — Marcos estaba fuera de sí.

—Eso no es lo que quiero conseguir entregándome.

—Entonces, ¿por qué haces esto? —Marcos continuaba apuntando a su némesis. No comprendía nada.

—Por Estela. —Samuel rió, e instintivamente Marcos tensó de nuevo el percusor—. ¿Te sorprende? Si no fuera por ella tú ya estarías muerto.

—No dejaré que te acerques a ella, hijo de puta.

—Al contrario. —Samuel sonrió ampliamente—. Tú me servirás para acercarme a ella.

—Ni lo sueñes, vas a ir de cabeza a la cárcel.

—No, si se demuestra antes mi inocencia... —Samuel acercó sus manos al policía, juntas—. Y a eso es a lo que me vas a ayudar tú. Ahora sí que puedes detenerme. —El tono controlador impuso a Marcos, que temblaba notoriamente desde hacía un rato.

Marcos se acercó a Samuel con el mayor de los cuidados para ponerle las esposas. No quería llevarse ningún susto. Continuaba sin entender nada y, por ende, sin fiarse.

—No tengas miedo. Te he dicho que no voy a hacerte nada. — Samuel se reía de nuevo. Lo estaba pasando bien—. Deberías estar más preocupado por los diez disparos procedentes de tu arma que han impactado en el cuerpo de la señora de la casa.

Marcos miró el cadáver en el suelo rezumando humo y luego a su adversario que le sonreía de forma cómplice. El inspector sabía que todo aquello era imposible, pero lo estaba viviendo y se obligaba a continuar.

—Tienes derecho a permanecer en silencio, cualquier cosa que dig...

—Ahórrate el sermón, ¿vale?

Marcos, en silencio empujó a Samuel hacia la puerta de salida intentando reafirmarse. Aunque fuera de la forma más extraña, por fin tenía a ese malnacido detenido. Aunque el cómo se había desarrollado la situación, le tenía sumamente confundido.

—Tranquilo, no te vayas a despeinar. —La actitud socarrona del detenido crispó los nervios del inspector, que continuó en silencio unos segundos hasta que terminó explotando.

—¡Estás loco!

—¿Seguro que yo soy el loco? —Marcos se detuvo—. Porque el que ve cosas que no pueden ser verdad eres tú. —Continuaba disfrutando.

—¡Sigue andando! —Marcos no quería seguir con ese demencial juego.

—Relájate, muchacho. A ver, es fácil, si tú me ayudas cuando te lo pida, yo, a cambio, te conseguiré una cita con la forense esa, que estás muy tenso, hombre.

—¡Tira! —Pese a empujar a su adversario, Marcos tuvo que contenerse para no golpear al hombre que tanto odiaba. No se sentía feliz. Tampoco las tenía todas consigo. Aquello le sobrepasaba.

Mientras bajaban las escaleras; Samuel delante, esposado y Marcos, pistola en mano, justo detrás; el detenido siguió a lo suyo.

—¿Cómo vas a explicar tu entrada a este domicilio sin una orden? —Sólo silencio en respuesta—. ¿Y lo de las balas de tu pistola matando a esa pobre mujer? Por más que tu amiguito Miguel intente ayudarte, el de Madrid no te va a perdonar esto.

—Ya estaba muerta.

—¿Estás seguro de eso, Marcos?

—Además, todo ha sido para atraparte. Eres un objetivo de alto grado.

—Me halaga, pero eso no tapa que has disparado diez veces tu arma. Matando a una inocente.

Marcos se detuvo entre dos pisos, mientras Samuel continuaba bajando las escaleras como si nada.

—¡Alto, Samuel! —El percusor del revólver del policía se tensó de nuevo. El otro prosiguió su descenso como si nada—. ¡He dicho que alto!

Samuel se giró, sabedor de su dominio, y con gesto condescendiente sonrió. No abrió la boca, pero su voz sonó dentro de la mente de Marcos que horrorizado intentó moverse. No lo consiguió por más que lo intentó. El miedo aceleró su corazón.

—No hagas el tonto, Marcos. Te estoy dando una oportunidad para que consigas lo que deseas en la vida. —El policía, inmóvil, atendió aterrado la voz dentro de su cabeza—. Si no quisiera no me habría entregado, y si quisiera, ya me habría escapado. No intentes entender lo que ocurre, para ti va a ser muy complicado. Tan sólo necesito que me ayudes a acercarme a tu hermana, y yo haré que tengas todo lo que desees. Sé que anhelas el reconocimiento de tu padre, de la gente por tu trabajo y no por ser su hijo y, sobre todo, el amor de esa forense. También puedo conseguirte una muerte digna e indolora para el gran Tasio y quitarte del medio a la cucaracha de Morenza. Sé bueno y lo tendrás todo.

—Estela está casada —respondió el otro, al fin.

Samuel sonrió cómplice y se acercó a Marcos hasta quedar a un palmo de su rostro, haciendo que el policía se estremeciera.

—También la señorita Morenza y no creo que eso te importe. Lamento lo de tu señora, por cierto, pero deberías guardarle luto. — La voz de Samuel continuó resonando en el interior de la cabeza de Marcos, que intentaba controlar los temblores que le dominaban de forma alarmante—. Puedes hacer esto por las buenas o por las malas. Tú decides.

—Si eres capaz de hacer esta magia negra, ¿por qué me necesitas para acercarte a mi hermana? Podrías manipularla a ella, en vez de a mí, para que haga lo que desees.

Samuel levantó su mano derecha y comenzó a acariciar el rostro del otro.

—Siempre fuiste un chico listo, Marcos. Puedo manipular las mentes, pero el amor es imposible de controlar para mí, por lo menos de manera pura. Solamente debes creer que soy inocente, o por lo menos que es lo que te conviene aceptar.

Una mueca se dibuja en el rostro de Samuel, como si fuera a morder el cuello del policía.

—Pues para querer parecer inocente, no me lo estás poniendo nada fácil.

—Cuanto mayor es el desafío, mayor suele ser la recompensa. La verdad es que no tendría por qué darte explicaciones, pero si vamos a ser cuñados no quiero empezar mintiendo. A diferencia de mi padre. —La cara de Marcos manifestó la gran sorpresa que sentía—, aún hay muchas cosas que no puedo conseguir, y no quiero arriesgarme a equivocarme con esto. El amor es difícil de controlar hasta para él. Además, un día me prometí a mí mismo que nunca utilizaría mis poderes con tu hermana.

—Los estás utilizando. No con ella directamente, pero lo haces conmigo para acercarte a ella.

—Daños colaterales. Y ella no sufrirá los efectos secundarios que esto deja en las personas. Te recomiendo que no me hagas forzarte demasiado o luego te dolerá todo y sentirás que la cabeza te estallará.

Ante el silencio de Marcos, Samuel continuó bajando las escaleras. Las piernas del policía le seguían sin que este pudiera hacer nada para evitarlo.

—Ahora me llevarás a la comisaría, te harás el héroe entregándome y comenzarás con el plan. Te doy cinco días para que me hagas parecer inocente. No se te ocurra volver aquí a camuflar esto, ¿entendido? puedo asegurarte que nadie ha escuchado los disparos, por lo que estate tranquilo con eso, pero recuerda, si lo deseo te haré pasar un infierno. No me la juegues, porque lo pagarás muy caro.

—Pero, ¿cómo voy a conseguir tal cosa con el historial que tienes, Samuel?

—La verdad, no dudo de ti. Llevas toda la vida mintiéndote hasta a ti mismo, que es lo más difícil, por lo que confío en que algo se te ocurrirá. Ya sabes, tienes cinco días para hacerme parecer inocente. Solamente te pido eso. Después tendrás todo lo que siempre has deseado.

—¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

—No sabría decirte si es por diversión o castigo, pero considérate afortunado. Tómatelo como el precio que tienes que pagar por tratarme mal cuando éramos niños. Y es ahora por un simple golpe de suerte. Te voy a dar un consejo, no pienses, solamente actúa.

—No pienso hacerlo.

Un rápido movimiento de Samuel lo acercó de nuevo a un palmo de Marcos. El corazón del policía se estremeció con violencia. Comenzó a sentir un fuerte dolor en el corazón, agudo, punzante.

—Si quisiera... —La voz continuó invadiendo la cabeza del policía—, podría provocarte un infarto ahora mismo y cuando te encontraran nadie sospecharía nada más que el que la adrenalina se te disparó después de matar a esa pobre mujer de ahí arriba. —El corazón cada vez dolía más—. ¿Es ese el honor que te deseas conceder? ¿Y a tu familia? No tienes elección. Y ahora dame las gracias por esta oportunidad.

Marcos, encorvado y con la respiración entrecortada se agarraba su pecho con necesidad. No dijo nada, tan sólo intentó recobrar el aliento después del dolor.

—¡Que me des las gracias! —Más dolor como regalo.

—Gra...gracias. —Samuel relajó el gesto y el dolor se detuvo.

—Siempre has sido un bocazas. No me hagas hacerte daño, no quiero, pero no puedo evitarlo si me pongo nervioso. Haz lo que te diga y todo será mejor. Al fin y al cabo lo que te ofrezco tampoco es tan malo. Ganamos todos. Voy a cuidar y a hacer feliz a tu hermana como nunca lo ha sido y tú tendrás la vida perfecta —finalizó desesperado.

Samuel llegó a la puerta de salida del portal, se apartó de debajo del umbral y, sin salir, hizo un ademán al policía mostrándole el exterior. Marcos se detuvo en seco. Delante de ellos el tiempo estaba detenido. El policía tuvo que enfocar bien para ver la gente y los coches completamente parados. Todo parecía borroso fuera. “Esto no puede ser real”.

—¿Vas a hacer lo que te digo o tengo que obligarte?

—Pero, ¿esto es un sueño? —Samuel suspiró cansado.

—Esto es una segunda oportunidad para que, por fin, tengas la vida que siempre has soñado. Tú decides si aceptas este regalo.

La puerta del portal se abrió sola. Samuel salió a la calle y comenzó a caminar decidido. El tiempo se reanudó de nuevo. Marcos, después de unos segundos de prudencial duda le siguió cariacontecido. Viendo el panorama, guardó su arma, agarró de un brazo a Samuel y continuó su marcha.

Durante todo el tiempo que duró esa pantomima en forma de arresto ninguno de los dos volvió a cruzar ni una sola palabra. Samuel parecía complacido y Marcos sólo pensaba en si aquello era real, o se estaba volviendo loco de remate. Pero, sobre todo, en cómo iba a solucionar aquel asunto. Repasó mentalmente la situación. Por un lado, obviando lo que no entendía y desde un punto de vista lógico, por fin había detenido al hombre que llevaba queriendo atrapar desde tanto tiempo atrás. Debería sentirse bien.

Pero la otra parte de la historia le superaba por completo. Ahora se explicaba todas las cosas extrañas que le habían ocurrido a él y a los suyos en los últimos años. Era difícil de aceptar y de entender, pero aquello estaba ocurriendo en realidad. Sabía que tenía que mantener la calma, su cabeza debía pensar rápido, para mantenerse frío y no tomar decisiones equivocadas. Si, como aquel malnacido decía, el cuerpo de aquella pobre señora estaba cosido a balazos de su propia arma, tenía un problema que no sabía bien cómo iba a solucionar. La confianza de ese asesino en él tampoco iba a ayudar demasiado. No sólo debía demostrar su inocencia, sino, también, ayudar al otro con su propia hermana y, eso, por mucho que el detenido prometiese cambiarle la vida o amenazase con destruirla, era totalmente inadmisibile para su sentido de la responsabilidad. Además, su hermana podría correr peligro si accedía a dejar libre a ese asesino. Quería pensar que todas aquellas cosas extrañas que estaba viendo no eran más que argucias de aquel al que tanto odiaba, pero no entendía cómo era posible... ¿Hipnosis, quizás? Se encontraba sin ideas, pero esperaba que su intuición le ayudase a decidir correctamente.

Principios de los años treinta del siglo XIX, Norte América.

El 1 de julio de 1830 Edgar Allan Poe se desplazó a West Point para continuar con sus labores en el ejército, pero su cabeza ya no estaba allí. La pérdida de Frances le había cambiado y había vuelto a saborear la libertad, algo que siempre le fascinó. Se había dado cuenta que si continuaba encerrado en aquel lugar, que ahora le parecía sombrío, nunca tendría verdaderas opciones de alcanzar su sueño.

Los meses fueron pasando y cada vez soportaba menos la vida militar, y su disciplina. Él quería escribir el máximo tiempo posible y su trabajo en West Point no se lo permitía. También se había dado cuenta de que, aún sin Frances, tenía una familia con la que sentirse a gusto. Frecuente fue la correspondencia con sus hermanos y con Virginia Clemm a la que tanto cariño había cogido.

La gota que colmó el vaso para la ruptura total entre Edgar y su padrastro ocurrió en octubre de ese 1830 cuando el escritor se enteró de la noticia de la boda en segundas nupcias de su padrastro, tan sólo unos meses después del fallecimiento de su primera esposa.

—Para mí has muerto, John Allan. —Se repetía de forma amarga Edgar, mientras limpiaba con rabia un fusil en su barracón del fuerte de West Point.

Con el inicio del año 1831 llegó una nueva estrategia de Edgar para conseguir salir de su forzosa estancia en el ejército. Aún le quedaban varios años de alistamiento y Poe no aguantaba permanecer durante más tiempo en esa prisión en la que se había convertido para su arte aquel fuerte de West Point. Su conducta cambió de forma radical alejándose de la disciplina militar y rebelándose contra sus superiores que, aunque entendían el porqué de sus acciones, entraron en guerra con él. Al tiempo, se convirtió en un ídolo para sus compañeros que veían en él a un mesías. Dejó

de obedecer órdenes, de formar junto a sus compañeros, de acudir a las clases de aprendizaje e, incluso, no volvió a aparecer por la iglesia.

Todo desembocó en un encierro forzado a expensas de la vista programada para el día 8 de febrero de aquel 1831 en el que una corte marcial le juzgaría.

Edgar estaba desesperado ante las importantes acusaciones a las que se enfrentaba y comenzaba a creer que se había equivocado cuando, unos días antes de que el tribunal militar tomara su decisión, una noche recibió una visita en su cuarto de aislamiento que le desconcertó.

—Hola, Edgar. —La sonrisa perruna más agresiva que de costumbre.

—¿Abraham? ¿Cómo has conseguido entrar?

—Tengo contactos, ya sabes. ¿Cómo estás?

—Enfadado, triste, preocupado. Un poco de todo. Hice todo esto para escribir y ahora no me dejan. Y sospecho que cuando me condenen sea igual o peor. Me han acusado de desacato y traición. —El gesto no podía reflejar más tensión.

—No te vengas abajo que todo tiene solución. Yo te sacaré de esta.

Edgar dudó unos segundos mirando a aquel hombre al que conocía desde niño con incredulidad.

—No creo que tus contactos te permitan ayudarme ahora.

—Prueba a confiar en mí. —Por primera vez, Edgar sintió miedo ante aquel hombre. A cada segundo que transcurría le parecía más siniestro—. No creo que tengas muchas más opciones en este momento.

—Está bien, ayúdame.

—Nada es gratis, Edgar. —Poe contuvo la respiración, aquel hombre le parecía una serpiente a punto de cazar.

—De acuerdo, haré tu maldito libro si me sacas de aquí sin cargos, ni condena. —Un brillo especial iluminó los ojos del otro—. Perdón, tu libro.

—El primero es un buen nombre —murmuró al tiempo que sus facciones reflejaban la satisfacción plena—. Entonces no hay más que hablar. Cuando salgas de aquí ven a verme a Nueva York. Te encontraré. —El oscuro hombre comenzó a alejarse en la oscuridad hacia la puerta de la habitación.

—¡Abraham! ¿Cómo sé que no me dejarás tirado aquí?

—Tenemos un pacto, recuerda. No dudes nunca de mi palabra, Edgar. Es lo más valioso que poseo. Siempre cumplo con lo que prometo.

—Y ¿qué ocurrirá si yo no lo hago?

—No quieras comprobarlo. —La voz, seca, parecía perderse en el vacío.

—¿Abraham?

No hubo respuesta alguna. Edgar se apresuró hacia la entrada y vio que la puerta estaba cerrada. Tampoco había escuchado nada. Se puso aún más nervioso, pero pensó en que ojalá aquel hombre pudiera ayudarle.

Antes de que finalizara ese mes de febrero de 1831 y después de salir de West Point expulsado de forma inmediata, pero sin cargos, se desplazó, tal y como había acordado con su salvador a la ciudad de Nueva York.

Aunque Edgar parecía lleno de dicha por su victoria ante la justicia, dentro de él pesaban las consecuencias. No porque hubiera tenido que dar su brazo a torcer y tuviera ahora que hacer un libro para otro. Un libro en el que no podría escribir lo que quisiese, ni como quisiese, ni siquiera firmarlo con su nombre. Más bien era por la oscuridad que había sentido por primera vez en Abraham. No sabía qué había cambiado, pero, aunque no le gustaba aceptarlo, sentía miedo en su interior.

—Aquí me tienes —decía Poe mientras paseaba por Central Park con su oscuro amigo—. Cuéntame sobre qué quieres que escriba.

La charla duró una hora más o menos y Edgar se cercioró tras ella de sus peores presentimientos, aquel hombre, que durante años

había sido un buen amigo, había perdido la cabeza. Eso o le había tenido muy engañado durante todo ese tiempo.

El extranjero, que tantos consejos y ayuda le había proporcionado en los últimos años, se comportaba de una forma muy diferente ahora, más déspota, más tiránica. El tema sobre el que trataría el volumen demandado tampoco le parecía demasiado normal.

—Quiero que hagas un contrapunto a la Biblia, pero desde el punto de vista del mal —resonaba en la cabeza de Edgar de camino a su vieja pensión de la tercera avenida—. Una obra que, al igual que el libro del otro, no sea más que una conglomeración de historias a modo de pretexto para enmascarar los verdaderos principios de la religión. No dudes en utilizar toda la crudeza que quieras, pero siempre que hagas un volumen atractivo para el lector y adictivo desde el punto de vista comercial. Sé que eres perfectamente capaz de hacerlo, pero no toleraré errores, ni tonterías. Cada mes pasaré a visitarte para ver tus progresos, así como para indicarte el camino a seguir y los cambios de rumbo que estime oportunos.

Edgar casi no durmió nada esa noche recordando el frío tono que esta vez había utilizado Abraham. Desde luego que ni entendía ni creía en aquello, ni, por supuesto, encontraba en su interior ninguna gana de embarcarse en el proyecto, pero aceptar aquella prostitución de sus letras le había salvado y debía cumplir con su palabra.

Mientras se decidía a empezar con aquella locura y quizás acuciado por el pensamiento de saber que se veía obligado a convertirse en mercenario de la literatura, cosa que odiaba, Edgar se envalentonó y se dirigió a un famoso editor neoyorquino de nombre Elam Bliss para lanzar su tercer libro. No era más que un libro de poemas románticos sin demasiadas pretensiones que Poe tituló con el escueto nombre de “Poemas” para el que utilizó gran parte de la bolsa de dinero que sus compañeros de West Point habían juntado como dote a su marcha. 170 dólares a 75 centavos

por cabeza era un buen finiquito, pensó y se lo dedicó expresamente a todos ellos.

Un mes más tarde, con el calendario ya en marzo, Poe recibió la visita de aquel hombre que ya no se esforzaba por disimular.

—¿Esto es lo mejor que sabes hacer? —escupía con desprecio el oscuro extranjero—. Aplícate, no querrás decepcionarme.

—Piensa que yo siempre he escrito poesía. —Se excusaba el escritor.

—Pues comienza a hacer cuentos. Lo que haga falta, pero mejora esto. —Abraham tiró la pila de papeles al fuego de la chimenea con una mezcla de asco y rabia.

—Es este lugar. —Señalaba a su alrededor Poe—. No me deja concentrarme —mentía el escritor.

—Pues para escribir tu librito de poemas esta pensión no es tan mala. —Sarcasmo de visita y al cuello.

—Ya lo tenía casi escrito y, además, es algo que quiero escribir por propia iniciativa, es más fácil. —Se excusaba intentando disimular el miedo que sentía—. Creo que si regresara a Baltimore con mi familia, todo marcharía mejor.

—No —negó contundente Abraham—. Allí te distraerías.

—No soy tu esclavo, sólo tengo que escribirte un libro y después no te deberé nada. —Se arrepintió al instante siguiente de pronunciar esas palabras.

Una mirada inquisitiva y varias respiraciones profundas después el oscuro Abraham finalizó:

—Yo no soy tu tío, no te pases de listo. El próximo mes volveré a visitarte y espero que los resultados sean mejores.

Édgar no se encontraba a gusto con aquel encargo. Por más vueltas que le daba no encontraba ningún nexo de unión entre lo que él solía hacer y aquella amalgama de ideas malignas. Desde luego que Poe nunca había sentido demasiado apego ni por las diferentes religiones que había conocido, ni tan siquiera creía en una presencia divina que creara todo el universo, pero lo que Abraham le proponía era un absoluto desvarío. También se sentía

afligido por la forma en que Abraham había cambiado con él. Desde hacía muchos años era uno de sus grandes apoyos y le dolía este trato.

Edgar estuvo un tiempo pensando y llegó a la conclusión de que lo mejor sería regresar a Baltimore con su familia. Allí, de paso, pediría consejo a su hermano. De repente un escalofrío recorrió su cuerpo. En ese mismo instante se percató de que nunca había presentado a nadie de su vínculo a Abraham. Ni tan siquiera le había hablado de él a nadie. De repente comenzó a tener la sensación de que aquello ni era decidido por él ni, tampoco, casual.

A finales del mes de marzo ya estaba instalado de nuevo en el número 3 de Amity Street, en Baltimore, con su familia. Al llegar a la buhardilla, que ya en su anterior estancia compartió con su hermano, se encontró con un William Henry delicado de salud, cosa que Edgar atribuyó a sus problemas con el alcohol.

Su tía y su prima lo cuidaban con ahínco, pero tenían que repartirse para atender también a su anciana abuela, Elizabeth Cairnes, por lo que María Clemm Poe le pidió que las aliviara un poco, tanto con los cuidados a su hermano, como con el ingreso del dinero que no abundaba, pues la familia subsistía gracias a la pensión que cobraba la abuela de Edgar y a los trabajos de su tía Mary Poe como costurera. También cuando alguna habitación estaba libre alojaban a viajeros en su casa. Aun con todo, no era suficiente para alimentar tantas bocas.

—Mataría por un trago —murmuraba a duras penas el hermano mayor entre esputos, sangre y toses infinitas.

—Créeme que yo también, pero ahora mejor que no, marinero.

—¿En qué clase de mundo un hombre no puede tener libertad para tomar un whisky cuando desee?

—En uno tan oscuro como este. —Edgar sonrió, William Henry hizo un amago abortado por la tos—. Me duele mucho verte así —confesaba el escritor mientras pasaba un paño húmedo por la frente de su hermano.

—Lo sé... estoy hasta más pálido que de costumbre —bromeaba con cariño—, y más delgado. No te angusties, la tuberculosis es lo que tiene —aceptaba William Henry sabedor de su mal estado—. No deberías estar aquí, puedes contraerla tú también.

—Tranquilo, he hecho un pacto con el diablo. —Irónica controversia por ignorancia de contrato.

—Yo también debería haberlo hecho cuando pude, pero hay cosas que no se venden ni se compran. —Ante tal comentario, Edgar observó a su hermano unos segundos en silencio.

—¿A qué te refieres? —indagó al fin.

—Nada, tonterías de enfermo. —William Henry disimuló mientras su mente volaba hacia unos meses atrás, recordando un suceso que, aún sin darle demasiado crédito al principio, significó el principio de su fin.

Una lluviosa noche de finales de septiembre de 1830, el oscuro Abraham entró, al filo de la madrugada, en una taberna de mala muerte del centro de Baltimore con un objetivo claro. Caminó hasta el centro del tugurio y se acercó a una mesa en la que un hombre bebía sólo.

—Hola, William. —Una sonrisa de superioridad se dibujó en el rostro del extranjero—. ¿Puedo sentarme?

—Me llamo William Henry, señor. —El estado de embriaguez le hacía perder las maneras—, y, si no le importa, hoy quiero estar sólo conmigo mismo.

—Qué profundo, y que nombre tan vulgar, por cierto.

—Le aviso que si quiere problemas los tendrá.

—No vengo buscando hacerte mal alguno. Si colaboras, claro está.

—¡¿Qué coño dice?! Déjeme en paz —William Henry no levantaba la vista de su vaso, parecía que le estuviera hablando al Whisky.

—William, William. William —reproches sarcásticos a medianoche—. No tientes a la suerte. Quiero ofrecerte un trato.

—Me ve con ganas de... —En el momento en el que el mayor de los hermanos Poe levantó la vista y miró a su repentinamente acompañantes un escalofrío recorrió su cuerpo al descubrir una oscuridad más negra que la propia noche en su mirada— ... querer... pactar con... nadie. —La voz fue menguando hasta convertirse en un fino hilo casi inaudible ante la sonrisa de satisfacción del otro.

—Deseo que te apartes de tu hermano, si lo haces te irá bien en la vida, de lo contrario...

—Pe... Pe... ¿Pero qué dice?

—Tranquilo, no tienes que decidir ahora. Con que hagas lo que te digo bastará. —Abraham dio media vuelta con el desprecio del que se siente superior.

—¿Y si no lo hago? —El miedo dominaba a William Henry, aunque se obligaba a no salir corriendo.

—Será mejor para ti que lo hagas. No volveré a avisarte.

El mayor de los Poe, terminó su whisky de un trago al ver al hombre que tan nervioso le había puesto abandonar el oscuro bar. Fuera, en el carruaje dos enemigos íntimos forzados a convivir sin entenderse conversan a la luz de la luna:

—No entiendo. —Giacomo lejos de tener miedo, se sentía cada vez más atraído al conocer a su amo—, si tiene tanto poder por qué no toma otras decisiones.

—Le encanta jugar —contestaba un Ludwig incomodo—. Para él todo esto es un juego. Le gusta tentarnos y conseguir doblegar nuestra voluntad. Puede hacer las cosas de otros muchos modos, pero, a su forma, es un romántico de los pactos con lo que implican y conllevan.

—Yo también te admiro. —Abraham se manifestó de súbito ante ellos—. Ahora, vamos... me pone enfermo tanta vulgaridad.

Abraham miraba con asco a las prostitutas que se contoneaban en los alrededores y a sus posibles clientes, ebrios y con babas por carta de presentación. El desprecio por la vida humana que se leía

en sus ojos hubiera amedrantado a cualquiera, a Giacomo, sin embargo, eso le apasionaba.

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

Dos amigos conversaban en el despacho de uno de ellos de todas las dificultades y novedades que esa montaña rusa de momentos, buenos y malos, que es la vida, les había traído en los últimos tiempos.

—Estoy muy preocupado por ti. —El comisario Miguel miraba a su amigo con la ternura del que ve debilidad en una persona querida.

—No te preocupes —contestó Tasio de manera firme—. Yo no lo hago.

—Ya, pero me duele mucho pensar en...

—Pues no gastes energías en eso. Tenemos que centrarnos en este maldito caso para resolverlo de una vez.

—No sé cuál de las dos cosas que me pides es más complicada. —Ambos se miraron con la complicidad que dan años de camaradería.

—Cuida de Marcos cuando ya no esté. —Pese a hacerse el fuerte, Tasio estaba a punto de derrumbarse.

—Como si fuera mi hijo, lo sabes.

—Me preocupa mucho ese Morenza. —Se lamentaba Tasio — Es un cretino que nos va a dar muchos problemas. Y creo que Marcos y él no van a hacer demasiadas migas. Hay que tener cuidado.

La puerta del despacho se abrió de golpe y la cara de los dos hombres reunidos cambió al instante.

—Os traigo un regalo. —Tanto Miguel como Tasio se levantaron de un salto ante lo que veían sus ojos.

—¿Pe...pero cómo? —El ex comisario no daba crédito.

—A ver qué dices. —La voz de Samuel resonaba dentro de la cabeza de Marcos.

—Pues le he visto caminando por la calle y le he reconocido. No ha sido tan difícil atraparlo, la verdad. No ha puesto resistencia.

—¿Y ya está? ¿Tan fácil? —Miguel se acercó al detenido.

—Ya sabes, dice que es inocente y que los posibles cargos contra él, de hace años, ya han prescrito. Realmente no tenía nada para detenerle, pero, por si acaso, no quería arriesgarme.

—¿Qué no hay nada para detenerle? —Tasio sonrió como un niño el día de reyes—. Hoy debería ser el día más importante de tu vida, hijo. —El orgullo a flor de piel.

—Pues dice que tiene cuartada y que el que haya habido un asesinato ayer es una coincidencia. Habrá que comprobarlo.

Una mezcla de sentimientos tenía atenazado al más joven. Por un lado, el volver a ver a su padre feliz ahora que sabía que pronto se iría para siempre le ponía triste, por otro, no tenía ni idea de cómo iba a actuar con Samuel.

—¿Le has dado información confidencial a un sospechoso? — Como siempre Morenza hizo su triunfal aparición.

—No, solamente le he preguntado dónde estaba ayer. Él solito ha atado cabos. —Marcos intentaba enrocar.

—Se viene conmigo. —Morenza agarró de un brazo a Samuel que le miraba con desprecio—. Quiero hacerle unas preguntas.

—¡No! —Miguel agarró el otro brazo—. Este va derecho a la sala de interrogatorios. Lo haremos como siempre se hacen aquí las cosas. Puede estar presente si lo desea.

Durante unos segundos el duelo de miradas se mantuvo en lo más álgido.

—Si es lo que desea. —Morenza soltó a Samuel con brusquedad—. Es su comisaria, pero le advierto que todo lo que veo por aquí está siendo informado a Madrid. —Morenza sacó una libreta y comenzó a apuntar como un simple policía raso al poner una multa—. Quiero estar presente en el interrogatorio. —Fue lo último que los demás escucharon antes de que el intendente Pablo Morenza abandonara una vez más la estancia de manera afectada.

—No aguanto a este tipo —apuntilló Marcos.

—Es la cruz que tenemos que soportar —matizó Miguel con una sonrisa en la cara mirando a Samuel Abascal—. Llévate a este a la sala, que nos lo vamos a pasar de maravilla.

—Gracias, me has hecho feliz. —Le dijo Tasio a su hijo al oído haciendo que este tuviera un instantáneo nudo en el estómago.

El teléfono sonó en el domicilio de los Márquez en esa hora en que el almuerzo comienza a reclamar su papel protagonista.

—¿Diga? —contestó Ascensión mientras miraba de reojo a su nieto, que jugueteaba con un *Scalextric* que le habían traído hacía unos meses sus majestades los Reyes.

—No vamos a poder ir a comer —puntualizó Tasio—. Ni Marcos, ni yo.

—No me digas más, trabajo —matizó ella con ironía cansada en la voz—. Ni jubilado, puedes atender a los tuyos. Tienes que cuidarte, estás muy desmejorado y...

—Hemos cogido a Samuel Abascal —cortó el ex comisario.

—¿Samuel Abascal? ¿Por fin?

—Sí, Ha sido Marcos. Hoy es uno de los días más importantes de su vida.

Cuando Ascensión Márquez colgó el auricular y vio las lágrimas en el rostro de su hija que se había situado a su lado sin que esta, cegada por la noticia, se diera cuenta, supo que aquello no había terminado.

Todo fue tensión durante el resto del día en la comisaría. Samuel Abascal fue conducido a la sala de interrogatorios, donde, tal y como mandó Miguel, pasó unas cuantas horas esperando en soledad con la intención de debilitar su voluntad. La vigilancia era enorme fuera de la sala. Se palpaba en el ambiente que este detenido era diferente a los demás. Una pieza más valiosa, pero, también, mucho más peligrosa.

A la hora de la comida, Marcos y algunos compañeros fueron a *La mejillonera*, el bar donde se celebraban los éxitos, cumpleaños y demás asuntos reseñables del cuerpo de policía de Santander. Todo era alegría y dicha en el local. Marcos, con gesto mucho más serió

de lo que debería para la ocasión, trataba de no desmerecer el entusiasmo del grupo, pero por más que lo intentaba no lograba quitarse de la cabeza los dos asuntos que le tenían consumida; la reacción de Rebeca a su carta y la verdad de la detención de Samuel Abascal.

—¡Ponga cerveza para todos y unas cuantas raciones de mejillones, jefe! —Marcos sabía bien cuál debería ser su papel ahí.

El grupo se apostó al fondo para degustar la especialidad de la casa, conocida en toda la región, que eran los mejillones a la marinera, de los que se decía que si se mojaba su salsa en pan, constituía uno de los mejores manjares que un paladar podría degustar. Pasados diez minutos, cuando Marcos, por una vez en su vida, deseaba no ser homenajeado por algo que consideraba una mentira, un grupo de mujeres entró al local, de los de serrín en el suelo y azulejo añejo en las paredes, para revolucionar a esos policías que, si se quitaban la placa no eran más que hombres normales al fin y al cabo.

—¡Ponga una ronda de lo que quieran a esos cuatro ángeles, jefe! —Se adelantó uno de los integrantes de aquel grupo de lobos que ya afilaba sus colmillos ante la llegada de la que ellos veían como carne fresca.

Un segundo vistazo bastó para que Marcos palideciera al descubrir que entre aquellas risueñas chicas se encontraba la forense de su amor. El policía hizo como que no la vio y se refugió tras su vaso de cerveza, apoyado en la barra de madera que olía a lejía. Con la algarabía del momento, los dos grupos se mezclaron y Marcos, que regalaba miradas furtivas a su querida Rebeca, descubrió como, a diferencia de sus amigas, esta despachaba con elegancia pero eficacia los ataques de sus compañeros. En uno de esos vistazos, que pedían a gritos un poco de atención, su mirada se cruzó y una sonrisa enamorada se adueñó del rostro de Márquez. Al poco, la forense de su amor se acercó a él, que notó como el corazón se le aceleraba al ritmo de su deseo.

—¿Cómo estás? —El tono, cercano y conciliador, cogió totalmente desprevenido al policía.

—Bueno, hoy debería ser un buen día. —Marcos señaló a sus compañeros.

—Ya me he enterado, por eso he convencido a estas de venir. Es el cumpleaños de Luisa y he aprovechado porque creía que te encontraría aquí. ¡Enhorabuena! —Ella sonrió de forma franca. Él, de forma irónica, tan sólo deseaba que el tiempo se detuviera.

—¿Estamos bien? —preguntó él desencajado, sin saber bien qué estaba ocurriendo.

—Por supuesto, contestó ella al tiempo que se acercaba a su oído. —Si las cosas fueran diferentes, todo sería distinto. Pero, voy a tener que marcharme con mi marido. Lo ha arreglado todo para que así sea.

Antes de alejarse, una caricia, lenta pero decidida, surcó el rostro del policía que estremeció al instante. Antes de que Rebeca volviese con sus amigas, sus ojos se encontraron una última vez por unos segundos y Marcos descubrió que se podía vivir solo por una mirada como esa.

Después de algo más de celebración junto a sus compañeros, ya sin las chicas que parecieron huir de aquella jaula para ratones en la que se había convertido aquel lugar y en el que ellas parecían ser el queso, cuando caminaba de vuelta a la comisaría, Marcos Márquez meditaba sobre que no había entendido absolutamente nada. Si Rebeca no quería nada con él, como pareció confirmar ese “Lo dejamos así” de por la mañana, a qué se debía que le hubiese buscado, y hubiese actuado con él como nunca había hecho al mediodía. Si no quería nada con él, por qué haría eso, ¿Le habría dado pena y habría despertado en ella un sentido de protección? Matizó si aquellas enigmáticas palabras que había pronunciado antes de despedirse eran tan sólo un cumplido o llevarían parte de verdad, o toda. En ese caso, Marcos maldijo a la vida una vez más por ponerle la miel en los labios sin que pudiera entregarse a disfrutarla más que desde una relativa normalidad que, sabía de

antemano, aparte de ser costosa, iba a desgarrarle por dentro. “Maldito Morenza, te odio”, repetía entre dientes sin cesar. Por lo menos no estaba todo perdido, había visto una duda en el rostro de ella y sabía de primera mano que ella no le quería. Todavía quedaba algo de esperanza con la que contar de aliada en aquella batalla contra un destino que si bien había traído a la mujer de hielo, Rebeca Pereira, a su vera, parecía querer que el policía ganara una dura batalla contra el reloj que cualquier otro tendría perdida de antemano. Él no pensaba rendirse.

Principios de los años treinta del siglo XIX, Norte América.

William Henry murió el 1 de agosto de 1831 dejando muy apenado a Edgar, que cayó en una desesperación que sería perpetua.

—“No puede haber un lazo más fuerte que aquel entre hermanos, no es lo mucho que se quieren entre sí, sino que ambos quieren a los mismos padres”. —Escribía mientras miraba, con lágrimas en los ojos, la cama de su hermano ahora vacía.

Aunque fue una etapa productiva, pues en esa buhardilla encontró un perfecto retiro para escribir, lo personal fue cada vez peor para Poe. Casi no salía de allí y flirteó con varias drogas, quedando enganchado al opio, y cuando salía a buscar trabajo, al no encontrarlo terminaba en cualquier taberna de mala muerte, borracho como una cuba y metido en peleas y demás altercados.

—Tienes que dejar esta vida, te vas a consumir y no podrás alcanzar tu sueño. —Le animaba su prima Virginia un día al subirle la cena.

—¿Crees que encuentro algo bueno en todo esto? —Edgar estalló una botella de whisky contra la pared. Virginia, lejos de asustarse corrió a abrazarle.

—Sé que tan sólo soy una pobre niña tonta, pero creo que eres el mejor hombre que he conocido.

—Lo que pasa es que tus 10 años te ciegan.

—Tienes que dejar de beber —añadía con inusitado remango la joven.

—Otro día

—No es digno de un genio ir borracho por las calles —continuaba ella.

—¿Qué eres mi prima o mi madre? —Se defendía Edgar indiferente.

—Soy alguien que te quiere.

—Tampoco bebo tanto. —Se excusaba finalmente Poe—, pero es que parece que una maldición me persiga. Es tomar un pequeño trago y ya pierdo el norte.

Al hilo de las maldiciones, Edgar continuó recibiendo las visitas de aquel que una vez fue su amigo. Tuvo que inventar todo tipo de excusas para posponer los plazos de aquel maligno encargo que, de ningún modo, deseaba escribir.

—Verás, no le estoy dedicando demasiado tiempo a lo tuyo porque estoy perfeccionando mi estilo en narrativa. Ya tengo casi terminado el primero. “Metzengerstein” voy a titularlo. El tuyo pienso que será algo como “Politian” o ese estilo.

—Aún no te has dado cuenta que si yo no estoy contento tú tampoco lo estarás —amenazaba de forma directa Abraham.

Aquellas enigmáticas palabras resonaron en la cabeza de Poe durante años cuando, acechado por las deudas y las continuas tragedias, no conseguía conciliar el sueño.

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

Estela Márquez caminaba decidida hacia la comisaria, sabía que era poco probable que la dejaran ver a Samuel, pero se sabía lo suficientemente bien posicionada como para intentarlo. Había dejado a su familia en casa de sus padres. Ni siquiera había dicho a dónde iba. La única que lo sabía era, Ascensión, su madre, a la que había pedido que cuidara al pequeño Samuel por si tardaba.

No pensaba en nada más que en Samuel, en verle, en intentar protegerle. Se asustaba, pues aunque llevaba dentro el honor que había visto a los suyos desde niña, se descubrió pensando que hasta emitiría un testimonio falso a su favor en caso de que hiciese falta. Pero, aun así, estaba convencida de que no le haría falta, Samuel no podría ser culpable, era imposible que él hiciese aquello de lo que se le acusaba.

—Lo lamento, Estela, eso no puede ser. —El comisario Miguel sospechó que diría esas palabras desde que vio a Samuel aparecer esposado—. Ya sabes cómo va esto, es un asesino, no podemos ponerte en peligro.

—¡Samuel no es ningún asesino! —gritó ella, presa del desconsuelo.

—Hija, ven aquí. —Tasio se abalanzó a abrazar a su hija que se derrumbó en un mar de lágrimas.

—¡Oh! ¡Qué bonito! La hija del ex comisario llorando por un detestable desalmado. —La entrada triunfal de Morenza fue, como siempre, agresiva y, salvo para él, poco oportuna.

—Ahora no es un buen momento. —La mirada de Tasio podría haber fundido el más duro de los metales.

—Según se mire, yo estoy disfrutando mucho del espectáculo —contestó con asco el superintendente Morenza.

**Principios de los años treinta del siglo XIX,
Norte América.**

Para su desdicha, Poe no conseguía acomodarse ni como periodista ni, tampoco, como escritor, y la pobreza y la inanición llamaban a su puerta y la de los suyos.

—Edgar, ya sé que tú crees que se puede vivir de la literatura en este país —comentaba María Clemm—, pero, si te das cuenta, salvo los acomodados, y esos podrían vivir hasta del aire por su estatus, nadie puede hacerlo.

—Yo seré diferente, tía. Nadie tiene mi talento.

—No lo pongo en duda, dicen que eres muy bueno. —Ella no sabía ni leer, ni escribir—, pero me refiero a que, quizá, deberías buscar un trabajo de verdad, algo que llene tu plato cada día.

—No te preocupes, tía —atajaba Edgar con determinación—. Pese a la difícil situación por la que estamos atravesando, y lo complicado de la empresa que deseo llevar a cabo, yo sacaré esta familia adelante.

Durante los siguientes meses, un decidido Poe se esforzó en vano por hacerse un hueco en el mundo del arte, llegando a moverse por toda la costa este de los Estados Unidos. Aparte de la grave crisis económica que se estaba cebando con el país, se topaba para sí con el enorme vacío legal que había con los derechos de los autores sobre sus obras, cosa que dificultaba enormemente cobrar de forma digna. Hizo sus pinitos como periodista, pero los emolumentos eran escasos y se pasaba el día en los despachos de los propietarios de los tabloides a los que servía pidiéndoles favores o, directamente, dinero.

Ya en 1832 y después de varias broncas con Abraham por cuestiones de incumplimiento sobre el encargo ordenado, Poe se las agenció para colar en la editorial del rotativo Saturday Courier, de Filadelfia, cinco de sus relatos, que le sirvieron para, aparte de tener algún ingreso, ganar algo de tiempo con su antiguo mentor.

—Es interesante este corte gótico que tienen estos relatos — admitía complacido el oscuro Abraham—. Sigue por este camino.

Aún con este importante logro, los problemas económicos continuaron persiguiendo a Edgar, que no encontraba trabajo estable y, por lo tanto, no disponía de una fuente de ingresos diaria.

—Y ¿no podrías pedirle algo de lo que es tuyo a tu padrastro? — Añadía una noche en la mesa María Clemm.

—No es tan fácil —reflexionaba Edgar—. Ni siquiera sé lo que es mío.

—Y ¿por qué? —curioseaba Virginia que seguía admirando a Edgar de forma vehemente.

—Pues... porque nunca me adoptaron realmente, además, ni le caigo bien a esa bruja que se le ha juntado, ni a mi tío —continuaba refiriéndose a John Allan de esa forma—. Nunca me ha mostrado demasiado cariño.

Quizá por probar suerte, o quizá por necesidad, tanto económica como afectiva, en abril de 1833, Edgar envió una última misiva a su tío pidiéndole ayuda y compasión de forma desesperada.

—“En nombre de Dios, ten piedad de mí y sálvame de la destrucción”

Aunque, en un principio, John Allan tiró con indiferencia aquella emotiva misiva a la basura, pasados unos días el escocés decidió que, al menos, iba a contestar al hombre que antaño fue ese niño al que acogió hacía tanto tiempo.

—Nosotros ya tenemos una familia. —Se quejaba su nueva mujer, Louise Patterson, aludiendo a sus hijos—. ¿Qué ocurre? ¿Te recuerda a tu primera mujer?

—No digas tonterías —contestó enérgico el comerciante, que en el fondo le otorgaba la razón.

Varias veces comenzó John Allan a escribir una respuesta en la que no pareciera que daba su brazo a torcer, pero tampoco que lo abandonaba a su, por lo visto, mala suerte. Nunca llegó a enviar aquellas letras, pues una visita de aquel oscuro hombre que tanto le dio en el pasado le disuadió de que así fuera.

—Te dije que te alejarás de él. —Abraham apretaba los dientes, con fuego en la mirada.

—Ya... ya —tartamudeaba Allan—, pero Frances no querría esto.

—Y ¿tú quieres vivir? —El escocés tragó saliva ante la directa amenaza—. Es tu última oportunidad, si me haces caso no os pasará nada ni a ti, ni a tu nueva putita.

El oscuro hombre mentía, pues acababa de decidir que, en ese tablero de ajedrez que había montado alrededor de Edgar Allan Poe, aquella pieza, de origen escocés, le sobraba.

Sin respuesta de su tío, sin poder ganar lo suficiente y con la responsabilidad de alimentar a su familia Edgar, continuaba flirteando con el opio y el alcohol, llegando a tener problemas con casi todo el mundo de su alrededor. Tan sólo, intentaba no hacerlo en casa, o por lo menos que sus familiares no lo notaran, sobre todo Virginia. Pero no siempre podía conseguirlo.

—¡Edgar! —gritaba la joven al verle tirado medio inconsciente de alcohol y drogas al lado de su escritorio.

—De... déjame —gruñía él evidenciando su embriaguez—. ¡No merezco nada!

—Te lo mereces todo. Yo nunca voy a dejarte.

—No... No sabes... lo... Lo que dices, niña.

—Tú sí que no lo sabes —finalizaba con ternura.

Aquella mirada de determinación y bondad de una niña de tan sólo 11 años, de las que solamente las mujeres pueden tener acceso, hizo avergonzarse al escritor, que pasó los meses que quedaban de 1933 esforzándose con energías renovadas para conseguir cumplir su sueño de vivir de la literatura. Fruto de ese trabajo escribió el cuento “Manuscrito encontrado en una botella”, por el que el periódico local Saturday Visiter premió con 50 dólares por ganar el concurso literario al que se presentó animado por su prima Virginia.

—Si gusta, te daremos 50 dólares más. —Le confesaba entusiasmado el editor del tabloide—. Es, con mucho y de lejos,

superior a cualquier cosa que nos haya llegado antes.

Edgar no cabía de dicha en sí al salir de las oficinas del Saturday Visiter, pero la pertinente, e impertinente visita del oscuro Abraham turbó sus ánimos.

—Bueno, ahora que ya estas practicando con tus cuentitos, ya podrás cumplir con lo que prometiste.

—Hoy mismo me pongo a ello, no faltaba más. —Edgar no quería ningún problema con aquel antiguo amigo que ahora le daba tanto miedo.

—Te tomo la palabra, de todas formas, las últimas páginas que me escribiste estaban bastante mejor.

Aunque Edgar no se percató, una mirada llena de odio lo avasallaba desde un fastuoso carruaje. Giacomo estaba cada vez más desesperado por la falta de reciprocidad a su amor, que era mucho, por parte de Abraham, y no soportaba que aquel bostoniano al que tanto despreciaba le arrebatara el protagonismo. Cosas de los celos.

—Se nota que disfruta con esto, no lo ha matado porque, en el fondo, sabe qué hará lo que desea. Le tiene mucho cariño. —Disparaba a quemarropa Ludwig, el criado rebelde, para herir a Giacomo.

—Váyase a la mierda, vejestorio —respondía el italiano.

—No os peguéis chicas. —Como siempre, Abraham había llegado sin ser visto antes—. Hoy estoy feliz, me apetece cazar. Ludwig, vayamos al barrio pobre.

De camino a su “cena”, con su criado guiando los imponentes corceles negros, azabache en la parte delantera y en la intimidad de su carruaje, Abraham comenzó a besar y tocar con frenesí a un Giacomo que no estaba del todo por la labor de entregarse al amor, ni mucho menos al sexo.

—Hoy no —negaba al tiempo que se apartaba.

Abraham, que sabía perfectamente lo que ocurría, tensaba la cuerda.

—Hay mujeres menos susceptibles, Giacomo. No estés celoso, que tú también me importas, cada uno a su forma.

—¿Te importo? ¿Solamente te importo? —El despecho guiaba sus palabras.

—Cada uno tenéis vuestro cometido —El gesto de Abraham se oscureció—, y lo lamento por ti. —Comenzó a desabrocharse los pantalones—. Lamento si hoy no te apetece o si te duele la cabeza, mujer, pero tienes que cumplir tu cometido. —Un segundo más tarde se abalanzó sobre el joven.

Aquella fue la primera vez que Giacomo no disfrutó de un encuentro sexual con Abraham. Soltaba una lágrima de rabia ante cada embestida y se prometió que, de la forma que fuera y al precio que costará, conseguiría tenerle sólo para él.

El amor llamó nuevamente a la puerta de Edgar Allan Poe a mediados de ese 1833. Fue de una manera más platónica que carnal, pero le sirvió para comprobar la lealtad de su pequeña prima.

—¡Virginia! Ve a la casa de Mary Devereaux y entrégale esta carta que la he escrito.

—¿Otra vez? No soy tu criada.

—Lo sé, pero eres mi prima pequeña y yo el hombre de la casa. Además, está aquí al lado.

—Pues si está tan cerca ¿por qué no la llevas tú mismo? Esa bruja no me gusta.

Edgar, que ya se había percatado de la situación hacía tiempo, decidió jugar un poco.

—¿Bruja? Miss Devereaux es una gran dama. Algún día tú llegarás a ser una gran dama también.

—Yo podría hacerte más feliz que esa vieja. —Al instante la niña puso cara de arrepentirse por el comentario. Los colores rojizos maquillaron su rostro.

—Pero ¿no te das cuenta que no eres más que una niña y, además, eres mi prima?

—Y ¿tú no te das cuenta que antepones mi edad a nuestros lazos sanguíneos?

—Lo mismo da —zanjó él contrariado—. Ahora lleva esa maldita carta, mujer.

—¿En qué quedamos, niña o mujer? —El carácter de la pequeña Virginia hacía gracia a Edgar que, aunque la tomaba por lo que era, comenzaba a admirarla en secreto.

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

Aunque los demás se quedaron preparando la estrategia que llevarían a cabo al día siguiente para hacer confesar a Samuel, al principio de la tarde Marcos pidió marcharse a casa para dormir. Al ser el héroe del día, su petición fue concedida y una hora más tarde, después de recibir de nuevo los elogios y la admiración de todos los allí presentes, se encontraba en la calle intentando pensar de qué forma podía salir airoso de aquella inusitada emboscada con la que el destino le había obsequiado. Era irónico que el desánimo ocupara el lugar que debía estar reservado para la alegría, pero ni en la peor de sus pesadillas se hubiese imaginado tener que ayudar a Samuel para no verse implicado en un escándalo. La debilidad que observaba en su padre en los últimos días no ayudaba en absoluto tampoco. También intentó aclarar sus ideas con todo lo que le había ocurrido con Rebeca en esa jornada. Siempre había pensado que era gracioso que la vida podía no cambiar nada para una persona en años y, de repente, en un solo día dar un vuelco completo.

“Tengo que deshacerme del cuerpo”, “no puedo permitir que ese asesino quede en libertad”. Marcos estaba convencido de que sin Samuel a su lado, el truco que este hubiese utilizado, no tendría efecto. A paso ligero reemprendió el camino de vuelta hasta la cuesta del hospital. Pasó por Jesús de Monasterio y, finalmente, se plantó delante del portal número 10 de la calle de La cuesta del hospital. Suspiró y aprovechó que la puerta estaba abierta para entrar. Ascendió con cuidado los peldaños pues, aunque no lo parecía, en algún momento sus compañeros acudirían al lugar y

aunque estaba de sobra preparado para solventar la situación, prefería no forzar las cosas.

Casi iba a sacar de su bolsillo la ganzúa que le permitiría entrar de nuevo al domicilio cuando la voz de Samuel volvió a resonar en su interior.

—¿Qué vas a hacer, Marcos? —El policía se detuvo a agarrarse la cabeza pues la comunicación vino acompañada de un terrible dolor en la zona—. Tenemos un trato, ¿recuerdas? Si lo rompes haré las cosas por las malas.

Marcos se había echado a un lado. Se apoyaba como podía en la pared del descansillo, luchando por no caer al suelo. Intentó seguir su camino en vano, pero a cada paso que intentaba dar el dolor aumentaba de forma considerable.

—No te preocupes por el cadáver, nadie va a encontrarlo hasta que yo quiera. —La tétrica voz continua atronando al policía—. La pregunta es: ¿qué es lo que tú quieres?

El policía volvió sobre sus pasos. Siempre había pensado que nunca en su carrera iba a dejarse chantajear, pero, como decía su madre, “nunca digas de este agua no beberé”, a lo que su padre añadía un simpático “tampoco digas este cura no es mi padre”, que siempre le había hecho bastante gracia hasta ese momento.

Bajó de nuevo los viejos escalones de madera rumbo a ningún destino con la única intención de alejarse de aquel lugar maldito. Descendió con la lentitud que le dejaba el dolor que invadía su cabeza. Con cada paso que daba se alejaba del suplicio en forma de tremenda migraña, calmando paulatinamente su malestar.

Al llegar a la calle suspiró nervioso. Se encontraba aterrorizado. Sus peores temores se estaban convirtiendo en realidad. Mientras recorría la avenida de Calvo Sotelo comenzó a sopesar la locura como posible explicación de lo que estaba sucediendo, pero, aun así, y porque dentro de sí mismo no daba credibilidad a ese pensamiento, intentó pensar en cómo salvarse. Estaba claro que aquel era un juego que Samuel se había tomado en serio y que lo había organizado durante mucho tiempo, pero ¿por qué le tendría él

como víctima? ¿Tanto odio había engendrado en su interior en aquellos años en los que Marcos solamente intentó defender su territorio ante alguien al que consideraba una amenaza? “Pero si solamente éramos unos críos”, se dijo. De la forma que fuera, parecía claro que otra vez tendría que aceptar las reglas y la situación que otro proponía. Le reventaba por dentro, pero no tenía idea alguna de cómo iba a poder combatir un poder que no entendía. Estaba por completo en manos de Samuel.

—¡Marcos! ¡Marcos! —La voz de su padre le sacó de sus pensamientos—. Pensé que estabas en casa.

—He ido a hacer un recado, pero ahora iba para allá. —Marcos esperaba que no hubiera demasiadas preguntas, su padre siempre notaba cuando se aliaba con la mentira.

—No importa. —El hijo suspiraba por dentro—. Tienes que venir conmigo. Parece ser que ha sucedido otro asesinato aquí cerca.

—¿Otro? ¿Cerca? —El corazón se le disparaba al más joven.

—Sí, ven conmigo. Miguel ya está allí. Parece que se trata de los mismos síntomas que otras veces.

Intentando disimular su temblor, Marcos siguió a su progenitor. Ahora sí que no entendía nada. ¿Se estaría volviendo loco de remate? ¿Le habrá molestado tanto a Samuel su intento de asegurar su inocencia que le habrá traicionado? Para su alivio, la dirección que tomó su padre variaba en parte de la Cuesta del hospital a la que no deseaba ir con aquel cadáver lleno de disparos de su propio revolver. Aún no cantó victoria, pero se alivió sensiblemente.

—Al parecer —discursó Tasio—, los vecinos han escuchado gritos y nos han llamado. El agente Manrique estaba por la zona y nos ha llamado nada más ver la que había montada. Todo ha ocurrido hará menos de una hora.

—Pero, ¡si Samuel está en la comisaría! —Aunque no sepa ni por dónde empezar, aquello podría servirle para cumplir su cometido de mejorar la reputación de su némesis.

—Será su maestro, como otras veces —respondió Tasio de manera firme—. ¿Te ocurre algo, hijo? Estás extraño.

—Muchas horas sin dormir...

—Pues para que estés así tenías que haberte ido a casa a dormir, que es para lo que te fuiste de la comisaría.

El inspector guardó silencio, consciente de que ante su padre todo lo que dijera podría ser utilizado en su contra.

—También —concede al fin—, ya sabes, estoy triste por... —No le gustaba demasiado recurrir a la enfermedad de su padre, pero vio una buena vía de escape en ello. Aun así, en verdad eso también le estaba destrozando por dentro.

—Marcos, es ley de vida. —Tasio se detuvo y, con lágrimas en los ojos, se abrazó a su hijo que, sorprendido, respondió con una afectiva réplica. Era la primera vez que veía tanta debilidad en él.

—Hoy me has hecho muy feliz atrapando a ese asesino. Me siento muy orgulloso de ti. Y ahora sé que vamos a coger también al otro. Solamente es cuestión de tiempo. Y aunque yo no tenga mucho, sé que tú terminarás lo que yo comencé hace tanto. Prométemelo, hijo mío.

Las palabras de su padre desgarraron a Marcos, que se sintió en una encrucijada de la que no sabía cómo iba a escapar. Era incapaz de incumplir su promesa de ser incorruptible como miembro de la seguridad del estado, ni tampoco de privar a su padre de ese último deseo. Estaba en una situación peliaguda y problemática.

En la comisaría, en la oscuridad de la sala de interrogatorios que los miembros del departamento de policía de la ciudad de Santander habían preparado como si fuese una celda, un hombre sonreía complacido. Todo estaba saliendo como quería. Sabía que no le sería fácil conseguir todo lo que deseaba, pero el juego le estaba encantando. Tenía a Marcos a punto de ceder a su chantaje y eso a Samuel le gustaba sobremanera, de alguien que siempre había perecido incorruptible. Con todo lo que le hizo de niño, aquello era un regalo. No tenía pensado dañarle, al fin y al cabo es el hermano de Estela y no quería verla mal, tan sólo domarle y hacerle suyo.

Los otros miembros de la familia no le preocupaban. Pronto estaría con ella...

Una mujer con el desconsuelo por bandera esperaba en la puerta de la comisaría. No entendía por qué no la habían dejado cumplir su objetivo, pero no se iba a ir de ahí hasta conseguirlo. Miró al cielo, gris apagado, y suspiró antes de volver a entrar en el recinto. Sabía perfectamente a dónde se dirigía. Caminaba con paso decidido, saludando a los agentes de la ley que se cruzaba, eran muchos años visitando a sus familiares allí y los conocía a casi todos. Cuando llegó a su destino se plantó ante la puerta y dio tres fuertes golpes, marca de la casa, y abrió a la vez que el comisario Miguel mandaba pasar. La cara de él reflejó que no le gustaba en absoluto tener que negarle a Estela, a la que, al igual que le ocurría con su hermano Marcos, consideraba como una hija. El rostro de ella parecía la de una quinceañera enamorada que va a pedirle a su padre que la deje ir a la fiesta en la que estará su amor.

—Nunca te he pedido ningún favor, Miguel.

—Y no lo hagas esta vez, por favor, Estela. Sabes que os quiero como un padre, pero esto es peligroso.

—Tienes que dejarme verle, es muy importante... —En ese momento la puerta del despacho se abrió de golpe y el inoportuno Morenza apareció dispuesto a combatir.

—Ya estás otra vez por aquí. ¿No te has dado cuenta que estás haciendo el ridículo? —La mirada de Estela se cargó de odio.

—Vale que estos tengan que aguantarte por ser su superior, pero yo no te voy a consentir ninguna tontería y menos de un maltratador como tú... —Un sonoro tortazo, procedente de la fría mano de Morenza cruzó el aire, impactando en el rostro de Estela que, desprevenida, cayó al suelo perdiendo el sentido.

—Quieto, ¡hijo de puta! —Miguel se abalanzó sobre su superior para detenerle—. Te va a caer una buena por esto.

—Si tú no sabes controlar a las mujeres en tu propia comisaría no es mi culpa, me estaba insultando y eso no lo aguanto. —La

suficiencia con la que hablaba aquel hombre, estuvo a punto de hacer que el comisario perdiese los papeles.

—Me lo estás poniendo muy fácil, cabrón. —Con muchas dosis de esfuerzo, Miguel consiguió aguantarse. Creía que por fin tenía algo con lo que luchar contra su enemigo.

No demasiado lejos de allí, un hombre, que hasta ese momento estaba sentado y esposado en una pequeña sala cerrada con cristales en las paredes, se levantó a toda velocidad, se acercó a la puerta, la abrió sin dificultad ninguna y mientras se quitaba las esposas, comenzó a andar entre los agentes de la ley que parecían estatuas de piedra. No tardó demasiado en llegar al despacho en el que dos hombres habían sido detenidos en mitad de un forcejeo y se centró en la bella mujer que reposaba el piso, inconsciente. Se agachó junto a ella y la tocó con una caricia suave en el rostro, despertándola en el acto.

—¿Qué ha ocurrido? —Estela se llevó la mano a la cabeza evidenciando que la dolía horrores—. ¡Samuel! —La mujer se abrazó a su acompañante con pasión—. ¿Qué pasa aquí? —No tardó en reparar que todo estaba detenido.

—Tranquila, amor. —Samuel sacó un pañuelo de seda de su bolsillo y comenzó a limpiar la sangre de los labios de la joven—. No te fuerces.

—¿Esto es un sueño? —La mujer no entendía nada.

—Esto es lo que tú quieras que sea, pero no gastes fuerza. No tenemos mucho tiempo.

—Mi cabeza. —Ella continuaba sufriendo un ataque de dolor.

—Es por el golpe de ese indeseable. —El odio con el que Samuel miró a Morenza no presagio que fuera a dejar pasar aquella acción—. Descansa.

—Samuel, estás muy guapo. —Besos, abrazos y caricias por el reencuentro de la pareja. Ella no dejaba de sonreír pese a que los labios la quemaran... aunque más la ardía el pecho por tener por fin a su amado entre los brazos.

—Tú también, niñuca. Quiero que vayas a casa y no vengas a verme, eso solamente puede traeros problemas a todos. En cinco días yo estaré fuera.

—Lo prometes. —Aturdida como estaba, Estela no podía ofrecer demasiada resistencia.

—Palabra, pero ahora debo irme, esto no es bueno para ti. — Samuel era consciente que aquello le reportaría problemas a la psique de su amada y no deseaba alargarlo más de la cuenta.

—¿Tú estás haciendo esto? ¿O sea que no eran sueños? — Lágrimas en los ojos ante la revelación—. Siempre supe que eras especial... pero ¿cómo?

—Eso no importa ahora, cuando despiertes, ve a casa, sigue con tu vida normal y recuerda, en cinco días estaré fuera.

Eso fue todo lo que Estela escuchó antes de volver a perder el conocimiento. El hombre la posó con sumo cuidado en el suelo y se levantó para reemprender el camino de regreso al lugar del que procedía, no sin antes acercarse al oído del hombre al que, desde ese mismo momento, se la tenía jurada.

—Esta noche te darás una vuelta por el Paseo Pereda buscando carne fresca con la que darte un festín...

Principios de los años treinta del siglo XIX, Norte América.

1834 comenzó con la muerte de su padrastro. Pese a todas las desavenencias que ambos habían tenido, Edgar se vio muy afectado y, a pesar de que John Allan no le incluyó en su herencia, viajó a Richmond para asistir al entierro. Allí procuró no mezclarse con la reciente familia de su padrastro, manteniéndose al margen en todo momento de la multitud que se agolpó en el cementerio de Richmond para despedir al escocés. Edgar, en silencio, recordó algunos momentos de su infancia y juventud maldiciendo por la terquedad de ambos.

No demasiado lejos, dentro de un fastuoso carruaje, un oscuro hombre hablaba a su amante, que escuchaba atemorizado y atraído a partes iguales.

—Es increíble lo útil que me está resultando la tuberculosis, después de las pestes ha sido mi mayor aporte a la humanidad.

—Y ¿cuándo encuentren la forma de combatirla?

—Tengo más ases en la manga, por eso no hay problema. — Sonreía mientras acariciaba la cara del otro—. Mira que eres guapo, después de mí eres de lo más bello que he visto.

—Gracias. —El brillo en los ojos de Giacomo era casi cegador—. ¿No te ha molestado lo del premio que ha ganado? —Miraba desde lejos a Edgar.

—Puede, pero si le viene bien para adquirir confianza, bienvenido sea.

—¿No vas a cortarle el paso? Podrías hundirle con unas cuantas visitas.

—No, que va. Tengo curiosidad por ver cómo se las ingenia para sobrevivir. Además, últimamente ha hecho progresos más que de sobra con el encargo que le hice.

—A este paso tardará 30 años en terminarlo —añadió Giacomo con malicia.

—No me importa, a diferencia de los humanos, yo tengo todo el tiempo del mundo.

Saber que mientras él iba envejecer hasta morir, su adorado señor iba a permanecer siempre joven y radiante, era una de las cosas que más le dolía a Giacomo de su extraña relación con Abraham, siempre por detrás de su falta de compromiso, claro.

Antes de regresar de nuevo a Baltimore con su familia, Edgar tuvo un encuentro con Thomas W. White, editor del *Southern Literary Messenger* en el mismo Richmond. Que se había comprometido a entrevistarse con él, porque un acaudalado caballero de Baltimore, amigo suyo, le había remitido su “Manuscrito hallado en una botella” alegando que era una obra de arte de su tiempo.

—Me ha parecido sobresaliente su cuento —comenzaba Thomas W. White entre una espesa nube de humo producto del enorme habano que fumaba—. Creo que tiene mucho futuro en la literatura, hijo. ¿Tiene alguna noción periodística? Y ¿cómo crítico literario?

Después de un largo encuentro que pareció dejar satisfecho al hombre del puro perpetuo, Edgar se despedía con el acuerdo de entrar a formar parte temporalmente en la plantilla de la redacción del periódico.

—Muchas gracias por la oportunidad, señor White, le demostraré que no se equivoca. Haré las mejores críticas literarias que haya leído.

—Eso espero. —El orondo editor comenzó a escribir en un papel—. Vaya a esta dirección y diga que va de mi parte. Le ayudarán a buscar un sitio donde quedarse.

—Lo haré. Gracias de nuevo. —Cuando estaba a punto de abrir la puerta del despacho, se giró y cuestionó—. ¿Puedo preguntarle quién me ha recomendado?

—Ludwig Reynolds Kennedy ¿Le suena? —Poe negó con la cabeza—. La verdad es que a mí tampoco demasiado, pero sus contactos son de primera.

Edgar emprendió el camino de vuelta a la estación con el alma llena de dicha. No veía la hora de llegar a Baltimore para comunicar las buenas noticias a los suyos. Al llegar se encontró con las reticencias de Virginia.

—Te harás famoso y te olvidarás de nosotros —balbuceaba con lágrimas en los ojos.

—Nunca ocurrirá eso, cielo. —Edgar acariciaba su pelo con ternura.

Hay noticias que ni los abrazos más sentidos pueden arreglar. Virginia lloró tres días y tres noches con el corazón roto de desamor, hasta que, un día, una extraña visita cambió su vida para siempre.

—Hola, preciosa. —La aterciopelada voz sonaba conciliadora.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Soy tu ángel de la guarda.

—Márchese o gritaré y mi hermano le matará.

—¿Estás segura que podrás gritar?

Por más que la joven lo intentó no lo consiguió, por lo que la desesperación se unió a su nerviosismo por la presencia de un extraño en su alcoba.

—Tranquila, no vengo a hacerte daño. —Los ojos bondadosos, la expresión de ternura—, sólo quiero ayudarte.

—Váyase, no necesito su ayuda. —Virginia miraba hacia la puerta estimando las vías de escape que tenía.

—¿Seguro que no me necesitas? ¿Ni tan siquiera querrías de vuelta aquí a tu primo? —El gesto de la chiquilla cambió en el acto.

—¿Cómo sabe? —Duda en el gesto.

—Sé muchas cosas. —La oscura sombra sonreía de forma sibilina—. Si tú quieres podrás tenerle para ti. Yo podría ayudarte.

—Pero es mucho más mayor y somos familia, Edgar nunca se fijará en mí.

—Tú deja eso de mi parte. Tan sólo te pido que si acabáis casados consigas que escriba un libro que tiene encargado y medio apartado hace tiempo.

—Y ¿ya está? con eso ya me ayudará.

—No creas que será fácil que consigas lo que te pido ¿Pactamos?

—¿Qué ocurrirá si no lo consigo? —La niña intuía que la respuesta no iba a gustarle.

—Lo pagarás con tu muerte —contestó el oscuro ser sin apenas inmutarse—. Pero no pienses en eso, seamos positivos. Creo que merece la pena, ¿no crees?

—Por supuesto, haría lo que fuera por tenerle para mí.

—Que así sea. —La sonrisa irónica por el juego de palabras se llenó de afilados dientes.

—¿Es usted un ángel de verdad?

—Soy lo que tú quieras que sea.

Al instante siguiente Virginia despertó con malestar pensando que aquello había sido tan sólo un sueño. Pronto descubriría la verdad.

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

Una vez se despidió de su padre y sabedor de que no podría hacer nada para solucionar el primero de los asuntos que le preocupaban, Marcos decidió que era momento de afrontar su destino y recordarle que si no le sonreía terminaría dictando él mismo el camino a seguir.

Se montó en su *Seat 1500* y emprendió la marcha hacia un lugar que no debía conocer, pero que sus buenas actitudes de detective le habían facilitado. Se dirigía al Domicilio de Rebeca Pereira, nunca utilizaría el apellido Morenza con ella, situado en la zona de nueva construcción de Nueva montaña, cercana al centro comercial "Pryca", junto a la zona de Peñacastillo. Una vía de escape para la ciudad de Santander que los políticos de turno habían prometido que se convertiría en un gran complejo de viviendas en no demasiados años.

Marcos no sabía qué iba a decir exactamente, intentó dejar por una vez la mente en blanco, dejando tan sólo que el heavy metal que atronaba desde los altavoces de su radiocasete pusieran banda sonora a ese momento que esperaba fuera importante en su vida.

Al aparcar, bajó del coche decidido, miró al cielo, que amenazaba con descargar toda la tensión que llevaba acumulada desde días atrás, y se dirigió a su destino.

No tuvo que llamar, pues la casualidad hizo que la chica de sus sueños hubiese ido al centro comercial cercano para realizar alguna compra de última hora.

—¿Qué haces aquí, Marcos? —Una sonrisa se escapó del rostro de la joven.

—Necesitaba verte, sé que vives por aquí, pero el destino me ha hecho un favor...

—He ido al Pryca a comprar pasta de dientes y algo para la cena, además necesitaba despejarme. —Rebeca lucía especialmente atractiva a los ojos de Marcos en aquel momento

—No quiero que te vayas —atacó él sin previo aviso.

—No depende de mí, Marcos. —La lluvia comenzó a acompañar el bonito momento, empapándoles. Ninguno se movió.

—Si yo quiero, no vuelves a tu tierra. Ni tampoco con él —atacó el hombre seguro de sí mismo, mientras miraba sus ojos con la fuerza que sólo dan la pasión y el anhelo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué harías? —contestó ella entre indignada y expectante.

—Por de pronto enseñarte un par de lugares de la Tierruca que te enamorarán.

—¿Crees que llevándome a hacer turismo por Cantabria dejaré toda mi vida?

—Bueno, esto es muy bonito y con lugares muy románticos, además... uno de esos sitios es mi cama, niñuca —finalizó el hombre al tiempo que le guiñaba un ojo.

Ante el silencio de ella, él añadió tan sólo:

—Si no te vale solamente con mi cama, te ofrezco mi vida entera... —Y se lanzó a besarla, bajo la lluvia, rezando porque ella no se apartara.

En el centro de Santander la situación mostraba a toda una familia unida.

—Ese hijo de puta me las va a pagar. —Tasio hervía por dentro en su domicilio de “Los chalets de la Tierruca”, aunque susurrara por no despertar a Estela que dormía de forma plácida por haber visto a su amado Samuel.

—Déjalo de mi cuenta —comentó Miguel, mientras acariciaba con el mayor de los cariños la cabeza de la joven—. Aunque suene mal, quizá esto sea lo que necesitábamos para deshacernos de ese cabrón. —La otra mano en el ojo, donde una bolsa de hielo intentaba contener la hinchazón y el morado que, de forma casi segura se asentaría.

—No me vale sólo con eso. Si tuviera veinte años menos. —Tasio se castigaba—. Yo mismo lo iba a machacar con mis propias manos.

—A ver Marcos cuando se entere. —Miguel sentía miedo—, que ya le tiene muchas ganas. Es que no hay peor cobarde que el que pone la mano encima a una mujer...

Una mujer, de impresionante belleza exótica y cuerpo de cercana apariencia a las diosas griegas, deambulaba, al filo de la madrugada, por el Paseo Pereda, muy cerca de la bella bahía de la ciudad de Santander. No era un paseo de recreo, era más bien por motivos de trabajo, pues la bella mujer estaba esperando clientes. Su vestimenta así lo reflejaba.

Parecía nueva en el lugar y en la profesión, pero sabía bien qué buscaban los hombres. Aún no había hecho ningún servicio, pues su jornada laboral acababa de comenzar, pero no estaba preocupada, sabía que su impresionante físico se los granjearía con facilidad, además de la envidia de las otras chicas, que así se lo hacían saber con sus miradas de odio o indiferencia. “Gajes del oficio”, pensaba ella.

La temperatura era agradable. El verano acababa de dejar paso al nuevo rey llamado otoño y eso permitía a “las trabajadoras de la noche”, como se las solía conocer, vestir un atuendo adecuado para su profesión. Escotes hasta el ombligo y minifaldas que llegaban casi al mismo punto, ropa interior provocativa y todo tipo de reclamos se encontraban en esa suerte de pasarela de lo público que se formaba en todas las ciudades a ciertas horas de la noche. Ella sabía que no encajaba allí, aquel no era su lugar. La imponente mujer se sabía bastantes niveles por encima del resto pero, por eso mismo, sabía que triunfará en su objetivo con facilidad.

Un primer coche se acercó y el baile de gestos e insinuaciones comenzó. El conductor aminoró la marcha del vehículo para poder así analizar mejor la mercancía que se le ofrecía y sopesar si iba a invertir su dinero en algún producto.

Después de unos segundos el joven, que montaba un *Seat 127* plateado se paró delante de la mujer de cuerpo de infarto, bajó la ventanilla y se dirigió a ella con el mayor de los respetos.

—¿Cuánto es el servicio, preciosa?

La mujer miró fijamente a los ojos del muchacho y negó con la cabeza.

—Lo lamento, contigo no.

—¿Eh? ¿Puedes negarte? —El joven no salía de su asombro.

—Puedo y lo estoy haciendo. —La mujer sonrió de forma conciliadora.

—¿Por qué? ¿No te gusto? —El chico se había venido abajo — No me hagas esto. Te pagaré el doble si te parezco feo.

—He dicho que tú no. —El tono de la bella mujer se elevó—. Cualquiera de ellas. —Señaló a sus compañeras con gesto elegante — Se irá contigo encantada.

El hombre decidió que no quería seguir aguantando semejante humillación y reanudó su marcha. Se alejó del lugar conduciendo a toda velocidad. Parecía que ya no tenía las mismas necesidades que unos minutos antes.

Al instante los comentarios de las otras inquilinas de la acera comenzaron a llegar.

—Pero qué se habrá creído esta, eligiendo clientes —decía una.

—¡Nos los estás espantando! —gritaba otra.

—¡Mala pécora! —Otra más.

La mujer de exóticas facciones ignoró los improprios concentrándose tan solo en los posibles “compradores” de su franquicia.

—¿Te crees mejor que las demás, bonita de cara?

La elegante mujer miró a su compañía descubriendo una mujer guapa, pero simple y estafalaria en las maneras y vestimenta respectivamente.

—No es la noche, créeme. —La forastera ni siquiera dedicó una simple mirada a la otra para hablarla.

—¿Que no es, qué? —La mujerzuela agarró del brazo a su presa.

—Te he dicho que no es la noche indicada. —La fulminante mirada amedrantó a la otra prostituta que en el acto que dio un paso instintivo atrás.

—Ten cuidado. —La matona no parecía querer irse sin cumplir su objetivo—. Somos muchas.

—Tranquila, lo tendré. —La exótica diosa volvió a ignorar a su acompañante.

—Imbécil —farfulló al irse la que parecía la líder de las prostitutas de la zona.

—¿Qué ha pasado? —preguntaban las otras con curiosidad a la llegada de su jefa.

—La he advertido. —Se pavoneaba controlando aún el temblor de piernas que le había producido la situación—. Creo que la ha quedado claro.

Cinco minutos más tarde otro coche, este un, *Citroën CX rojizo*, se acercó a la zona de ventas, repitiendo el proceso del coche anterior.

—¡Qué puta más guapa! —dijo a la forastera al bajar la ventanilla—. Debes de cobrar un pastón por abrirte de piernas.

La mujer sonrió sin decir nada al conductor del automóvil, que vestía como si viniese directamente de jugar al golf.

—¿Que cuánto cobras, zorra? —El tono fue agresivo—. Piensa que estás en la puñetera calle, por más buena que estés no voy a pagarte mucho, muerta de hambre.

—El precio no debería ser problema para alguien de tu posición. —La bella mujer examinó tanto el coche como el atuendo del hombre—, pero el precio es pequeño comparado con el placer que te haré sentir. Te llevaré al cielo y, también, a los infiernos más ardientes...

—¡Bla, bla, bla! Todas decís bobadas, no quiero que me des sermones, solo que me la chupes ¡Sube! —mandó el hombre con indiferencia.

La mujer, sonrió de nuevo. En el otro imperaba la cara del que está acostumbrado a obtener lo que deseaba sin réplica alguna. Ella subió con decisión al coche, que emprendió la marcha en el acto. Parecía ir dirección a El sardinero.

—Siempre he sentido fascinación por las de tu gremio —comenzó a hablar unos minutos más tarde el hombre—. No sólo vendéis vuestro cuerpo, sino también vuestra dignidad. ¿Cómo Conseguís dormir? —La malicia envolvía a aquel hombre que por única respuesta encontró una sonrisa ausente y forzada.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato? Espero que para otras cosas te apliques más.

—Dijiste que no querías sermones —contestó mirando al frente la refinada meretriz.

—Eso está bien. —Parecía disfrutar con la obediencia ajena—, pero trátame de usted. ¿De acuerdo, puta?

—Lamento decirte que no soy una simple puta.

—¿Ah, no? ¿Y qué eres entonces? ¿Una princesa? No me jodas. Estás dentro de un coche con un desconocido que te ha ofrecido dinero por fornicarte, ¿y dices que no eres una puta? —Odió en las palabras—. Y no voy a volver a repetirte que me trates de usted. —Hizo un rápido ademán amenazador con la mano.

—No una simple puta —respondió la joven lo más tranquila que pudo.

El coche continuó su camino hacia el faro de Cabo mayor. Silencio momentáneo dentro.

—Te voy a matar a polvos, guarra y ni todas tus palabras van a hacer que no me corra en tu cara. —Seguramente aquel hombre también disfrutaba con la sumisión—. Con la cara de golfa que tienes seguro que hasta te gusta. Y si es por dinero no hay problema.

—El dinero no es el problema, ya te he dicho. —La exótica mujer continuaba mirando al frente.

—Entonces, ¿qué coño te ocurre? Mira, no sé qué clase de ínfulas tienes en esa pobre cabeza, pero como no muestres respeto por las buenas, lo harás por las malas, no serías la primera mujer, ni el primer hombre al que cruzo la cara hoy. —Mirada asesina de parte del cliente—. ¡Qué no es una puta dice! —El hombre, indignado, negaba con la cabeza—. Una zorra es lo que eres.

El coche se detuvo en una oscura zona de aparcamientos situada hacia la mitad de la cuesta de subida al faro de la ciudad.

—¡Chúpamela! —Escupió él con el mayor de los desprecios.

—No —susurró ella tensionada mirando al frente aún.

—Que me la chupes he dicho. —La cara del hombre se acercó a un palmo—. Eres una puta ¿entiendes? Una esclava de mi dinero.

—La joven notó como su aliento hedía a flores secas — Así funciona esto—. El hombre comenzó a desabrocharse el pantalón con urgencia.

—¿Hablas de esclavos tú? —La bella mujer respondió, con fuerza en la mirada, de golpe a su oponente—. Vistes así, te comportas así y yo soy el esclavo.

—¿Esclavo? ¿Eres un puto transexual? Como sea verdad no saldrás con vida de este coche.

El exasperante hombre intentó abalanzarse sobre su víctima, que repelió el ataque empujando al agresor contra la puerta del vehículo. De pronto el tiempo pareció detenerse. El hombre, que ya no estaba tan confiado, no podía mover un sólo músculo. Tan sólo sus ojos y su mente parecían continuar activos. Pensó resignado que aquello no era ninguna trampa, que tan sólo se ha quedado inconsciente producto de algún golpe en la cabeza. No estaba demasiado convencido, porque aquello le parecía demasiado real. Más pesadilla que sueño, a decir verdad.

—Te equivocas en quién no saldrá con vida de este coche, Morenza.

La maldad en los oscuros ojos tristes y la sonrisa maquiavélica atormentaban a la estatua de carne, que era testigo impotente, mientras su seguridad se venía abajo al comprobar que no era el cazador sino la presa, de cómo la exótica mujer cambió de forma hasta convertirse en un chico de ojos tristes que hacía no demasiado tiempo había tenido agarrado por el brazo en la comisaría. Morenza, aterrado, recordó las palabras que su padre siempre le aconsejó desde bien joven: “el mayor de los peligros se

esconde siempre detrás de una cálida sonrisa...”, justo antes de sufrir un brutal ataque por parte de su verdugo.

Mediados de los años treinta del siglo XIX, Norte América.

Mientras, en Richmond, Poe comenzó su andadura en el Southern Literary Messenger, donde las cosas marcharon bien en las primeras semanas, pues, de forma casi mágica, las ventas se habían multiplicado desde la llegada de Allan Poe al tabloide. La fama que había adquirido con su “Manuscrito hallado en una botella” consiguió incrementar en tres cuartas partes los ingresos del periódico. Pero Edgar no tardó demasiado en comprobar que su vida iba a continuar por los mismos amargos derroteros de siempre. La soledad le hizo volver a refugiarse en el alcohol y el opio.

—Te odio —balbuceaba una noche mirando una botella de Whisky.

Tal dependencia y los excesos que conllevaba no tardaron en pasarle factura. En más de una ocasión se presentó en las oficinas de su reciente trabajo indispuesto y sin aptitud para trabajar.

—¡¡¡No he bebido nada!!! —Lamentaba a gritos cuando Thomas W. White le castigaba con un mes de empleo y sueldo.

Y en verdad no mentía, pues en todas las ocasiones en las que llegó perjudicado al trabajo, o bien no había bebido nada, o había sido muy poco lo ingerido. El culpable de aquella “maldición”, como la llamaba Poe, presumía satisfecho delante de su amante.

—Si los seres humanos pudierais darme pena, este chico sería uno de mis preferidos.

—Le estás volviendo loco. —Sonreía con admiración Giacomo —. Unos días le ayudas, otros le hundes. Eres muy retorcido.

—¡Gracias! —Aceptaba aquel diablo de forma irónica.

Edgar aprovechó ese mes sin trabajo para adelantar el libro que le debía a su amigo. No tenía demasiado claro qué debía escribir exactamente, pero sí que Abraham le había pedido algo que pudiera

encuadrarse dentro del género de terror y que ensalzara sin tapujos el mal. Ya que Abraham deseaba algo del estilo de la Biblia, intentó hacer una serie de metáforas con doble fondo que transmitieran el mensaje deseado. Terminó un cuento con un argumento macabro fuera de lo común para la época. En su historia, llena de violencia y crudeza, contaba la obsesión de un hombre con su prima y las maquiavélicas consecuencias. En realidad, dio forma a las pesadillas que hacía días le estaban atormentando cada vez que conseguía conciliar el sueño.

—Esto es bueno, pero no es lo que busco. Aprovéchalo para ti. Eso sí, te felicito. Hay mucha maldad implícita. —Se relamía Abraham al ver como sus esfuerzos estaban dando sus frutos.

En cuanto su tiempo de castigo terminó, le enseñó al señor White su cuento, que había titulado “Berenice”, y este, entusiasmado por la calidad de la obra, lo público sabedor que la controversia del argumento daría mucho que hablar y, en el fondo, incrementaría las ventas. No se equivocó. Y aunque algunos lectores escribieran cartas de protesta al periódico, las ventas de dispararon. Edgar se percató del éxito de aquella temática y del morbo que despertaba en los lectores su gusto por lo oscuro y se decidió a continuar explorando ese campo. Además, mantenía correspondencia de manera asidua con Virginia. Ignoraba a qué se debía, pero desde hacía un tiempo pensaba en ella más como mujer que como la niña que era. Aquellas pesadillas que habían inspirado su cuento “Berenice” le estaban pasando factura. Debía borrar esos deseos de su cabeza, pues, aparte de una niña, era su prima hermana y, de ningún modo, entendía cómo podía estar albergando esos sentimientos. Culpó al opio de todo aquello y, aunque fue sólo pasajero, consiguió permanecer sobrio durante una temporada. Trabajó duro para el Southern Literary Messenger hasta el punto de ser nombrado redactor jefe a principios del año 1835.

Ahora que por fin las cosas iban mejor, un nuevo revés se cebó con Edgar y los suyos. Su abuela Elizabeth Cairnes falleció el siete

de julio a los 79 años de edad después de varios años de salud delicada.

Edgar volvió a Baltimore para asistir al entierro encontrándose de nuevo con María Clemm y sus dos hijos; Henry, al que Poe encontró con muy mal aspecto, y su adorada Virginia, a la que encontró muy cambiada.

—¿Cómo has crecido? —Edgar estaba ensimismado ante el cambio físico de su prima.

—No siempre iba a ser una niña. —Sonreía vergonzosa ella.

—Bueno, aún tienes 13 años, aún te falta mucho.

—¡Pero bueno! Que tú sólo tienes 26. —El cuerpo desarrollaba, el remango continuaba intacto.

—Pues eso, te doblo la edad. Ten un respeto.

Aunque Edgar se hizo el duro durante los 3 días que permaneció en Baltimore, algo había cambiado dentro de él. Se sentía ansioso ante la cercanía de Virginia. No lo entendía, tampoco lo quería pero, por más que lo intentaba, no conseguía sacarla de su cabeza

—No sé qué vamos a hacer sin la pensión de la abuela. — Lamentaba María Clemm en la cena—. Henry no está bien, supongo que ya te habrás fijado, con lo que no puede trabajar todo lo que debería. Yo casi no tengo huéspedes en la casa y Virginia aún es joven para que la paguen bien.

—No te preocupes, tía. Ahora las cosas marchan algo mejor para mí y trataré de enviaros todo lo que pueda.

Pese a que las cosas le iban en verdad mejor, su sueldo no era suficiente para mantenerse a él mismo en Nueva York y, además, ayudar a los suyos en Baltimore, por lo que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para cuadrar las cuentas de la mejor forma. La correspondencia con Virginia mantuvo su flujo de ida y vuelta y cada vez alcanzaron más confianza y cercanía.

Poe empezó a aceptar los sentimientos que sentía por su prima. En el fondo sabía que era una atrocidad, por edad y por ser familia, pero, por más que lo intentaba, le era imposible dejar de pensar en ella. Incluso creyó estar volviéndose loco, pues eran constantes las

visiones de mujeres parecidas a ella o del nombre de su prima escrito en todos los lados.

—Aún no controlo bien el amor en los seres humanos. Debe ser de las únicas cosas que se me escapa. —Se lamentaba Abraham hablando con su amante en el lecho—. Pero tengo otras muchas formas de conseguirlo. Aunque se lo tenga que susurrar en sueños, conseguiré mi objetivo.

—Que no entiendes de amor es evidente. —La desazón tenía a Giacomo en horas bajas.

—Si lo dices por esto. —Abraham señalaba alrededor—, puedes olvidarte, para mí no es más que sexo. Y ya sabes que los seres humanos no sois más que peones en esta partida de ajedrez que planteo.

—No me lo creo, por más que seas quién eres, estás enamorado.

—No sabes lo que dices, pero si así eres feliz.

—Algún día, cuando me haya ido, te arrepentirás de todo esto.

—Algún día tú habrás muerto y yo continuaré mi objeto de dominar tierra y cielo.

—¡Te odio! —gritó Giacomo al tiempo que salió de la cama para dirigirse fuera de la estancia.

—Y yo a ti, amor mío —replicó con su hiriente sonrisa el oscuro ser.

La crueldad de Abraham golpeó de nuevo en los sentimientos y la autoestima del italiano, que cada vez estaba más mermada.

—No puedo seguir así. —Se decía entre lágrimas el joven mientras bajaba las escaleras de la impresionante mansión.

Santander, miércoles 21 de septiembre, 1977.

—Me encanta hacerles creer que pueden ganar —pensaba Samuel al acabar de atormentar a su víctima—. Dejar que lo piensen, ver la luz del poder reflejada en su mirada. Dejarlos saborear una victoria que nunca llegará, pero que creen segura.

Hasta que, de pronto, y de un solo movimiento, los dejó claro como es la realidad de las cosas. Por suerte ahora hago lo que hago sólo por mí —Recuerda los tiempos en que ejercía de traficante de almas para su padre—, y solamente se lo hago a gente despreciable. Miserables que no deberían vivir. Ya falta poco para estar curado del todo de este vicio que para mí es matar...

Cuando Samuel Abascal abandonó el coche, los restos de Morenza se hallaban esparcidos por todo el interior. Debía volver a la comisaría, pero antes quería comunicarle a Marcos, como parte de su buena voluntad, que la primera parte de sus promesas ya estaba cumplida.

Quinta parte

Santander, jueves 22 de septiembre, 1977.

Una oscura habitación, iluminada tan solo a través de una ventana por una brillante luna que, imperiosa, gobernaba la noche a su antojo, era testigo de cómo un hombre, vencido y desesperado, se entregaba a una sesión onanista de sufrimiento y ron.

—¡Mierda de vida! —balbuceaba Marcos en sus delirios alcohólicos al tiempo que luchaba por no derramar la bebida de su vaso, más producto de no conseguir mantener el equilibrio que por juego.

Al poco, una figura emergió de la oscuridad y se sentó en la cama, justo al lado del policía. El visitante se mostró sonriente, con la excitación aún dominando su ser por el festín que acababa de disfrutar.

—Querido cuñado, esto no es un buen ejemplo para tus hijas. — El recién llegado apartó con suavidad la botella y el vaso de las manos del otro, al tiempo que señalaba con la cabeza hacia la habitación donde dormían las pequeñas.

—¿Tú? ¿Aquí? Pero, ¿cómo? —Marcos no daba crédito a lo que veía. Se sentía aturdido.

—Ventajas de ser el hijo del diablo —contestó Samuel con una brillante e irónica sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, da igual —replicó Márquez al tiempo que se dejaba caer cansado en la cama—. En este momento, me creo todo... también odio a todo y a todos...

—¿Mal de amores? —Samuel disfrutaba con la situación.

—Vete a la mierda, Samuel. —Marcos luchaba de forma constante con su embriaguez para poder articular frases de forma más o menos correcta.

—No es bueno que le hables así a quien tiene la llave de tu felicidad, amigo mío.

—Tú y yo nunca hemos sido amigos, ni lo seremos... —El odio proyectado como recibimiento.

—Eso es cierto, pero por el cariño que te tiene tu hermana, estamos condenados a entendernos y bailar juntos el vals de los malditos. Además, vengo a decirte que ya he cumplido con una parte de nuestro trato. —Marcos, que veía a Samuel doble, atendía a sus palabras como podía, intentando no ceder ante la caída de sus ojos que amenazaba con dejarle fuera de juego—. Morenza ha tenido un pequeño problema esta noche. —Sólo escuchar el nombre de su némesis, hizo que Marcos se incorporara de golpe.

—¡Voy a matar a ese hijo de perra! ¿Sabes lo que le ha hecho a Estela? —La respiración del policía se había agitado considerablemente, parecía un jabalí en ese momento.

—Claro, por eso ya me he encargado yo. —Samuel volvió a tumbar a Marcos sin apenas esfuerzo—. Tranquilo, ha sufrido al máximo.

—Y ¿Ahora qué? —escupió el policía—. Porque a mí me han rechazado de forma cruel, con tortazo incluido.

—Es patético incluso pata ti. —Samuel negaba con la cabeza—. Si cumples con tu parte, tranquilo, que yo lo arreglaré todo.

—¿Cómo? —Márquez rompió a llorar lágrimas de alcohol—. No me quiere y yo me muero sin ella y...

—¡Duerme! —Un solo toque de Samuel en la frente de Marcos sirvió para que este cayera fulminado en su lecho—. Descansa y duerme tu borrachera, cuñado. Mañana tienes que empezar a hacerme parecer inocente ante ella.

Samuel Abascal contempló dormir a Marcos unos segundos, entendiendo que, aunque se creyese mucho mejor que él en todos los sentidos, el sufrimiento por amor era idéntico para los dos. Un minuto más tarde se levantó, se acercó a la ventana, apoyándose como si dejara caer todo el peso del mundo en tal acción, y observó la luna, pensando en que si su plan tenía éxito, en unos días aquel pobre diablo que ahora dormía la mona a su espalda, conseguiría que Estela pensase que era la mejor opción. Samuel sabía que ella, al igual que le ocurría a él mismo, moría de amor, pero con su familia en contra, con todo lo que la importaba, las cosas serían a

ser más difíciles. Él podría haber hecho las cosas de manera más drástica y haber utilizado sus poderes para persuadirles a todos, pero no deseaba en absoluto que por hacerlo quedaran secuelas en ella. Además, de esta manera, jugaba un poco con Marcos, devolviéndole algunas malas acciones del pasado y se aseguraba su lealtad y respeto. Pocos minutos después, el deseo lo sacó de sus pensamientos. Supo en el acto qué lugar deseaba visitar en ese momento.

Al mismo tiempo en la nueva zona de Peñacastillo, una bella mujer, ataviada con un camisón de seda, escribía en su diario los acontecimientos que le habían sucedido a lo largo de la jornada:

Querido diario; hoy estaba enfadada y no pensaba escribirte, pero llevo varias horas dando vueltas sin poder pegar ojo y está claro que necesito desahogarme. Ha sido un día duro, confuso. Todo comenzó con la carta de Marcos, me halagó, mucho, pero no quiero que me meta en problemas con mi pareja. Pablo es un maniático y Marcos un buen chico, si llegara a saber de esa misiva, ocurriría una auténtica tragedia.

Le he dado muchas vueltas a las palabras de ese policía seductor al que tanto parece que le gusto y, aunque podría representar una gran opción, no quiero complicarle la vida en este momento. Bastante tiene él ya con tener que sacar adelante a sus tres hijas.

El día continuó con Pablo viniendo a imponerme una nueva vida lejos de aquí. En cualquier otro momento habría luchado, como ya hice para venir aquí, para que no se saliera con la suya, pero ahora estoy cansada. Me encuentro sola aquí, por más que ese buen chico intente alegrarme la vida, y estoy tremendamente asqueada de tener que conducir tantas horas cada vez que quiero ver a mi familia. Además, Pablo continúa teniendo ese efecto, pese a todo el miedo y el asco que me provoca, en mí. Es difícil de explicar, pero, aun con todo, siempre ha sido el hombre que más me ha atraído del mundo.

Y para terminar, ya por la noche, vino a hacerme una visita Marcos, esta vez a casa. Aunque no se haya atrevido a decírmelo hasta hoy, hace tiempo que me ronda, pero hasta ahora nunca había sobrepasado las barreras de mi intimidad. Me ha molestado un poco, aunque ya me estoy dando cuenta que Márquez es de esa clase de hombres que cuando se enamoran hacen lo que les da la gana. Después de hablar unos minutos, Marcos intentó besarme y, aunque no me desagradó en absoluto, debido a mi condición de mujer casada, tuve que rechazarle. Me da realmente pena, porque me gusta y porque si no me encontrara en esta situación estaría con él, pero, ahora mismo, no puedo. Sé que voy a romperle el corazón, lo de hoy es solamente el comienzo, y también sé que no va a parar, por lo que, pensándolo bien, igual el volverme a mi tierra con Pablo es la mejor opción.

Mediados de los años treinta del siglo XIX, Norte América.

Con el empeoramiento de la salud de su primo mayor, Henry, la falta de liquidez en el número tres de la Amity Street de Baltimore comenzó a ser preocupante. Las cartas de Virginia, supervisadas por su madre María Clemm, empezaban a tornarse desesperadas. En una de ellas María Clemm informaba que otro primo suyo, Neilson Poe, casado con una hermanastra de Virginia, había ofrecido llevar a la joven a vivir con ellos para pagarle la educación. Su tía también le reconocía que, aunque Neilson Poe era un buen hombre, no quería separarse de su hija de ninguna manera. Esta confesión desarboló la mente del escritor que, angustiado, comenzó a escribir una respuesta en el acto:

—“Mi querida tía. Estoy cegado por las lágrimas al escribir esta carta. No tengo ningún deseo de vivir una hora más. Sabes muy bien lo poco que soy capaz de soportar bajo la presión de la pena. Amo, sabes que amo, a Virginia, apasionadamente, fervorosamente. No puedo expresar con palabras la ardorosa devoción que siento

hacia mi querida prima, mi amor. Todos mis pensamientos están dirigidos a la suposición de que ella y usted prefieren ir con Neilson Poe”.

Poe sabía que no entraba dentro de lo bien visto, ni, tampoco, de lo moral, pero sus sentimientos hacia Virginia eran tan fuertes que decidió saltarse todas las reglas.

Como no podía esperar a una posible respuesta, Edgar pidió unos días de permiso en el periódico y regresó a Baltimore el 20 de septiembre de 1835 con la intención de no volver a Richmond sin su prima

—Pero ¿cómo voy a permitir esta boda? Aparte de que sois familia... ¡Virginia es una niña!

—¿A qué edad se casó usted, tía? —atacó Edgar.

—Eran otros tiempos y...

—¿A qué edad? —insistió tenaz Poe.

—A los 14, pero...

—Entonces, no entiendo cuál es el problema. Yo cuidaré de ella como de mí mismo. La trataré como si fuera mi reina y, además, me ocuparé también de usted.

—¿En verdad harías eso, Edgar?

—En cuanto saquemos los permisos, nos mudaremos a Richmond. Lo tengo todo planeado.

Con el beneplácito de su tía y futura suegra, Edgar subió a la carrera las escaleras hasta el primer piso en el que se encontraba su amada.

—No quiero que te vayas a Oklahoma con Neilson —gritó al abrir la puerta de su habitación.

—Yo tampoco quiero —contestó ella vergonzosa—, pero es la única manera de...

—No, hay otra. —La sonrisa delató a Edgar.

—¿A qué te refieres? —La respiración se agitaba a cada segundo.

—Bien sabe Dios que esto no se hace así y que te mereces el mayor de los anillos, pero...

—¿Qué dices, Edgar? —Los latidos del Corazón de la joven no podían ir más rápido.

—¿Quieres casarte conmigo, Virginia?

—¿No bromeas? —Dudas entre lágrimas de felicidad.

—Por supuesto que no, mi vida.

Un largo abrazo, cargado de felicidad y besos, selló la unión. Finalmente, dos días más tarde la reciente pareja se presentó en los juzgados para pedir la licencia matrimonial, con el objetivo de celebrar su enlace en mayo del año siguiente. Para obtener dicho documento tuvieron que falsificar la edad de ella, registrándola como si tuviera 21 años.

—Ya sabes lo que te toca ahora. —La mirada severa de Abraham en contrapunto con el brillo ilusionado en los ojos de ella.

—Por supuesto, mi ángel de la guarda. —No hay más ciego que el que no quiere ver—. Muchas gracias por hacerme tan feliz.

Santander, jueves 22 de septiembre, 1977.

El amanecer trajo consigo una nueva serie de dolores, parestesias y vómitos al ex comisario Anastasio Márquez, que ya se había acercado de forma peligrosa al umbral en el que, según los médicos, podría llevar una vida medianamente normal. Se había levantado a hurtadillas, como siempre, sabedor que Asunción tenía un sueño muy pesado y era extremadamente difícil despertarla, teniendo aun así el mayor de los cuidados. Llevaba más de medio mes sin conseguir conciliar el sueño por más de tres o cuatro horas y sentía que la llamada de la dama negra cada vez era más fuerte. Se encontraba abrazado a la taza del wáter, como un vulgar borracho, pensando en que ojalá aquello se debiera a una simple mala noche de fiesta. Sentía que la vida se le iba con cada estertor, algo no iba bien. Era más fuerte esta vez. Sabía que debía ver a los doctores, que le habían pedido que en cuanto aquellos episodios se intensificaran, los avisara, pero por nada del mundo iba a perderse

los interrogatorios que se efectuarían esos días a ese malnacido de Samuel Abascal. Habían conseguido apresarle y no iba a dejarle escapar.

Se repuso como pudo, se lavó la cara, limpió todo lo que hubiese que limpiar en aquella escena del crimen para que su mujer no sospechara nada y volvió, con la cadencia cansada del que ya no tiene nada que ofrecer al mundo, a su habitación. En ese momento, viendo a su esposa al trasluz de los primeros rayos de sol que ya comenzaban a invadir la estancia, supo que todo estaba mereciendo la pena, pero también que, ya había comenzado a echar de menos eso de vivir que tanto le había hecho feliz en sus días.

Estela Márquez despertó al lado de su marido, que la abrazaba con el mayor de los amores, sintiéndose atrapada en una cárcel en la que, pese a ser de cariño y comprensión, no deseaba estar. Comenzó a pensar en Samuel, al que sentía tan cerca como dentro de sí misma, y, sin saber bien a qué se debía, comenzó a sonreír, pensando que en breve estaría a su lado. La idea, tal y como estaban las cosas, parecía una locura, pero algo dentro de ella le decía que así sería. El sueño, si es que lo era, que durante toda la noche tuvo con su amado, hizo que Estela se sintiera algo mejor en aquella jaula.

El despertador sonó y Marcos pensó que aquello era un infierno, debía levantarse y preparar a sus hijas para que su abuela las llevara al colegio, pero el simple intento de moverse, parecía que doliera como si del mayor de los castigos se tratase. Haciendo de tripas corazón y después de una buena dosis de auto compasión por cómo le iba la vida y el fracaso, se levantó y comenzó a andar en dirección a la habitación de las pequeñas, como un monstruo de *Frankenstein* recién vuelto a la vida.

Miguel miraba el cadáver de Morenza con estupor. Pese a no sentir ninguna pena, pensó que aquello había sido un castigo excesivo hasta para una alimaña como él. Desde luego el que lo hubiera hecho se había dedicado a conciencia para que sufriera, y parecía haberlo conseguido.

Sabía que Samuel no había podido ser por encontrarse encerrado, pero aquel asesinato llevaba la marca de aquellos dos asesinos implacables, por lo que supuso que el otro, del que poco sabían, estaría cerca. Solamente esperaba que aquello no fuera una amenaza y por haber atrapado a Samuel, el otro comenzara a aniquilarles uno a uno.

En la soledad de su calabozo, Samuel Abascal sonreía por el rato que hasta hacía poco había pasado con su amada “Pronto dejaría de ocurrir solo en sus sueños”, se dijo y pensó en las nuevas argucias que tenía preparadas para jugar con aquellos pobres hombres que tan bien le caían en el fondo. Sabía que podía escaparse de aquel encierro cuando quisiera, pero le excitaba la idea de dejarles pensar que lo tenían atrapado. Además, para que su plan funcionase, debía pasar por aquello. Había esperado tanto tiempo para llegar a ese punto, que por un poco más, no iba a pasar absolutamente nada. Ya faltaba poco.

Gdansk, Polonia, jueves 22 de septiembre, 1977.

El tiempo había transcurrido de forma rápida en el palacio de la media luna. La vida sin Samuel, pese a no ser perfecta, era mucho más realizadora para Giacomo de lo que había sido en los últimos años. Abraham se mostraba mucho más cercano a él, que llevaba siglos amándolo en las sombras, y había encontrado en aquella historia de cuando lo conoció que, como si fuera el cine, su amo proyectaba en su cabeza, los momentos de cercanía y complicidad que tanto echaba de menos. Sabía que su amo no podría hacer nada para evitar una muerte que sabía ya próxima, pero de todas las formas de morir que se le ocurrían, estando a su lado era la menos dolorosa de ellas. Abraham estaba distinto, continuaba disfrutando de sus vicios y de hacer el mal para librar aquella guerra que tenía con el Dios que le expulsó de los cielos, pero Giacomo que lo conocía bien, podía ver el dolor que le provocaba la ausencia de su hijo. El tema Samuel era tabú y el maligno lucía gris, sin aquella energía electrizante que solía caracterizarle. Cada noche, al calor de un buen fuego que las llamas de la chimenea les regalaba, narraba en forma de imágenes aquella historia a su criado, que al no poder recuperar aquellos maravillosos años de amor y juventud, agradecía esos momentos como un perro que lame la mano de su amo, después de que este le dé su comida.

**Mediados de los años treinta del siglo XIX,
Norte América.**

Pocos días después los tres se instalaron en Richmond. Todo marcharía bien para la pareja y su madre. Las ventas del periódico para el que trabajaba Poe se habían disparado y la fama del escritor subía por todo el país. En esos meses continuó haciendo críticas y reseñas a otros escritores. También publicó poemas y relatos cortos.

—Cuanto más duro eres en tus juicios, más hablan de ti, y cuanto más ocurre eso, más ejemplares vendemos. —Se jactaba el codicioso señor White—. Sigue así, Poe, llegarás lejos.

—Será si las enemistades que me granjeo con esas publicaciones me dejan —ironizaba el escritor.

El siguiente paso para Edgar sería intentar publicar un nuevo libro, “Cuentos del Folio Club” lo llamó, pero no lo consiguió. Alguien no estaba demasiado contento.

—Edgar, no estás trabajando en el libro que te encargué. Me estás defraudando.

—Perdóname, he estado demasiado ocupado.

—No importa, en verdad no tengo ninguna prisa. Además, vas a pagar la penalización con no publicar tu libro.

—No creo que eso dependa de ti. —Edgar casi no podía sacar sus palabras. El miedo lo atenazaba.

—Todo lo que te pase dependerá de mí. Ya sabes que tengo contactos. Los utilizaré.

—Y yo te digo que de alguna forma lo publicaré. —Pese al miedo, brillo en la mirada de seguridad e ilusión.

Abraham sabía que lo que más le dolía a Poe era todo lo relacionado con su arte, y por eso atacaba ahí. Y Edgar, que ya se había dado cuenta de quién tenía la sartén por el mango, accedió a conceder esa batalla.

—Es sumamente ingenioso. —Abraham sopesaba dirigiéndose a sus hombres de confianza en una sobremesa.

—¿Qué ha hecho ahora? —Giacomo estaba harto del bostoniano.

—Efectivamente no ha publicado su libro, pero ha distribuido muchos de sus relatos en otros dos que planea publicar.

—¿De verdad, jefe? —Comenzaba enérgico Ludwig, el viejo criado—. Se está haciendo usted mayor. Nunca antes le había visto tan condescendiente con ningún ser humano.

—Este es especial. Diría que es el mejor de los humanos que he conocido hasta ahora.

Ante las entusiastas muestras de admiración de Abraham a su odiado enemigo, Giacomo tuvo que contener sus arcadas. Aquello le ponía enfermo de forma literal.

La boda entre la pareja de enamorados se celebró finalmente el 16 de mayo de 1836 y, aunque al enlace fueron pocos invitados, fue el día más feliz para ambos.

—No puedo tener más dicha que la que tengo ahora, Virginia — confesaba un enamorado Poe.

Con el dinero que tenía ahorrado, Edgar Allan Poe, montó una pensión de la que se encargarían su reciente mujer y su suegra. Al principio, como suelen ser todos los comienzos, las cosas fueron difíciles, ya que la casa en la que vivían, y servía de albergue, era pequeña y no podía acoger demasiados huéspedes, ni de la mejor de las maneras. También, estaba alquilada y sacar dinero para todo era una tarea casi imposible. Producto de esto, Edgar, que llevaba los últimos meses recibiendo infinidad de halagos que alimentaban su ego, trató por todos los medios de sentirse bien correspondido por todo lo que él daba al periódico. Las ventas habían subido considerablemente desde su llegada y ese era su principal aval.

—Reconozco que eres brillante, pero con todo, las cosas están mal —esquivaba el señor White.

—Y ¿cuándo podré tener ese aumento de sueldo que me merezco? —añadía Poe, no sin cierta ironía.

—Supongo que a principios del año que viene.

Santander, jueves 22 de septiembre, 1977.

La jornada comenzaba con la luz y el aire frío, no demasiado desagradable pero ya amenazador, de los típicos días de otoño en Santander. Marcos miraba al cielo, al que las abundante nubes teñían de una infinita gama de grises, como pidiendo una explicación. Lo único que encontró de él fue silencio. Caminaba hacia la comisaria por la calle Cisneros con el fuerte dolor de cabeza y de cuerpo que su mini fiesta privada, a base de ron del día

anterior, le reportaba. Creía haber soñado con Samuel en sus delirios etílicos, pero sabía que era imposible que se hubiera escapado, aunque con ese ser ya nada se lo pareciese. Según se levantó y casi antes de despertar a las niñas, había telefonado a la comisaria para asegurarse de que Abascal no se había escapado. La voz del compañero que le respondió no le tranquilizó en absoluto. Samuel continuaba allí, pero, tal y como le dijo este en su sueño de la noche anterior, el indeseable de Morenza había sufrido un accidente.

Estela Márquez deambulaba nerviosa por el pasillo con una humeante taza de café en las manos. Tenía la mañana libre debido al incidente del día anterior con aquel detestable policía y no sabía si acercarse a la comisaria para intentar ver a Samuel o no. Su marido Ignacio acababa de salir rumbo a su taller y el pequeño Samuel, el faro que guiaba sus días con su luz, se había despedido tan sólo unos minutos antes. El comisario Miguel, que le había tomado declaración en la tarde anterior por la agresión que sufrió por parte de aquel horrible hombre, le había recomendado que no se pasase por allí hasta que todo se calmase. Se preveía una jornada llena de tensión en la comisaría. Se sentó en la cama y recordó el sueño, de esos que nunca sabía interpretar si era solamente una ensoñación o realidad, que hasta una hora antes había vuelto a tener con su amado. Una gran excitación la invadió al recordar lo ocurrido con Samuel, aquel hombre tenía un efecto en ella que se le escapaba al control. Su respiración se agitó, dejó la taza con cuidado en la mesita de noche y se dejó llevar por el ardiente deseo que la dominaba.

En el hospital de Marqués Valdecilla, una llamada, que había esperado con miedo y ansia durante todos los años en que fue maltratada, dejó al borde del colapso a Rebeca Pereira que dejó caer el auricular sobre la mesa sin poder si quiera hacer nada para evitar el golpe. Pablo Morenza, el hombre que tanto había querido desde que no era más que una niña y el hombre que tanto dolor, físico y psicológico, le había obligado a tener en su vida, estaba

muerto. Le habían avisado que el cadáver acababa de llegar a la morgue y ella, precisamente ella, sería la encargada de supervisar su autopsia. No sabía cómo se sentía en ese instante. Un torrente de imágenes y sentimientos surcaba su mente sin que pudiera hacer nada. Rebeca suspiró hondo, cogiendo todo el aire que podía, mientras una lágrima vencida se dejaba caer por su bello rostro que parecía haber envejecido diez años de golpe.

—Te amé con toda mi alma, Pablo —discursó Rebeca al ver lo que quedaba del cuerpo—. Y ahora que no estás dueles con todo el dolor del mundo. Te hago la misma pregunta que te hice mil y una veces cuando me molías a golpes celosos. —Un instante de cortante silencio precedió a una cascada de llanto—. ¿Por qué, Pablo? ¿Por qué lo arruinaste todo? ¿Por qué destrozaste mi vida apareciendo con todo tu encanto, enamorándome hasta el infinito y haciendo con tu crueldad que fuera la mujer más desdichada del mundo? Te lo di todo, te di mi inocencia, mi juventud, mi vida, siempre te he querido, aún lo hago. —La voz, entrecortada y nerviosa, luchaba por proseguir—. Hasta pensé que en esta nueva etapa, juntos de nuevo y al ver que ya no era aquella niña, podríamos tener una segunda oportunidad. —Derrotada y sin importarle la sangre que cubría el cuerpo, Rebeca se abrazó llorando al difunto—. Incluso ayer había rechazada a un gran hombre por ti, porque en el fondo tenía esperanzas de que todo funcionase de una maldita vez. Y ¿ahora me dejas así? —Rebeca se levantó y comenzó a limpiarse con mecánica eficiencia el rostro y las manos de la sangre de su marido—. Has sido cruel hasta para morirme ¡Espero que allí donde vayas pagues por todo lo que has hecho en este mundo!

Rebeca se cambió la ensangrentada bata por una limpia, se puso con cuidado unos guantes de látex y, sin volver a decir nada, procedió a efectuar su trabajo. Gesto serio, reproches en la mirada y rabia contenida fueron sus acompañantes.

Ya en la comisaría, Marcos se encontraba justo en frente de la puerta del despacho del que consideraba su padrino, acababa de llamar a la puerta, con tres secos golpes, pero no escuchaba ninguna invitación a entrar. Tenía pensado hablar con Miguel para ver cómo estaban las cosas con Samuel. Sabía que tenía que hacerle parecer inocente, por el chantaje al que le estaba sometiendo, pero esa idea era algo que con sólo aparecer en su mente, le provocaba la mayor de las náuseas.

—Está abajo con tu padre, en la sala de interrogatorios —comentó un compañero—. Ha venido una psiquiatra del pabellón “20” de Valdecilla para hacer un estudio del malnacido ese que atrapaste ayer.

—Gracias —concedió de forma seca Marcos al tiempo que comenzaba ya a andar con dirección a las plantas inferiores.

—¿Te has enterado ya de lo de Morenza? —Curioseó el policía.

—Sí, toda una pena —contestó irónico Marcos mientras guiñaba un ojo al otro.

En la pequeña sala de interrogatorios de la comisaría de Santander, un duelo de miradas, separado tan solo por una mesa e iluminado a duras penas por una bombilla que colgaba del techo, se llevaba a cabo entre la psiquiatra, Elena Aldama, y el detenido Samuel Abascal, en el que ambos parecían disfrutar. Ella era una mujer de no más de 35 años, atractiva, de pelo castaño claro, que se parapetaba detrás de unas gafas más grandes de lo que debieran para su rostro. La mujer analizaba cada detalle de lo allí sucedido y tomaba notas cada segundo. El, simplemente, continuaba siendo el traficante de almas.

—Entonces, ¿quién es ese hombre del que hablas? —atacó la doctora.

—Es lo que en la tierra se conoce como Satanás —concedió con gesto pragmático Samuel—. Te encantaría conocerle —El descaro y la despreocupación con la que actuaba Samuel, ponía nerviosa a la

experimentada doctora, que, aunque estaba curtida al llevar los casos de cientos de pacientes desde hacía varios años en el principal manicomio de la región, esta vez estaba sintiendo cosas como deseo o sumisión contra las que no estaba preparada.

—Creo que está claro que en tu enajenación, por como temes a ese hombre por todo el daño que te ha hecho desde niño, lo personificas en el demonio —dictaminó ella—. Un claro caso de síndrome de Estocolmo además. Pese a odiarlo, lo amas. —La sonrisa irónica de oreja a oreja de Samuel crispaba a la doctora Aldama.

En la sala contigua, desde la que de una forma discreta el comisario Miguel y su íntimo amigo Tasio observaban todo lo que ocurría entre doctora y paciente, la puerta que daba al pasillo se abrió, entrando Marcos al instante y posicionándose a su lado.

—¿Cómo va? —indagó Marcos preocupado por sí las cosas se estaban escapando a la inocencia de aquel hombre que él debía conseguir.

—Está como las maracas de Machín, para que engañarnos —contestó Miguel—. O está intentando reducir su pena achacándose una posible locura o el pobre no sabe ni dónde está pinado.

—Es demasiado listo —concluyó Tasio, al que Marcos encontró con muy mal aspecto—. Incluso ha dicho que no desea abogado, que él mismo se defenderá. Creo que está jugando con la doctora.

Los tres hombres ponían la máxima atención en lo que ocurría en la otra sala.

—¿Puedo llamarla Elena, doctora? —La mirada, oscura y fija de Samuel se clavaba en los azules ojos de la mujer, que luchaba por no mostrar ninguno de los síntomas que la estaban poseyendo.

—Por supuesto que no. —Se defendió ella con toda la autoridad que consiguió reunir—. Para usted soy la doctora Aldama, no lo olvide. —La mujer se arrepintió en el acto, pues sabía que, a veces, dar confianza a un paciente era bueno para que este se abriera. Aun así, aquel hombre, no parecía ser de los pacientes que cayera con facilidad en los trucos y juegos que solían utilizarse en psiquiatría y,

además, ella no se sentía para nada a gusto en su compañía, precisamente por encontrarse demasiado a gusto ante aquel atractivo hombre.

—Está bien, como gustes. —La sonrisa, pícaro e irónica de Samuel continuaba en ristre—. ¿Qué más deseas saber?

—Quiero que me cuentes todo. Desde que tienes uso de razón hasta hoy. Todo me puede ser de utilidad.

—Mírale —comentó Marcos desde detrás del cristal de protección—. Visto desde aquí parece inocente e inofensivo.

—Los que no parecen albergar el mal, a veces, son los peores. —Tasio odiaba a ese muchacho con todo su alma.

—¿Cómo habrá podido conservarse tan bien? —añadió Miguel —, parece que no hubiera envejecido tanto como debería en estos años. Pese a que ahora se le ve más hombre, tiene la misma apariencia angelical. Si no hubiera visto lo que es capaz de hacer, hasta me daría pena.

—Esta gente no tiene ni preocupaciones ni remordimientos —sentenció Tasio—. Por eso se conservan tan bien. Suelen tener aspecto de no haber roto un plato en la vida, así que pasan desapercibidos a la hora de encontrar culpables.

—Nunca hay que dejarse engañar por ninguna apariencia. Por muy pequeñas que sean las probabilidades de ser el malo, todos tenemos alguna —confirmó Miguel mientras aceptaba con la cabeza—. Fue una de las primeras cosas que me enseñaste de este oficio. También de la vida.

—Sí, si lo sé, pero al verle cuesta creer que sea un asesino despiadado —insistía Marcos, que no sabía cómo iba a librar a aquel demonio de su culpa.

—Este tipo es un monstruo, pero no por lo que hace, sino porque carece de sentimiento de culpabilidad —reiteró su padre—. Llega a auto engañarse de que es inocente hasta tal punto, que termina pensando que nada de lo que se le acusa ha ocurrido en realidad. Ese es su mayor peligro.

—Menuda moto nos intenta vender de que su padre es el mismísimo Satanás. —Miguel sentía fascinación por lo que relataba el otro—. Lo dicho, o está como una cabra o nos vamos a divertir hasta sacarle la verdad. —Se atusó el frondoso bigote unos momentos—. Igual hasta ocurren ambas cosas.

—¿Por qué creéis que se habrá dejado atrapar? —preguntó el más joven—. Porque cuando lo detuve no se opuso, eso puede jugar a su favor en el juicio. —Marcos continuaba con su propósito.

—Por lo que recuerdo. —Tasio fruncía el ceño—, Samuel cumplía todos los requisitos de este tipo de criminales; había sido pasto de la mala suerte desde bien pequeño, numerosas vejaciones de otros hacia su persona, pérdida dolorosa de todo cuanto tenía cerca y violencia a diario marcaron su carácter, convirtiéndolo en lo que es hoy. De todas formas él era sólo el nexo, había alguien más, el que dice que es el demonio. Nunca supimos nada de ese otro ser que tan bien se escondía, pero está claro que fue el otro el que comenzó todo. Era el que mataba cuando este era un niño. —Miguel y Marcos atendían al discurso del ex comisario con deleite—. Me preocupa, no parece nervioso, ni inquieto. Este tipo de gente no se entrega, sino tiene algo preparado o después de haberse derrumbado y como lo segundo es claro que no ha ocurrido, esperemos que lo que trama no sea tan maligno como espero. De cualquier forma, ahora lo comprobaremos.

Por espacio de más de tres horas Samuel narró todo lo que tanto deseaba contar al mundo, desde aquel lejano día de mayo de 1951 en el que tomó consciencia de sí mismo en una cama plagada de hierros en el hospital de la ciudad, hasta ese mismo momento en el que estaba ahí sentado. Por fin, los policías conocieron la verdad de lo ocurrido y por fin Samuel pudo soltar todos los lastres en forma de desahogo que lo anclaban al dolor. “No me está viniendo para nada mal”, pensó de forma cínica al acabar.

Finales de los años treinta del siglo XIX,

Norte América.

El año 1837 llegó al calendario y tampoco hubo noticias positivas sobre un incremento en el salario del escritor por más que su fama y las ventas del Southern Literary Messenger aumentaron de forma exponencial. Poe, cansado de todo esto, dejó su puesto y se trasladó con los suyos a Nueva York.

—Te lo aviso por última vez, o te pones en serio con lo mío, o vas a tener una vida llena de penurias. —Por primera vez Abraham parecía no aguantar más—. Es mi último aviso.

Poe continuaba haciendo algo de caso a su ex amigo, pero sólo de forma esporádica a ese oscuro encargo que llevaba varios años en su lista de pendientes. A lo que de verdad se dedicaba era a incrementar su obra. Los editores locales le aconsejaron que se aventurara a crear una novela larga de aventuras, género que estaba en auge, y comenzó a trabajar en “ La Narración de Arthur Gordon Pym”.

Recibió una suculenta oferta del prestigioso New York Review, pero tuvo la mala suerte de que justo la noche antes de empezar a desempeñar su trabajo un incendio acabó con las oficinas del tabloide.

—Ha sido provocado, estoy seguro —comentaba el dueño junto a las cenizas con el alma rota de dolor—. Lo he perdido todo, es una tragedia.

—Te dije que o haces ese libro o todo te irá mal. —Abraham lucía enfadado.

—¿Tú has hecho eso? —Edgar sentía miedo y rabia por igual.

—Da igual quien lo haga. —Abraham recordaba el momento en el que se lo había ordenado a su amante italiano—. Lo que importa es, que o escribes para mí o todo te irá mal.

Edgar se marchó llorando rumbo a su nuevo domicilio.

—No te preocupes, algo saldrá. —Le consolaba su tía suegra—. Yo seguiré con la pensión aquí.

—¡Qué mala suerte, tía!

Con el miedo en el cuerpo Edgar comenzó a hacer más caso al libro de oscura temática que le había encargado su amigo años antes. Además, consiguió colaborar con diferentes rotativos y revistas. Sus reseñas y críticas continuaron siendo tan feroces o más que de costumbre. Eso le pasó factura cuando él mismo publicó su novela, “La Narración de Arthur Gordon Pym”, pues también saboreó el ninguneo de la crítica, con el consecuente reflejo en el poco interés por parte del público y el varapalo económico que contrajo.

—Buff, esto se está poniendo feo. —Se decía a sí mismo una noche que volvía a casa, ebrio de alcohol y temores, procedente de una taberna de mala muerte.

Siempre se dice que los borrachos dicen la verdad y Edgar no mintió. Las cosas en Nueva York no mejoraban, y aunque colaboró para algunas importantes publicaciones, confeccionando relatos y reseñas, la nueva familia Poe tuvo que apretarse el cinturón sobremanera.

—¿Qué hay para comer? —interrogaba enérgico Poe al llegar a casa.

—Una sopa de ajo, es lo único que he podido hacer —explicaba con pena María Clemm.

—Lamento que estemos así, estoy convencido de que las cosas mejorarán.

—No te preocupes, amor. —Como siempre Virginia era el mayor de los apoyos y se lo demostraba en el lecho—, confío en ti. Yo ya tengo lo que más quería en la vida.

—Gracias, mi vida —aceptaba él complacido por su interés.

—¿No tenías un libro que te habían encargado? —disimuló ella —, igual si lo terminas, te lo pagarían bien.

—No quiero hablar de eso ¿Entendido? —Severidad por respuesta.

—De acuerdo, mi príncipe.

Edgar tuvo que hacer trabajos menores para conseguir pagar las facturas. Comenzó a hacer prólogos e introducciones para otros,

que aunque no le aportaban demasiado, al menos, si lo suficiente para sobrevivir. Por recomendación de su amada Virginia, Poe continuó con la escritura de aquel libro que el oscuro ser que ahora ya no tenía nada de amigo que representaba ser Abraham, lo había encargado.

—Bueno. —Abraham bebía un whisky en compañía de Giacomo —, ya que Poe se está portando, haré que su situación mejore.

—¿No te da miedo que se vuelva a relajar? —Malmetía Giacomo.

—No. —Ironía maquillando la perruna sonrisa—. Si eso ocurre, volveré a dilapidar su felicidad. —Ambos rieron cómplices.

Santander, jueves 22 de septiembre, 1977.

Después de escuchar con suma atención lo que Samuel le relató durante varias horas y de tomar todas las notas que pudo, la doctora Elena Aldama determinó, ayudada por la tremenda curiosidad que le producía la excitación que la había poseído, que debía continuar con aquella sesión fuera de ese lugar. Nunca antes se había topado con un paciente como Samuel.

—Entonces... —La doctora Elena Aldama se relamía ante el paciente que tenía ante sí—, usted cuenta que su padre es el mismísimo ángel caído y que usted tiene poderes también, y que solamente ha matado porque su padre necesita el poder de las almas de los seres humanos.

—Así es. —Samuel parecía haberse quitado un peso de encima. Pensaba que era irónico que hasta él se pudiese beneficiar de una terapia—. Y me guardo lo mejor para el final. —Samuel sonreía irónico sabiendo que su juego estaba resultando provechoso.

—Cuenta, cuenta —invitaba ella, que ya tenía preparado el bolígrafo para tomar más apuntes.

—Aunque mi padre me perjuró que no era así, el infierno, tal y como se adelanta en la Biblia, existe. Y ahí es donde se está

preparando la batalla final. Una traición por su parte habérmelo ocultado.

—Hum, interesante —pensaba la doctora—. Además de tener delirios de grandeza, este pobre diablo está deseando que algo ocurra para que el mundo, tal y como lo conoce, se acabe. Eso es negación de la normalidad —continuaba anotando en su cuaderno—. Este hombre es peligroso, no voy a dejar que salga de una habitación de paredes acolchadas nunca.

Los tres policías atendieron desde la otra habitación a la confesión de aquel que les había cambiado la vida con su llegada tantos años atrás.

—Está peor de lo que yo pensaba. —Tasio tomaba una taza de café que acababan de traerle—. Lo peor es que la doctora parece seguirle el rollo.

—Le estará dando confianza para que se suelte y confiese —añadió Miguel—, y da resultado, está cantando hasta la Traviata. Eso sí, hay que reconocer que imaginación no le falta al hombre, porque para inventarse todo este rollo macabeo...

A su lado, Marcos asistía impotente a la confesión de Samuel ya que, fuera cierto o no, con aquello que relataba acababa de admitir centenares de asesinatos. “No entiendo cómo quiere que le ayude diciendo todas estas cosas”, pensaba. A medida que Samuel desgranaba su vida empezaba a sentirse víctima de un tremendo engaño. Ese hombre estaba loco de remate y él, un policía consagrado, se había dejado engañar. Se sentía como un idiota.

Sobre las doce y media del mediodía, cuando el sol parecía haberse zafado del asedio de las nubes y la brisa de otoño había moderado su acción sobre la ciudad de Santander, Estela Márquez se encontraba en el enorme patio del colegio Numancia para recoger a su pequeño. No solía poder ir a buscarle, debido a que no vivían demasiado lejos, Samuel junior regresaba solo a casa a diario y por eso, a Estela, le hacía tanta ilusión darle una sorpresa ese día.

—¡Mamá! —gritó el pequeño al verla a lo lejos, un instante antes de echar a correr hasta fundirse en un abrazo.

—¿Qué tal ha ido la mañana, mi pequeño? —Amor y orgullo de madre en la mirada.

—Bien, aunque he tenido que volver a parar los pies a los Caldera, que otra vez querían quitarme el bocadillo —aceptó el pequeño indignado.

—Pero tú no les has dejado, ¿verdad?

—No, ya sabes que yo soy fuerte. —El niño se señaló el bíceps con el dedo—, además, sé hacer una cosa que asusta a los demás.

—A ver ¿qué cosa hace mi pequeño gladiador? —Estela seguía el juego.

—A ti no quiero hacértela, el hombre que nos visita en los sueños me la ha enseñado, pero es fea...

—¿Cómo que te ha enseñado algo? —La expresión de preocupación era evidente en la madre.

—Sí. —Samuel junior abrió la boca al sonreír, dejando ver varios huecos de las piezas que el ratoncito Pérez había decidido ir a buscar—. Últimamente me está visitando mucho, me ha dicho que la semana que viene nos conoceremos en persona. Me cae muy bien.

—Déjate de tonterías. —Estela prefirió obviar el tema pues sentía más miedo que curiosidad—. Vamos a comer que en breve tienes que volver a clase. —Madre e hijo comenzaron el camino de regreso a casa—. Te he hecho unos macarrones con chorizo de los que a ti te gustan.

—¡Bien! Eres la mejor madre del mundo.

Ambos abandonaron el patio, Samuel junior pensando en los macarrones que iba a comerse y Estela en lo que su hijo le había dicho. Podía ser una coincidencia, pero con su amado Samuel siempre eran demasiadas coincidencias. Aquello le aterraba, aunque lo amase.

—Mira, mami, esos son los Caldera. Son los abusones del colegio. —El niño señaló a dos críos con tez morena que estaban sentados en las escaleras del patio, mirando de forma torcida y amenazante a todos los niños que pasaban.

—¿Quieres que vaya a decirles algo? —Estela sentía rabia ante la gente que utilizaba la fuerza para conseguir ese falso símbolo que es el poder.

—No hace falta, ya me encargo yo de ellos. —El pequeño sonrió despreocupado a su madre.

—Mi fortachón. —Estela acarició la mano de su hijo, que se agarraba de forma fuerte a la suya—. Ya sabes lo que te he dicho siempre, intenta no hacer caso a la gente que traiga problemas.

—Sí, lo sé, mamá, y si me pegan debo decíroslo a los mayores en vez de pegar, me lo has dicho como un millón de veces.

—De acuerdo —concedió ella orgullosa.

Los dos pasaron al lado de los abusones sin mirarlos, pero justo cuando los sobrepasaron, Samuel Junior se volvió y les miró con odio. Los dos abusones bajaron la mirada en el acto al ver como los ojos del niño se volvían más negros que la propia noche. El pequeño después del obsequio en forma de mirada que se clavaba como un afilado cuchillo, volvió a la normalidad como si nada, pensando en que eso que le había enseñado a hacer el hombre que lo visitaba en sus sueños le estaba salvando del acoso de aquellos dos indeseables.

Finales de los años treinta del siglo XIX, Norte América.

Meses después, a finales del año 1838, le ofrecieron el cargo de redactor jefe en la revista "Burton's Gentleman's Magazine" de Pensilvania.

—Filadelfia es el centro literario del país. Es una gran oportunidad.

—¿Ves cómo todo va a ir mejor? —El miedo se reflejaba en la cara de Virginia mientras acariciaba el torso desnudo de su amado en la cama.

Se instalaron en una pensión de poca monta esperando que con el nuevo sueldo de Edgar todo mejorase. De nuevo tocaba comenzar y Edgar volvió a sacar provecho de su talento. Numerosos fueron los artículos, los relatos y críticas literarias que aparecieron en la revista para caballeros, que ayudaron a incrementar su fama.

A principios de 1839, los mismos editores de la revista apostaron por su sexto libro, "Cuentos de lo grotesco y arabesco". Esta vez se optó por publicarlo en dos volúmenes y, aunque al no poner dinero de su bolsillo para la edición, no recibió demasiados ingresos, esta vez las críticas fueron más favorables. Aun así, había un sector de la industria literaria norteamericana que desde la sombra intentaba torpedear al artista. Algunos estaban resentidos por las duras palabras con las que Edgar le había obsequiado en sus desdeñosas críticas, otros simplemente sentían envidia.

Aunque la calidad de la obra era manifiesta en todos sus componentes, fue, concretamente, uno de los relatos incluidos el que despertó mayor interés por parte del público y de los profesionales; "La caída de la Casa Usher" granjeó a Poe aún más fama y reconocimiento, no así dinero.

—Si me dieran un penique por cada halago que recibo sería el tipo con más dinero de toda América. —Le explicaba Edgar a un

periodista del Graham's Magazine que iba a hacerle un reportaje.

—¿Qué significa para usted escribir, señor Poe? —Libreta en mano el joven becario observaba el entorno en el que habían quedado. A diferencia de otros escritores, Poe no era de buena familia y no disponía de medios. Así, al no poseer una gran casa de la que presumir, y evitando de forma inteligente la paupérrima pensión en la que se hospedaban en Filadelfia, Poe había elegido la recepción de uno de los mejores hoteles de la ciudad.

—Escribir no es otra cosa que intentar llenar con talento las partes vacías de una historia en forma de idea —contestaba el de Boston consciente de la importancia de aquellas palabras.

—¿De dónde saca su inspiración? —Volvía a la carga el plumero.

—De la imaginación, las cualidades innatas y, por supuesto, del trabajo. Ejercitar la mente es, en cierta manera, como ejercitar el cuerpo; cuanto más lo haces, más en forma estás. Si un día estás cansado y paras para descansar, al volver con esa actividad, te encuentras totalmente recuperado y funcionas mejor.

Después de la entrevista, una legión de admiradoras se acercaron a Poe ante la atenta mirada de Virginia que, al igual que su marido, se había percatado del tremendo imán que era la fama para las “busconas” como ella las llamaba.

—No creo que tengas que ser “tan” simpático con esas busca fortunas. —Afeaba ella celosa y enfadada.

—No veo por qué no. Debo utilizar todas las herramientas que disponga para conseguir triunfar, y tener contentos a los fans es una de ellas... Y bastante importante. —Intentaba quitar hierro al asunto.

—A los fans puede, pero esas no son más que mujeres fáciles que intentarán alejarnos.

—No te preocupes, mi cielo, yo solamente tengo ojos para ti. — El consecuente arrumaco, en forma de sentido abrazo, tranquilizó a Virginia momentáneamente.

A muchos kilómetros de allí, en un lujoso hotel ubicado en la plaza de España de la imperial ciudad de Sevilla, un oscuro ser que

parecía no sucumbir al calor casi infernal que asolaba aquellas preciosas tierras, participaba en una gran orgía en la que varias mujeres del lugar, morenas de pelo y tez y facciones morunas, y algún que otro mozalbete, de exquisita finura y con porte gitano, sucumbían al más ardiente de los placeres. Giacomo, en la habitación de al lado, decidió que no aguantaba más aquella melodía de gritos, gemidos y jadeos a la que, aunque había sido invitado, no habría acudido ni por todo el oro del mundo, y salió a las calles de la ciudad para despejarse e intentar olvidar que el hombre que amaba no lo veía más que como un juguete sexual.

—Si yo fuera tú también estaría molesto. Se lo tienen que estar pasando de miedo. —El anciano Ludwig, que nunca se había fiado del joven italiano, aprovechó para hacer cenizas del árbol caído.

—Menos mal que te vas a morir pronto —contestó Giacomo mientras se alejaba.

—Ya, peor es lo tuyo, que estás condenado a soportar este calvario de por vida.

Giacomo no pudo controlarse y se abalanzó sobre el anciano, golpeándolo a placer y sin dejarle reaccionar. Parecía en trance, estaba fuera de sí y varios de los trabajadores del hotel tuvieron que meterse en medio para evitar una desgracia aún mayor.

—Pero hombre, que lo vas a matar. —Uno de los operarios intentaba separar a Giacomo de su presa.

Cuando volvió en sí, Giacomo se dio cuenta que la sangre del viejo estaba esparcida por toda la carroza. Al momento, sintió el miedo. Sabía que Abraham no toleraría aquello.

—¿Qué has hecho?! —Abraham gemía al ver a su querido Ludwig, tirado y a punto de morir.

—Cielo, yo. —Giacomo no sabía cómo calmar a la oscura sombra—. Han sido los celos, el me atacó y yo...

—¡¡¡Cállate!!! —El grito fue ensordecedor e hizo que todos los allí presentes enmudecieran. Giacomo dejó de excusarse y los operarios del hotel, dejaron de reír a causa del comentario homosexual que no estaba nada bien visto en la época.

El tiempo se detuvo y Abraham que jadeaba como una auténtica bestia enfurecida se abalanzó sobre Giacomo que no conseguía moverse aunque su mente continuaba activa

—¿No te dije que nunca tocaras a Ludwig? —El agarre en el cuello comenzaba a asfixiar al joven italiano, que continuaba inmóvil—. Y ¿no te dije que jamás en la vida hablaras en público de lo nuestro?

Giacomo estaba a punto de sucumbir a la falta de aire. Sus pulmones le dolían, su visión se ennegreció y creyó que la vida se le escapa en un segundo. Poco antes de que la muerte lo alcanzara, Abraham lo soltó y respiró hondo todas las veces que necesitó antes de comenzar a romper todo lo que se encontró en su camino de regreso al hotel.

—Vas a ser castigado con lo que más te duele. —La voz de la oscura sombra resonaba en la cabeza de su amante que, aun sin poder moverse, temblaba.

Abraham no mintió y a partir de ese momento dejó de tratar al italiano como un amante y, mientras el anciano Ludwig, que se salvó de milagro, estuvo convaleciente, fue Giacomo el encargado de cuidarlo, así como de hacer sus tareas.

—Mi señor, perdóneme. —Giacomo se postraba ante la persona que más quería en el mundo—. Ten clemencia y vuelve a dejarme entrar en tu lecho.

—Con no matarte ya te demuestro la suficiente misericordia. Hasta nueva orden, este será tu estado.

Aunque el oscuro ser también echaba de menos los encuentros sexuales con el italiano, o precisamente por eso, ya que de ninguna manera se permitiría enamorarse de ningún ser humano, en ningún momento se lo dejó ver en todo el tiempo que duró la recuperación de su estimado criado. Por otro lado, Abraham, sabedor de dónde debía golpear a Giacomo, procuró darle todos los celos que pudo, amén de que de esa forma se obligaba a olvidarlo, y pasó a meter en su alcoba de forma asidua jóvenes bien parecidos que hacían que la sangre del italiano hirviese de rabia y ansiedad.

Santander, jueves 22 de septiembre, 1977.

En la sala de interrogatorios de la comisaria de la ciudad de Santander el desgaste a causa de la presión y la fatiga estaba haciendo mella en los implicados.

—¿Pero es que este tipo no va a derrumbarse nunca? —preguntaba Miguel a sus compañeros—. Parece que se esté quedando con nosotros.

—Y ¿si dice la verdad? —Marcos no sabía qué creer.

—Por favor, hijo. —Tasio no concedía ni una sola posibilidad a otra cosa que no fuera que era un loco y un asesino.

—Si no digo que no sea un asesino, quizá, como dice, mate obligado por su padre, pero, y ¿si, en realidad, sí que hay algo de magia en esto?

—¡¡¡Marcos!!! —Tasio no quería escuchar a su hijo hablar así—. ¿Eso es lo que te he enseñado? Este tipo nos está tomando el pelo. O quiere ganar tiempo o directamente reírse de nosotros, ni está loco ni na...

Ni siquiera pudo terminar la frase, las convulsiones llegaron por sorpresa y Tasio cayó sobre la mesa al tiempo que vomitaba.

—¡Papá! —Marcos se apresuró a intentar socorrer a su progenitor que había caído fulminado.

—Mi padre es el demonio, por lo que yo soy el hijo del demonio. —En la otra habitación el juego continuaba—, pero eso no nos interesa que el mundo lo sepa, ¿No cree? —La doctora Elena Aldama parecía desconcertada ante el giro del testimonio del hombre—. ¿Qué es lo que desea escuchar para que yo parezca inocente?

Los ojos de Samuel se volvieron más oscuros que la propia noche y la mujer comenzó a responderle como una autómatas. Samuel sonreía y cuando escuchó lo que ella le dijo, detuvo el tiempo, se levantó librándose de las esposas y se dirigió a la habitación contigua donde la situación no podía ser peor. Al abrir la

puerta, vio detenidos a los tres policías, Tasio en el suelo y los otros dos intentando ayudarlo. Se acercó al más joven, tocándole y este, entre neblina distorsionada, recobró el sentido.

—¡Ah! —De forma intuitiva se echó las manos a la cabeza—. Pero... ¿Qué?

—Tranquilo —Samuel sonreía a su lado—, me ha gustado como intentas defenderme, eres muy torpe, pero has llegado hasta a enfrentarte a tu padre por mi causa. ¡Sigue así!

—¿Estabas escuchando? —Marcos, notoriamente mareado intentaba unir en su mente las piezas de aquel puzle que hacía tan solo unos segundos le tenía intentando socorrer a su querido padre.

—Te estaba probando y has pasado la prueba. —La sonrisa irónica de Samuel, desconcertaba al policía.

—Pero con todo lo que has contado, ¿cómo voy a hacer para que te exculpen?

—Tranquilo, de eso me encargo yo. Tú ya has cumplido con tu parte, sé bien cuando una persona doblega su voluntad a otro y tú ya lo has hecho. Sé que vas a servirme bien y a tenerme el respeto suficiente. Si sigues con ello, cumpliré con lo prometido. Como te dije ayer, si es que te acuerdas, porque ibas muy borracho, Morenza ya no te molestará más. Además. —Miro a Tasio—, aunque a tu padre no puedo salvarle, sí que puedo hacer que no sufra, y por la forense esa ni te preocupes, si no te quiere por las buenas, lo hará a mi modo.

—Esto no puede ser real —puntualizó Marcos abatido.

—¿Y qué lo es en este mundo de locos?

Samuel se levantó, se acercó a los otros dos policías, les susurró algo al oído, sonrió con prepotencia a Marcos una vez más y antes de abandonar la estancia añadió:

—Cuando todo vuelva a la normalidad, solamente tú vas a recordar todo lo que he contado antes, esa será tu cruz. —Sonrió para sí al acordarse de lo mucho que le molestaba a su padre aquel juego de palabras—. Conocerás la verdad y no podrás revelarla para no parecer un loco. La doctora pensará que le he contado lo

que desea escuchar y vosotros iréis con tu padre al hospital. Si continuas ayudándome, yo continuaré haciéndolo contigo. ¿Entendido? —El policía, que estaba a punto de vomitar por la presión que sentía en la cabeza, asintió en silencio.

—*Alea jacta est*, entonces.

La puerta de la pequeña salita se cerró y Marcos volvió a situarse como un hombre sin alma donde se encontraba cuando el tiempo se detuvo. Samuel regresó con la doctora Aldama y prosiguió con su juego.

Finales de los años treinta del siglo XIX, Norte América.

Todo lo ocurrido en España, más sus asuntos en la vieja Europa, que se mostraba convulsa, impidieron a Abraham estar todo lo pendiente de Edgar Allan Poe de lo que le hubiese gustado. Así, a finales de 1839, una angosta cocina de pensión de penique al día, fue testigo de cómo una pareja de enamorados hablaban intentando que el dinero que no entraba por la puerta no hiciera huir su amor por la ventana.

—*Hoy he tenido una reunión importante —confesaba Edgar Allan Poe—. Me ha requerido el propietario del Graham's, George Rex Graham, y me ha ofrecido entrar en plantilla con ellos. Son para los que hice aquella entrevista en verano ¿Recuerdas?*

—*Sí, claro. Y ¿qué vas a hacer? —preguntaba Virginia mientras pelaba las verduras para la cena—. No podrás trabajar para los dos periódicos.*

—*Por supuesto que no. Dejaré el Burton's. —La cara de su mujer evidenciaba miedo—. George Graham me ha ofrecido el triple de sueldo.*

—*¿El triple? —Las lágrimas comenzaban ya a aflorar en el rostro de la mujer—. Eso significaría dejar de pasar hambre.*

El comentario, aunque rotundo, fue cierto. Los últimos años estaban siendo demasiado duros para los Poe-Clemm, y aunque

Edgar era perfectamente consciente de la situación, escuchar eso por parte de su esposa, que siempre trataba de disimular en todo lo referente a los problemas económicos, fue demoledor.

Como siempre que Poe se asociaba con una publicación las ventas subieron de forma exponencial para alegría de todos. Los dueños se mostraban pletóricos ante tanta ganancia y el de Boston veía aliviada su habitualmente precaria economía.

—“Mis sentimientos son, en este momento, ciertamente dignos de compasión. Estoy pasando por un estado de depresión espiritual como nunca había experimentado hasta ahora. He luchado en vano contra la injerencia de esta melancolía; debe creerme si le digo que me siento miserable todavía, a pesar de la mejora de mi situación” —confesaba Poe a su jefe, George Rex Graham una noche de borrachera mutua.

—No se preocupe, es normal sentirse agobiado si se ha pasado una mala racha. Lo más importante para un hombre es poder cuidar a su familia, pero esté tranquilo, ahora con el sueldo que voy a pagarle, va a poder vivir como un marqués.

Tal y como predijo George Graham, la situación mejoró y los Poe pudieron cambiar la pensión de mala muerte que regentaban para ubicarse en una vivienda más digna y grande.

—¡Desde Richmond no poseíamos tanto espacio! —exclamaba eufórica María Clemm a los cinco minutos de llegar a su nuevo hogar—. Aquí podré volver a montar un albergue.

—No hará falta, tía. Mi paga es de más de 800 dólares anuales —concluyó Poe henchido de orgullo—. Además, la prestigiosa revista Godey’s lady’s Book va a publicarme varios de mis relatos y eso nos dará más dinero y a mi más reconocimiento que a su vez traerá más dinero.

La alegría llenó aquellos primeros días de 1840. Frecuentes fueron las sobre mesas en las que los tres miembros de la familia se lanzaban a disfrutar de una de sus pasiones comunes, la música. Virginia tocaba a la perfección el piano gracias a que el difunto hermano de Edgar, William Henry pasó toda su niñez enseñándola.

Y solía arrancarse con alegres piezas que Edgar acompañaba con la flauta que había aprendido a tocar en sus tiempos de instituto de pago. María Clemm poseía una gran voz y las horas pasaban felices y rápidas en compañía de las más bellas canciones.

—“En la música, es acaso donde el alma se acerca más al gran fin por el que lucha cuando se siente inspirada por el sentimiento poético: la creación de la belleza sobrenatural”. —Filosofaba Edgar en su diario.

Poe no recordaba, desde su niñez, una época más estable y feliz. Aunque la propiedad estaba algo alejada del centro, y Poe tenía que caminar varios kilómetros cada jornada para acudir a las oficinas del Graham’s, el plato de comida esperaba puntual varias veces al día en su mesa. Con todo, había descuidado el trabajo para su oscuro amigo y este decidió recordárselo. Hacía tiempo que no se veían y Abraham parecía más oscuro aún en ese momento...

En una de estas interminables caminatas cuando el atardecer teñía de escarlata el cielo, Abraham sorprendió a Edgar por la espalda.

—¿Ya no tienes tiempo para mi libro, Edgar?

Al escuchar aquella voz, que reconocería y temería hasta el final de sus días, Poe se volvió para descubrir a su ex amigo con una desconcertante sonrisa de superioridad en el rostro. El otro no dijo nada, solamente lo tocó y todo se tiñó de oscuridad para Poe. Cuando despertó, se encontraba en otro lugar. Ignoraba dónde, pues se hallaba desconcertado, pero no creía haber estado allí en la vida. Estaba parado en mitad de una desierta calle de una ciudad que le pareció moderna y con un gran encanto. La noche estaba reinando a su antojo ya en aquel lugar y las luces que iluminaban la metrópoli dotaban de gran color e intensidad al lugar. No entendía cómo había llegado allí. “¿Abraham?” se preguntaba entre dolores de cabeza y náuseas. En seguida unos gritos de mujer lo alarmaron. Edgar buscó en todas las direcciones la procedencia de los gritos que continuaban desgarrando la noche. Corrió sin saber por qué detrás de aquellos lamentos femeninos que, desesperados,

parecían pedían auxilio en un idioma que aunque desconocía atribuyó como europeo, francés para ser exactos, ya que de niño había podido conversar en sus escapadas a los muelles con varios marineros de aquel lugar llamado Francia que tanto le había atraído siempre. No era así como imaginaba que fuera su primera visita.

Corrió y corrió por aquellas desiertas calles persiguiendo el llanto y los lamentos, que se quedarían ya grabados a fuego para siempre en su mente, hasta que un gran portón de madera se abrió a su paso y pasó a escuchar aquellas funestas voces con más claridad aún. Edgar dudó un segundo si entrar, pero a una nueva oleada de alaridos se adentró en aquel portal que le pareció una cueva. Subió los ajados escalones de madera de dos en dos, obviando los crujidos que a cada pisada estos emitían y que hacían presagiar que en cualquier momento cederían haciéndole caer. Sin importarle el esfuerzo, los chillidos le llevaron hasta un quinto piso, se apresuró a adentrarse en el domicilio en el que aquellas voces se atormentaban de dolor.

—¿Recuerdas cuando te di tu última oportunidad, Poe? —La insidiosa voz de Abraham resonaba en su cabeza tan fuerte que Edgar tuvo que detenerse en el recibidor de la casa a taparse los oídos con las manos.

—Déjame en paz ¡Maldito! —Era la primera vez que el escritor hablaba así al otro, pero el dolor que lo estaba infringiendo en su cabeza lo tenía fuera de sí.

—¿Maldito yo? — La voz burlona continuaba atronando dentro de su cabeza — Te confundes, el que está maldito y ha acabado con mi paciencia eres tú... disfruta del espectáculo y de lo que te queda de vida. Prometo hacerte sufrir.

Aquella fue la última vez que Edgar Allan Poe tuvo contacto alguno, al menos de forma directa con el que una vez fue su mentor. El de Boston continuó andando hacia el interior de la vivienda, aunque los gritos ya habían cesado. Al llegar al salón se encontró con una escalofriante escena. Dos mujeres, una más mayor y la otra casi adolescente se encontraban muertas y mutiladas en el centro

de la estancia. Las dos en las más abominables posturas que Edgar podía haber imaginado. Sintió la angustia en su pecho al instante, pues entendió, con profundo espanto, la clara amenaza. Aquellas mujeres representaban a su amada Virginia y a su tía María Clemm.

—¡Por favor, no! — Se lamentaba Edgar — A Virginia no te la lleves — Solamente silencio por respuesta, que, en esa situación, le pareció más terrorífico aún que las palabras.

La puerta de la vivienda se abrió de nuevo con violencia y varios agentes de la gendarmería francesa se adentraron raudos en la casa. Edgar se sabía atrapado, no podría escapar y parecería culpable. Un hombretón, que parecía llevar el mando se lo acercó y al instante sacó una porra de su casaca zarandeándola de forma amenazante.

— “Mon nom est Auguste Vidocq, est vous arête. Ne pas déplaceroú sággravera.

De forma súbita, Edgar se desmayó. Y, para su sorpresa al volver en sí, estaba de nuevo en el camino que le llevaba del Graham's a su domicilio. La oscuridad de la noche ya había colonizado el cielo y se encontraba como si una carreta que llevara toneladas lo hubiera pasado por encima. Con el mayor de los miedos en el cuerpo y sin tener constancia de la hora, pues su reloj se había detenido, se dispuso a completar el camino que lo conduciría a su casa.

Al llegar, abrazó con fuerza a su amada Virginia que lo recibió rebosante de preocupación. Ya era de madrugada y ella se había temido lo peor.

—Pensé que te habría ocurrido algo ¿Qué te ha pasado?

—Me he desmayado en mitad del camino — Aceptó él sin mentir —. Estoy bien, tranquila.

—Eddie hoy ha venido un amigo tuyo. —Al instante Edgar se tensó—. Abraham creo que se llamaba, me ha dicho que te comunique que ya no está interesado en el proyecto. No sé a qué se refería, pero me ponía nerviosa. —Poe tragó saliva y se sentó como

pudo para no volver a desmayarse—. ¿Estás bien? Te has quedado pálido. —La preocupación en sus facciones.

—S... sí —mintió él—. Estoy cansado, nada más.

En otro lugar, bastante lejano, una oscura sombra relataba sus vivencias a un anciano criado que, aunque ya se había recuperado de las lesiones físicas que había sufrido, arrastraba una cojera que lo perseguiría de por vida.

—Ya da igual lo que ese idiota haga. Ya está condenado. Me haga o no el libro que lo encargué, su alma quedará perdida en el limbo. Su tormento, hasta que sus días en este despreciable mundo terrenal terminen, serán terribles. —Las facciones de Abraham, pese a ser las más bellas que nunca se vieron en la tierra, destilaban odio y crueldad—. Y para su posterior estancia en la eternidad, aún guardo lo mejor. Es lo que pasa cuando alguien me falla. —El comentario iba dirigido a Giacomo que, desde el suceso en Sevilla, había visto su rol reducido al de actor secundario maltratado por la indiferencia, y que, como siempre desde que quedó relegado al castigo, observaba desde la lejanía como su idolatrado amo y su némesis Ludwig, disfrutaban de la cena que él mismo había preparado.

Santander, lunes 26 de septiembre, 1977.

Aquellos cuatro días pasaron muy rápidos para la familia Márquez/Cossío. El estado de salud del patriarca empeoró repentina y paulatinamente desde que tuviera un ataque en la comisaria, postrándolo en una cama del hospital de Valdecilla. Marcos se erigió como el faro que guiaba a los suyos en un momento tan crucial y duro, a la par que intentaba continuar con el plan que Samuel había ideado para parecer inocente.

—Es como si el cuerpo le hubiese aguantado solamente hasta detener a Samuel —admitía con pena Marcos a su amigo Miguel en la cafetería del hospital.

—Esto no pinta bien —concedía el comisario—. Cada día empeora y ya sabes que los médicos nos han dicho que no hay solución, que es cuestión de días o semanas. Y lo mal que lo está pasando, es que ni con la medicación consigue estar medianamente bien. Si hubiera una forma de que no sufriera hasta el final, la que fuera. Incluso vendería mi propia alma al mismísimo diablo para que tu padre no sufriera. Me está matando verle así.

Marcos miró al que consideraba como sangre de su propia sangre, sopesando lo que acababa de escuchar. “Si tú supieras”, pensaba mientras maldecía las casualidades de la vida que siempre le ponían en compromisos maquiavélicos.

Estela, al igual que su madre Asunción, no se despegó de los pies de la cama de su padre en todo el tiempo.

—No puedo creerme que esté así. —Asunción observaba a su marido desde afuera de la habitación sumida en el llanto—. ¿Cómo ha podido ocultárnoslo?

—Para no hacernos daño. —Estela la abrazaba y disimulaba que ya lo supiera con anterioridad—. Él siempre ha sido un líder y un héroe.

—Lo que más me duele es no haberme dado cuenta —admitía entre lloros la mujer—. Sí que es verdad que en estos últimos

meses estaba mal de aspecto, pero jamás imaginé algo así.

—No podías hacerlo. Papá siempre ha sido un cabezota y ha luchado contra todo, como siempre ha hecho, hasta que no ha podido más. Ahora tenemos que ser lo más fuerte que podamos para que no nos vea mal.

—Y tú ¿cómo estás? —La pregunta cogió desprevenida a Estela Márquez.

—Mal, como todos, es mi padre y lo quiero much...

—No me refiero a esto, habló de Samuel. —Era la primera vez que Asunción hablaba sin tapujos de ese tema con su hija—. Sé que lo sigues queriendo, pero pese a que Marcos parece ablandado con él, sabes que es un criminal y, como tal, va a pasar mucho tiempo encerrado. —Después de dudar unos segundos, Estela se defendió:

—No sé de qué me hablas, yo tengo a mi familia y ahora con lo de papá no puedo descentrarme de esto —mintió como mejor supo.

—Mejor, ese chico nunca te ha convenido. —La rabia hablaba por ella—. Desde que llegó a nuestras vidas no nos ha hecho más que daño. —Las lágrimas comenzaron su progreso de evacuación en sus ojos.

—Olvídate de eso ahora. —Estela tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar el fuego que aquellas palabras de su madre producían en su interior.

En la comisaria, las sesiones de Samuel con la doctora Elena Aldama continuaron hasta que este consiguió que dictaminara que no solamente no estaba loco, sino que, además de servirle como desahogo sobre sus propias preocupaciones, entablaron una extraña amistad. Al día siguiente tendría lugar el juicio, que se había acelerado por petición expresa del comisario Miguel.

—¿Así que aunque amas a tu padre, lo temes y lo odias por igual? —cuestionó ella implacable.

—Así es, no solamente intentó que yo matara a mi amada. —Samuel, sabedor que a un simple gesto suyo ella no recordaría absolutamente nada de aquello, hablaba de todo lo que le rondaba por la cabeza con total naturalidad—, sino que, además, está lo de

ocultarme el infierno y todo ese ejército de almas negras que está preparando para la gran batalla.

—¿Eso es lo que descubriste en sus libros el día que entraste en sus aposentos?

—Sí, el último día que estuve allí. —Samuel parecía crispado—. Entiéndame, doctora, quiero a Estela y deseo vivir todos los días que me queden desde mañana hasta el final de los suyos, pero cuando vuelva al lado de mi padre, que por desgracia para mi inmortalidad será más pronto de lo que desearía, quiero luchar a su lado, y con lo que leí no me será tan sencillo.

—¿Así que son celos? —La doctora mordisqueaba levemente el bolígrafo mientras analizaba al que se había convertido en su paciente favorito—, pero, no entiendo a qué o a quién.

—A la persona que antes de mí ocupó el lugar que me está predestinado y que ahora dirige a sus ejércitos en el infierno a la espera de una llamada de mi padre para comenzar la guerra.

—¿Y esa persona es? —La doctora, que solamente recordaba las conversaciones con Samuel en su presencia, se sentía, muy curiosa.

—Alguien al que no puedo matar, porque ya está muerto, de hecho, siempre lo estuvo en vida. —El malestar del traficante de almas era evidente.

Principios de los años cuarenta del siglo XIX, Norte América.

Los siguientes días fueron intensos para Edgar Allan Poe. A su trabajo en el periódico añadió numerosas horas escribiendo el encargo que su ya ex amigo le había ordenado hacer más de una década atrás. Ignoraba si ya sería demasiado tarde, pero, por salvar a su familia, sentía que debía acabarlo. También comenzó con lo que sería la primera novela policíaca de la historia. Utilizó la premisa de lo que vivió en la visión que había sufrido en las calles de París para crear los relatos de “Los crímenes de la calle Morgue”. Sabía

que era arriesgado, porque nunca nadie había concebido nada igual, pero deseaba crear algo que fuera original y en lo que dejara su impronta a través de la historia. Y, aunque al principio lo consiguió, una mano negra haría que otros se llevaran el reconocimiento y la fama.

—Voy a castigarle con lo que más le duele. —Era la primera vez que Abraham hablaba con Giacomo desde el incidente de Sevilla y el corazón de este se disparó. No había dejado de quererlo—. Toma esta nota y llévasela. Te he conseguido además un empleo en el mismo periódico, comunícaselo y hazle la vida imposible. No vuelvas a fallarme. —El tono severo excitaba al italiano—. No habrá más oportunidades.

Ese mismo día Giacomo se presentó en el Graham's para comenzar a trabajar en arruinarle la vida a Poe. “Como en los viejos tiempos”, se dijo mientras caminaba decidido hasta el despacho del bostoniano, que casi se cae de espaldas de su silla cuando vio aparecer a aquel que tantos quebraderos de cabeza le había regalado varios años atrás.

—Un amigo en común me ha pedido que te de esto. También que te diga, que por haber sido un necio y no haber cumplido con la parte de tu trato todo te va a ir tremendamente mal a partir de ahora.

“Señor Edgar Allan Poe, Lamento comunicarle que aunque su libro basado en lo que le mostré en París va a tener cierto éxito momentáneo, haré que con el paso de los años se olvide e, incluso, que otros detectives tengan más reconocimiento y fama que su Dupin. Le comunico también que puede usted tener mi palabra, y yo siempre la cumplo, de que vivirá atormentado sin saber cuál será mi próximo movimiento ni cuándo. Pero que le garantizó que la maldad con que me aplicaré para castigarle, llegará hasta hacer que el infierno en el que le tengo preparado un lugar desde ya, le parezca algo familiar”.

Nada más terminar de leer, aquella inquietante misiva esta ardió haciendo sobresaltar al escritor.

Edgar descubrió con pesar que aquel italiano, que tanto le exacerbaba, había pasado a formar parte de la plantilla del periódico donde tan a gusto se encontraba. Tal y como el oscuro ser había vaticinado, nunca más levantó cabeza. Dejó el periódico por el acoso que Giacomo le propinó. Continuas fueron las veces en que sus cosas desaparecían, los artículos aparecían con numerosas faltas de ortografía impropias de alguien de su talento y la plantilla al completo pasó a detestar al de Boston. Con el dinero que recibió como finiquito, intentó formar su propio periódico. “Tengo la fama suficiente para que tenga un gran éxito” se decía, pero cuando estaba todo listo, ya lo había incluso anunciado en otros rotativos, todo se torció. El dinero desapareció, las licencias no llegaron y su sueño de crear “el Stylus” se esfumó.

Así de nuevo, sin trabajo ni dinero, Edgar trató de obtener un puesto en la administración del presidente John Tyler, al que había conocido tiempo atrás en un evento, presentado por su hijo, con el que Poe hizo buenas migas desde su llegada a Filadelfia.

—Lo lamento, señor Poe. —Se disculpaba el presidente Tyler—. Aunque usted pertenezca al partido Whig, no puedo hacer nada más que intentar colarle en la aduana. Proporcionarle un empleo en el partido sería poco menos que inmoral. Por lo que le cito a una reunión para el día quince de septiembre con el fin de ultimar los detalles de su incorporación.

Ese intento de prosperar también fue en vano, ya que Edgar no pudo acudir a la hora a la reunión por encontrarse indispuesto. Nada más salir de casa, y eso que lo hacía con abundante tiempo para llegar de sobra a la hora, comenzó a sentirse mareado. Su vista se nubló, su estómago le dolía horrores, su equilibrio se vio resentido y para cuando llegó al ayuntamiento, donde había quedado con el presidente, los guardas de seguridad no le permitieron la entrada alegando que en su estado alcohólico no podían. Edgar no entendía nada, no había tomado ni una gota de alcohol, pero se sentía como si hubiera acabado con todas las reservas de la ciudad.

—L... e di... digo que no he... beb... bebido... —Casi no podía ni articular palabra.

Todo intento de demostrar su inocencia fue en vano. No volvió a tener noticias ni del presidente ni tampoco de su hijo, y jamás pudo conseguir aquel jugoso puesto. La mano negra que lo asediaba, disfrutaba viéndolo enloquecer.

—Y este es solamente el principio —admitía orgulloso Abraham a sus dos criados—. Se va a arrepentir de no haber cumplido con su parte.

—Yo creo que ya se arrepiente —contestaba Giacomo con una sonrisa de admiración en el rostro.

—Si vas a acabar con él porque ya no te sirve, deberías hacerlo ya. —El comentario de Ludwig, cogió desprevenido al oscuro ser que todo dominaba.

—Me apena que desde aquel horrible incidente. —Mirada inquisitiva para el más joven—, la violencia te aflija, mi querido Ludwig, pero, aunque Poe no lo sepa, aún me sirve. Si te fijas, ahora que cree que ya lo tiene todo perdido es cuando más tiempo le está dedicando al trabajo que le ordené. Lo atormentaré como castigo, pero si puedo beneficiarme de su arte, lo haré.

Santander, lunes 26 de septiembre, 1977.

Una vez se despidió de su amigo y con el corazón en un puño, Marcos Márquez abordó al doctor que estaba llevando a su padre en el cuarto de control de los médicos. Sabía que las noticias no serían demasiado halagüeñas, pero nunca imaginó que la respuesta fuera a ser tan negativa,

—Lamento tener que comunicarle esto de esta forma tan cruda. —El doctor Almenara, pese a toda la experiencia que poseía, se encontraba nervioso—, y más con lo que tu padre significa para esta ciudad. —El acento de su Cádiz natal adornaba las frases—, pero no albergamos demasiadas esperanzas en que tu padre pase de esta semana. No se puede ni operar, está demasiado débil.

—Pe... pero... —Marcos no podía casi articular palabra—. ¿Cómo es posible que todo haya sido tan rápido?

—Porque tu padre ha aguantado hasta que no ha podido más. Cualquier otro en su situación habría cedido mucho antes, pero él ha continuado hasta el final. —La mano del médico se posó en el hombro del policía, que pensaba que el mundo se le venía literalmente encima—. Lo lamento, mucho. Si hay algo que pueda hacer por ustedes, no dude en pedírmelo. —El galeno esperaba cualquier gesto para ayudar.

—Estoy bien... ya... ya hablaremos.

Sin más rumbo fijo que el que sus piernas imponían a una llamada de auxilio de su cerebro que tan solo deseaba escapar, Marcos reemprendió su marcha. Después de vagar un buen rato por los pasillos del hospital y sin querer ir a ver a su padre, pues sabía que no podría aguantar sin derrumbarse, con lo nocivo que sería eso para todos, decidió que necesitaba hacer una visita a la forense de su amor. Sabía que sería violento para los dos después de lo ocurrido la última vez que se vieron, pero deseaba pedirle perdón y de paso desahogarse con alguien que no fuera su madre o su hermana.

En la habitación de Tasio, Asunción lo miraba con la expresión del que está a punto de morir de pena. Pensaba en todas las cosas que habían vivido juntos y en todo lo que, ahora que acababa de jubilarse, los quedaba por hacer, y su alma se rompía. Aprovechando un momento de consciencia, que la fuerte medicación ingerida otorgaba como una tregua, Asunción cogió la mano de su marido y se dirigió a él con el mayor de los cariños.

—¿Por qué no me dijiste nada, Cuqui? —Una tierna caricia surcaba el rostro del ex comisario—. Te hubiera ayudado a no soportar todo esto sólo.

—No quería que sufrierais. Con uno que lo hiciese valía, además, me quedo con todos estos meses en los que os he disfrutado como si no ocurriese nada.

—No digas eso, vas a salir de esta. —El llanto fluía por el rostro de la bella mujer, que aunque ya no poseía la frescura de sus mejores años, aún conservaba la belleza que siempre tuvo.

—No lo creo, sé que me estoy muriendo, pero me voy feliz. Contigo he descubierto el amor más puro, la felicidad y algo que la mayoría de la gente solamente sueña con tener. Además, hemos criado unos hijos preciosos que son un orgullo.

—No te despidas, Cuqui. Vas a salir de esta —La catarata de lágrimas iba en aumento—. Y vamos a hacer todos esos viajes que nunca pudimos hacer por tu trabajo y vamos a disfrutar de nuestro nietuco y... —Asunción no pudo más. Se derrumbó, estalló a llorar como si no pudiese hacer otra cosa en la vida y se abrazó a su marido, que, aun con toda la morfina que lo adormecía, la agarró con la fuerza y el anhelo del que debe despedirse, pero no lo desea.

Marcos llamó a la puerta del despacho de Rebeca Pereira como siempre lo hacían todos los miembros de la familia, con tres golpes fuertes y secos. Abrió la puerta nada más escuchar el canto de sirena que para él era la voz de la forense de sus sueños. Ella, nada más escuchar la forma de llamar, ya sabía de quién se trataba. El policía abrió la puerta y se quedó en el umbral con la expresión de derrota del que acaba de perder todo en la vida y la fragilidad del niño más indefenso sobre la faz de la tierra.

—Vengo a pedirte perdón. —Al ver la mala cara de Marcos, Rebeca hizo un ademán para que este pasara—. También a darte el pésame por lo de Pablo. —Caminó como el alma en pena que era hasta sentarse en la silla que quedaba justo en frente de la de ella.

—Por lo primero no te preocupes, no me ha molestado, aunque en este momento no pueda aceptarlo. —Pese al cuidado con el que ella habló, a Marcos aquellas palabras le dolieron como cuchillos clavados a fuego en el centro de su corazón—. Por lo segundo, es algo que prefiero pasar sola. Nunca se sabe lo que se quiere a una persona hasta que se pierde, y aunque mi marido era un malnacido, acabo de darme cuenta que, pese a todo, lo amaba con locura. —

A cada palabra, la confianza de Marcos parecía empequeñecerse más—. No importa, sobreviviré. Siempre lo hago.

—Si puedo ayudarte en algo, solamente dímelo. Pero no te lo tomes como algo más. —Se excusaba él casi temblando—. Ya sabes cómo soy, me gusta ayudar a la gente. —Ella sonrió conciliadora.

—Ya te conozco y me encanta la gente así. —Rebeca deseaba decirle todos los cumplidos que aquel hombre la evocaba, pero sabía que debía medirse para no crearle falsas expectativas—. ¿Tú cómo estás? y ¿Tu padre?

—Por lo del otro día fatal, pero yo también sobreviviré y por lo de mi padre peor aún. Acabo de hablar con el doctor Almenara y me ha dicho que no cree que sobreviva a esta semana. Estoy desolado.

—Y ¿qué haces aquí conmigo? Entiendo que necesites verme, nunca te negaré eso, y si te quieres desahogar, búscame, seré un hombro en el que apoyarme hasta que me vaya la semana que viene de nuevo a La Coruña. —La noticia de que Rebeca, aun con la muerte de Morenza, tenía decidido abandonar la ciudad, congeló más el alma y la esperanza del policía que, a cada gesto de ella, veía un posible acercamiento—. Pero ahora debes estar con los tuyos. —La forma en la que Rebeca habló hizo que Marcos recordara porque la apodó desde el principio de conocerla “la mujer de hielo”—. Eso sí, repito que si necesitas compañía estos días, no dudes en buscarme. Y luego, aunque más lejos, también estaré ahí.

—Claro. —Ante aquel mensaje tan claro y directo poco más pudo hacer el policía que entendió en el acto que, aunque le doliese, aquel no era su lugar—. Seguramente te llamaré para tomar un café antes de que te vayas. Pero por si acaso, no se te ocurra irte sin despedirte, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, con lo que te conozco, sé que me irías a buscar para decirme adiós. —Ante tal comentario los dos se echaron a reír.

—Anda, dame dos besos —añadió Marcos—. Te prometo que esta vez me quedaré quieto. —Pese a todo lo malo que le perseguía, estar con Rebeca lo animaba.

La señorita Pereira se acercó a él, que como prometió se quedó estático para recibir los dos besos. Tal gesto hizo que ella añadiera un “Que tonto eres” cómplice que entre todos esos problemas él se tomó como la mejor de las despedidas.

—Cuídate mucho y se feliz. —Se despidió Marcos dejando ver que probablemente aquella fuese la última vez que hablaran del tema—. Y ya sabes que si alguna vez quieres buscarme, La Coruña no queda tan lejos. Somos solamente ciudadanos de un lugar llamado mundo.

Fue lo último que escuchó Rebeca antes de que aquel policía que le había facilitado mucho sus días en aquella ciudad en la que siempre se sintió como una extranjera, más porque ella se obligaba a verse así que porque no estuviera cómoda, cerrara la puerta tras de sí, dejando un torrente de sensaciones encontradas. “Quizás en otro momento”, se dijo ella.

Nada más salir del despacho de la forense de sus sueños, Marcos, que luchaba con todas sus fuerzas por no derrumbarse, se encontró con su hermana, que parecía estar esperándole.

—Sabía que estarías aquí. —El gesto serio de Estela evidenciando que entendía la situación solamente con verle—. ¿Qué te ha dicho el doctor Almenara? Me han contado que habéis hablado.

—Nada, que hay que esperar. —Trató de disimular el policía lo mejor que pudo.

—No me mientas, sabes que nunca has podido engañarme. — Los brazos cruzados en señal de espera de la verdad.

—Buff —suspiró angustiado Marcos—. No hay esperanza, ha avanzado demasiado. Es posible que no pase de esta semana. Ni siquiera quieren operarle.

—¡¡¡Dios!!! —Estela se llevó la mano a la boca y comenzó a llorar.

Su hermano se apresuró a abrazarla y fue en ese preciso instante, agarrado a su hermana, cuando no pudo soportar más toda la presión que le acompañaba. Ambos compartieron un duro, pero

bello, momento de lágrimas y sentimientos. Estuvieron en esa misma posición por espacio de cinco minutos, sin decirse absolutamente nada, no les hacía falta. Solamente necesitaban un hombro amigo con el que compartir el dolor. Al rato, se separaron y comenzaron a andar el camino hacia los ascensores para volver a las plantas superiores.

—Y ¿Con Rebeca? —preguntó ella más por cortesía que por no conocer de ante mano la respuesta.

—Nada —reconoció él con gesto de perdedor—. Se vuelve a su tierra la semana que viene.

—Bueno, sé que no es consuelo ahora, pero estate orgulloso, diste todo lo que tenías. —Estela conocía bien a su hermano y sabía que el orgullo siempre era una de las cosas que más lo dominaba.

—Hay veces que la derrota ya está segura de antemano. —Se lamentó justo antes de pulsar el botón del montacargas—. Es raro, siempre estuve seguro que sería ella. Algo dentro de mí me decía que era “la mujer”.

—Bueno —intentó matizar Estela—, igual solamente es una batalla perdida y no la guerra...

—No quiero pensar en eso ahora —finalizó su hermano.

—Voy a ir a ver a Samuel. —El comentario cogió tan desprevenido al policía que casi se da con la rejilla del ascensor al pasar—. Sé que es inocente. Me da igual lo que digas.

—No digo nada —admitió él ante el desconcierto esta vez de ella—. Mereces ser feliz. Voy a testificar a su favor en el juicio de mañana, yo también creo que no es culpable —mintió él, sabedor que debía ayudar a ese al que tanto odiaba para que su vida no se terminara de derrumbar—. Luego podrás hacer lo que quieras con él. Eso sí, piensa en tu marido... te quiere con todo el alma. Trata de hacerle el menor daño posible.

Después de que Estela asintiera sorprendida por lo escuchado, ninguno de los dos hermanos volvió a cruzar una sola palabra. Él sabía que acaba de sufrir una muerte en vida por todo lo sucedido y tan solo deseaba poder empezar cuanto antes el duelo que lo

acercase a mejorar. Ella, aunque estuviese igual de triste que su hermano, sintió una inmensa alegría porque Marcos, una de las personas que más la importaba del mundo, le hubiese dado su bendición para lo que deseaba hacer. Sabía que era complicado, pero era lo que deseaba.

Gdansk. Lunes 26 de septiembre, 1977.

—Dicen que hasta yo sé más por viejo, que por lo que soy en realidad —admitía arrepentido Abraham en su fastuoso salón del imperial palacio a orillas del mar Báltico—, y en aquel momento descubrí que ni siquiera yo puedo controlarlo todo, ni tomo todas las decisiones acertadas. Menos mal, mi buen amigo Giacomo. —El anciano criado sonreía sabedor de la parte de la historia que ahora venía—. Que estabas ahí para ayudarme.

Enero de 1842, Filadelfia.

Una tarde de principios de 1842, la nueva familia Poe disfrutaba de una tranquila tarde de música y té en compañía de unos amigos, con motivo de la celebración del cumpleaños del escritor Edgar Allan Poe. Aunque las cosas de nuevo estaban torciéndose en lo económico, Edgar prefería continuar como si nada, pues estaba convencido de que en breve todo mejoraría. Virginia, que se había convertido en una preciosa mujer de veinte años de edad, cantaba con su cálida voz las melodías más bonitas que, sabía a ciencia cierta, a su admirado esposo tanto le encantaban. Se acompañaba del arpa que este le había regalado un par de años antes y que comenzaba a dominar con soltura. Todo era idílico hasta que, como siempre en la vida del bostoniano, la tragedia llamó a su puerta.

De su taza de té vio salir una sombra negra que fue directa a la garganta de su esposa. Edgar no entendió nada hasta que, en mitad de una nota aguda, la dulce voz de Virginia se quebró. Al momento, y para desesperación de todos, un flujo constante de sangre brotó de su boca.

—¡Virginia! ¡¡¡Noooooo!!! —aulló desesperado Poe.

Los análisis en el hospital confirmaron la peor de las predicciones. Una vez más, la tuberculosis se cebó con los

allegados al escritor, que comenzó a beber de nuevo sin control. También volvió a caer en los brazos del opio.

—Es la única forma de superar la ansiedad que me produce ver a Virginia así —contestaba entre lágrimas a su tía y madre de su amada María Clemm.

Todo fue oscuridad para Poe desde ese momento. Su propia salud se resintió pues ingería más alcohol del que su cuerpo podía soportar.

Un día y cuando ya se preparaban para volver de nuevo a la ciudad de Nueva York, Edgar recibió una visita que lo sorprendió.

—Yo te conozco. —Edgar calculaba de qué le sonaba aquel anciano.

—Soy Ludwig Reynolds, el criado de Abraham —admitió avergonzado el otro al tiempo que se adentraba en el domicilio de Poe cojeando de forma ostensible por las secuelas que le habían quedado de los celos de Giacomo.

—Si has venido a volver a amenazarme, solamente tendrás problemas. Ya estoy cansado.

—Todo lo contrario, vengo a ayudarte. —Edgar guardó silencio, pues no entendía nada—. Mi jefe no va a parar hasta verte hecho cenizas. Termina ya ese maldito libro y tu dolor se verá aplacado. No creo que te perdone, pero igual termina con todo esto de una vez.

—Y, ¿si no lo hago? —Edgar no podía pensar en complacer al que tanto daño lo había hecho—. Llevo tiempo pensando en quemar esas páginas malditas.

—Otra forma de acabar rápido con todo es esa, sí, pero... si aceptas mi consejo, no creo que te convenga. Estoy intentando acabar con él, no puedo permitir que tanta maldad se siga haciendo a su voluntad. Conozco una forma —Con sólo pensar en la traición que intentaba llevar a cabo y en lo que eso podría conllevar, su voz y su cuerpo temblaba—. También quiero acabar con el italiano.

—¿Giacomo? Te escuchó.

En los siguientes diez minutos, Ludwig relató una historia que a todas luces debía venir de un demente, pero que Poe, por todo lo que había sufrido por parte de aquel demonio se creyó por completo.

—No dispongo de demasiado tiempo —proseguía acelerado el criado del señor de lo oscuro—. El plan es este:

Lo que Poe escuchó de pedir ayuda a unos supuestos guerreros de la luz, que según aquel anciano, eran los ángeles de Dios, hubiera convencido de la falta de lucidez del anciano a cualquiera que no hubiera visto y vivido lo que Edgar atesoraba por experiencia, por lo que ambos se despidieron sabiendo lo que harían. Se trataba de un plan a largo plazo, pero que acabaría con aquel ser que tanta desgracia estaba volcando en su vida.

Santander, lunes 26 de septiembre, 1977.

El comisario Miguel no daba crédito a la carta que acababa de recibir, la comisión de asuntos internos de la capital del país le comunicaba que la comisaría no iba a continuar siendo investigada, pues al no recibir informes negativos del difunto superintendente Pablo Morenza, en el plazo correspondiente, se entendía que estos habían sido favorables o por lo menos no nocivos. Poco podía imaginar Miguel, que detrás de todo eso estaba que Morenza, en su particular búsqueda de la perfección, estaba confeccionando unos informes tan trabajados para enviarlo todo de una vez antes de partir al nuevo destino que había pedido, que se había retrasado y con su muerte nunca iba a poder mandarlos. También tenía que ver que el principal motivo de aquella inspección fuera que Morenza hubiese insistido en que esta se produjera para poder estar así ceca de su mujer. Como fuere, había ya un problema menos en la comisaría.

Estela Márquez caminaba decidida por la calle San Fernando, al tiempo que un cielo gris plateado la acompañaba, pensando en su padre y lo mal que lo estaba viendo en esos últimos días. Aquello

estaba siendo muy duro y creía que lo peor estaba por llegar. Quizá por eso, por una vez quiso creer en aquello que siempre había sospechado en su interior, pero que de ninguna forma nunca había sido capaz de aceptar. Sabía que algo mágico envolvía a Samuel y sin saber cómo, se encontró camino del colegio de su hijo, donde esperaba recogerle para llevarlo a comer, rogando a su amado que ayudase a su padre. Sabía que probablemente era una tontería, pero al fin y al cabo otros rezaban a un Dios en el que ella no creía para que los ayudase. “Tengo demasiada fe en él y probablemente no sea más que un simple mortal”, pensaba riéndose de sí misma por sus pensamientos.

De vuelta en la comisaría, Marcos Márquez acababa de entrar a la sala de interrogatorios para hacer lo mismo que su hermana, rogarle que ayudara a su padre, aunque él lo hiciera con más conocimiento de la realidad. Entró sin decir nada y sin dejar de mirar fijamente a los ojos del otro, tomó asiento y, después de unos segundos en los que cogió el aire y las fuerzas que necesitaba, tomó la iniciativa.

—Mañana voy a testificar a tu favor en el juicio. Con eso, el testimonio de Miguel que voy a conseguir y los informes de la doctora Aldama, que ya sé que son favorables, más el que no haya ninguna prueba concluyente en tu contra debería servir — Decir aquellas palabras resultó más difícil para el policía de lo que pensaba.

—¿Ah, sí? —Aunque aquella era una victoria que sabía segura desde hacía bastante tiempo atrás, Samuel deseaba disfrutarla al máximo—, y, ¿qué hay de tu sentido de la responsabilidad?

—Eso es cosa mía —aceptó con amargura—. Acabo de hablar con mi hermana y ya sabe que doy mi visto bueno a lo que quiera hacer contigo. No sólo no seré nunca un problema, sino que, si la tratas como dijiste...

—Como una reina —cortó Samuel—, no lo dudes.

—Pues eso, que si la tratas como dijiste lucharé por ayudaros siempre.

—Buen chico. —La irónica sonrisa de salirse con la suya de Samuel, quemaba a Marcos, que se resignaba pensando en lo mucho que le necesitaba—. Tendrás lo prometido.

—No quiero nada más que salves a mi padre. Ni que me consigas a Rebeca, ni que muera sin dolor, ni que la gente cambie su pensamiento sobre mí. —Samuel sonreía ahora sorprendido—. Solamente deseo que él se cure, y mi hermana también. Sería muy feliz.

—Ya te dije que yo no puedo hacer nada más que acabar con su dolor haciendo que su muerte sea digna —concedió Samuel intrigado.

—Quizá tú no, pero si todo aquello que contaste sobre tu padre es cierto, él igual sí.

—Es posible, pero, aunque pudiera, ¿por qué iba a hacerlo?

—Porque estoy doblegando mi voluntad a ti, que es lo que buscabas desde el principio, porque Estela estaría mucho más feliz de esta forma que si mi padre falleciera y porque seguro que tú también tienes algo con lo que convencer a tu padre. —Samuel sonrió de nuevo, esta vez orgulloso de aquel hombre que cuando no era más que un simple chico ya apuntaba maneras de líder y al que por todo lo vivido, creía perdido.

—Se me olvidaba que habías escuchado todo lo que le conté a la doctora. —Samuel se acariciaba el mentón—. Bien jugado, amigo, aunque sabes que si quisiera podría hacer que te olvidases de todo y cumplieses con mi voluntad de igual forma.

—Para ti no tendría el mismo valor eso que lo que te propongo. No te conozco demasiado en este momento, pero creo que es una oferta que te agrada. No voy a suplicarte porque al final harás lo que desees, pero, al menos, piénsalo.

Sin dejar tiempo para una posible réplica, Marcos Márquez se levantó y caminó decidido hasta la puerta. Samuel lo miraba con la sorpresa del que acaba de entender que quizá su adversario no esté tan alejado de lo que él mismo cree que representa.

Mediados de los años cuarenta del siglo XIX, Norte América.

La familia Poe-Clemm se mudó de nuevo a Nueva York, a una casita de campo en el barrio del Bronx apodada “El Cottage”, donde Edgar volvió a colaborar de forma esporádica en los periódicos y revistas que aún le tenían en alta estima. Estuvo tentado de quemar aquel gran volumen de lo oscuro, ya tenía casi dos mil páginas y debía llegar a las cuatro mil, pero por recomendación de Ludwig, que siempre se había mostrado cortés con él, obvió esa posibilidad, acelerando, para disimular, el proceso de creación de aquella locura maligna que tan poco le gustaba.

Como los problemas nunca venían solos para Edgar, al llegar a la ciudad que en un futuro nunca dormiría, la matriarca de la familia, María Clemm, sufrió una repentina invalidez que dificultó aún más las cosas.

—¿Qué voy a hacer ahora? —Se lamentaba Edgar mientras bebía un whisky al atardecer en una taberna de mala muerte—. Ahora ni siquiera podremos tener los ingresos de la pensión.

Colaboró con el Evening Mirror y con el Broadway Journal, donde decidió arriesgar para que su popularidad subiese de nuevo. Decidió acusar de plagio, en realidad lo hizo convencido, al laureado poeta Henry Wadsworth Longfellow. Acto que le granjeó fama, pero la enemistad de muchos escritores, que aunque pensaban igual que Poe, nunca se atrevieron a admitirlo de forma pública por las grandes influencias que Wadsworth atesoraba.

Los problemas de salud de Virginia empeoraron y Edgar ya no podía ni dormir. En esa temporada se centró en escribir un poema con un cuervo que hablaba como protagonista, que publicó en el Evening Mirror a principios del año 1945 y que, de la noche a la mañana, se convirtió en un tremendo éxito en todos los Estados Unidos de América. El más grande hasta la fecha en su carrera y que le reportó nueve dólares que aunque no eran una fortuna para

la época, le ayudaron a aliviar la comprometida situación económica familiar.

—No tengo ni idea de cómo lo habré conseguido —confesaba Abraham a su amante italiano, que de nuevo había pasado a ocupar ese rol que tanto ansiaba—. Sin duda he subestimado su talento.

La vida social de Poe, después de la publicación y el éxito de “El cuervo” se disparó y pasó a ser requerido en los salones literarios más importantes de la ciudad de Nueva York. Se empezó a mirar a Poe como una autentica celebridad y los rumores sobre sus escarceos sexuales en los periódicos, regentados en muchos casos por algunos de los que Poe criticó en el pasado en sus duras reseñas o simplemente por envidiosos, comenzaron a ser habituales. Era demasiado jugoso para la prensa que Poe dejara en casa a su enferma esposa y su inválida madre y se divertiera hasta altas horas de la madrugada en las salas de fiestas acompañado de mujeres que satisfacían los anhelos que no encontraba en su hogar.

—¡Mienten! —Tiraba Edgar un periódico al suelo con rabia—. Sabes que nunca vengo más tarde de las nueve, Virginia.

—Lo sé, pero es el precio que tienes que pagar por ser más conocido. —Ella, con una extremada delgadez, lo acariciaba con la mayor de las ternuras—. Mientras yo sepa lo bien que te estás portando con nosotras, es suficiente.

—De verdad, yo no te sería infiel, incluso te he hablado de Frances. —Edgar se refería a Frances Sargent Osgood, una poetisa con la que había comenzado a trabajar conjuntamente.

—Ya, tranquilo. Sé que es solamente profesional. Además, ella es buena contigo. Si algún día faltó, quizá deberías...

—No se te ocurra decir eso, cariño. Te curarás. —Las lágrimas de sus ojos indicaban que el propio escritor no albergaba demasiada esperanza en ello.

Daba igual que Virginia no condenase aquella relación casi platónica y profesional que su marido mantenía con aquella poetisa. Las habladurías por toda la ciudad se dispararon. Como no,

Giacomo estaba detrás de aquello. Había convencido, debido a que era un gran relaciones públicas, a infinidad de personas de que Edgar estaba pecando fuera del matrimonio con su enferma esposa. Tal fue la presión a la que se vieron sometidos, pues Frances Osgood también estaba casada, que ambos tuvieron que dejar de verse.

Ya en 1946, El Broadway Journal cerró por quiebra. Abraham se encargó de que así fuera.

—No imagináis como estoy disfrutando con esto —admitía el oscuro ser en la cena ante sus dos criados.

—Deberías acabar de una vez con esto. —Ludwig mostraba su pesar con las penurias del escritor—. No creo que vayas a sacar nada más de ese pobre hombre.

—¿Ahora cuestionas a nuestro amo? —Giacomo reflejaba la admiración más absoluta por su amante—. Solamente por eso, debería castigarte.

—Eres escoria, Giacomo. —El desprecio de Ludwig por aquel italiano era patente.

—¡¡¡Callaos ya!!! —El grito en el interior de las cabezas de ambos fue ensordecedor—. Me da igual que no os llevéis bien. Me servís a mí, por lo que, ante mí, mostraros al menos respeto.

Virginia no aguantó más y falleció el 30 de enero de 1847 dejando a Poe desolado. El cortejo fúnebre fue concurrido, pues la fama del escritor había crecido mucho en ese tiempo.

—No nos queda sino morir juntos. Ahora ya de nada sirve razonar conmigo. No puedo más, tengo que morir. No tengo deseos de seguir con vida. No puedo terminar nada más. Por tu amor era dulce la vida, pero hemos de morir juntos —gimió Poe abrazando el féretro de su esposa, envuelto en su vieja capa de cadete que había abrigado a su esposa en los últimos meses.

Lo primero que hizo Edgar Allan Poe al llegar a su domicilio fue encender una hoguera y tirar al fuego todas las páginas que había hecho de aquel oscuro volumen que tanto detestaba. En seguida escuchó una espectral voz retumbar dentro de su cabeza. Las

amenazas y maldiciones atormentaron al escritor durante todas las noches que le quedaron con vida, aunque Edgar no pareció preocuparse por ello. Era un muerto en vida que pasó a refugiarse en el alcohol y el opio para intentar abstraerse del mundo. Su salud fue decayendo, casi no era capaz de escribir y la situación económica fue de tanta penuria que hasta su anciana suegra María Clemm, a pesar de su delicada salud, se vio obligada a robar de forma clandestina verduras en los huertos de los vecinos.

—No puedes seguir así, Edgar, vas a morirte tú también.

—Es mi voluntad... que así sea. —Un fuerte portazo cortó la comunicación de ambos antes de que el de Boston intentara suicidarse con láudano.

—Es un hombre fuerte —decía a su tía el doctor que había acudido en su rescate—. Cualquiera en su lugar hubiera fallecido, pero debe cuidarse.

El galeno había acudido a su casa enviado por aquel oscuro ser que siempre lo atormentaba. “No vas a morirte ahora, sufrirás mucho más”, escupía entre dientes con infinito odio aquel maligno ser.

Santander, Martes, 27 de septiembre, 1977.

La mañana comenzó lluviosa y ajetreada en la ciudad de Santander. Cuatro miembros de la policía local abrieron la puerta del calabozo donde se apostaba Samuel Abascal para trasladarle a los juzgados de la ciudad. Este no opuso ningún tipo de resistencia. Al pasar al lado de Marcos sonrió y en la mente de este sonó la voz del prisionero: “No te preocupes por tu padre, ya está arreglado”. A su vez Miguel Echeverría recordaba en su despacho la conversación que tuvo con Márquez júnior el día anterior y aún no comprendía como había podido aceptar la locura que, ese al que había formado como a su propio hijo y al que consideraba como un apéndice de él mismo, le había propuesto.

—Debes testificar a favor de Samuel, Miguel —comunicó el más joven—. Es un asunto de vida o muerte.

—Pero, eso que me pides es imposible. —Miguel no daba crédito a lo escuchado. ¿Qué está pasando?

—No es imposible. Tú confía en mí.

—¿Ese malnacido te está chantajeando? —Miguel endureció el gesto.

—No hagas preguntas, solamente confía en mí. Es lo que debemos hacer. Sabes que no te pediría algo así si no fuese importante.

—No entiendo nada, Marcos.

—No hace falta que lo comprendas, solamente haz lo que te digo.

En el hospital Marqués de Valdecilla, un renovado Tasio recordaba el extraño sueño que había tenido aquella noche, mientras los doctores comunicaban a Estela y a Asunción que la mejoría del ex comisario, tras una operación a vida o muerte que se había llevado a cabo cuando el paciente casi desfallecía, se trataba casi de un milagro y estas saltaban de emoción y de alegría. Al poco, las dos entraron a abrazar a Tasio que continuaba tratando de ubicar si aquella ensoñación, que le pareció real como la vida misma, era algo más que un engaño de su propia cabeza o producto de las medicinas.

—¡Nos han dicho que estás mejor, papá! ¿Cómo te encuentras?

—Estela, pese a la alegría inicial, prefirió no confiarse demasiado hasta ver a su padre con sus propios ojos.

—Pues la verdad es que me encuentro como nuevo —aceptó Tasio—. Eso sí, aún estoy un poco atontado por todas las drogas que me han metido los médicos estos.

—¿Ves cómo te dije yo que de esta salías? —Pese a no encontrar explicación ninguna, Asunción deseaba normalizar la situación—. Yo siempre tengo razón.

—Bueno, no echemos las campanas al vuelo aún —dijo Tasio con cautela—. Me han dicho que aunque haya mejorado aún hay

mucho riesgo.

—Nada, nada —añadió Estela—. En tres días estarás en la calle, ya verás.

Una inesperada e inoportuna visita hizo que Asunción saliera como una loca de la habitación. Llevándose casi en volandas al pobre párroco del hospital, que no se había enterado de la mejoría del paciente y que solamente iba a ofrecer una misa de responso.

—¡Ni se te ocurra aparecer por aquí, don Marcelino! ¡Éste alma aún no se va de la tierra!

—De acuerdo, Asunción, de acuerdo, pero suélteme el brazo que me lo va a partir, por Dios.

—No meta a su jefe en esto, que si se le rompe se lo curaré yo. Vayamos a la capilla que ya les debo yo unas cuantas ofrendas por la mejoría de mi marido...

—Los caminos del señor son inescrutables —puntualizó el orondo cura para finalizar.

—Amén —finalizó ella al tiempo que le guiñaba un ojo a su marido antes de perderse por el pasillo.

Padre e hija se quedaron en silencio unos segundos, pensando, sin que el otro lo supiera, en el culpable de que aquella milagrosa mejoría fuese real. Estela había vuelto a soñar con su amado, que en su sueño la había comunicado que dejara de preocuparse por su padre, que él lo arreglaría. Tasio continuaba dándole vueltas a la ensoñación que aún no sabía cómo catalogar.

—Tengo que contarte algo, hija. —Tasio se puso muy serio—. No sé si se deberá a toda la medicación que me han dado estos días, pero ha ocurrido algo importante.

—Dime. —El tono utilizado por su padre hizo que Estela se alarmara—. ¿Qué ha pasado?

—Te vas a reír, pero hoy por la noche he tenido uno de esos sueños que siempre contaba Samuel y que sé que tú también has tenido de los que no se logra saber si son realidad o solamente un sueño.

—Se deberá a la anestesia —disimuló ella—. ¿Qué tiene eso de extraño?

—La cosa es que... —Tasio se tomó un tiempo para continuar, pues no sabía cómo contar lo ocurrido—. En ese sueño tan real, venía Samuel y me decía que si le prometía que no iba a impedirnos estar juntos, me ayudaría.

—Tranquilo —mintió Estela—, yo he visto de todo aquí en el hospital con las anestесias. —La felicidad por si su amado había ayudado como ella le pidió era plena—. Una vez un señor al que le operaron de tromboflebitis juraba y perjuraba que había subido a pulso el mismísimo Titanic desde las fosas abisales del océano.

—Supongo que no será verdad, pero era tan real —admitió preocupado el ex comisario. Si por alguna casualidad ese desgraciado se libra de entrar en la cárcel... No lo dejarás todo por él, ¿No? —Tasio preguntó a sabiendas de que ya conocía la respuesta desde muchos años atrás.

—Bueno, nunca se sabe —contestó ella sonriendo—. De todas formas, tú ya le has prometido que no te interpondrás como cuando éramos niños. —Estela abrazó a su padre y miró hacia la pared con los ojos llenos de felicidad de dicha.

Finales de los años cuarenta del siglo XIX, Norte América.

Tal fue el impacto del estado en el que se encontraba el escritor, que los rumores habían llegado incluso a Richmond. De allí acudió en su rescate un antiguo amor de juventud.

—¿Sarah? —baluceaba Poe desde su cama—, ¿Sarah Elmira Royster? ¿Qué haces aquí? Tú ya tienes un hombre al que cuidar.

—Mi esposo también ha fallecido —Aceptó ella con pesar—. He escuchado que no estabas bien y he venido a estar contigo.

—¿Por qué? —cuestionó él afligido—. Ni tengo fortuna, ni nunca más podré tenerla. Ya no soy nadie.

—Eres Edgar Allan Poe, el más grande de todos los escritores — comentó ella con pasión—. Yo siempre te quise, pero mi padre se opuso.

—Márchate. —El recuerdo de su amada Virginia dolía en su interior—. No merezco nada.

—Voy a cuidarte. No puedo dejarte así. Conseguiré que resurjas y, si dejas todos estos malos hábitos, nos casaremos como debimos hacer en su día. —La convicción del amor habló.

Los siguientes meses fueron tal y como ella había prometido. Se quedó con él para cuidarle, la salud de Poe mejoró en parte y aparcó de forma momentánea sus vicios. Pero la mala suerte volvió a cebarse con Poe. Sarah tuvo que regresar a Richmond para atender a sus dos hijos, que había dejado con su madre, porque esta había tenido un misterioso accidente que una mano negra, oscura y rencorosa había orquestado.

—No tan rápido, Edgar. —El oscuro ser estaba disfrutando como un niño con el sufrimiento de Poe—, aún te queda más que aguantar.

Antes de que Sarah partiese para cuidar de sus hijos, la pareja se prometió y fijó la fecha de boda para octubre de ese año 1849. Edgar aún consiguió publicar un último libro llamado “Eureka”, y una inesperada visita hizo que su ánimo mejorase de forma considerable.

—Ya es la hora. —El anciano Ludwig, presa del miedo por si le descubrían, comunicó que el comienzo del plan que lo había relatado un tiempo antes era ya una realidad—, ya he conseguido contactar con los guerreros de la luz. Solamente debo esperar a que Abraham esté dormido y romper este objeto. —De su chaqueta sacó un pequeño crucifijo—. Después, todo habrá acabado para todos.

—Y ¿Cuál es mi papel? —Edgar, que aunque no entendía nada de lo que el otro contaba, tenía tantas ganas de venganza en su interior, prefería no cuestionar e intentar ayudar.

—El de mantenerlo entretenido, así que si pudieras parecer revivido, para que mi jefe tenga que esforzarse al máximo en

amargarte, sería bueno para el plan.

—De acuerdo. —Nada da más ganas de vivir a alguien que ha muerto de orgullo que la esperanza de ver caer al que lo ha matado —. Así lo haré. ¿Puedo preguntarte por qué lo haces? —Por todo lo pasado, Edgar no terminaba de fiarse.

—Porque aunque una vez estuve cegado, he descubierto que más allá de su encanto y su magia, la maldad que lo envuelve es máxima. Es lo que en la tierra conocemos como el diablo y sospecho que aún no he visto todo de lo que es capaz.

Fueron las últimas palabras del anciano Ludwig antes de marcharse, mientras el recuerdo de cómo Abraham había perdonado al usurpador, como el criado llamaba a Giacomo, tras su agresión, lo angustiaba. Y eso que desconocía que Giacomo no había escrito su último capítulo de perversidad. Escondido entre las sombras, el italiano había seguido a su némesis y, después de espiar la conversación entre ambos, se dirigía a comunicárselo a su amado.

—Te va a encantar lo que he descubierto. —La mueca de oscuridad sorprendió al mismísimo maligno.

—Uno nunca se puede fiar de nadie —admitió el oscuro Abraham después de escuchar lo que el otro le relató.

—De mí sí. Yo te acompañaré hasta el fin de mis días. —El amor más puro en el más podrido de los males.

Siguiendo el consejo del hombre que parecía iba a arreglar todos sus problemas, Edgar vistió sus mejores galas y se trasladó, en septiembre, a Richmond para encontrarse con su prometida. Por primera vez en mucho tiempo, Edgar estaba feliz, casi pletórico. Sólo con pensar que en no demasiado tiempo podría acabar su continua mala suerte, se sentía aliviado. Nunca podría sospechar lo que se le avecinaba.

Mientras caminaba con destino a reunirse con Sarah, y después de saludar a muchas de las gentes que allí conocía y a algunos admiradores de su obra, Edgar se quedó petrificado, a decir verdad, el mundo a su alrededor también.

Las nubes se detuvieron; los pájaros permanecieron estáticos en sus atrevidas posturas, tendidos en el cielo como si de un suelo invertido se tratase, las gentes parecían momias y ya no había ni rastro de la agradable brisa que, hacía tan sólo unos segundos, acompañaba a la mañana. Edgar no podía moverse, pero su consciencia parecía continuar despierta. A través de sus ojos vio el mundo en blanco y negro y con una bruma que hacía borrosa su visión. No entendía nada. De nuevo volvió a plantearse si estaba en un sueño como en las calles de Francia años atrás. Pronto descubrió la verdad.

—¿Así que queríais acabar conmigo? —La maléfica voz de Abraham atronó en el interior de su mente—. Pues tengo una mala noticia al respecto... seréis vosotros los que os pudriréis en el infierno.

Tres figuras se materializaron frente a él. Abraham con fuego en la mirada, Giacomo con mueca de victoria socarrona y el anciano Ludwig con el miedo del que ve la tragedia cerca.

—Ahora vais a acompañarnos a un sitio que me encanta. —A un gesto del oscuro ser, todo se oscureció y Edgar Allan Poe se desvaneció.

Martes, 27 de septiembre, 1977.

El juicio terminó rápido y de la forma deseada por todos. Samuel quedó en libertad sin cargos y Marcos suspiró con la falsa sensación de libertad que le reportaba aquella acción que nunca se creyó capaz de llevar a cabo. Miguel, que pese a haber hecho lo que su ahijado le había pedido no estaba para nada satisfecho, se pasó todo el camino desde los juzgados hasta el hospital reprochándole a Marcos que hubiera tenido que mentir.

—Es que no lo entiendo. ¿Con qué te ha amenazado ese malnacido para que lleguemos a hacer esto?

—Algún día te lo contaré, lo importante ahora es que las cosas van a mejorar para todos.

—Así, ¿y crees que tu padre va a dejar de morir porque hayamos salvado de entrar en prisión a ese asesino?

El gesto de sorpresa de Miguel fue mayúsculo y la alegría de ambos al ver a Tasio tan renovado y conocer la opinión tan favorable de los doctores hizo que todo se olvidara. Marcos suspiró aliviado. Se había vendido, pero por lo menos había salvado a su padre.

—Me ha dicho que te ve esta tarde donde el último sueño — confesó Marcos a su hermana, sin entender muy bien cuál era el mensaje en realidad. Estela estaba doblemente feliz al conocer que su amado había quedado en libertad—. A las seis para ser exactos. —Ella le abrazó con todas sus fuerzas.

Todo fue dicha y felicidad por la recuperación de Tasio en aquella habitación durante todo lo que restó de día. Las visitas iban y venían y el alivio generalizado envolvía el ambiente.

**Finales de los años cuarenta del siglo XIX,
Norte América.**

Al despertar Edgar Allan Poe, un agua viscosa y sumamente caliente lo envolvía y hacía que con su contacto sus huesos se

resquebrajaran. Escuchó de fondo risas y lamentos por igual. Se sentía mareado, abandonado a la suerte que esa marea de dolor le deparaba. Después de navegar por ese oscuro mar de agonía, tanto tiempo que el dolor pasó a ser un acompañante en su travesía, llegó a una orilla de aquella agua del mal en la que quedó tendido. En seguida varias mujeres de aspecto temible, se apresuraron a recogerle. Sus agudas risillas le hicieron temer lo peor. Lo portaron, arrastrándolo por una playa en la que la arena pinchaba como agujas hasta llegar a una selva de fuego en la que respirar era una tarea imposible y las llamas quemaban la piel sin piedad alguna.

—Ya estás muerto, no tendrás una segunda muerte, esto es lo que te espera hasta el fin de tus días. —Una de las mujeres susurró con malicia esas insidiosas palabras en su oído.

Después de un largo periodo de dolor que Edgar no supo identificar como minutos o siglos, el séquito de arpías con él como juguete roto, llegó a un grandilocuente palacio entre tinieblas, donde los espectros más terribles esperaban en una gran plaza en la que, en un gran trono hecho de huesos, el terrible Abraham, ataviado con siniestras ropas, se erigía como el rey del mal que siempre había sido y esperaba con ansia su llegada.

—¿Te gusta mi humilde morada? —La voz retumbaba por todo el lugar—. Te presento a mi ejército. Yo los llamo la legión de las almas descarriadas. —Las risas de todos los demonios que poblaban aquel lugar, hasta colgados del techo y de funestas lámparas hechas con huesos humanos, resonaron—. Vas a arrepentirte de no haberme hecho caso. —Abraham cerró su mano y Edgar creyó que su alma se le iba a salir por el pecho, sintió tanta presión que vomitó en el acto—. ¿No preguntas por tu amigo Ludwig? Ahí lo tienes.

Poe miró hacia donde señala la mano del rey de las tinieblas y vio a Ludwig empalado en un lateral de aquella lúgubre plaza. Sus ojos reflejaban todo el dolor al que había sido sometido.

—Te preguntarás por qué aún no he hecho lo mismo contigo. —La expresión era de disfrute máximo en el rostro del maligno—. Tengo otros planes para t, ya los conocerás más adelante. Ahora

debo darte una muerte digna para cimentar tu leyenda negra. — Abraham se dio media vuelta y Poe volvió a desvanecerse.

Al despertar, Poe estaba tendido en un banco de un parque que le resultaba familiar de la ciudad de Baltimore. Se sentía como si fuera a morir allí mismo. No podía moverse y era casi incapaz de hablar. Vomitó en varias ocasiones y fue así, rebozado en su propia bilis cuando varias personas lo encontraron.

—Lud... wig... Rey... nolds. Rey... rey... nolds...

—Está delirando —comentó uno de los integrantes del grupo. Lo conozco, Es Edgar Allan Poe, el escritor.

—Es verdad, el pobre. —Una mujer hablaba con pena—. Así que los rumores eran ciertos y no ha podido superar la muerte de su esposa.

—Hay que llevarle a un hospital, con esta borrachera, morirá — concluyó disimulando su perfidia otro de los hombres con acento italiano y sabedor de que aquel hombre jamás conseguiría salvarse.

Ya en el Washington College Hospital, los doctores concluyeron que las ropas que vestía no eran suyas. Los documentos que se encontraban en la cartera que llevaba hablaban de un tal Ludwig Reynolds que nunca pudo ser encontrado. Por más que los médicos intentaron ayudarlo, Edgar Allan Poe falleció cuatro días más tarde a las 5 en punto de la mañana después de haber dicho las únicas palabras entendibles desde que fue encontrado: “Que Dios ayude a mi pobre alma”

Los informes de defunción y las conclusiones médicas se perdieron de forma misteriosa. Al día siguiente una gran esquela apareció en numerosos periódicos de todo el país.

“Edgar Allan Poe ha muerto. Murió ayer en Baltimore. Esta noticia sorprenderá a muchos, y algunos se apenarán” Firmado: Tu compañero de viaje en las tinieblas.

—¿Por qué lo has hecho? —Un radiante Giacomo, que sabía que su amado Abraham estaría ya sólo para él, acariciaba en el lecho el pecho del que tanto amaba.

—Siempre tuvo talento, y yo siempre cumplo con mi parte de los tratos. Haré que la gente lo recuerde hasta la eternidad. En el fondo soy un romántico... —Las carcajadas del maligno atronaron por toda la habitación.

Giacomo obtuvo como premio ver como su vida se alargaba.

—No puedo hacer que seas inmortal ya que eres sólo un ser humano, pero sí que puedo ralentizar tu ciclo de vida — Sonreía Abraham por hacer feliz al que, aunque no lo reconociese, tanto amaba.

Los años pasaron y los amantes fueron felices haciendo el mal, hasta que, con el envejecimiento del otro, el oscuro ser dejó de sentirse atraído por él.

—No me hagas esto, no ahora —gritaba entre desconsuelo un siglo después el italiano.

—Lo lamento, nunca te prometí nada más —pronunciar aquellas palabras fueron difíciles hasta para el señor de lo oscuro—. Te ofrezco estar a mi lado como sirviente, lo tomas o lo dejas. — Abraham ofreció su mano a Giacomo que, después de amenazar con irse, la estrechó—. Ha sido muy bonito, pero no puedo anclarme al pasado —prosiguió de forma fría Abraham—. Tú no vivirás para siempre y es mejor para todos que sea ahora.

En realidad, aquello solamente era mejor para él, ya que el italiano quedó destrozado con su relegado nuevo estado. Pese a todo, ambos continuaron amándose hasta el final de sus respectivos días.

Gdansk, Polonia Martes, 27 de septiembre, 1977.

—Te agradezco lo que has hecho con ese hombre por mí, padre. —Samuel cogía la mano del ángel negro y agachaba la cabeza en síntoma de sumisión—. Curándole has facilitado que pueda vivir mis días con ella a gusto.

—No es nada, hijo. Además, me gusta que tú no me guardes rencor por lo pasado. Así cuando vuelvas todo estará correcto entre

nosotros.

El oscuro Abraham se refería al trato que había hecho con su vástago la noche anterior. Él ayudaba a Samuel curando a Tasio y, a su vez, su hijo olvidaba las cosas por las que se marchó. Samuel sabía que había perdido un as en la manga, pero creía que era lo correcto para que su plan, lejos de truncarse con Tasio muerto, prosiguiera como hasta ese momento. Ya tenía el indulto de la sociedad y de los familiares de Estela, en pocas horas podría estar disfrutando de ella.

—Mira, Samuel, voy a enseñarte algo. —Abraham invitó a Samuel a seguirle por la inmensa mansión—. ¿Recuerdas que puedo hacer ver a los demás el pasado? —Samuel asintió intrigado mientras lo seguía—, pues una de las cosas que aún no te he contado es que también domino el futuro.

—¿Qué? —El más joven se detuvo en seco.

—Bueno, en realidad no puedo cambiarlo, pero sí que puedo verlo. —Abraham, que no había parado de caminar, miró a su hijo indicándole que continuara.

—¿Hay más cosas que no sepa? —preguntó Samuel resignado, al tiempo que proseguía su camino detrás de su padre.

—Algo habrá, pero esto, al igual que lo que descubriste cuando visitaste mis aposentos, es lo más importante. De hecho, lo que quiero enseñarte guarda relación. —Abraham se detuvo en la puerta de sus aposentos.

—Sabes que no me gustó enterarme de que el infierno en realidad sí que existía y que allí estabas preparando un ejército de almas negras que desconocía encabezado por el que antes ocupó mi lugar.

—Sí, fue un fallo —aceptó el oscuro ser—, pero, gracias al trato que hemos hecho ayer, ya no tendrá que preocuparme. —Samuel sonrió reconociendo ese cinismo de su amo en sí mismo—. Pasa.

Samuel obedeció y volvió a adentrarse en el lugar que tanta curiosidad le había causado durante todos aquellos años en los que

servió en la sombra a su padre. Atrás fue dejando todas las maravillas e ingenios que tanto le sorprendieron al verlos por primera vez. No hizo falta que su padre le dijera hacia dónde se dirigían exactamente, Samuel no dudaba. Enfiló con urgencia aquella especie de sala de los horrores con los más variopintos vestigios de la humanidad en la historia, echando vistazos curiosos a algunas de las cosas que se perdió, a causa de las prisas la última vez que estuvo en aquel lugar, hasta llegar a la inmensa librería que guardaba todos los papeles importantes de su padre. El oscuro Abraham, se acercó para abrirla y cogió sin titubear el inmenso volumen que Samuel ojeó la otra vez, y que hablaba de su particular inframundo. Lo posó sobre una mesa y sacó de una cavidad escondida, que a duras penas era visible desde su posición, otro tomo, tendiéndoselo a Samuel para sorpresa de este.

—No quiero hacerte un feo, padre, pero no dispongo de tanto tiempo ahora como para leerme todo eso —matizó el traficante de almas.

—No es necesario que lo leas todo... solamente este capítulo. — El oscuro ser abrió el gran libro por el final—. Lamento no poder proyectarte esto como con el pasado, pero aún no lo controlo lo suficientemente bien y podría ser peligroso.

—Pero... ¡Esto no puede ser! —Samuel soltó aquel libro y su padre lo mantuvo flotando delante de sus ojos.

—Lo he visto y hasta ahora todo lo que he visualizado del futuro se ha cumplido. No son simples profecías, son visiones del momento exacto.

—Pero... yo... no...

—Podría matarte ahora y hacer que eso no ocurriese. —Las luces de la habitación comenzaron a parpadear, evidenciando que la rabia del ser oscuro iba creciendo—. ¿Cómo crees que llegaremos a eso?

—No... Padre... yo nunca... —Abraham respiraba como un animal rabioso y su gesto no distaba demasiado de tal.

La huesuda mano de Abraham se precipitó sobre la frente de su hijo, que cayó desplomado al instante. Despertó en un lugar lleno de una luz que jamás había visto. Vio a los soldados de uno y de otro bando combatir y enseguida supo dónde se encontraba. Para su alivio ninguno de esos guerreros parecía verle, por lo que dedujo que estaba en calidad de invitado en una de esas visiones que su padre proyectaba en la mente de los demás. En su cabeza escuchó la voz de su padre, enfadado, que le orientaba hacia dónde debía mirar. “A tu derecha, al fondo”. En un montículo seis combatientes libraban una feroz lucha. Por un lado vio a su padre y al que identificó como Edgar Allan Poe, acompañados de una bella mujer de rasgos raciales que le fascinó al instante. En el otro bando, y sorprendiéndole por completo, Samuel se vio a él mismo, bastante cambiado y acompañado por una bella mujer de Rasgos angelicales y a un hombre de mirada serena que enseguida ubicó como el Dios creador. Samuel no entendía nada, pero en aquella extraña visión estaba luchando contra su padre. Sin poder remediarlo, volvió a despertar en la librería junto a su padre, que estaba sentado a su lado en el suelo.

—No controlo tanto el futuro. Me deja bastante débil. —Se excusó el oscuro ser con gesto cansado—, y llamo demasiado la atención. No puedo enseñarte más.

—Eso que me has mostrado no puede ser verdad. —Se defendió Samuel—. Debe ser algún tipo de truco para separarnos.

—Es real —concluyó solemne Abraham.

—No puede ser verdad —insistió su hijo—. ¿Qué pasará? —Samuel ya se había percatado de que había leído la última página del libro—. ¿Qué pasará después?

—Que me matarás. —La mirada de odio se clavó en los ojos del más joven—. Debería matarte ahora mismo para así impedirlo. —Abraham agarró a su hijo del cuello con una fuerza tal que hizo que este no pudiera defenderse.

—No padre... yo... nunca te traicionaré...

—Parece ser que así lo harás. —Abraham soltó con rabia su agarre—. Aun así, no quiero matarte. Vive tu vida con esa chica y ya nos preocuparemos cuando vuelvas de esto. —Una lágrima de fuego se derramó de los ojos de Abraham quemando la carne que recorría.

—Gracias, padre. —Samuel, con el temblor en las piernas del que ha creído cerca la muerte, se levantó—. Es imposible que con el amor que siento por ti, te traicione.

—Nunca digas nunca. —El señor de lo oscuro se levantó sin perder detalle de cada gesto de su hijo—. Yo lucharé porque no se cumpla, pero ni consigo ver nada más aparte de ese fatídico momento, ni hasta ahora he podido cambiar nada de lo que he visto. Parte a tu destino antes de que me arrepienta... y no vuelvas hasta que puedas servirme como deseo.

—Así lo haré, padre. No temas, juntos vamos a dominar cielo y tierra.

Samuel emprendió el camino de vuelta hacia la salida de la mansión lo más rápido que pudo. Tanto que ni siquiera reparó en la fría mirada, cargada de odio y rencor, que le dedicó el sombrío Giacomo.

Cuando Samuel había abandonado aquellas tierras, un enamorado sirviente charlaba con su oscuro amo.

—Con el debido respeto. —Giacomo expulsaba odio por la boca al hablar—, su hijo está domesticado. Ya no vale para lo que quiere de él.

—Lo sé, pero con el debido golpe de efecto volverá a sentir odio en su interior. —El gesto de Giacomo reflejó su malestar—. Ya lo hice una vez y lo volveré a hacer.

—No dudo de su buen hacer, mi señor, pero se le ve demasiado centrado en esta nueva vida de simple mortal. No la va a dejar hasta que ella muera, y, después de todo esto, no creo que tenga ánimos. Se hundirá y parecerá un pelele. —La envidia dirigía las palabras del mayordomo—, por no hablar de la traición que ha visto, mi señor. —Abraham se dio la vuelta y comenzó a caminar.

—Como siempre, lo tengo todo planeado. —El criado siguió a su señor—. Quizá haya algunos daños colaterales, pero al final me saldré con la mía, como siempre.

—No le entiendo, mi señor.

—No hace falta, mi querido Giacomo. —La oscura mueca del señor de lo oscuro, resultó maléfica—. Todo a su debido tiempo...

Martes, 27 de septiembre, 1977.

Después del almuerzo, Marcos Márquez comenzó a tener un fuerte presentimiento que le obligó a bajar a la zona subterránea del hospital. Algo en su cabeza le decía que Rebeca corría un serio peligro. Como siempre, no sabía de dónde venía ese presagio, pero por la cantidad de veces que había acertado, no quería dejarlo pasar como si nada. Caminó con prisa hasta llegar a la puerta del laboratorio forense, donde, por alguna extraña razón, sabía que estaría la chica de sus sueños. Escuchó ruidos sospechosos dentro y entró lo más rápido que pudo sin ni siquiera llamar. Al hacerlo, volvió a sentir aquel dolor de cabeza inmenso que ya lo martirizó meses atrás en el faro o en la casa de la otra víctima donde se reencontró con Samuel. Su vista se volvió borrosa y creyó estar entre neblina. Al fondo, vio a Rebeca Pereira, tendida en el piso e intentó acercarse lo más rápido posible. Anduvo como pudo los metros que los separaban y cuando pudo acercarse para socorrerla, escuchó una conocida voz a su espalda.

—Tranquilo, no ha sufrido. —Marcos se giró al instante.

—¿Qué le has hecho, Samuel? —Rabia como bienvenida.

—Nada —aceptó este con una amplia sonrisa en el rostro—. Tan sólo está desmayada. —Marcos, que no entendía nada, cogió aire e intentó reanimar a su amada—. No vas a poder despertarla hasta que el tiempo se reanude. —Señaló a una bandeja y sus consiguientes utensilios que flotaban en el aire sin caer y en la que el policía no había reparado.

—¿Esto es otro de tus malditos trucos? —cuestionó malhumorado Marcos—. No estoy para bromas, ni jugarretas, te advierto.

—Para esto sí que estás. —La irónica sonrisa por compañera de expresión—. Ya sé que nuestro trato había cambiado, que maté al maridito de esta por lo que le hizo a tu hermana y que tu padre ya está curado como te dije, pero como has sido tan buen chico y para que veas que no soy malo, deseo hacerte un regalo. —Marcos frunció el ceño en desaprobación—. Aunque hayas tenido complicaciones, si yo quiero, ella estará toda la vida contigo. No controlo del todo el amor y no sé cómo saldría el experimento, pero es mejor que nada, y te garantizo que, al menos, la tendrás para ti de por vida. ¿Cómo lo ves?

Marcos guardó silencio unos segundos sopesando la situación. Miró a Rebeca Pereira durante un buen rato, sabiendo que lo que aquel demonio le ofrecía era lo que había deseado desde el mismo momento que la conoció.

—No puedo dejarte hacer eso —contestó al fin el policía—. No quiero que sea así.

—¿En serio? —Samuel se mostraba muy sorprendido.

—Sí, me duele no aprovechar esta gran oportunidad que me ofreces. —En las palabras de Marcos se podía leer que ya no dudaba en absoluto del poder de Samuel—, pero, si tiene que pasar algo entre nosotros, no quiero que sea forzado. —Los ojos llenos de lágrimas—. No podría perdonarme nunca haberla conseguido sin que ella quisiera.

—Lamento decirte que la he estado preguntando. Por si no lo sabes, cuando detengo el tiempo, todos me decís la verdad, y aunque no te detesta, va a volverse a Galicia a comenzar una nueva vida. Lo más probable es que nunca más volváis a veros... —Volvió a tentar el traficante de almas.

—Que sea lo que tenga que ser... La quiero con toda mi alma, pero no es esto lo que deseo... ¿Acaso tú lo querrías con mi hermana?

—Así sea tu voluntad. —Samuel tendió su mano al otro en señal de que, incluso siendo quien era, acababa de aprender una valiosa lección—. Tienes mis respetos, Marcos. Yo ahora debo irme que tengo cosas que hacer, por si quieres una ayuda quédate por aquí cerca para socorrerla cuando despierte. No recordará nada y ganarás puntos. —Marcos dio la mano al que durante tanto tiempo consideró su enemigo y sonrió al ver humanidad en él.

Dicho y hecho, Samuel desapareció y el tiempo se reanudó, permitiendo a Marcos socorrer a la forense de sus sueños.

—¿Qué... qué ha pasado? —Rebeca lucía confundida y con un gran dolor de cabeza producto de los trucos de Samuel.

—Te has desmayado —añadió tan sólo Marcos, que la miraba con ternura.

—Y ¿tú estabas aquí? —La confusión era creciente en Rebeca.

—Sí, bajaba a contarte que mi padre ha mejorado mucho. Para hablar como dijimos. —La ayudó a reincorporarse con el cuidado del que está tratando la cosa más valiosa del mundo.

—Gracias. —La sonrisa fue franca.

—Entiendo que ahora quieras irte —incidió él de sopetón—, pero, aunque sea, quiero tu amistad. Una cosa no quita para la otra.

—Eso ya lo tienes. —Sonrió ella de forma conciliadora agradeciendo que, por primera vez, aquel hombre que la gustaba pero no sabía si estaba preparada para afrontar de nuevo una relación, le facilitara las cosas

A las seis en punto de la tarde, Estela Márquez llegó al lugar donde Samuel, a través de su hermano Marcos, la había citado. La pareció curioso que fuera justo en ese lugar, en un sitio en el que, en sus sueños, siempre habían pasado muy buenos momentos juntos. Después de caminar de forma acelerada por El paseo de Reina Victoria, cobijada del fuerte viento que corría aquella tarde debajo del espeso manto de árboles que la acompañó en su caminar, enfiló la famosa curva de La Magdalena descendiendo por la cuesta que daba al recinto del propio palacio, desviándose en su mitad hacia la izquierda para acceder a otra pequeña cala en la que

descansaba una impresionante roca con forma de Camello que daba nombre a la playa. Una vez en la arena, Estela se descalzó. Sintiendo el aire en su rostro y la humedad bajo sus pies, miró a su alrededor y no vio a su amado por ningún lado. Continuó caminando hasta llegar lo más cerca que el agua le permitía a la emblemática roca, cerró los ojos, esperando que esta vez no ocurriese nada que hiciese truncar lo que tanto tiempo llevaba esperando, y al instante sintió como unas manos, fuertes y decididas, taparon sus ojos desde detrás. No entendía cómo, si poco tiempo atrás no lo había visto al mirar, Samuel podía estar ahí, pero en ese momento ya había dejado de sentir miedo por las cosas “extrañas” que sabía que lo envolvían.

—¿Me has echado de menos? —susurró él a su oído con su varonil voz.

Pese a que le hubiese encantado jugar algo más, Estela, no pudo aguantar y, en el acto, se giró descubriendo al hombre por el que llevaba casi toda su vida suspirando. Su corazón se aceleró y sintió que el mundo se iluminaba en ese momento. Se abrazó a él, temblando y se fundieron en un beso que creyó eterno.

—¿Qué hacemos ahora? —comentó ella apoyada en su hombro, mientras los dos estaban sentados contemplando el mar.

—Por una vez... lo que queramos —añadió él antes de sellar con otro beso su encuentro—. ¿Sabes por qué he querido quedar contigo aquí?

—Porque en los sueños hemos venido mucho aquí —contestó ella con incertidumbre y miedo a conocer la respuesta.

—Nada de sueños. —Samuel se había propuesto que a partir de ese momento, Estela no tuviera consciencia de lo que era capaz de hacer—. Porque aquí, aquel día cuando éramos pequeños, antes de que yo casi me ahogara después de ya sabes qué, fue la primera vez que otros decidieron por nosotros y no nos dejaron hacer lo que queríamos. —Estela asintió en silencio, demostrando que recordaba aquel lejano día de julio de 1951—. A partir de ahora, si tú quieres, nunca más nadie dictará sobre nosotros.

—Llevo toda mi vida queriendo esto. —Estela se abrazó más al brazo de Samuel, posando su cabeza en el hombro—. Pero tienes que darme un tiempo para hacerlo todo bien. Tengo mucho de qué hablar con Ignacio y con el resto de la familia. También quiero que el pequeño Samuel sufra lo menos posible.

—No te preocupes, amor. —Sonrió él sabiendo que nada de eso sería una complicación—. Si he esperado tanto, podré hacerlo un poco más.

Y así la pareja, disfrutó de aquel atardecer que, aunque robado y mucho más tarde de lo que hubiesen deseado, sintieron como totalmente suyo.

Epílogo 1

Carta de Estela Márquez a sus padres.

15 de junio de 1979.

Queridos Papá y Mamá, ya hace dos semanas que llegamos a Suiza. No he podido escribir antes por todo lo que ocasiona una mudanza de este tipo.

Aunque echo mucho de menos mi Santander natal y a vosotros, quiero que estéis tranquilos, pues estoy viviendo un auténtico sueño. Todo es tan bonito y con tanto encanto aquí. Por fin tengo la vida que siempre he deseado; podría decir que es el mejor momento de mi vida. No os lo toméis a mal, pero quiero recalcaroslo, porque sé que con mi decisión de dejar a Ignacio y empezar una nueva vida con Samuel habéis sufrido mucho. Algún día el divorcio volverá a ser legal en España como antes de la guerra civil, y podremos volver y vivir allí con total normalidad.

Aunque todos notamos mucho el estar en otro país, Samuel junior se está adaptando muy bien. Es increíble que los niños son niños en todos los lugares y que siempre terminan entendiéndose entre ellos con facilidad. A mí me cuesta algo más por el inconveniente del idioma, que aunque de pequeña lo estudié, no lo tengo tan fresco. Samuel lo lleva mejor, parece que hubiera nacido aquí. Está claro que es un hombre de mundo. Habla francés con un fantástico acento. Está siendo un verdadero ángel con nosotros. No concibo que este maravilloso hombre sea la oscura persona que mi hermano y mi padre aseguraban. Por suerte, todo aquello queda ya muy atrás y le veo muy centrado en nosotros. Estoy muy feliz y tengo muchas ganas de que vengáis a visitarnos. Y por el dinero no os preocupéis, los negocios de Samuel con esa nueva tecnología informática, que él está convencido que es el futuro, van viento en popa. Ni siquiera tendré que trabajar si no quiero, aunque creo que, además de lo que pueda hacer como periodista cuando domine el idioma, por fin me lanzaré a escribir esa primera novela que hace tanto tiempo que me ronda por la cabeza. ¡Ah! Y Samuel me ha

dicho que el viaje y todos los gastos os los paga él. Ya os he dicho que está volcadísimo en que seamos felices.

Nos hemos instalado en un bonito pueblo, muy pequeño, llamado Delémont, al oeste de Zúrich. Tiene mucho encanto. La mayoría de sus casas son blancas con tejados de teja y flores de muchos colores en sus balcones y jardines. Vivimos en la Rue du Vorbourg 37. En la planta baja de una bonita casa de tres pisos que tiene dos habitaciones, un salón, una cocina y un baño. Pero no os preocupéis por el espacio, porque cuando vengáis, si no queréis un hotel, os podréis quedar para estar cerca de nosotros en la parte de arriba, en la que vive un entrañable matrimonio de mediana edad que nos ha acogido como si fuéramos su propia familia. Ya probaréis la Raquette y la Fondue, sobre todo la de carne. Son deliciosas especialidades de esta tierra que hace la señora de arriba y que son un verdadero manjar.

En lo poco que llevamos he encontrado muchas diferencias entre Suiza y España, pero también similitudes, como la vegetación o la luz, que se parece bastante a la de Santander, ya que todo aquí es también muy verde y los días de sol muy claros y los oscuros igual de grises que los de allí. Pero por lo general parece otro mundo; la gente es muy pero que muy educada, pero también mucho más callada, y suelen ir a todos los sitios en bicicletas que son más bien antiguas, pero que tienen mucho encanto. Esto es muy tranquilo, hay muchos menos bares que en España, y no se toma tanto café como allí. Aquí en Suiza son más de té e infusiones en general. Los horarios son muy diferentes, aquí todo empieza antes, pero también se acaba antes, hasta el sol. Esto me ha sorprendido porque es más caluroso de lo que imaginaba. La temperatura será como en Santander, más o menos, por lo menos en esta época pre-verano. Eso sí, no hay la humedad de allí, con lo que el verano será algo menos bochornoso, y, por lo que me han contado, con ropa de abrigo se pasa bien el frío. Echo en falta las magníficas playas de allí, pero hay un río muy bonito y los paseos con él de fondo son muy placenteros. También hay un parque precioso, con un manto de

verde enorme en el que hacemos divertidos picnics y que, según la gente del lugar, en invierno, cuando está nevado, lo utilizan para bajar esquiando o en trineos. Tengo ganas de ver cómo son las otras estaciones, de momento la primavera me gusta. Muy cerquita de ese parque, que me parece muy romántico, hay unos bellos ciervos que, cada vez que pasamos cerca, Samuel junior me dice que le recuerdan al de la película Bambi.

¿Os he dicho que quiero que vengáis? Esto no está tan mal, como pudiera parecer por el tamaño, en cuanto a servicios. Si me apuras es como Torrelavega. Tiene estación de tren, pista de hielo, piscina, campo de fútbol con pistas de atletismo, unas cuantas fábricas de cuchillos, relojes y más cosas, dos cines, dos bibliotecas, una sólo de adultos y la otra con zona para niños y también adultos; así que no os preocupéis, que no nos falta de nada.

Este año la gente del lugar está un poco nerviosa porque últimamente está habiendo numerosos ataques de algún tipo de lobo que deja a los cadáveres en muy malas condiciones. Al principio yo pensé que era tan sólo una leyenda, pero hasta la prensa local ya se está haciendo eco... esperemos no tener nunca ningún problema, aunque la verdad es que con Samuel cerca, me siento más protegida que nunca...

Hemos matriculado a Samuel Junior en un colegio magnífico que de antes era un antiguo castillo. Tiene muy buena fama en la región y por dentro es muy moderno. Han habilitado todas las habitaciones en aulas. Es muy grande y tiene un patio enorme. Va a ser muy feliz allí.

Samuel os manda un saludo fuerte y os da las gracias de nuevo por lo mucho habéis facilitado las cosas pese a lo complicado que ya era de por sí todo. Me despido con ganas de tener noticias vuestras. Yo prometo escribir cada poco, que el teléfono sale muy caro.

Cuidaros mucho, os quiere siempre vuestra hija Estela. Un millón de besos para mis sobrinas y también para Marcos, del que estoy

muy orgullosa por el gran cambio que ha dado a su vida.

Posdata: dice el pequeño Samuel (ya sé que está creciendo mucho, pero ahora te entiendo mamá cuando nos sigues viendo a nosotros como tus cachorros) que echa mucho de menos tus quesadas, Mamá (las mías no le gustan tanto). Así que cuando vengáis, tráele alguna, por favor.

Estela Márquez Cossío.

Epílogo 2

Santander, Agosto de 1987.

Diez años habían transcurrido desde la última vez que Marcos Márquez sintió un escalofrío al contemplar la escena de un crimen. Desde que Samuel emigró a Suiza con su hermana, nunca más volvió a estremecerse ante un cadáver. Por lo que sabía, todo iba de color de rosas para ellos y Samuel Abascal ya no parecía ser el monstruo que una vez fue, al menos tanto su hermana como su sobrino, que ya era todo un hombre, no tenían queja alguna. Siempre se maldijo por no haber intercedido para que su hermana no terminara con él, pero, como bien sabía, era algo contra lo que nunca pudo luchar. Además, su padre se había salvado. Por eso, y aunque no pudo conseguir a la forense de sus sueños, con la que, de vez en cuando aún mantenía correspondencia y la consideraba como una buena amiga, cada vez que veía a su ya anciano padre vivo, pensaba que todo había merecido la pena. Había ascendido a sub comisario y el propio Miguel, algo más que un padre para él, le había confesado que en breve se jubilaría, dejándole a él el camino despejado para mandar en la comisaria. Ya no se preocupaba por lo que los demás opinaran de él y estaba orgulloso por cómo había podido sacar adelante a sus tres hijas sin una mujer a su lado. Rebeca, aún en la distancia, había tenido mucha mano en eso, aconsejándole que se volcara más en ellas y menos en su trabajo. Aquella mañana se despertó pensando que echaba de menos la acción de antaño, su puesto no le permitía hacer trabajo de campo, y dando la razón una vez más a su padre por todos los años en los que le facilitó poder mandar mientras trabajaba la calle, se dirigió a su despacho sin sospechar que aquel día su vida iba a cambiar por completo.

Los informes que el comisario Miguel había dejado en su mesa hicieron que casi tirase la humeante taza de café que portaba. Un asesino en serie parecía andar suelto por la ciudad. Acababan de encontrarse cuatro cadáveres de mujeres, todas ancianas en sus

propias casas, y en el periódico que descansaba al lado de los informes rezaba un titular que le hizo saber al instante que los próximos meses iban a ser movidos. “El asesino de viejas continúa libre”, ponía en El diario Montañés. “El asesino de viejas ya lleva cuatro víctimas y aún no ha dicho su última palabra”, amenazaba El Alerta. Sin tiempo si quiera para pensar en cómo iba a llevar a cabo la investigación una llamada le sobresaltó.

—Sub comisario Marcos Márquez, diga.

—Necesito verte. —El policía supo al instante de quién se trataba—. Estoy en la ciudad.

—De acuerdo —acertó a responder tan solo él.

—Me hospedo en el hotel Santemar. Pregunta por mí en la recepción. Es importante...

Sin más tiempo para la conversación, la línea se interrumpió y Marcos sintió que aquel era uno de esos días en los que todo cambiaba de repente. Colgó el auricular y sacó de su cartera una foto de su gran amor, Rebeca Pereira, y sonrió mientras la acariciaba.

—¡Bienvenida de nuevo, niña!

AGRADECIMIENTOS

A Paula Dávalos por seguir soportándome en las buenas, en las malas y en las peores... No te merezco.

A Javier Sasián López por ayudarme a “limpiar y dar esplendor” a esta novela. Se te recompensará joven Padawan...

A mis lectoras “Zero”; Penélope Setién, Ana Isabel Poza Lavín y Cristel Oróns; que con sus consejos, atención y discreción, me han facilitado mucho las cosas.

A esta última, Cristel Oróns, también por presentarme ese maravilloso Delémont que algún día visitaré. Graciñas, niñuca.

A Olga Barquín por ayudarme con esas escenas, “a lo 50 Sombras de Gray”, que tan complicadas me parecían y que ella veía de forma tan clara. Te debo una, chiquilla.

A David Hereñú González por enseñarme tanto de escribir, como de la propia vida... Nos sigue faltando un Goya, tío.

A Loli Castillo por cederme ese precioso párrafo que ella y yo sabemos. No imaginas cómo me has sorprendido. Gracias amiga.

A Conchi Revuelta por el fantástico prólogo que me ha regalado. Es un honor tenerte en este libro.

A Jesús Hervás por la intensa sesión de fotos para la promoción. ¡Te mereces una cena!

A David Pérez y a toda la Editorial Fanes por confiar en este “humilde grumetillo de las letras”.

A Eva Pelayo por esa maravillosa portada... ¡¡¡Me ha encantado!!!

Y por supuesto, a todos los que estáis siempre cerca; los Dávalos-Prieto, mi hermano y mi cuñada, Iván Cossío y Andrés Pruaño, Los Cimiáno, El marqués de San felices, Nacho Viadero, las gemelas Cifrián, Javi Cabanzo. ¡Sois los mejores!

Y, especialmente, a todos los que en el día a día demostráis vuestra maldad, si la ocultaseis sería más difícil valorar como es debido a los buenos...

Redes sociales:

facebook.com/ivan.lopezpardo

facebook.com/LOBOSCONPIELDECORDERO2015?ref=hl

www.facebook.com/EITraficanteDeAlmas?ref=hl

[@IvanIopezpardo](https://twitter.com/IvanIopezpardo)